
Ayúdame a salir
NANA KASE

Ayúdame a salir

NANA KASE

Ayúdame a salir

NANA KASE

©Texto: Sara Martínez, 2026
©Corrección: Rocío del Barco Redondo
©Maquetación: Laura Arcila Cortés
©Cubierta: Laura Arcila Cortés

Publicación independiente
Impreso en España

Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.



Para todos aquellos que tienen miedo a ser queridos,
escuchados, y respetados.

Con el miedo no se va a ningún sitio.

—ETHAN.

Introduccion
Ethan

—Dios mío Alex… —brota de mi boca, casi sin aliento—. ¿Por qué?

Acto seguido parece que mi cuerpo reacciona y chillo, ya que, si estaba la puerta abierta, alguien me oirá y podrán pedir ayuda.

Lágrimas brotan de mis ojos pidiendo auxilio, sin dejar de apretar sus delgaditas muñecas. Alguien parece haberme escuchado, porque pregunta a lo lejos que qué pasa. No dudo en decirle a gritos desesperados que llame a una ambulancia y, a los segundos, escucho que habla con alguien, posiblemente emergencias. Yo vuelvo mi atención a Alex. Está pálida, como una hoja blanca apagada, grisácea. Niego con la cabeza, sin poder creérmelo.

—Alex. —Me sale en un susurro ahogado, y la aprieto como puedo contra mí, como si eso fuera lo único que hiciera falta para ayudarla.

Pero no era así, eso no podía salvarla.

—Quédate conmigo… —No puedo decir nada más. Tampoco tengo palabras para ello. Ni para lo que está pasando.

Todo esto parece surrealista, imposible, una pesadilla. Sigo apretándole las muñecas, pensando que así todo se arreglará; una esperanza a la que te aferras sin sentido.

A los pocos minutos que parecen una eternidad, se oyen sirenas en la calle. Segundos después, oigo como entran por la puerta y, rápidamente, los técnicos llegan donde estamos nosotros.

Yo solo la miro a ella. Los escucho entrar, hablar, pero solo puedo mirarla a ella.

Un hombre se agacha y, sin brusquedad, me aparta.

—Necesito espacio, chaval, lo siento —me dice, en tono autoritario pero compasivo.

Por primera vez, aparto la vista de ella y la dirijo a mis manos. Están cubiertas de sangre, de *su* sangre. Tiemblo violentamente. Apenas escucho nada, solo veo que están hablando entre ellos, y cómo uno de los técnicos le está pinchando en la mano.

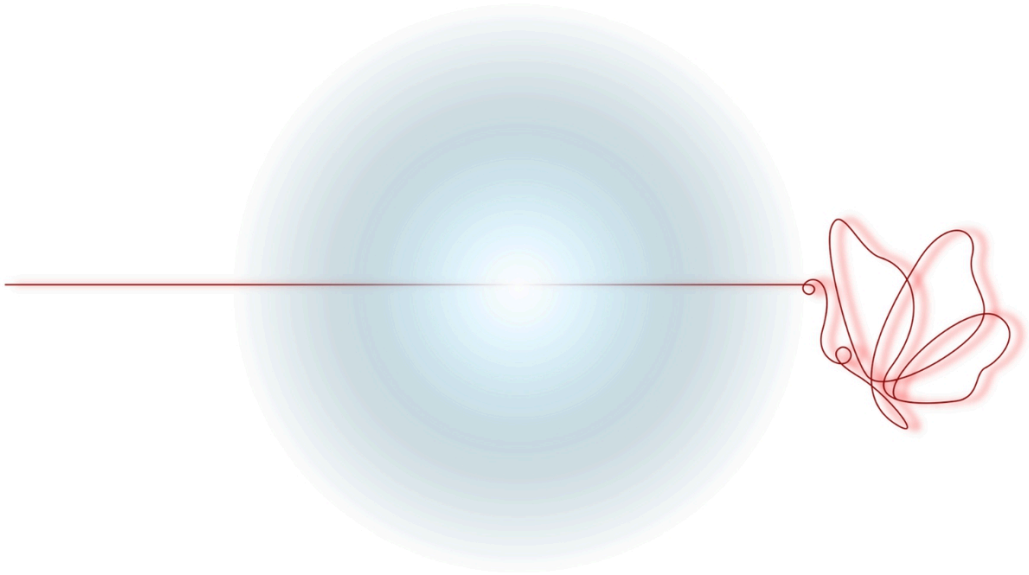
Mis oídos empiezan a pitar y las lágrimas vuelve a surgir de mis ojos, sin vergüenza alguna. Cuando me doy cuenta, empiezan a llevarse a Alex en la camilla. Es entonces cuando mi cuerpo parece reaccionar y me muevo, siguiéndolos hasta la puerta y, de ahí, a entran en la ambulancia.

«Tengo que ir con ella».

No dudo un segundo en hacer ademán de subirme a la ambulancia. Ellos no me lo impiden, siempre que les dejara espacio. Doy las gracias.

De nuevo, la estoy mirando a ella, tan blanca, tan frágil… tengo la cara llena de lágrimas y en mi cabeza solo hay preguntas, culpa, impotencia y rabia.

«Lo siento tanto…».



1
Ethan

Barcelona: allí es donde voy a vivir. Más concretamente en un pueblecito cercano llamado Cerdanyola del Vallés, pequeño, pero parece que acogedor. Me mudo desde Málaga, que está a 996 kilómetros de mi destino. En mi ciudad tengo muchos amigos, no lo niego, pero la idea de perderse por el mundo y conocer gente nueva me puede.

—Escríbenos, tío —me dice Alberto, uno de mis grandes colegas—. Sabes que ahora hay WhatsApp. No nos dejes colgados.

Obviamente me siento triste por separarme de mis amigos, pero nos volveremos a ver, seguro. Aún nos quedan las vacaciones de Navidad, verano y Semana Santa; hay tiempo de vernos. Además, eso siempre es una excusa para visitar lugares nuevos. Cuando me acabo de despedir de ellos, me subo al Kia rojo de mis padres, cierro la puerta, me pongo el cinturón y me acomodo en el asiento. ¿Que por qué me mudo? Mis padres han conseguido un mejor puesto de trabajo allí, hay mejores institutos, universidades… lo típico, la verdad. No es que no me guste estudiar, pero aún tengo serias dudas sobre a qué dedicarme en un futuro. Me despido con la mano de mis amigos cuando el coche arranca y voy viendo cómo Málaga poco a poco se hace más pequeña a medida que nos alejamos de ella. Como me esperaban unas cuantas horas de viaje, decido leer.

En cuanto me doy cuenta, despierto con el libro entre las manos medio abierto con el punto de libro caído en el suelo del coche. Estamos aún conduciendo, supongo que no hemos llegado todavía.

Salimos pronto de Málaga, así que metí unas galletas en mi mochila por si me entraba el hambre. Me desperezo, las cojo y me las empiezo a comer.

A eso de las dos del mediodía mis padres deciden que ya es hora de comer y paramos en un área de servicio donde hay un McDonald's (menos mal, se me estaban durmiendo las piernas). Entramos dentro y nos ponemos a la cola. No entiendo cómo puede ser que siempre haya cola. Al llegar nuestro turno, nos toman nota de los pedidos y esperamos a un lado mientras los preparan y atienden a los demás. Lo bueno de estos sitios es que cuando estás en la cola, siempre hay una chica (o chico) respetable y amable que atiende y, al faltar una simple persona para atenderte, por arte de magia se convierte en una persona estúpida, irrespetuosa y antipática. No fuimos una excepción. Cuando el pedido está listo, lo recogemos y nos sentamos fuera. Una vez que nos acomodamos, entablo conversación con mis padres.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunto.

Mi padre me mira.

—Pues unas seis horas —dice suspirando.

Es él quien conduce, así que es normal que esté cansado, y eso que aún nos queda un buen rato.

—Y… ¿por qué Barcelona? Es decir, Cerdanyola —inquiero algo irritado, no sé por qué—. O sea, me gusta —aclaro rápidamente—, es solo que… tan lejos… me ha sorprendido —continúo, justificándome, algo más calmado para romper el hielo.

Mi madre fue la que habló a continuación.

—Es grande, hay muchos sitios bonitos que podemos visitar, hay más trabajo y buenas universidades.

«Otra vez con las universidades».

—Mamá —le corto con un suspiro—. ¿Y si no quiero ir a la universidad?

Dejo caer esa pregunta a la defensiva.

No me gusta hablar de estos temas con mis padres. Me ponen nervioso. No por nada, solo que… me recuerdan lo cerca que estoy de mi futuro y lo odio. Aún no sé qué es lo que me gustaría estudiar

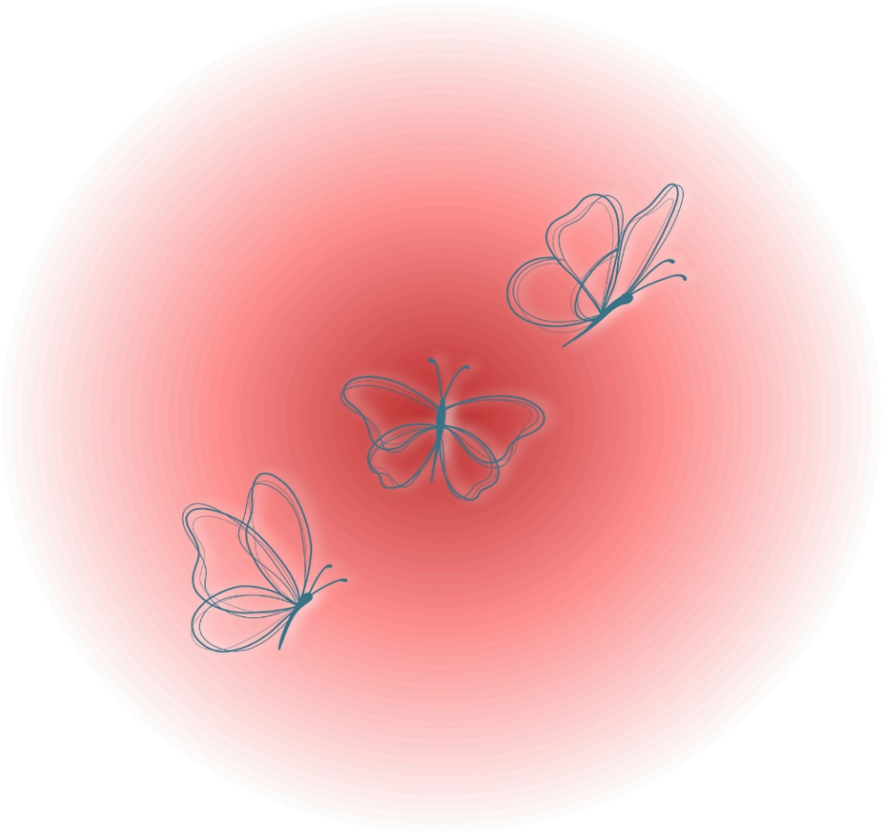
más adelante después del instituto, y es por eso que me pone nervioso. Mi madre suspira resignada.

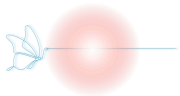
—Sabes que no te vamos a obligar a ir a la universidad, pero deberías empezar a pensar a qué te quieres dedicar en un futuro, ¿no? —me dice, poniendo una mano encima de la mía—. Creo recordar que te gustaba la fisioterapia o algo así, ¿verdad?

Era verdad. Me gusta la fisioterapia y ayudar a la gente, pero… No lo tengo claro

—No lo sé, mama… —digo con un suspiro, retirando mi mano de la suya y echando mi flequillo hacia atrás—. Aún me queda todo un año por delante, quiero pensarlo con calma, ¿vale? —continúo, intentando zanjar el tema y sobrevivir al hecho de hacerlo.

Al cabo de media hora entramos en el coche y nos ponemos en marcha otra vez. Aún nos quedan seis horas para llegar, así que intento relajarme y no pensar en lo que queda de camino. Al cabo de un rato, me duermo.





2
Alex

Barcelona: ahí es donde vivo. Más bien en un pueblo cercano llamado Cerdanyola del Vallés. Si te digo la verdad, me encanta. A pesar de la pésima cobertura de mi barrio, algo que me da igual, hay un bosque a cinco minutos de mi casa llamado *Collserola*, en el cual si estas teniendo un mal día, te encuentras estresado o estresada, puedes ir allí para perderte entre sus árboles y el canto de los pájaros, los ciclistas y la gente caminando que no dejan de saludar. De repente, ese día ya no es un día tan malo como pensabas, el estrés ya no es estrés, y solo piensas en ese momento tuyo, uno creado para ti.

Puede parecer una tontería, pero alejarme de todo e ir allí me da vida. Puedes desaparecer durante una hora o dos, pasear, caminar, pensar, relajarte, quitarte ese estrés que ya he mencionado mientras miras a tu alrededor, admirando los árboles y el camino; nadie te va a molestar, nadie te va a decir nada, nadie va a joderte la vida.

Que yo recuerde, siempre he vivido aquí. Voy al instituto, segundo de bachillerato, para ser precisos. Se me da bastante bien, en realidad. Es lo que tiene no tener mucho más que hacer aparte de estudiar. El despertador suena a las 07:00 de la mañana, como siempre. Lo paro con pereza y me dispongo a poner los pies fuera de la cama para ir a ducharme. Entro en el baño, enciendo el agua, me quito la ropa y me meto en la ducha. El agua empieza a caerme por la cabeza, acariciándome seguidamente todo mi cuerpo. Me enjabono, aclaro, apago el agua y salgo de la ducha, agarrando una toalla con la que rodeo mi cuerpo. Salgo del cuarto de baño y me dirijo a la habitación para vestirme. Abro el armario y decido

ponerme unos vaqueros ajustados y una camisa negra de mangas largas, ya que no hace tanto calor como para atreverme a ir en tirantes.

Después me dirijo a la cocina para prepararme unos cereales. Al acabarlos, dejo el bol y la cuchara en el fregadero, cojo mi bocata del desayuno, mi chaqueta, mi mochila y salgo de casa con las llaves en la mano, dirección al instituto. Llego a clase y me siento al final, sola. Siempre me sentaba sola, pero no me importaba, ya que así me enteraba mejor de las cosas.

Primera clase: Matemáticas. Hago bachillerato científico, así que es una asignatura obligatoria. No es que se me den mal, solo que me aburren. Siempre es lo mismo: fracciones, ecuaciones, teoremas, fórmulas, divisiones, multiplicaciones, problemas…

«Problemas».

Suspiro mientras miro pensativa por la ventana, en mi mundo, hasta que la clase acaba y apunto los deberes para la próxima, esperando a que el siguiente profesor llegue para la próxima clase: Biología. Y no, no toca laboratorio, ya que es miércoles. Saco el libro y los apuntes, guardando los de Matemáticas. Dejo pasar el tiempo como antes, mirando por la ventana mientras el profesor lee algunas citas del libro, ejemplos y cosas del estilo, todo teoría, lo que se me hace igual de aburrido que las mates.

Y así es mi día a día: clases, apuntes, deberes, casa, estudiar, exámenes. El reloj de mi iPhone indica que son las 14:30 de la tarde cuando el timbre de final de clases suena, y me doy cuenta de que ya es hora de ir a casa, pero antes de salir voy al baño a beber algo de agua.

«¿Por qué voy?».

Al entrar, veo a las personas que menos quiero ver en este momento. Ni en ninguno. Sandra, Carla y Tánia.

—Bueno chicas, *let's go* —dice Carla—, aquí ya no hay nada que hacer.

Las chicas le ríen la gracia, como si fuera lógico que tuvieran que reírse.

—Sí, será mejor —añade Sandra.

Yo suspiro mientras se van entre risas y me pongo a beber agua sin comentario alguno.

¿Para qué decir nada? Sería peor.

¿Merecería la pena? No.

Salgo del instituto por la puerta principal y voy al coche de mi madre, que me está esperando unos metros más allá, como casi siempre. Ella acaba de trabajar y, si no tiene problemas (que es en la mayoría de las mañanas que tengo clase) viene a recogerme, y así vamos juntas a casa.

Entro en el coche, me siento y me pongo el cinturón de seguridad.

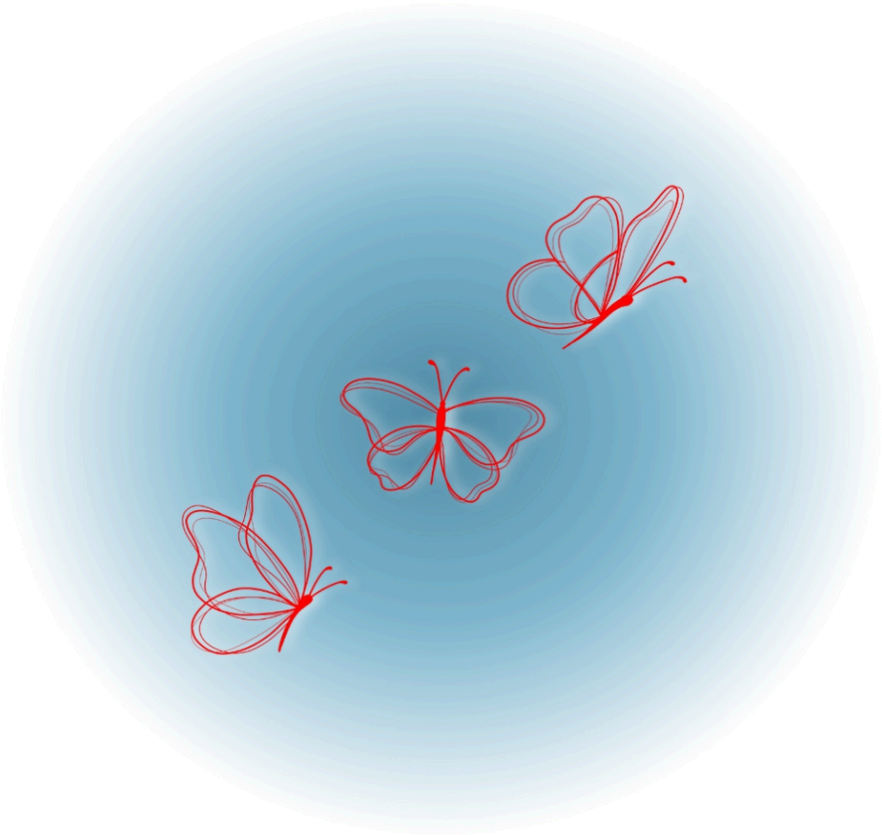
—¿Cómo ha ido el *insti*, cielo? —me pregunta.

Siempre la misma pregunta. Y siempre la misma respuesta. Ella la sabe.

—Como siempre, mamá —respondo neutral.

Arranca el coche con un suspiro y nos dirigimos a casa. Mientras nos vamos, veo a toda esa gente del instituto despidiéndose con sonrisas, abrazos, un «nos vemos luego» y miradas cómplices.

Algo que yo nunca tendré.



3
Ethan

Ya llevamos un par de días aquí, en Barcelona, y casi nos hemos instalados por completo en nuestra nueva casa. Estoy en mi nueva habitación sacando las cosas de la última caja, por fin. Cuando acabo, la recojo, la pongo junto a las otras vacías y me dispongo a tirarlas, como mi madre me ordenó que hiciera.

Bajo a la calle, encontrando justo al lado de casa unos contenedores. Tiro las cajas, vuelvo a casa y me meto en la habitación, ya que no hay mucho más que hacer. Saco mi móvil, mis cascos, me estiro en mi nueva cama y pongo música.

La cama es muy cómoda, además de ser de matrimonio; tengo espacio suficiente para acomodarme.

No sé cuánto tiempo pasa desde que estoy tirado, y ni me he fijado en qué hora era. Veo entrar a mi madre y me quito los cacos para escucharla.

—¿Piensas venir a cenar? —pregunta con los brazos en jarra—. Hace rato que esta la cena en la mesa, cielo —continua con una sonrisa.

Miro la hora y me doy cuenta de que han pasado dos horas desde que me tumbé.

—Claro, enseguida salgo. —Le devuelvo la sonrisa—. Tengo hambre…

Mi madre ríe negando con la cabeza y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Ya sentados en la mesa, empiezo a engullir el bistec que mi madre ha hecho acompañado de verduras, que están buenísimas.

—Hay un instituto aquí cerca, mañana vamos a echarle un vistazo, ¿vale? —dice mi madre mientras se mete el tenedor en la boca.

Asiento sin dejar de comer.

—¿Has visto las universidades que hay por la zona? —me pregunta cuando acaba de tragar, como si no me diera cuenta de hacia dónde quiere ir a parar.

—Mamá, ¿y si no quiero ir a la universidad? ¿y si prefiero otras opciones? —le planteo por enésima vez—. Ya sabes que no sé si quiero ir…

No lo entiendo, me está cansando ya el tema, parece que estoy obligado a ir sí o sí. Mis padres han ido y me parece muy bien, pero no por eso tengo que hacerlo yo.

—Hay muchas opciones —repito con un suspiro, empezando a agobiarme otra vez—. Y también hacer prácticas con opción a trabajar luego, no me parece mala opción para nada.

Suspiro al ver la cara triste de mi madre

—No me mires así, solo… no quiero centrarme únicamente en la universidad —zanjo, intentando no discutir.

—Ya lo sé, cariño —se resigna ella—. Podemos hablarlo más adelante.

Y así, dejamos el tema por hoy.

«Gracias».

Suspiro, relajando la tensión. En cuanto acabo de cenar, llevo los platos al fregadero, les deseo las buenas noches a mis padres con un beso y voy a la habitación. Tumbado en la cama, empiezo a pensar en lo que conllevaba ir a la universidad, el dinero que costaría, los años que tardaría (que bien podrían ser de entre cuatro a seis años, incluso más con un máster) y luego encontrar trabajo de ello; aunque bueno, eso pasa con todo tipo de estudios. Yo en un futuro quiero tener mi casa, con mis hijos y mi mujer, y ser feliz. Sobre todo, ser feliz.

Sé que es un futuro que me imagino yo, que no todo es un cuento de hadas, que no siempre todo acaba bien. Ya sé que, realmente, no es así. Para mí, la vida es una montaña rusa de emociones que sube y baja, que tiene altibajos, momentos malos, buenos y peores; pero si no vivimos esas cosas, sería todo una línea recta, sin emociones ni sentimientos… Se convertiría en monotonía; sería como estar muertos. Y yo no quiero eso. Quiero vivir la vida en el presente, como si el mañana no existiera.

Acabo por sacar el portátil de la maleta. No lo había encendido en estos tres días de mudanza, por lo que quería echar un vistazo al Facebook. Tengo diez mensajes. La mayoría son de gente conocida con la que apenas me hablo ni me hablaba en Málaga; mensajes típicos de que me vaya bien y poco más. Los otros tres que quedan son de mis mejores amigos. Los únicos en los que realmente puedo contar, los que están en los buenos y malos momentos. Para mí, eso es la verdadera amistad.

Con ellos hablaba por WhatsApp, pero sí que es verdad que estos días no he tenido mucho contacto, por lo que paso un buen rato hablando con ellos. Les cuento cómo va todo y celebramos que por fin hemos desembalado las últimas cajas. Laura me echa la bronca porque esa tarde han quedado y no ha tenido a nadie para compartir las patatas que había comprado, ya que Pol y Alberto apenas comían. Yo me partía de risa. Es verdad que siempre que quedaba con ella era una puta locura. Comprábamos todo tipo de patatas y refrescos que puedas imaginar, quedábamos con los demás y veíamos películas mientras comíamos. Eso era vida, lo demás, tonterías. Es comprensiva, empática, fuerte y siempre piensa en los demás antes que en ella. Le prometo que volveré por vacaciones y comeremos como cochinos.

Pol y Alberto no son menos. Siempre riéndonos de coña y pasándolo genial. Ellos también están para todo. Lo bueno, lo malo y lo peor. Son muy buena gente; se contagian su actitud y energía. Son… simplemente ellos. Les echo mucho de menos a los tres.

En cuanto colgamos, me pongo el pijama y me meto en la cama. Me quede dormido con una sonrisa de niño pequeño al que

acaban de regalarle un nuevo juguete.

4

Alex

Hacer los deberes me aburre. A decir verdad, siempre es lo mismo. Aunque hay cosas que me cuestan, las acabo entendiendo sin ayuda de nadie; como mucho de mi madre.

Miro el reloj de la mesita de noche: las 23:45. Decido irme a la cama, ya que he acabado todo lo que tenía que hacer y mañana madrugo. Me pongo el pijama y me meto en la cama con desgana. No tengo ganas de ir mañana a clase. En verdad, nunca quiero ir.

Esa noche tengo una pesadilla horrible.

El despertador suena a las 6:45. El único salvador de mis pesadillas. Me levanto y voy al lavabo a limpiarme la cara llena de lágrimas y a lavarme los dientes, me pongo una sonrisa como máscara con la que parece que soy feliz y me visto. Me dirijo a la cocina, donde el desayuno está en la mesa. Mi madre aprovecha para prepararlo siempre que se va más temprano que yo a trabajar. Cuando termino, cojo mis cosas y salgo dirección al infierno.

Primera hora: Química. Interesante, pero no es mi estilo. La clase no se me hace amena, la verdad.

Segunda hora: Matemáticas. Horror. Estas clases sí que se me hacen largas, siempre se habla de lo mismo y nunca se llega a nada en concreto; a veces, me pregunto para qué utilizaré todo lo que estoy aprendiendo en la vida cotidiana.

Por fin llega la hora del descanso a las 10:00. Voy al baño y después me dirijo a la cafetería buscando mi cartera para comer algo. Espero tener el dinero del almuerzo, para variar.

Cuando por fin tengo el monedero en la mano, me choco con el hombro de alguien. Ahogo un grito porque creía que me caería al suelo, pero eso no pasa. Alguien me agarra del brazo justo antes de caerme.

—¿Estás bien? —pregunta el muchacho con cara de preocupación—. No te he visto, lo siento.

Tendría mi edad, más o menos, alto, pelo negro corto y ojos dorados. Vaya. Iba vestido con un tejano azul y un polo del mismo color.

—Y… yo…—tartamudeo soltándome de su agarre sin brusquedad—. ¡Estoy bien!

«¡Pero que tonta! ¿Se puede saber qué me pasa?».

—Ha sido culpa mía por no mirar hacia adelante…—continúo con voz temblorosa.

«Madre mía… estoy haciendo el ridículo».

Él se agacha y toma algo del suelo. Caigo en la cuenta de que es mi monedero.

—¿Esto es tuyo? —me pregunta, extendiendo su mano para que lo coja—. Toma.

Lo miro con recelo. Es demasiado amable. ¿Una faceta? Puede ser…

—Eh… Sí… Gracias —consigo articular quitándole el monedero.

No puedo dejar de mirar sus ojos. Qué color tan raro… nunca había visto uno igual. Parecen oro.

—De nada —me responde con una sonrisa.

Se la devuelvo sin pensar, como un acto reflejo, y noto que me sonrojo como un tomate.

—Bueno… —mascullo—. Tengo que irme… gracias.

Salgo casi corriendo de la recepción hacia la cafetería.

Por Dios… ¿qué me pasa? Soy una idiota. Eso es lo que estará pensando ahora mismo, seguro. Suspiro al llegar a la cafetería donde él ya no me ve, ni yo puedo verlo.

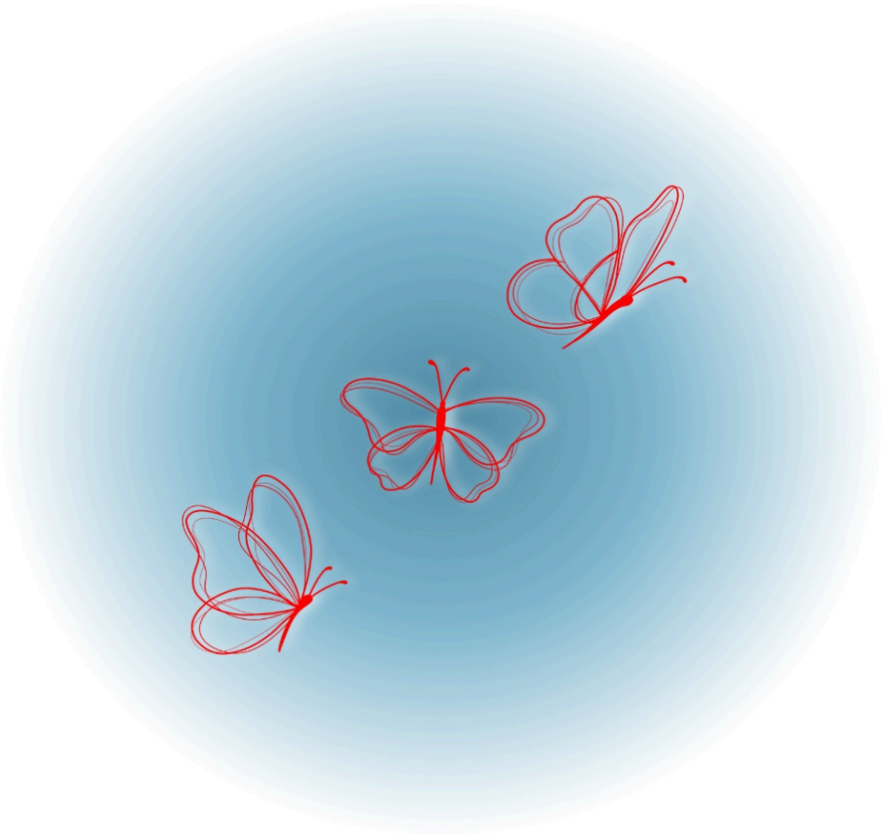
Hago cola para pedir mi bocata; no es muy larga y no va a durar mucho. Lo que no entiendo es por qué estoy tan nerviosa. Nunca me había pasado. Y no lo digo por lo de chocarme, no sé exactamente el porqué. Es un simple *tío*, como todos los demás. Seguro que se cree el rey solo por ser guapo. Me sonrojo de la rabia. ¿Por qué todos son iguales? Creídos y gilipollas.

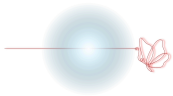
La fila va avanzando hasta que llega mi turno. Le pido a la chica un bocadillo de beicon con queso. A los cinco minutos, me trae uno envuelto.

—Tres con cincuenta, por favor —me pide.

Le doy el dinero justo y le agradezco con una sonrisa, abandonando la cafetería hacia un sitio más tranquilo para comer.

Cuando vuelve a sonar la campana, vuelvo a clase con una sensación que nunca en mi vida había sentido.





5

Ethan

Salgo del instituto con mi madre por delante, pensando en la chica con la que me he chocado hace un rato, y si de verdad no le habré hecho daño. Menos mal que la agarré a tiempo del brazo, si no, se la habría pegado fuerte contra el suelo.

—¿Qué te ha parecido, cariño? —Mi madre me saca de mis pensamientos, sobresaltándome—. ¿Te ha gustado?

—Me ha gustado —respondo—. Tiene el bachillerato que creo que necesito y es muy grande.

Mi madre asiente orgullosa.

—Ya tienes instituto entonces —me dice—. ¿Quieres que te inscribamos ya? Es viernes, habrá que hacerlo cuanto antes, ¿no?

Asiento mientras entramos en el coche.

—Si, para empezar ya —me pongo el cinturón—. El lunes podemos inscribirme, o esta misma tarde; puedo venir yo.

Así hoy estoy tengo algo más que hacer.

—Vale, me parece genial. —Arranca el coche y nos dirigimos a casa—. Te daré el dinero de la matrícula.

Esa misma tarde, mi madre me da el dinero para matricularme y comprarme los libros que me hacen falta. Salgo de casa; lo primero que hago es ir al instituto a matricularme, para poder empezar las clases el lunes. Después de finalizar con todo el papeleo, busco una librería. Pongo el GPS y veo que hay una cerca, así que me dirijo a esa voy.

Cuando llego, me acerco al mostrador para hablar con la dependienta.

—Hola —saludo con una sonrisa—. Vengo a preguntar por unos libros de clase.

Ella deja de hacer lo que está haciendo y por fin se digna a mirarme.

—¿Tienes la lista? —me pregunta sin saludar.

Se la doy, asintiendo. La observa un buen rato, como si de una novela se tratara, hasta que se levanta para ir a buscar los libros.

Después de un rato, vuelve con cuatro de ellos.

—Están estos cuatro, me faltan los otros restantes —dice, poniendo los libros en el mostrador para que los vea—. ¿Quieres que te los pida?

Acepto la petición, esperando a que haga el pedido de los que faltan. Mientras tanto, cotilleo un par de novelas de fantasía y magia, que me encantan, y me acabo llevando una al salir de la librería. Como no tengo nada que hacer, aprovecho lo que me queda de tarde y voy a comprar un chocolate caliente.

Cuando vuelvo a casa, no hay nadie. Dejo los libros en el escritorio, saco el libro que compré antes y me siento en la cama para echarle un vistazo mientras me tomo el chocolate caliente. Esa es mi tarde de viernes. Bueno, contando que tenía libre hasta el lunes, quiero aprovechar.

Pasado un buen rato, escucho la puerta de casa abrirse y miro la hora. Las 19:36. Salgo de la cama y voy a la cocina a tirar el vaso del chocolate caliente y ver quién ha llegado. Mi madre ya estaba en la cocina guardando la compra.

—¿Y papá? —pregunto, a modo de saludo—. Creía que estaría contigo, aún no trabaja, ¿no?

Concluyo, apoyado en el marco de la puerta.

—Está acabando unos papeleos —responde mi madre, guardando el pan.

—Ya veo…—suspiro.

La ayudo a acabar de guardar la compra.

—Ya me he matriculado —informo—. Empiezo el lunes. También fui por los libros, pero solo tenían cuatro de ellos, así que he pedido los otros...

—Vale —contesta mi madre—. ¿Te faltan muchos?

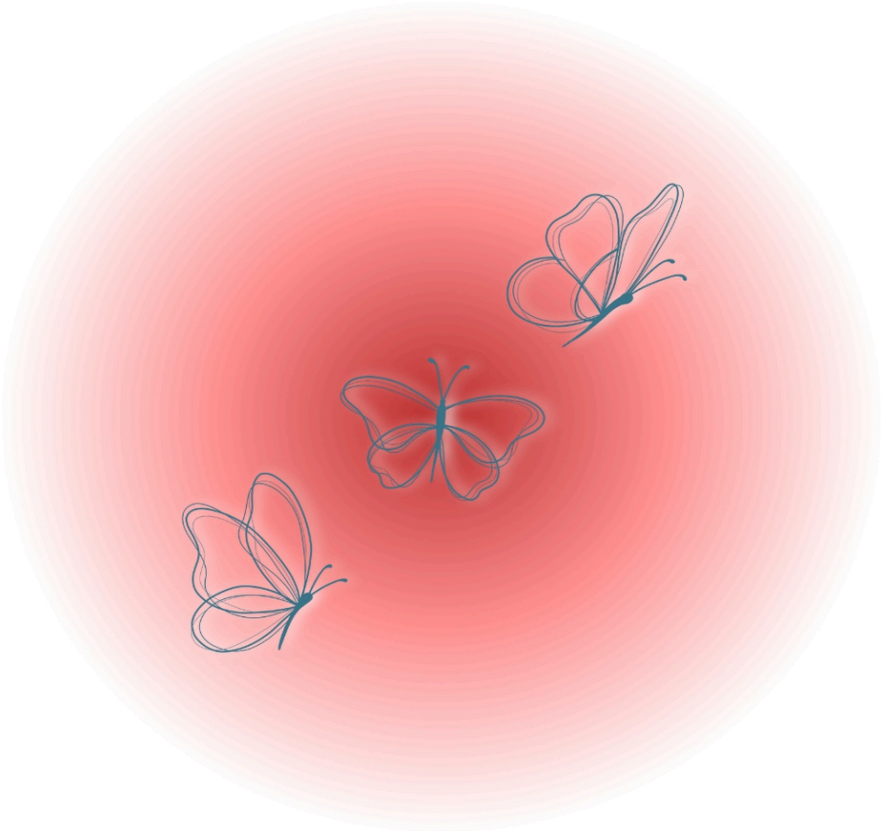
Niego con la cabeza. Mi madre empieza a hacer la cena (sanjacobos con patatas. He empezado a tener hambre) mientras esperamos a papá.

—Hace mucho que no haces sanjacobos, y te salen buenísimos —le digo con sinceridad a mi madre—. Deberías hacerlos más a menudo.

Mi madre me mira con una sonrisa de agradecimiento por el cumplido.

—Tenemos que celebrar que hemos acabado de sacar todas las cajas —dice, riendo—. Además, a tu padre también le encantan —continua con algo de timidez en su rostro y aun sonriendo.

Es verdad, le encanta todo lo que hace mamá. Y si algo no le gusta… No, no existe el caso. Río internamente. Esperamos a que llegue mi padre, que acaba tardando solo veinte minutos después de que preparemos la cena.



6

Alex

Estoy sentada en la cama haciendo los deberes cuando mi madre entra con un puñado de ropa doblada y la deja encima del escritorio.

—Guárdala cuando puedas, que, si no, se arrugará —me dice.

Yo asiento y vuelvo mi atención a los deberes, mientras mi madre sale, cerrando la puerta. En cuanto los acabo, guardo la ropa que mi madre ha dejado y salgo fuera a ayudarla con la cena. Al ver que ya ha acabado, decido darme una ducha.

«Necesito relajarme».

Al día siguiente, me sorprendo al levantarme tan tarde. Son las 12 del mediodía y parece que tengo resaca. Me siento en la cama y pongo una mano en mi cabeza. Me duele. Acabo por levantarme e ir a la cocina a comer algo, aunque sin mucha hambre. Mi madre no está.

«Claro. Son las 12, Alex».

No sé si desayunar o comer, pero como veo que hay una olla con espaguetis, decido comer viendo la televisión.

Al acabarme el plato, voy a la cocina a dejarlo en el fregadero y, seguidamente, recojo mi habitación y echo un vistazo a los deberes que tengo para la semana siguiente. Biología y Mates, estupendo. Como veo que hay muchos, decido que voy a empezar cuanto antes a hacerlos para quitármelos de encima.

Antes de empezar voy al baño, chocándome con el marco de la puerta. Ahogo un grito, más por la impresión que por el dolor.

De repente, me viene a la mente el chico con el que me choqué ayer en el instituto. Me pongo colorada al momento. No sé si porque el chico era tremendamente guapo o por la vergüenza que pasé.

En dos horas, he recogido la habitación, sacado la ropa a lavar y puesto los platos en el lavavajillas y terminado mis deberes de mates. Es lo que tiene tener una vida casi solitaria, por no decir aislada. Escucho la puerta de casa y salgo a encontrarme con mi madre; iba con un par de bolsas de la compra. Le ayudo con una y la dejo en la cocina junto a la que deja ella.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunto.

—Cansado, hija —me responde, suspirando mientras guarda la compra—. Mucho trabajo hoy.

Ella trabaja en una gestoría, así que, depende del día, la cantidad de trabajo varía mucho.

—No te hagas gestora, te lo ordeno. —Me señala con un dedo acusador.

Yo me río y empiezo también a guardar las cosas en su sitio.

—Después de trabajar, he ido directa a comprar, así tenemos para el resto de la semana y puedo olvidarme —comenta.

Me da el pan.

—Lo entiendo —digo guardándolo en el cajón—. Por cierto, necesito comprar material para Biología. Nada caro, solo unos rotuladores y demás. Es para un trabajo y quiero currármelo.

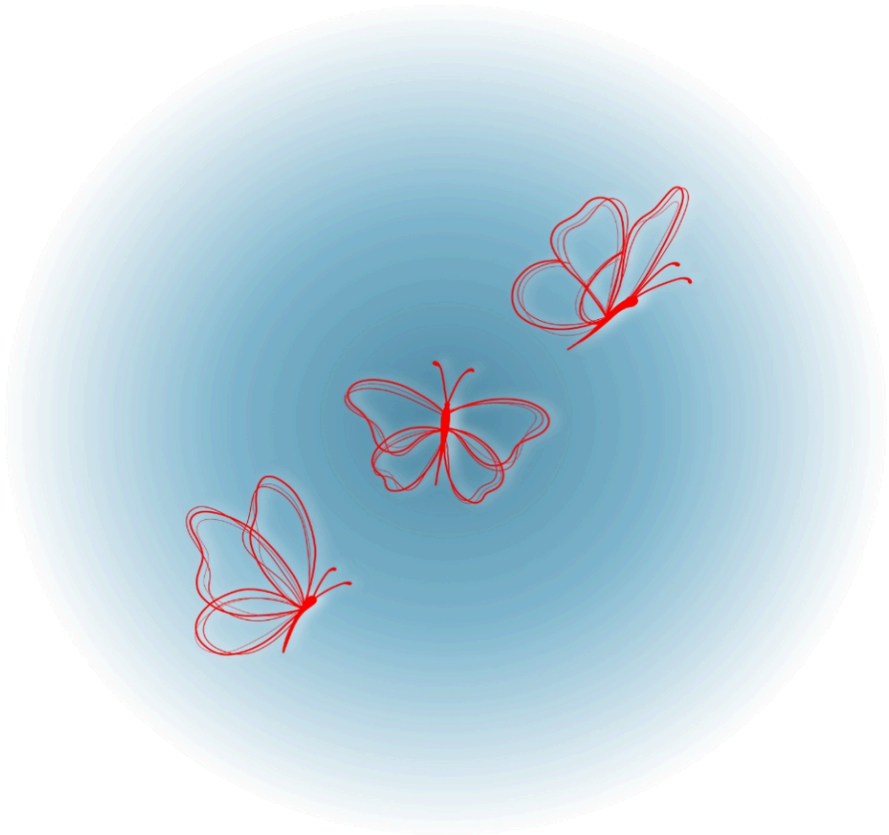
Mi madre asiente.

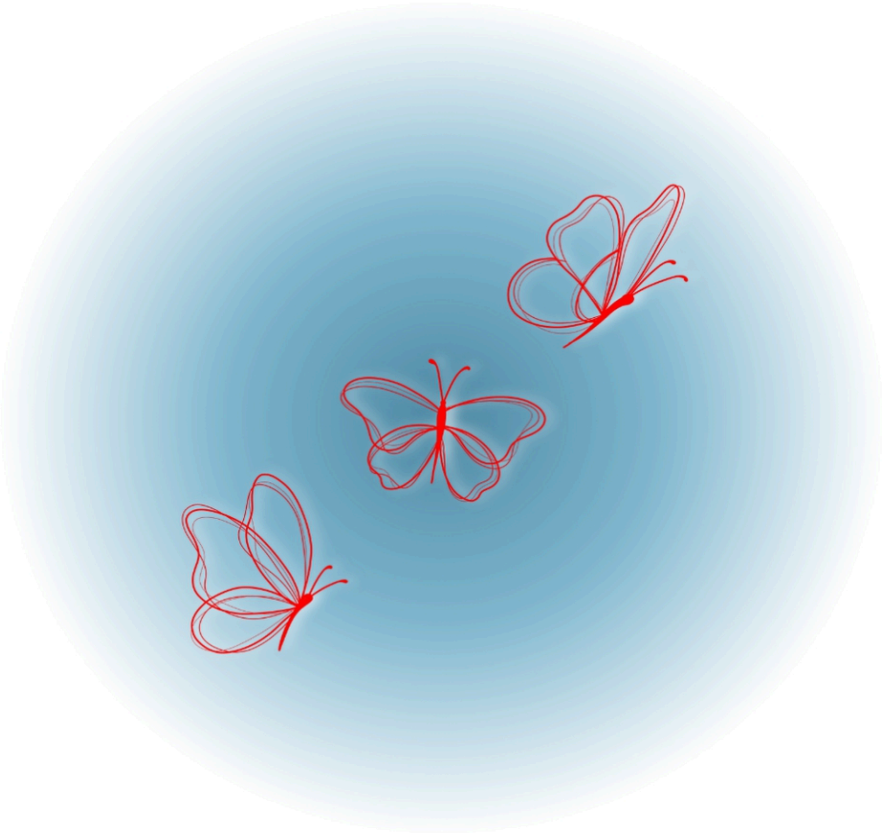
—Vale, te dejaré dinero para que compres lo que necesites —le agradezco y, cuando acabamos de recoger, cenamos juntas.

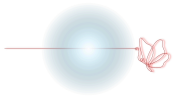
Son las 21:43 cuando acabamos. Nos sentamos en el sofá y ponemos la tele. Con la tontería, se hacen las 00:12, así que nos vamos a la cama en cuanto nos damos cuenta de la hora.

Los domingos por la mañana suelen abrir los quioscos, así que decido ir a comprar el material para el trabajo de Biología.

Ahora estoy en casa, haciendo maniobras para conseguir hacerlo todo. Además, pongo las imágenes adecuadas según lo explico. Tengo todo por el suelo, ya que hay más sitio que en el escritorio. Me tomo un rato libre para merendar cuando casi he acabado. Voy a la cocina, abro la nevera y la miro de arriba abajo. Me decido por un par de bikinis de jamón y queso. Cuando los termino de hacer, me siento en la mesa del comedor a ver la televisión mientras me los como.







7

Ethan

El sábado vamos a desayunar fuera y a recorrer un poco la cuidad, ya que conocemos bastante poco, y luego vamos a Barcelona. Así que ese es básicamente mi día.

Llegamos a Plaza Cataluña, cerca de la cual están lo que llaman «Las Ramblas». Hay mil y una estatuas, ya sean pintadas o con trajes, pero son todas maravillosas. Me encantaría poder pintarme la cara o hacerme esa clase de disfraces. Lo admiro. Después, nos quedamos en un centro comercial llamado *Maremagnum* a comer, rodeado de mar, y al lado de un puerto. Ya habiendo hecho la sobremesa y los cafés, vamos al Arco de Triunfo. Ese es mi sitio, en serio. Hay un montón de tiendas relacionadas con el anime, comics, etc... Entretengo bastante a mis padres en una de ellas, llamada Norma comics.

Justo al lado está el *Parc de la Ciutadella*, muy bonito también; nos sentamos un rato ahí a descansar y merendar algo. Entre unas cosas y otras, al final acabamos llegando sobre las 11 de la noche a casa. Me preparo algo de cena y me voy directo a la cama. La verdad es que he acabado cansado.

El domingo me levanto sobre las 10. Mis padres están acabando de colocar algunas cosas de la mudanza, así que yo me dedico a arreglarme para empezar el instituto mañana. El día anterior aproveché para comprar una mochila.

—Voy a hacer fideos a la cazuela para comer —dice mi madre mientras va a la cocina.

Suspiro de placer. Me encantan. Ella me oye y la veo negar con la cabeza riéndose. Yo me sonrojo al ver que se ha dado cuenta. Antes de comer me voy a la ducha; al acabar, la mesa ya está casi puesta, así que me visto rápido y salgo a comer.

Después, como tenía pensado, me echo una siesta. Me tumbo en la cama y miro un rato el móvil. Cuando me despierto son las 17:32. Me levanto de la cama y decido merendar algo. Al pasar por una puerta de camino a la cocina, mi manga se engancha con el pomo de ella y casi me caigo hacia atrás al estirar tanto. Me sale un «joder» instintivo y me desengancho la manga, entrando a la cocina.

Mis padres no están, y encuentro una nota con la letra de mi madre que dice que no tardarán en volver. Cojo pan, embutido y me hago un bocata. También saco un zumo de la nevera y vuelvo a mi cuarto, encendiendo el ordenador.

Durante esa tarde, hago una videollamada con Laura, Pol y Alberto, aunque no por mucho tiempo, ya que tienen cosas que hacer, pero al menos hablo un rato con ellos. Les conté que empezaba el instituto, que tuve suerte de hacerlo pronto, ya que por traslado te lo ponen más fácil. No me dio tiempo a contarles mucho más.

Al hablar del instituto me acordé de la chica que se chocó conmigo allí; fue como un flash. ¿A qué clase iría? Si fuese a la mía, al menos «conocería» a alguien…

Cuando mis padres llegan, ya lo tengo todo preparado para mañana; tengo ganas de empezar la rutina y adaptarme a este sitio. Mis padres proponen salir a cenar, aunque sea un rato, para celebrar nuestra instalación y que yo ya tengo sitio donde estudiar, así que eso hacemos. Al cabo de una hora, llegamos a un restaurante llamado l'Estoneta, donde sirven las mejores bravas y pinchitos que he probado. No tardamos en volver a casa, ya que madrugamos todos.

Me pongo el pijama, bebo agua y me meto en la cama.

8

Alex

La tarde del domingo la paso en casa con mi madre viendo un par de pelis y acabando el trabajo de Biología. Por la noche, cenamos algo de pan con embutido y nos vamos temprano a la cama. Al menos yo, ya que me espera otra semana interminable de instituto.

Tardé un rato en dormirme, pero al final lo conseguí.

Me suena el despertador, con pereza, me dirijo a la cocina a poner un par de tostadas en la tostadora y voy a vestirme mientras tanto. Cuando vuelvo a la cocina, las tostadas ya han saltado, así que cojo la mantequilla y la mermelada y las preparo suspirando, aún con sueño. Joder. Cada vez que pienso que he de ir al instituto, me dan náuseas. Casi no tengo hambre. Pero bueno, no tengo opción. Hoy me toca la exposición de Biología delante de toda la clase. Muy divertido, sí. Me acabo las tostadas, meto el plato y la taza en el lavavajillas y salgo de casa con la cartulina enrollada bajo el brazo y la mochila en la espalda.

Biología a primera hora. Cuanto antes presente el trabajo, mejor. Camino hacia el instituto preguntándome qué será de mí en la exposición. Ahora, estoy sentada donde siempre, mientras los demás van llegando, pero apenas presto atención. Llega el profesor y todos se sientan en sus pupitres.

«Espera…».

—Antes de empezar las exposiciones, que no me he olvidado… —Todos sueltan suspiros de resignación, junto a risas.

Pero yo no me estoy fijando en eso.

—Tengo el placer de tener un nuevo alumno en clase a partir de hoy. —Le pone una mano en la espalda al chaval que impidió que me cayera el viernes.

«Oh, Dios. ¿En serio? Esto no puede estar pasándome».

—Siéntate donde quieras, Ethan.

Ethan… estaba con la boca abierta, cuando mira al fondo, donde estoy yo, y la cierro al momento, mirando hacia otro lado al instante, pero veo como abre mucho los ojos al reconocerme. Mierda, seguro que estará pensado: «mira, la subnormal que casi se cae el otro día».

La sorpresa es mayor cuando veo que se sienta a mi lado. No puedo mirarle. Se me cae la cara de la vergüenza, seguro que estoy súper roja; noto mucho calor en la cara. No sé dónde meterme. ¿Y si pido ir al baño? No, será muy evidente. Joder… aún no he levantado la cabeza desde que se ha sentado, aunque sé que de vez en cuando me mira. Creo que tampoco se esperaba que estuviera aquí. ¿Por qué se ha sentado a mi lado? Casi todos están cuchicheando y sé exactamente sobre qué. Sigo preguntándome por qué se ha sentado aquí…

Mientras un par de personan exponen, sigo sin poder girar la cara, aunque de vez en cuando le echo alguna mirada cuando él no se entera. El profesor dice mi nombre. Joder. Me toca. Sin tener mayor opción, tomo mi cartulina y me levanto de mi asiento, en dirección a la pizarra, con un montón de miradas siguiéndome. Me muero de la vergüenza. Mi corazón late como un tambor, creo que se me va a salir del pecho. Parece que vaya a ahogarme en cualquier momento; mi respiración es entrecortada y apenas puedo controlarla; casi no oigo nada, solo mis propios pasos.

Pongo la cartulina estirada en la pizarra para que todos la vean, aunque a nadie le interese. Cuando me giro hacia la clase, no puedo evitar mirar a Ethan. Tengo los ojos llorosos de los nervios que tengo. Cruzamos miradas, ahí entonces me doy cuenta de una cosa: su mirada es de preocupación. Nos miramos fijamente durante un momento y parece que puedo oír lo que piensa: «Vamos, tú

puedes». Seguramente, habrá notado mi ansiedad y nervios por exponer, pero…

Entonces, retiro mis ojos anclados en su mirada y empiezo a hablar. De repente, no siento nervios, solo quiero acabar cuanto antes, nada más. Acabo la exposición y casi se oyen grillos. Cojo la cartulina mientras el profesor me da la enhorabuena y afirma que le echará un vistazo más a fondo. Vuelvo a mi sitio con la mirada en el suelo y me siento con un suspiro de resignación.

Quedan quince minutos de clase.

«Que pasen rápido, venga».

Con suerte, me tragará la tierra, si no me muero antes de la vergüenza.

Me cae una nota al lado. Frunzo el ceño y me doy cuenta de que la nota la ha dejado Ethan a mi lado. La abro.

«Aburrido, ¿no?».

Estoy completamente incrédula. Es imposible. ¿Le contesto? Joder, pero… ¿qué me pasa? Saco un boli de mi estuche medio roto. Esto es una locura. Suspiro.

«¿Aburrido?».

Le devuelvo la nota. ¿Qué estoy haciendo? Nadie me habla aquí, él es el único. No sé por qué le contesto. Al minuto, me pasa la nota.

«Bueno, no se me da muy bien… Tú eres Alex, ¿no?».

«Si, soy Alex».

La idiota que se chocó contigo.

Eso último no lo escribo. Como no sé qué más poner, le devuelvo la nota. Él la agarra y empieza a escribir. Vaya, es zurdo. Me la vuelve a pasar.

«Espero no haberte hecho daño el viernes, casi te caes porque yo estaba en medio…».

Obviamente me recuerda por eso. Pero en verdad fue culpa mía por no mirar hacia delante. El resto de la clase (los diez minutos

que quedaban), nos la pasamos mandándonos notas. Parece increíble, pero creo… que estoy equivocada con este chico.

9
Ethan

El despertador suena a las 07:30 y me quiero morir. Hace tantos días que no me levanto tan pronto que me cuesta mucho. Voy a la cocina cuando termino de vestirme y mi madre ya está despierta cuando llego, haciendo que me sorprenda. Me informa de que tiene turno de mañana. Desayuno unas tostadas preparadas por ella, después me hago un café. Al acabármelo, preparo mis cosas y salgo de casa hacia el instituto.

Llego sintiendo que estoy en mi primer día de clases. Entro en el aula y el profesor me presenta. Qué vergüenza. Al final de la clase hay una chica que conozco. Abro mucho los ojos sorprendido. Al menos alguien «conocida» está aquí. El profesor me da vía libre para sentarme donde quiera, así que voy donde está la chica y me siento. Ella está roja como un tomate, supongo que también me ha reconocido. Apenas me mira, pero de vez en cuando lo hace de reojo y yo me daba cuenta, así que no digo nada por el momento. Hoy tocan exposiciones, con lo cual poco hago en esta clase. El profesor dice «Alex» y la chica se pone rígida como un palo de escoba. Por fin tenía nombre: Alex.

Ella se levanta aún tensa y va hacia la pizarra con una cartulina enrollada. La prepara y, al darse la vuelta, me preocupa su mirada llorosa y nerviosa; parece que no vaya a poder hablar. Nuestras miradas se cruzan y por un momento noto su inquietud. Nos quedamos un instante así y ella (después de lo que me parece una eternidad) aparta sus ojos de los míos y empieza a hablar.

Al final parece salirle bastante bien. Recoge su cartulina, la deja junto al profesor y vuelve a sentarse a mi lado sin mirarme.

Cojo un boli y un papel en el que escribo: «aburrido, ¿no?». Cuando acabo de escribir, lo doblo y se lo paso a Alex. Parece alucinar, no sé por qué. Ella al final se decide por coger su boli y escribir. Me vuelve a pasar la nota.

«¿Aburrido?».

Cojo el boli otra vez.

«Bueno, no se me da bien… soy Ethan. Tú eres Alex, ¿no?» le escribo y se la vuelvo a pasar.

Ella parece suspirar y empieza a escribir. Vuelve a pasarme la nota.

«Sí».

Le debía una disculpa por lo del viernes; casi se cae por mi culpa. Así que allá voy.

«Espero no haberte hecho daño el viernes, casi te caes porque yo estaba en medio…»

Coge la nota y, al leerla, ella escribe de vuelta. Me cae la nota al lado y sonrío.

«Estoy bien. Fui yo la que no miraba hacia delante».

Niego con la cabeza y escribo.

«Yo tampoco estaba muy atento, te debía una disculpa. Por cierto, no conozco nada de esto, ¿me harías de guía?». Le paso la nota.

Se pone roja y empieza a escribir. Me la devuelve.

«Hay más gente, ¿por qué yo? Seguro que las de ahí delante estarán encantadas. No paran de mirarte». Frunzo el ceño y miro hacia donde dice.

Es verdad, pero no me miran a mí, sino a ella. Tenían una cara de asco increíble y yo alzo mucho las cejas ante eso. Se dan cuenta de que las estoy mirando y, descaradamente, giran la cara hacia otro lado. Eso me desconcierta aún más.

El timbre suena y cogen rápidamente sus cosas, yéndose con un gesto de enfado. Pero… ¿enfadadas por qué? Me giro hacia Alex,

que ya casi ha acabado de recoger sus cosas. Empiezo yo también a recoger y la sigo rápidamente antes de que se vaya.

—¡Espera! —le digo mientras la alcanzo y le doy un toque en el brazo. Ella se gira. Tenía una mirada extrañamente neutral—. Como te escribía… No conozco a nadie aquí salvo a ti.

—No, no me conoces —me dice a la defensiva—. Solo nos hemos visto dos veces, ¿y eso ya es conocernos?

Suelto un suspiro. ¿Por qué de repente se comporta así?

—Oye —digo alzando las manos en son de paz—. Sé que no nos conocemos realmente de nada —continuo—. Pero eres la única persona con la que he hablado aquí, hoy y el otro día, literalmente. No me ha dado tiempo a hablar con nadie más

Ella me mira dudando. Yo no digo nada más hasta que ella se rinde.

—Tienes razón —me dice suspirando—. Te enseñaré esto, *notas*.

«¿Notas?». Empieza a caminar y yo me doy prisa para alcanzarla.

—Gracias —digo riendo por el sobrenombre—. No me gusta empezar el instituto solo.

—De nada —responde sonriéndome, y me mira más relajada—. Sé lo que es sentirse solo en un instituto.

Ahora su voz suena apagada y su mirada parece triste.

—Oye, lo de las otras chicas… ¿Por qué te miraban así? —pregunto aún sin entender—. Porque no me miraban a mí, y de eso creo que te diste cuenta.

—Siempre miran así a quien no les caen bien —responde—. O sea, a los que no son como ellas… Y yo soy como ellas, claro —continua irónica.

Yo me río y niego con la cabeza.

—Pues menos mal que eres como ellas —le digo igual de irónico—. Si no, estaría solo ahora mismo.

Ella ríe.

—Esto es la cafetería, como puedes ver. —Me señala con la mano un tipo de bar que hay justo al lado—. Voy a por un bocata, ¿vienes?

—Sí, aprovecharé para cogerme uno yo también —respondo sacando el monedero de mi mochila.

Ella asiente mientras busca algo en la mochila, supongo que lo mismo que yo. Se pone seria de repente y frunce el ceño.

—¿Es que hoy también me han quitado el monedero o qué? —se pregunta a sí misma susurrando.

—¿Qué has dicho? —le pregunto sorprendido, frunciendo el ceño sin entender.

«¿A qué se refería con eso?».

Veo cómo saca el monedero con alivio.

—Nada, nada —dice—. ¿Vamos?

Continúa caminando. Aún en ascuas la sigo.

10

Alex

No me puedo creer que le esté enseñando el instituto a alguien. Nunca hablo con nadie. ¿Por qué él iba a ser diferente? No sé qué me está pasando. Igual solo me habla porque es verdad que soy la única con la que ha hablado aquí, o igual de verdad se interesa en conocerme… Frunzo el ceño y resoplo. Menos mal que no me han quitado hoy el monedero; habría hecho el ridículo.

Entramos dentro de la cafetería y hacemos cola. Bueno, una «cola» con dos personas delante tuyo.

Mientras la hacemos, apenas pienso con claridad. Le miro un instante y veo que está buscando dinero en la cartera. Se da cuenta de que le miro y él también me mira. Me sobresalto y se me cae la cartera al suelo. Mierda. Ahogamos un grito y él se agacha al mismo tiempo que yo a recogerla, con lo cual nuestras cabezas chocan.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¿Te he hecho daño? —le pregunto angustiada.

«Soy una idiota, como siempre la cago».

Él tiene una mano en la cabeza y una sonrisa de disculpa.

—Estoy bien, tranquila —ríe tímido—. Ha sido culpa mía por no darme cuenta de que te habías agachado tú también —me dice y me pone una mano en la cabeza—. ¿Tú estás bien?

Me quedo sin palabras.

—No, no, qué va, es decir, estoy perfectamente —digo sin evitar tartamudear, mientras él me quita la mano de la cabeza.

«Madre mía, esto va de mal en peor. Debe estar pensando en lo torpe que soy. Encima no hemos empezado muy bien siendo yo

tan borde».

Suelto un largo suspiro, dándome cuenta de que ya no hay cola, y voy hacia la dependienta con Ethan para pedir el bocata.

—Espero de verdad que no te hayas hecho daño, toma. —Me da la cartera.

—Gracias —le digo, casi mirando a otro lado para que no viera lo roja que estoy.

Pido mi bocata y espero a que Ethan haga lo mismo. Cuando nos los dan, pagamos, salimos y nos sentamos en un banco cerca de la entrada.

Mientras nos comemos los bocatas hay un silencio que me parece eterno. No sé qué decir ni de qué hablar, no sé cómo se hace esto de entablar conversación o algo así, nunca me he visto en esta situación, a decir verdad…

—Oye, ¿hay algo más que ver por aquí? —interrumpe mis pensamientos de una manera que me asusta. Le miro y niego con la cabeza.

—No creo—respondo aún aturdida—. Soy de quedarme aquí la media hora del descanso, no me muevo mucho —continúo, dándole un mordisco a mi bocata.

—¿Y eso? —pregunta curioso.

Suspiro. No me emociona mucho la idea de hablar con alguien, y menos con una persona que no conozco, pero me mira con tanta curiosidad que ni siquiera parece importarle morir, como aquel gato del refrán.

—Pues no me hablo mucho con la gente la verdad, por no decir con nadie —le confieso—. Por eso me gusta quedarme aquí, donde nadie viene a interrumpir mis pensamientos ni a molestarme.

Él levanta las cejas como si le impresionara.

—¿Por qué no hablas con nadie?

—A nadie le intereso.

—¿Interesar?

—Ya sabes, hablar, reír, tener una amiga. Nadie quiere eso conmigo, por eso no hablo con nadie.

—Y… ¿por qué conmigo sí? —me pregunta.

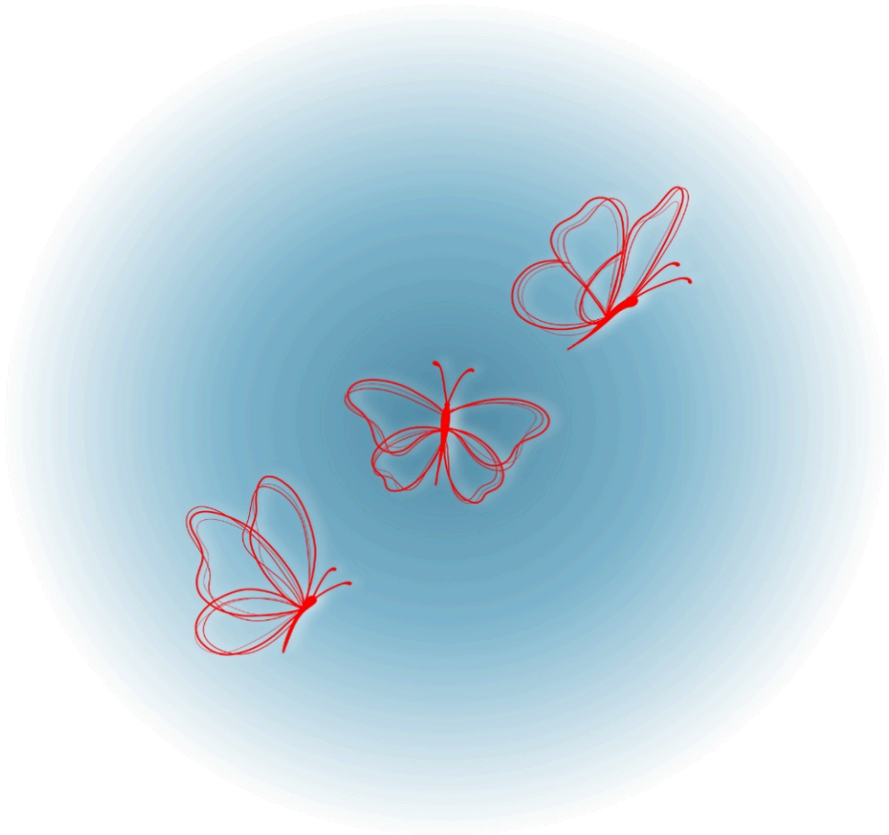
Me quedo pensando, mirando más allá de del patio, donde los adolescentes de todo tipo se relacionan jugando al fútbol, a básquet y demás. Algunos pegándose y haciendo bromas entre sí.

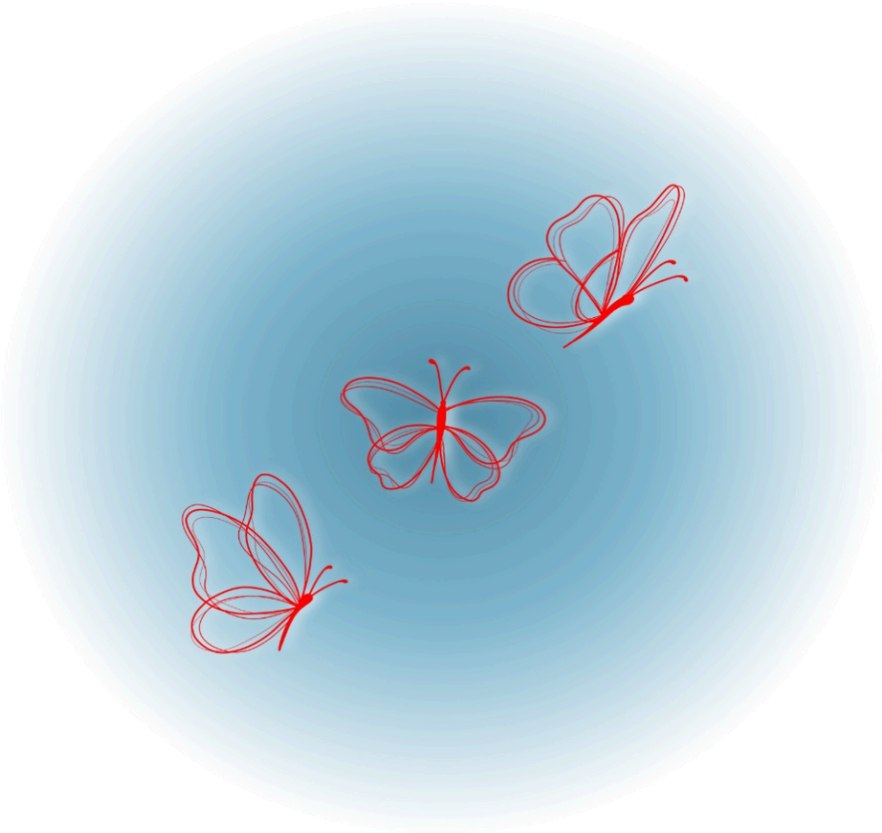
—No lo sé —le respondo, suspirando con sinceridad.

Frunzo el ceño dándome cuenta de que esto es una gilipollez y me levanto. Él se levanta también, extrañado. Abro la boca para decir algo, pero la vuelvo a cerrar. Después de unos segundos por fin hablo.

—Me tengo que ir. —Y simplemente salgo corriendo.

Le dejo con la palabra en la boca mientras me alejo, sintiendo en mi nuca su mirada enormemente confusa. Llego al baño y me meto en uno de los lavabos, sentándome encima del váter. Un mar de emociones me ahoga. Él tiene razón. ¿Por qué a él sí le he hablado, acompañado y enseñado todo esto? Suelto aire, sintiéndome literalmente una imbécil.





11

Ethan

Iba a impedir que se fuera, pero ya está en la puerta de la entrada. Estoy confuso. ¿He dicho algo malo? Frunzo el ceño y decido volver dentro a ver si encuentro a Alex, pero no la veo. Miro mi reloj y, como aún quedan diez minutos para que empiece la siguiente clase, trato de seguir buscándola.

Voy hacia la cantina, pero no está. Luego me dirijo hacia clase, pero tampoco, ya que aún está cerrada. Pasando la puerta del baño escucho que se abre y me giro. Por fin. Ella me mira y se intenta marchar, pero se lo impido agarrándola del brazo.

—¡Eh! ¿Por qué te has ido tan de repente? —le pregunto sin rodeos.

Ella se zafa del agarre y deja escapar un bufido.

—Y tú, ¿por qué me sigues?

«¿Por qué se cabrea?».

—Solo quiero entender por qué te has ido así, sin más —respondo algo molesto.

¿Ahora qué le pasa? Ella suspira y gira la cabeza. De repente, en su mirada no veo enfado, solo inseguridad y miedo. ¿Por qué? Abro la boca para preguntarle qué es lo que le pasa realmente, pero suena el timbre que anuncia el fin del recreo. Ella se sobresalta y se va corriendo hacia clases, me resigno y voy detrás de ella. Las clases siguientes terminan siendo un poco incómodas para ambos, pero no voy a ignorar lo que acababa de pasar.

Hay varias cosas que no comprendo. Estábamos hablando bien, como personas normales que se acaban de conocer; no sé cómo se

ha entorpecido la conversación para que se fuera de esa manera. Y además… hay una frase suya que me da vueltas la cabeza: «¿Es que hoy también me han quitado el dinero o qué?».

¿Cómo que «hoy también»?

Suspiro. Ella parece darse cuenta de ello, pero disimula. Luego está el hecho de que a nadie le interesa saber nada de ella. ¿Es eso posible? ¿Por qué? Cada vez me como más la cabeza... Y cada vez tengo más claro qué cosas preguntarle al acabar las clases.

Por fin suena el timbre y recojo a prisa mis cosas para alcanzar a Alex, que ya se va. La pierdo de vista casi a la salida; ya no la veo por ningún sitio. Chasqueo la lengua con la boca, enrabiado. Mañana, sin duda, hablaré con ella.

Vuelvo a casa pensando en mis cosas cuando alguien me para. Son tres chicas. Frunzo el ceño y, de repente, recuerdo que van a mi clase. Aunque sé que son las que miraban con asco a Alex intento sonreírles. Podría aprovechar para preguntarles sobre ella…

—¡Ey! —me dice una de ellas—. Eres Ethan, ¿verdad?

«Joder, que rápido se aprenden los nombres».

—Hola, sí, soy yo —le digo intentado ser lo más amable posible.

—¡Genial! —Me mira con la cara iluminada—. Estamos juntos en clase, creo que nos hemos visto.

«Obvio, cómo no fijarme en vosotras. Vuestra cara de asco se ve a kilómetros».

—Sí, lo sé —respondo con paciencia, mirando alrededor—. ¿Queríais algo?

Quiero irme a casa. No sé por qué no tengo ganas de hablar con nadie, la verdad. Sonríen ante mi «atención». La que me ha parado es quien habla.

—Verás, este viernes hacemos una fiesta en su casa —dice señalando a su amiga—. Y, como eres nuevo, necesitarás conocer gente y eso, así que estás invitado.

Muestra una sonrisa reluciente.

—Ven —insiste, guiñándome un ojo—. Te lo pasarás genial.

La verdad es que no parece mala idea. Puede que vea a Alex en la fiesta.

—No parece mala idea. —Se les ilumina el rostro ante mi respuesta, pero la reacción que viene ante lo siguiente hace que me eche atrás—. ¿Sabéis si Alex irá?

Les cambia la cara por completo. Se les borra la sonrisa brutalmente, de manera casi instantánea. Se miran entre ellas.

—Ella no está invitada —me dice otra de ellas—. Ella no…

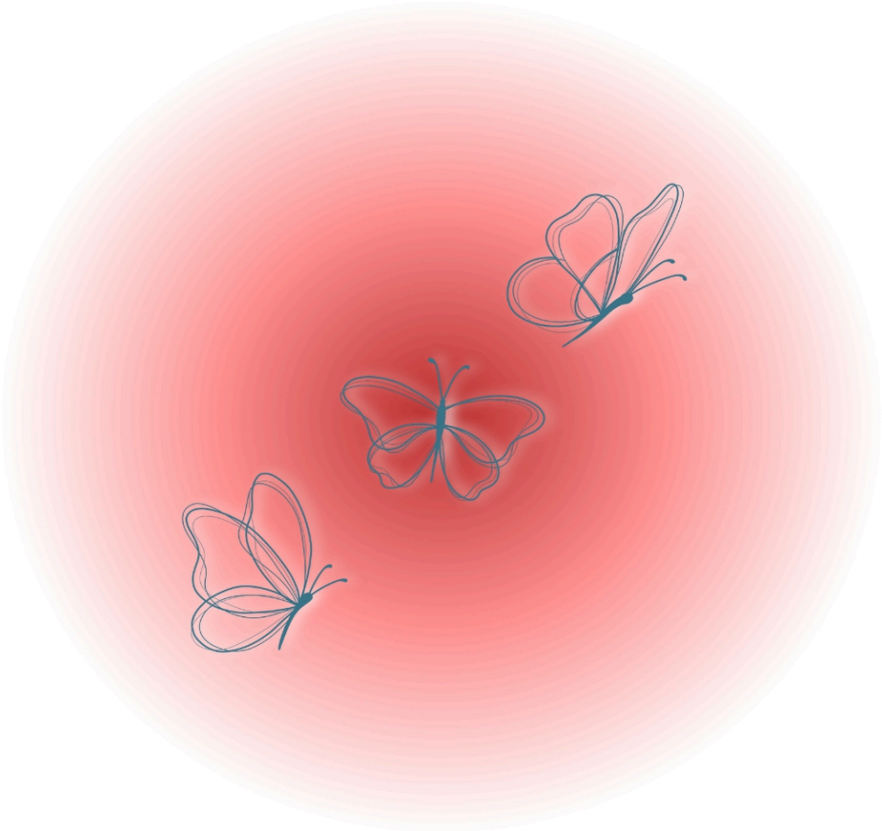
—Ella no, ¿qué? —pregunto incrédulo—. ¿Qué pasa con Alex?

—Simplemente nunca viene a las fiestas así que… ya pasamos de decirle nada —me responde rápidamente—. Solo eso.

No estoy tan seguro…

—Bueno. Me lo pensaré —digo por conveniencia más que por otra cosa, sonriendo de forma falsa—. Gracias por la invitación, nos vemos.

De camino a casa, me voy fijando si veo a Alex cerca, pero no es así. Llego a casa y la encuentro vacía. Mis padres aún están trabajando y llegaran bastante más tarde. Me han dejado la comida hecha, así que me pongo a comer. Luego me pondré a hacer los deberes, para no darle más vueltas a la cabeza con el tema.



12

Alex

Salgo del baño y le veo. Él se gira seguramente al escuchar el sonido de la puerta y me mira. ¿Me estaba buscando? Me giro para irme, pero él me lo impide cogiéndome del brazo y yo le miro molesta.

—¡Eh! ¿Por qué te has ido así de repente? —pregunta.

También parece molesto, y entiendo por qué. Me zafo del agarre enfadada.

—Y tú, ¿Por qué me sigues? —le suelto sin pensar.

¿Por qué me cabreo? Él no desiste.

—Solo quiero entender por qué te has ido sin más.

Porque tengo miedo. Giro la cabeza para que no me mire directamente a la cara. De repente, me siento como una niña pequeña a la que acaban de reñir. A los segundos (eternos), suena el timbre y yo me sobresalto, empezando a correr hacia clases. Él va detrás, pero esta vez no me sigue. Siento una mezcla de alivio y decepción por ello.

Las dos horas restantes de clase intento no mirar a Ethan. Parece pensativo. ¿Cómo va a estar después de mi comportamiento de antes? Me siento confusa, con miedo, y me sabe fatal haberle tratado así. Él solo quería ser amable y yo lo he estropeado todo. No sé si de verdad está interesado en mí; en conocerme. Pero, mirándolo de reojo, veo preocupación e indignación aparte de su estado pensativo. ¿Puede que de verdad quiera ser mi amigo?

Apoyo la espalda contra la silla, resoplando. Miro el reloj. Solo faltan diez minutos. Cuando pasen, podre salir corriendo, como siempre. Huir.

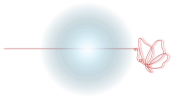
El timbre suena y recojo mis cosas rápidamente, me dirijo a la salida de clase antes de que Ethan me siga y me escondo en el baño. Suspiro de alivio. ¿O de impotencia? Pasan un par de minutos y salgo lentamente hacia la calle. Voy a irme hacia casa y ahogo un grito cuando veo a Ethan a lo lejos, mirado a un lado y a otro. ¿Me está buscando? No me lo creo. Igual busca a su madre. Claro que la busca a ella. ¿Cómo va a buscarme a mí?

Estoy medio escondida en una esquina. ¿Y si voy? Veo que parece rendirse y empieza a caminar al lado contrario al mío. A la mierda.

Salgo de la esquina y voy hacia donde él está, pero le paran. Yo freno en seco. Joder, tenían que ser ellas. Me quedo un momento parada mirando como hablan con él, como él sonríe y habla con ellas. De repente, siento rabia por haber huido, por haber sido así, por tener tanto miedo.

Me voy. Empiezo a caminar hacia casa. Mañana solo seré una más para él, no me mirará, ni me hablará, ni siquiera creo que me reconozca.

Llego a casa y no hago otra cosa que meterme en la cama y llorar.



13
Ethan

Eran las 8 cuando alguien entra por la puerta de casa, yo estaba en mi cuarto leyendo sin enterarme bien de qué iba la trama; tengo la cabeza en otro sitio…

—Ethan, ¿estás en casa? —pregunta alguien desde el comedor. Mi madre.

—Ya salgo, sí. —respondo levantándome de la cama.

Dejo el libro encima de la cama y salgo a su encuentro.

—¡Hey! —me dice animada dándome un beso en la mejilla—. ¿Cómo ha ido el primer día de instituto?

Suspiro.

—Bien, ¿y a ti el nuevo curro? —intento eludir el tema del insti, pero es muy evidente y no lo consigo.

Mi madre me mira alzando una ceja.

—¿Tan mal ha ido? —Como me conoce.

—No, la verdad —respondo quitándole importancia—. Solo ha sido un poco aburrido, nada más.

Pero que mal miento… Parece que, de tomarlo o dejarlo, mejor lo toma.

—Ya veo…—dice suspirando—. Bueno, igual mañana es más entretenido.

Mañana lo que quiero hacer es hablar con Alex seriamente, aunque su intención de animarme la agradezco.

—A mí el trabajo, bien —me responde ella a la pregunta—. Adaptándome.

—Supongo que también es cuestión de tiempo —digo apoyándome en el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados—. ¿Y papá? ¿Cuándo llega?

Mi madre mira el reloj.

—Creo que a y media acababa. —Eran las ocho de la tarde—. ¿Qué quieres cenar?

—Pues… lo que hagas, no me apetece nada así en concreto. —En realidad no tengo hambre, pero tampoco quiero hacerle el feo a mi madre.

—Illo, no me ayudas —dice mirándome acusativamente.

Yo me encojo de hombros sin saber qué más decirle. Vuelve su atención a la nevera.

—Pues sopa —sentencia.

Yo me río.

—De perita —le digo—. Voy a pegarme una ducha mientras, mamá.

Salgo de la cocina y me dirijo hacia el cuarto de baño.

Cuando acabé de ducharme me puse el pijama directamente y salí al comedor. Mi padre ya había llegado, así que cenaríamos los tres juntos.

Mi madre me dijo que fuera poniendo la mesa y así lo hice, cuando acabé, nos sentamos y nos pusimos a cenar. La verdad es que la sopa me entraba una *pechá*. Estaba canelita en rama.

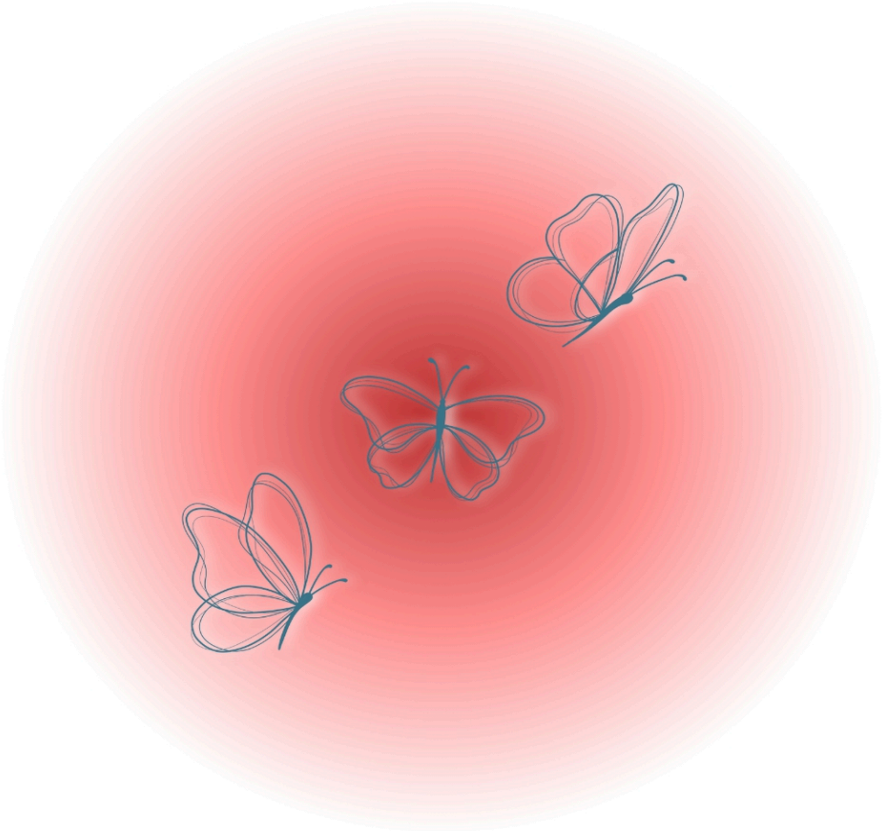
Cuando acabamos de cenar, ayudo a mi madre a recoger la mesa y les doy las buenas noches a mis padres para irme a la habitación a intentar seguir leyendo. Como no lograba meterme en la historia, decidí cerrar el libro y me pongo a dormir.

A la mañana siguiente, me sobresalta el despertador pegándome un susto que *pa´ qué*. Con pereza me levanto y voy a la cocina a poner unas tostadas en la tostadora mientras me visto.

Vuelvo a la cocina y me hago un café.

Cuando acabo, dejo todo en el fregadero, cojo mis cosas y me encamino al insti. Cuando llego a clases, recuerdo lo del día anterior.

Esta vez sí hablaré con Alex. Ayer no la cogí a tiempo. Pero hoy sí.



14

Alex

El resto de la tarde me la paso sin hacer prácticamente nada, salvo ducharme. Por la noche, ayudo a mi madre con la cena, cenamos, recogemos y me voy directa a la cama, sin apetecerme hacer nada más.

A la mañana siguiente, desayuno sin prisas y mi madre me lleva al instituto. Sin ganas, entro al centro por la puerta principal y me dirijo a mi clase. Al llegar a la puerta, veo a Ethan y freno en seco.

«Mierda, es verdad». Alguien me empuja.

—Sal del medio. —Escucho que dice mientras pasa de largo.

Suspiro y continúo andando, sentándome donde siempre, sin mucha más opción. ¿Cómo no iba a estar en clase? Es obvio… Vuelvo a suspirar y saco las cosas de la mochila, mientras el profesor entra y cierra la puerta dispuesto a empezar la clase.

Pasa un rato, el cual estoy intentando no mirar a Ethan y, de repente, me cae un trozo de papel al lado. No me sorprende al ver que es de él. Cojo la nota y la abro con cautela.

«Ayer quise hablar contigo, pero no te encontré por ningún *lao´* después de clases, ¿hablamos luego?».

Suspiro. La vuelvo a doblar y me la guardo en el estuche. Asiento con la cabeza con timidez, ya que él me está mirando. Un momento… entonces… ¿Ayer me estaba buscando a mí? ¿De qué hablaría realmente con las chicas?

Parece aliviado al verme asentir, supongo que por zanjar esto ya y librarse de mí. En realidad, me da igual, no es que haya tenido

esperanzas de que alguien por fin se fijara en mí y quisiera ser amigo mío. No tengo nada que perder, lo sé.

Las dos horas antes del recreo se me hacen eternas y, cada vez que miro el reloj, parece ir más lento. Estoy nerviosa y no sé por qué. Cuando suena el timbre, suelto el aire que parece que haya estado aguantando las dos horas de clases, con mis nervios a flor de piel. ¿Por qué? Si ya sé lo que va a pasar. No entiendo a qué viene tanto drama.

Estoy saliendo por la puerta cuando Ethan me alcanza.

—¡Alex! —me llama. Yo sigo caminando mientras él se coloca a mi lado, caminando también—. ¿Vamos donde ayer?

—Como quieras —respondo yo, neutral.

Quiero acabar con esto cuanto antes. Llegamos al sitio y nos sentamos. Él empieza a comerse el bocata

—¿De qué querías hablar? —Voy al grano.

—Sobre lo que pasó ayer —responde al tragar un trozo de bocata—. Te fuiste de repente y aún no sé por qué.

«Me lo imaginaba».

—Intenté encontrarte después de clase, pero eres más rápida que la suerte, así que hoy no te libras de contestarme —añade.

Vaya, él también va al grano. Suspiro.

—Porque en una cosa tenías razón —respondo—. No sé por qué empecé a hablarte y a enseñarte todo esto. —Me mira extrañado. Intento explicarme—. Nunca he hablado con nadie como contigo. Nadie suele querer hablar conmigo.

Él niega con la cabeza, suspirando.

—¿Por eso te fuiste así? —me pregunta, casi indignado.

Yo agacho la cabeza, soltando el aire que tengo atascado, sin responder.

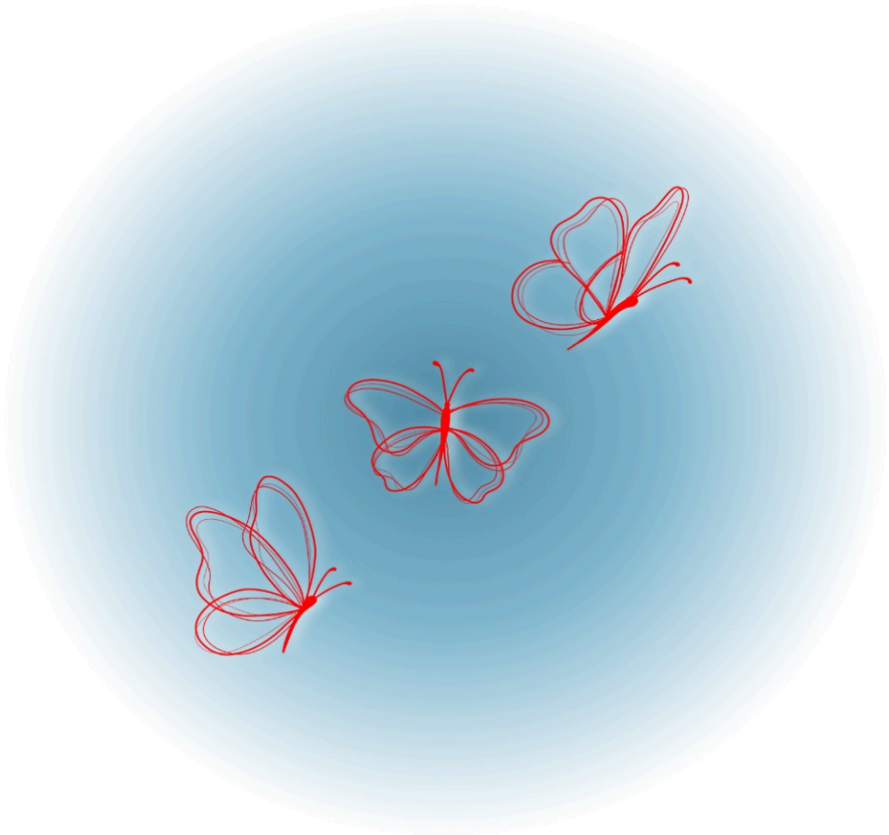
—Oye —llama mi atención—. Este viernes hacen una fiesta.

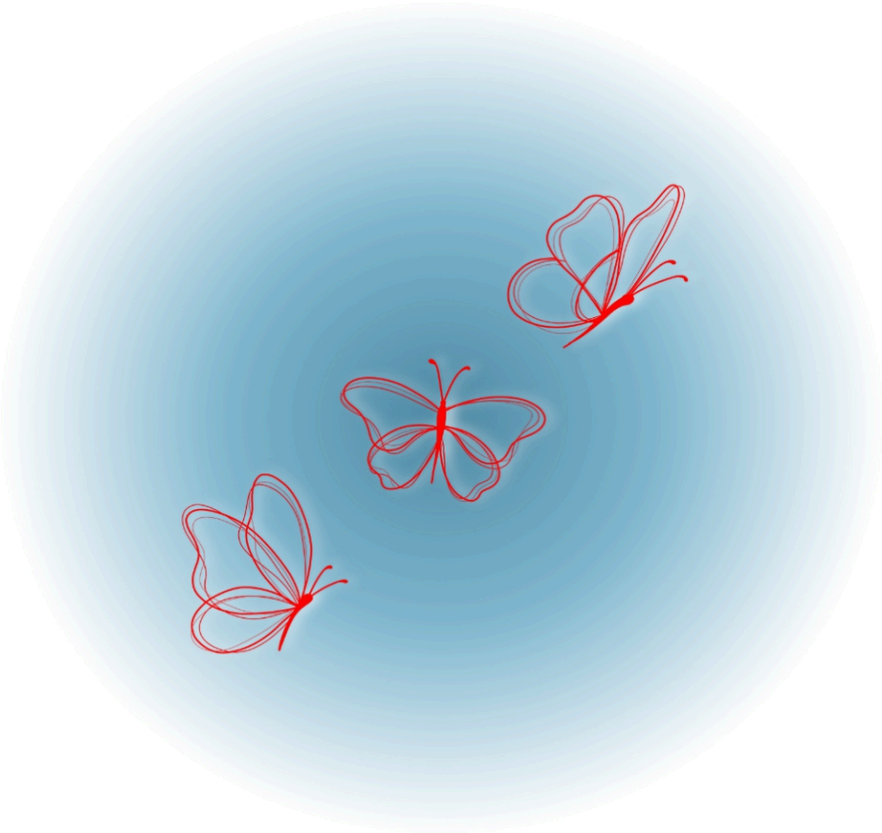
«Así que de eso hablaba con ellas».

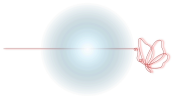
—¿Quieres ir? La organizan Carla y las demás —continúa—. Sé que nunca te apetece ir, pero…

Yo me río ante el comentario. Ethan calla de golpe y me mira, esperando una explicación.

—No es que no me apetezca ir, Ethan —confieso la verdad—. Ellas no quieren que vaya.







15
Ethan

Ahora lo entiendo todo. Por eso reaccionaron así al mencionar a Alex. Y sus caras en clase, la actitud de ella... Recelosa, desconfiada. De repente, siento mucha pena por dentro, pero más que eso es el hecho de no saber realmente nada. Nos acabamos de conocer, en parte es normal que desconfíe, no le puedes pedir a alguien que acabas de conocer que se abra tan rápidamente.

—Pues yo tampoco iré. —Me mira con los ojos como platos, sorprendida por la respuesta—. Como sabes, solo te conozco a ti, así que no voy a ir a una fiesta donde ni pincho ni corto.

Ella sigue igual de sorprendida, sin hablar.

—Podríamos quedar tú y yo —le digo, provocando que reaccione.

Menos mal. De la sorpresa, ahoga un grito.

—¿Qué? —dice nerviosa, tartamudeando—. ¿Tú y yo? ¿Para qué?

Yo me río disimuladamente y ella sigue sin saber qué decir.

—Normalmente la gente suele quedar para hablar, tomar algo, dar una vuelta… —resumo algo coqueto, con humor.

Al ver que sigue en shock, le doy un codazo cariñoso en el brazo.

—Venga mujer, ¡que no es para tanto! —le digo riendo, intentando que se relaje un poco. Después, me pongo más serio—. Quiero ser tu amigo, Alex, nada más.

Ella me mira como si esa opción no fuera posible, pero, para mi sorpresa, acaba por acceder.

—Bueno… vale —dice tímida.

Yo le sonrío con complicidad, mientras ella vuelve a bajar la cabeza, esta vez por la vergüenza.

—Genial entonces —le digo—. A eso de las cinco estaría bien.

Me levanto, la ayudo a levantarse (gesto que le sorprende, no sé realmente por qué) y empezamos a caminar hacia clases, ya que falta poco para la vuelta. Qué rápido pasa el tiempo de descanso…

—¿Seguro que no quieres ir a la fiesta? —me pregunta de repente—. Parecían contentas…

«Un momento…».

—¿Me viste con ellas? —digo parando en seco.

Ella enrojece al darse cuenta de su error, pero, como ya es tarde, no tiene más opción que simplemente asentir con algo de culpabilidad.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunto sintiéndome mal —. Ayer te estaba buscando y me pararon. Ahí fue cuando me invitaron a la fiesta. —Niego con la cabeza—. La verdad es que estaba más pendiente de si te veía a ti que de ellas.

Ella se queda callada, sin saber qué decir.

—Yo…—empieza a hablar intentando buscar alguna excusa aceptable, pero al no encontrar ninguna, se rinde exhalando—. Me comporté como una idiota ayer en la hora del almuerzo y quería disculparme. Pero, cuando salí a buscarte fuera, estabas con ellas, y me escondí en una esquina.

Se queda callada por un momento.

—Creí, al verte hablando con ellas, que ya habías hecho nuevas amigas… —se sincera.

Suspiro, negando con la cabeza.

—Alex —le digo con calma—. Primero de todo, no hace falta que te disculpes por eso, creo que voy pillando por qué hiciste lo que hiciste —le tranquilizo.

Se me queda mirando.

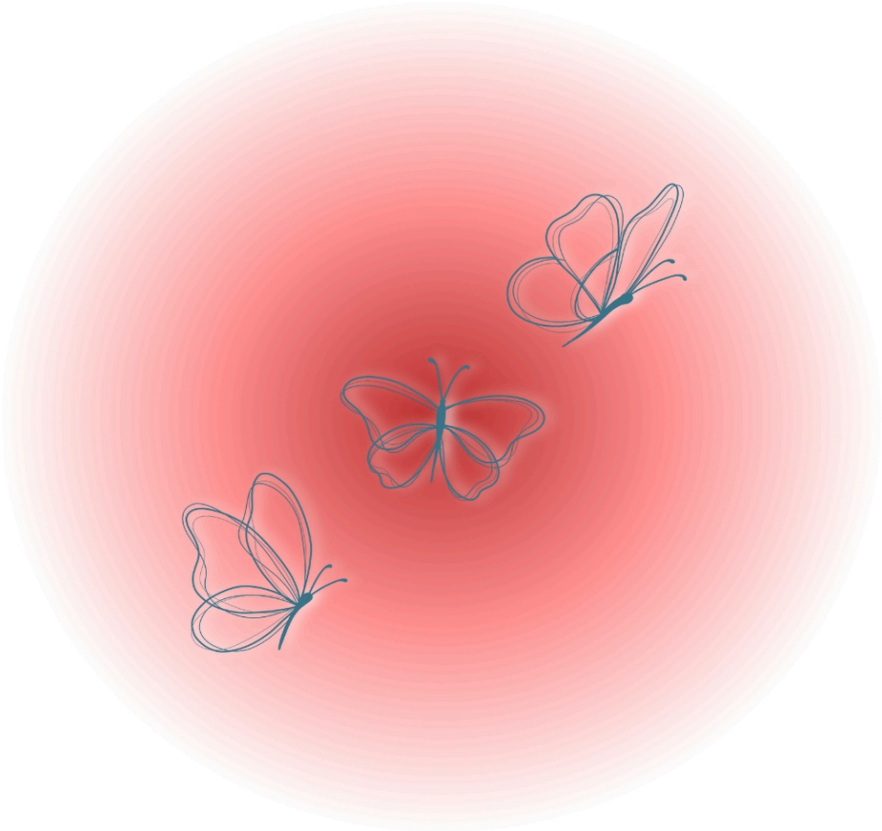
—Y segundo, ¿Carla y estas? —Chasqueo la lengua, negando —. Solo fui amable con ellas, nada más. De hecho, no me gusta nada el palo del que van.

Entrecierro los ojos, mirando justo hacia donde están ellas, al otro lado del instituto.

—No sabía que me estabas buscando…—dice ella, con una mirada que no logro interpretar.

—Bueno, dadas tus reacciones, solo quiero comprender lo que pasa —me sincero yo también.

Es verdad que quiero entenderla, ser su amigo, y quiero hacérselo ver. Al decir eso, ella no responde y se queda pensativa.



16
Alex

Me siento rara. Creía que simplemente pasaría de mí y, sin embargo, ha querido hablar conmigo y me ha dicho de quedar el viernes, así, sin más; como si fuera algo normal para mí.

De primeras, no puedo creer que haya aceptado.

No sabía que ayer me buscaba a mí, ni mucho menos lo imaginaba después de verlo hablar con las chicas. No sé si he hecho bien en decirle que sí…

Volvemos a clases después del descanso y yo me siento demasiado tímida, como si algo no estuviera bien, aunque Ethan no para de demostrarme lo contrario (o eso parece). Como dijo antes, solo fue amable. ¿Y si solo es amable conmigo? Suspiro, viendo la clase pasar. Mi cabeza va a mil por hora, al igual que mi corazón, ante la simple idea de que alguien pueda llegar a comprenderme.

En la vuelta a casa, casi ni escucho a mi madre; me costaba concentrarme. Ella me deja en casa y se va a trabajar de nuevo, al acabar de comer.

Ahora, estoy en el sofá «viendo» la televisión, acurrucada con la manta hasta la nariz, aunque haga algo de calor, con la cabeza hecha un lío. Aún sigo pensando en si he hecho bien en decirle que sí. Sacudo la cabeza, negando. ¿Por qué no? Ha sido él quien ha dado la idea, me cae bien, es diferente. ¿Y si realmente hablaba con ellas de mí? ¿Y si todo es para fastidiarme?

Gruño frustrada, tirando la manta al otro lado del sofá y me levanto. Me dirijo a la cocina y abro la nevera. Busco la crema de cacao y cojo el pan de molde. Me hago dos sándwiches y vuelvo al sofá. Ya le he dicho que sí, así que no tengo mucha opción, porque

tampoco soy de esas que dicen que sí y luego, de repente, se inventan una excusa para no ir.

Abren la puerta de casa.

—¿Alex? —pregunta mi madre.

—En el sofá —respondo suspirando.

Aparece por la puerta del comedor y mira alzando una ceja cuando ve los sándwiches.

—¿Desde cuándo comes eso? —me pregunta sorprendida—. Hace años que no comes chocolate de esa manera.

—Me apetecía —le digo indignada—. Me sorprende que tú no lo comas.

Se ríe y viene a sentarse conmigo.

—¿Qué pasa? —me pregunta mirándome y cruzándose de brazos.

—Nada, ¿qué va a pasarme? —le digo evadiendo su mirada.

—Venga va, que yo también he vivido la confusión del instituto, los chicos… —Abro mucho los ojos, sorprendida.

«¿Cómo lo sabe?».

—Dios mío mamá, no digas tonterías —le digo rápidamente—. Sabes que nadie me habla en el instituto.

—Te conozco, Alex —me dice con tono tranquilizador—. Te daré un consejo, aunque tal vez no quieras escucharlo…

Apoya una mano en mi pierna.

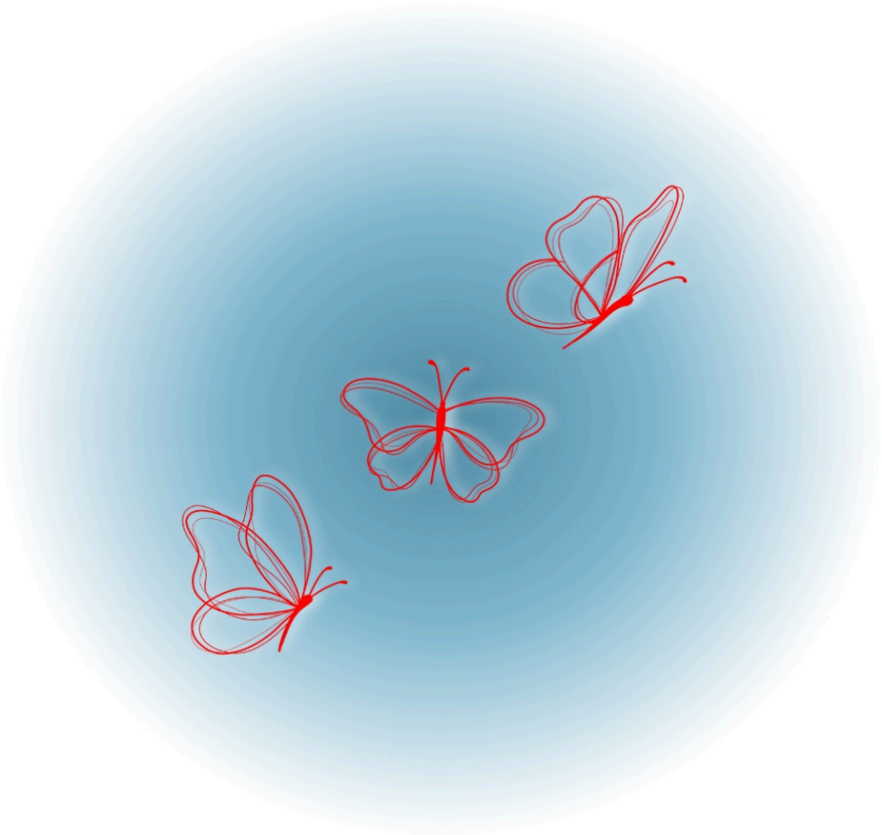
—Date una oportunidad, hija. Mereces ser feliz. O al menos intentarlo. —Su mirada es severa y seria—. Si no sale bien… tendrás más oportunidades.

Se levanta suspirando.

—Voy a hacer la cena —dice, saliendo del salón.

Me quedo pensativa mirando el sándwich. Tiene razón. No tengo que darle a él una oportunidad, si no a mí misma. No tengo nada que perder, así que, ¿por qué no?

Si no sale bien… mi vida será la de siempre, sola, aburrida, monótona, sin sentido…



17
Ethan

Mi madre viene a recogerme al instituto, vamos a comprar y luego a casa. Al llegar, comemos los dos juntos y después me pongo a hacer los deberes en la habitación.

Me alegra haber hablado las cosas con Alex. Empiezo a entender su actitud recelosa, desconfiada y distante. Tampoco esperaba que me dijera que sí a quedar el viernes; fue toda una sorpresa, la verdad, y me alegré mucho.

Quiero conocerla mejor. Me parece una chica interesante e inteligente. Parece sensible y le sorprende que alguien quiera hablarle o estar con ella; no está acostumbrada. Le quiero demostrar que no todas las personas son iguales, y hacerme amigo suyo, aunque eso ya casi está.

No había muchos deberes, así que en un destello los acabo. Paso algunos apuntes a limpio y me pongo un poco al día con el temario del trimestre, para quedarme con lo que habían ido haciendo. No se diferencia mucho del de Málaga, así que me venía genial.

Cuando acabo, voy a la cocina a ver si mi madre está haciendo la cena. Cuando llego al comedor, la veo allí doblando ropa.

—¡Ey! —me dice al verme—. ¿Qué has estado haciendo? Casi ni te he visto el pelo hoy en toda la tarde.

—He estado haciendo algunos deberes que nos han mandado y pasando apuntes a limpio —le respondo perezosamente—. Creo que voy a ducharme antes de cenar.

Vuelvo a moverme en dirección al pasillo.

Mi madre asiente mientras acaba de doblar el último pantalón.

Cuando llega papá, mamá ya estaba haciendo la cena. Ponemos la mesa, cenamos los tres mientras vemos la tele y comentamos algunas cosas que nos han pasado en el día, bueno, ellos más que yo.

El día siguiente, miércoles, pasó bastante rápido, la verdad. Estuve la mañana con Alex pasándonos algunas notas y hablando, las clases se hicieron algo aburridas, pero, como he dicho, con Alex se hacían más amenas.

Cuando las clases acaban, nos despedimos y nos vamos a casa. Para el día siguiente tenía deberes de Matemáticas, así que esa fue mi tarde, descifrando cómo hacerlos. Finalmente los acabé, así que por fin podía descansar un rato, aunque no duró mucho, ya que pronto tuve que ayudar a mi madre a poner la mesa.

Después de cenar, veo un rato la tele con mis padres y luego entro en la habitación habiéndome despedido de ellos para dormir. Ahora estoy con el móvil hablando con Laura y otros amigos, lo que hace que el tiempo se me pase volando. Laura me hace reír con sus tonterías de siempre, además de contarme cómo les va la vida y la búsqueda de universidades y otros temas.

Nos pasamos hablando media hora o así, hasta me despedí de ellos, ya que tengo que madrugar. Dejo el móvil a un lado cargando y me duermo.

Al día siguiente, el despertador me suena sin ninguna piedad a las 6:50 de la mañana, lo cual me hace gruñir a la nada. Sabiendo que el aparato no escuchará mis lamentos, me pongo en pie y empiezo el día.

Después de vestirme y desayunar, voy de camino al instituto.

18
Alex

El miércoles fue bastante entretenido, y que diga yo eso es algo extraordinario, ya que estuve hablando con Ethan mediante algunas notas y con algunas de ellas no tenía otra cosa que hacer que reírme; algún día nos echarán de clase. En verdad me daba igual. Era la primera vez que me sentía a gusto de verdad, era increíble.

Aún tengo miedo, mucho. No sé exactamente por qué, tengo la sensación extraña de que con Ethan todo va a ser diferente. Él es distinto, pero, aun así, en mi interior algo me angustia. Tengo incertidumbre, miedo, recelo, rechazo. Sé que después de todo lo que me ha dicho y cómo se comporta conmigo es demencial pensarlo, pero no puedo evitarlo. Y lo siento. De verdad que lo siento.

La hora del patio la pasamos donde siempre, aunque el que hablaba más es él; yo solo contesto depende de lo que me diga. Me gusta escuchar su gracioso acento. Me contó que venía de Málaga, así que entendí al momento dicho acento, y tenía una ligera idea de dónde podía ser, hasta que él mismo me lo confirmó.

A las 14:30 nos despedimos y cada uno va a su casa. Ahora, tumbada en la cama, me doy cuenta de que ya quiero que llegue mañana. Estoy nerviosa, la verdad. No sé cómo va a ir. Le veré primero en el instituto, eso también me da tregua para saber lo que le gustará hacer; le tendré que preguntar. O no, mejor dejo que sea él quien saque el tema; ahora que lo pienso, no sé exactamente qué conoce de aquí.

La alarma suena a las 6:50 el viernes. Me levanto, me visto y voy a hacerme el primer café del día. Mi madre aún no se ha

despertado, pero creo que hoy libra, así que mejor no la despierto.

Me tomo el café con pereza, cojo mis cosas y salgo de casa dirección al instituto. De camino, siento mi estómago con cosquillas y no sé realmente por qué. Son como hormigas o mariposas revoloteando que hacen que hasta sienta nervios por llegar al instituto. En mi vida me había pasado esto. Impensable.

Llego a clase y me siento donde siempre. Ethan aún no ha llegado; siento un poco de decepción por no verlo todavía. Suele llegar justo de tiempo también.

Las Tres Marías, como las llamo yo, llegan después de mí, también sentándose en su lugar.

Ethan llega después. Se me escapa sin querer una sonrisa al verle. Madre mía, qué tonta. Cuando me ve, también me sonríe, y eso, no sé por qué, hace que me invada un alivio importante.

Veo que las chicas le saludan y él le devuelve el saludo, pero apenas las mira. Se sienta a mi lado y con su sonrisa me da los buenos días.

Joder, quiero que sea él quien rompa el muro de mierda que tengo.

Quiero que sea él.

19
Ethan

«Ella siempre tan temprano».

Cuando llego a clase Alex ya está en su sitio y le sonrío al ver que me está sonriendo. Me siento a su lado, como de costumbre.

—Buenos días, Alex —le saludo. Ella vuelve a sonreír—. ¿Cómo estás?

—Buenos días —responde ella—. Como siempre. ¿Y tú?

—Bien —respondo con ánimo mientras saco los libros y la libreta.

Llega el profesor y las clases empiezan. Pasa un rato y suspiro perezosamente echándome hacia atrás en la silla. Me giro para mirar a Alex y la veo aparentemente atenta a la clase. Vuelvo a ponerme bien en la silla y arranco una hoja de la libreta que tengo delante.

«Me da mucha pereza dar clase hoy» escribo, doblo la nota y se la paso a Alex. Ella sonríe y se pone a escribir. Cuando acaba, me pasa la nota.

«¿Y cuándo no?» pone en ella. Cierto. Sonriendo, escribo de vuelta.

«Tienes toda la razón. Por cierto, aún sigue en pie lo de hoy, ¿no?» se la paso. Ella se sonroja un poco y se pone algo nerviosa. Empieza a escribir. Cuando acaba, me pasa la nota.

«Claro, si tú quieres. ¿Qué es lo que conoces? ¿A dónde sabrías llegar?» leo.

Es verdad. Algo conozco.

«Creo que al centro» le escribo de vuelta.

«Me parece bien, pero es muy grande, ¿conoces la iglesia?» me pregunta.

Creo que sí. Asiento con la cabeza y ella vuelve a escribir.

«Entonces, ¿qué te parece en la iglesia?».

«Me parece bien» respondo. Ella toma el papel.

«Seguimos hablándolo luego, si quieres».

Yo asiento, mirando al frente y guardando la hoja de papel.

El resto de clase intentamos no reírnos y pasar desapercibidos, todavía pasándonos alguna que otra nota comentando lo que pasa. En una ocasión, a mí se me escapó un poco la risa. Menos mal que están más distraídos que otra cosa, aun así, me tapo la boca, mirando a Alex, que sonríe mientras niega con una mano en la cara, en plan «tierra trágame».

Por fin acaban las clases y llega el descanso. Al salir de clase, Alex sale a toda prisa, como huyendo de una manada de leones. Yo salgo detrás de ella.

—Madre mía, Ethan —me reprocha—. Menos mal que estaban distraídos. ¡Nos hubieran vuelto a pillar! ¡Sería la tercera vez esta semana! ¿Por qué quieres hacerme pasar vergüenza?

Me gusta ver a Alex más animada, extrovertida y sonriendo, me hace sentir bien y aliviado después del mal entendido del otro día. Espero que siga con ese buen humor, le sienta muy bien.

—¿Y yo qué quieres que haga? —le pregunto como si la cosa no fuera conmigo—. Es tu culpa con las cosas que me dices en medio de clases.

Ella niega con la cabeza, incrédula.

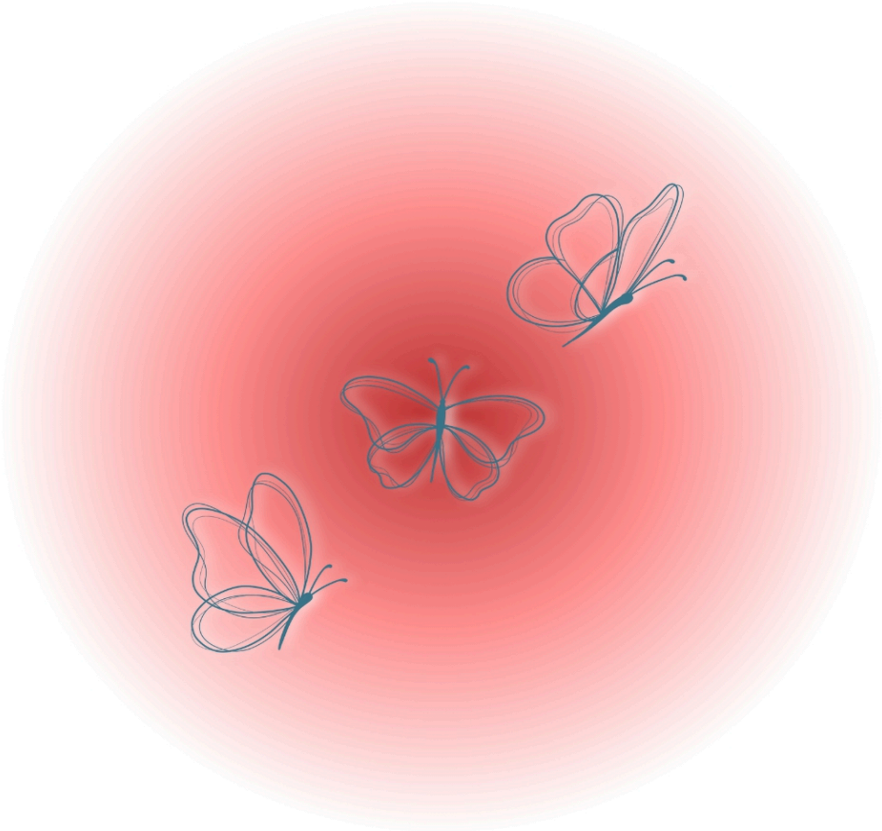
—¡Venga ya! —me dice indignada, dándome un golpe en el brazo.

Alzo las manos en son de paz, aún con una sonrisa.

—Tendrás que acostumbrarte a pasar vergüenza, Alex, soy Ethan —me señalo a mí mismo—. Créeme que esto no ha hecho más que empezar.

No puedo evitar reírme ante su cara de «no te creo, ¿en serio?».

—¡Bienvenida a mi vida, Alex! —le digo, rodeando su hombro con mi brazo y alzando el otro, mostrando todo lo que nos rodea.



20
Alex

«Bienvenida a mi vida».

Mi corazón se para durante unos segundos; me mostraba el mundo con su mano. Salgo del trance, niego con la cabeza riéndome y apartándolo cariñosamente de mí.

—Pues vaya vida me espera —bromeo mientras empiezo a caminar hacia el banco de siempre y me siento.

Ethan me sigue riéndose y se sienta a mi lado.

—Oye, te he oído—me reprocha haciéndose el ofendido.

Yo me río y empiezo a comerme mi bocadillo, él hace lo mismo. Estamos en silencio un rato mientras almorzamos, pero no se me hace nada incómodo. Le miro de reojo y en mi mente empiezan a surgir preguntas y dudas.

«¿Por qué quiere estar conmigo?».

«¿Por qué quiere ser mi amigo?».

«¿Por qué yo?».

Ethan me saca del trance.

—¡Tierra llamando a Alex! —me sobresalta ver una mano delante mío agitándose.

—Perdona…—le respondo disculpándome, volviendo en mí—. Estaba pensando…

Él me mira inquisitivo.

—¿Pensando en qué? —me pregunta interesado. Yo suspiro.

—En nada —le resto importancia con un gesto de la mano y una sonrisa.

Él no parece estar de acuerdo con mi respuesta, pero aun así me sonríe de vuelta.

—Bueno, vale. —Acaba por rendirse—. Por cierto, hablando de lo de antes… Entonces, ¿confirmamos la quedada en la iglesia?

Yo me sonrojo ante la idea de quedar con él en un sitio donde no sea el *insti*, pero asiento.

—Si quieres, claro —le respondo para asegurarme—. Ya te dije que si te apetece ir a esa fiesta por mí no hay problema.

Aún me sorprende que quiera quedar conmigo.

—Nos vemos otro día si te viene mejor —continuo un poco más seria, mirando hacia delante.

Niega mientras se traga otro bocado.

—Que va, no las conozco apenas —me dice. Yo le miro—. Ya te lo dije, no hablo con casi nadie tampoco.

—Y… ¿a mí me conoces? —le pregunto. Sigo estando seria, mirándolo—. ¿De verdad te caigo bien?

Me mira algo sorprendido. De repente, miro al suelo, sin saber qué más decir. Siempre la cago con él, no sé por qué.

—Lo siento —le digo, aún mirando al suelo.

Me da un codazo cariñoso.

—Tranquila —dice en tono tranquilizador—. Y sí, ya te lo dije, y te lo digo ahora —continúa—: Cuando le digo a alguien «bienvenido a mi vida»… ya no sale.

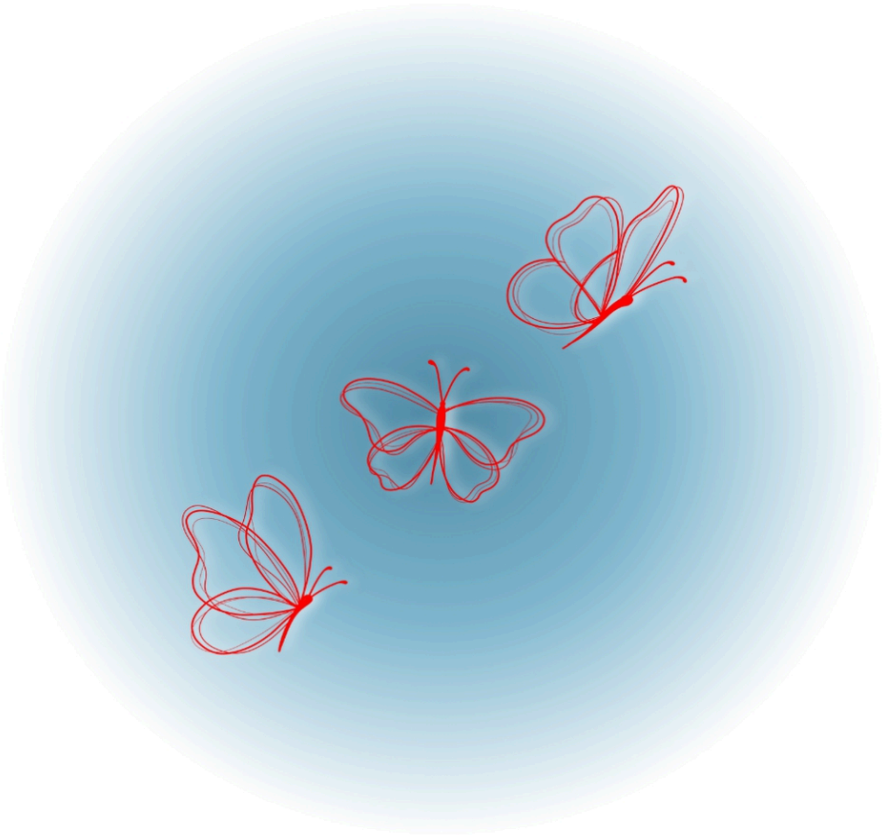
Me río sin evitarlo.

—Te entiendo —me dice de pronto, tras un silencio de unos segundos—. Pero créeme cuando te digo que yo no soy como los demás, y…

Noto su mirada sobre mí.

—Quiero decirte que me puedes contar lo que quieras, y cuando quieras —continúa en un tono que no logro descifrar—. Creo que sé por dónde van los tiros.

No me lo puedo creer. Ahora soy yo quien le mira sorprendida. Solo puedo asentir mientras él continúa comiendo su bocata. Una lágrima desliza por mi mejilla y la seco sin que lo note.



21
Ethan

Después del descanso, volvemos a clases. Nos toca Biología y Química durante lo que queda de día, así que la cosa iba a estar entretenida. Sin que nos escucharan, íbamos comentando lo que explicaban, pero había cosas que resultaban imposibles. Para colmo, nos pusieron deberes para la siguiente semana.

Acaban las clases y salimos fuera para volver a nuestras casas.

—Te veo luego, entonces —le digo con una sonrisa cómplice—. A las cinco en la iglesia.

—Claro —responde ella sonriendo—. ¡Hasta luego!

Se va y me despido con un gesto con la mano. Yo espero a mi madre, que hoy me viene a buscar. La veo en la puerta al cabo de unos minutos. Entro en el coche.

—Hola, mamá —le saludo dándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo ha ido el trabajo?

Me pongo el cinturón mientras ella empieza a conducir.

—Hola, hijo, bien —me responde—. ¿Y el *insti*?

—Bien —le respondo sincero.

Ella sonríe. Llegamos a casa y comemos juntos, le ayudo a recoger la mesa y, al ser viernes, me siento un rato con ella en el sofá mientras hablo con mis amigos por WhatsApp, así mato dos pájaros de un tiro. Al pasar un tiempo, me fijo en la hora y veo que son las 16 de la tarde. Hago ademán de levantarme y mi madre se da cuenta.

—¿Dónde vas? —me pregunta con cara de pena.

Se me había olvidado comentarle que he quedado con Alex.

—No me acordé de decírtelo, mamá, pero he quedado —le dije —. A las cinco, con una amiga que conozco del insti, así me enseña más todo esto.

Mi madre parece quedarse sin palabras, pero asiente aún un poco desconcertada.

—Vaya, qué rápido has hecho amigos, me alegra oír eso. —No sabe lo equivocada que está.

—Bueno, sí —dije sin saber que responder—. Me choqué con ella cuando fuimos a ver el insti y resulta que vamos a la misma clase.

—Ah, ¿sí? —Se sorprende—. ¡Qué coincidencia!

«O destino», pienso yo mientras asiento.

—Pues sí —le digo suspirando—. Como es la única que conozco casi, pues le pregunté si quería enseñarme la ciudad.

Mi madre me mira con las cejas alzadas, pero me conoce lo suficiente como para saber que realmente soy así, muy social con la gente.

—Bueno, sea como sea —dice levantándose del sofá—. Pásalo genial.

Yo le sonrío.

—Gracias, *ma* —contesto dándole un beso en la mejilla—. Voy a ducharme.

Ella asiente, empezando a recoger cosas en el comedor.

Una vez duchado, me visto algo más formal que con la ropa del insti, salgo de la habitación y recibo una llamada. Miro mi teléfono: es Laura. Se lo cojo al momento.

—Dime, *mija* —le respondo cariñosamente—. Acabamos de hablar y ya me echas de menos, ¿o qué?

Ella ríe al otro lado del teléfono.

—Te odio —me dice sin credibilidad ninguna—. Solo quería hablar mejor contigo, melón.

Yo sonrío.

—¿Estás bien? —le pregunto un poco más serio—. Últimamente no hablas mucho, amiga.

Ella tarda un poco en responder.

—Estoy bien —me dice en un tono no muy seguro—. El domingo vino mi padre a casa a dejar a mi hermano, ya sabes, por el finde, y ya puedes imaginar…

—Se volvieron a pelear tus padres —adivino—. ¿Quieres hablar de ello?

—No, la verdad es que estoy bien —me dice, aunque sigo sin oírla convencida—. Solo quería hablar contigo, preguntarte qué tal tus primeros días de insti.

—Si necesitas hablar, ya sabes que no hay problema, aun en la distancia —le recuerdo serio.

—Lo sé, de verdad —me responde—. Si pasa algo te llamaré, ya lo sabes.

Yo sonrío.

—Bueno, entonces *okey* —me rindo—. Pues, de momento todo bien. Han sido unos días bastante locos, la verdad —le confieso mientras agarro las cosas para salir de casa—. Ya tenemos deberes, y ahora estoy preparándome para salir un rato.

—¿Salir? —me pregunta en tono coqueto. Yo me río ante su insinuación.

—Venga ya, Laura —le reprocho—. ¡Solo llevo una semana aquí!

22

Alex

Cuando acaban las clases nos despedimos y voy dirección a mi casa; hoy mi madre no viene a buscarme.

A lo lejos, veo que Ethan aún está esperando, supongo que a su madre. Le pierdo de vista y sigo mi camino sin mirar atrás. En mi mente, pasan muchas cosas en este momento. Voy a quedar con alguien por primera vez en mucho tiempo, no sé si esto va a salir bien. Pero ¿qué hago? ¿voy a estar todo lo que me queda de vida sin atreverme a hacer amigos? Son muy pocos con los que me hablo en clase y, aun así, no hablo mucho con nadie por miedo.

Me niego. Tengo miedo, sí, pero mi madre tiene razón. Tengo que darme una oportunidad. Al cabo de un rato llego a casa; mi madre no está, pero me ha dejado comida.

Me pongo en un plato de ensalada de pasta y me siento en la mesa a ver la televisión. Lo primero que salen, las noticias.

«…presuntamente violada…» cambio de canal con los pelos como escarpias y pongo HBO. Me he puesto mala de repente, dejando a un lado el plato de comida, aún medio lleno.

Me pongo una película que estaba viendo y paso el rato hasta que llega la hora de salir hacia la iglesia. Apago la tele y voy a vestirme.

Me quedo parada en frente del armario con las puertas abiertas, pasmada. ¿Qué me pongo? Me doy cuenta de que es prácticamente la primera vez que me veo en esta situación. Al final, me decanto por unos pantalones tejanos pitillos ajustados y una camisa más elegante de lo que suelo ponerme, aunque no sé si estará bien.

Cojo mis cosas para salir de casa cuando recuerdo que no le dicho nada a mi madre, así que decido enviarle un mensaje por WhatsApp, ya que está trabajando y prefería no llamarla. En cuanto le dejo el mensaje, salgo de casa dirección a la iglesia. De camino, pienso en mil cosas a la vez.

«¿Cómo irá la tarde?».

«¿Qué pensará él después de la quedada?».

«¿Seguirá queriendo quedar conmigo?».

«¿Y por qué no?» dice una vocecita en la cabeza.

«¿Y por qué sí?» dice la otra, malignamente.

Suspiro de rabia ante las contradicciones de mi cabeza. Intento ignorarlas, pero no soy capaz.

«Claro que haces bien en intentarlo, claro que sí».

«Pero si no vale la pena, ¿no te das cuenta?».

«Pero creo que merezco una oportunidad, ¿no?».

«Por supuesto que no, siempre la cagas, ¿no lo ves?».

«Callaos de una vez» digo chillando a mi cabeza. Y las voces no lo hacen. Las intento ignorar hasta que llego al sitio acordado.

Miro el reloj: las 16:50. He llegado un poco pronto. Bueno, esperaré. Paso los 10 minutos mirando alrededor a ver si veo a Ethan llegar, pero nada. Al cabo de un rato, cuando creo que son y cinco, le veo llegar.

Me ve a lo lejos y me sonríe, acelerando un poco el paso. Tengo el corazón que amenaza con salir del pecho. Al llegar, me dice algo, pero no le escucho. Creo que me ha saludado. Intento centrarme hasta que mi oído vuelve a funcionar.

—Hola —le digo aún aturdida—. ¿Te ha costado llegar? —pregunto intentando centrarme en el momento presente.

—No, la verdad es que no, el GPS es un buen aliado. —Ríe.

Yo sonrió de vuelta.

—Y tú, ¿qué tal? —me pregunta él.

—Bien —respondo, un poco despistada—. Como siempre, supongo.

—Bueno, me alegro entonces. Ahora te toca a ti —dice de repente, dejándome atónita. Se explica—: quiero decir, tú conoces esto.

Es verdad, no conoce nada. Mi cabeza se pone a pensar a mil por hora otra vez, pero no de la misma manera. Estoy mirando al frente sin mirar a nada en concreto.

—A ver, no es que salga mucho… —digo algo avergonzada rindiéndome.

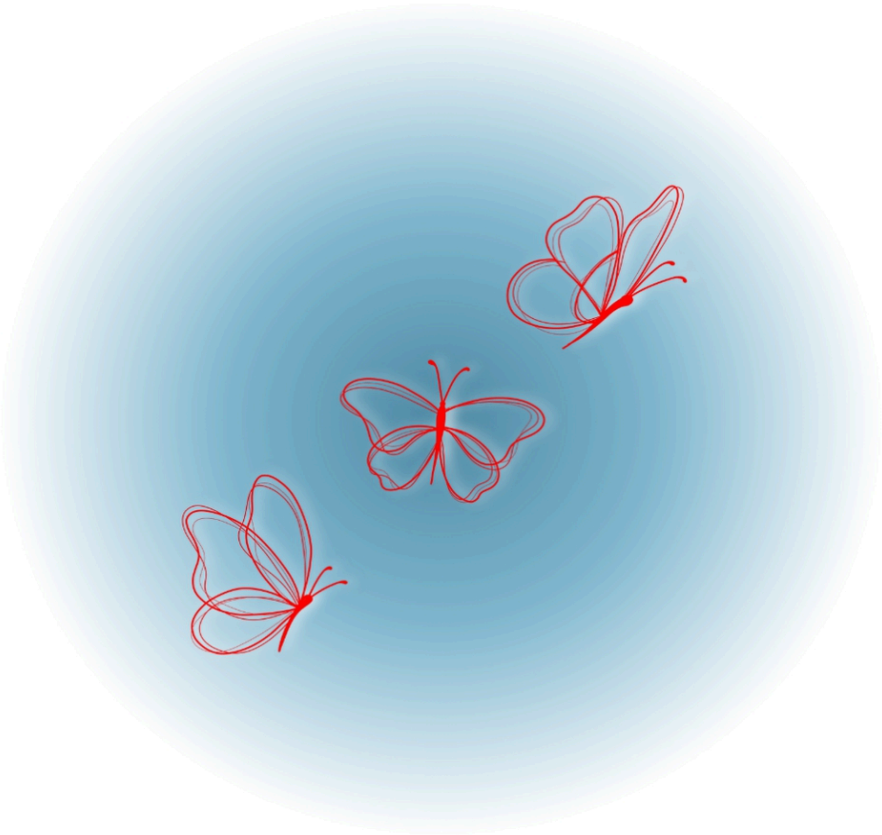
De repente, se me viene un lugar al que fui con mi madre hace poco, después de una visita médica.

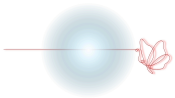
—Bueno, conozco un sitio para tomar café, no es nada del otro mundo, pero… —continúo—. Está bien.

—De *perita* —me dice sonriendo. «¿Perita? Será algo malagueño, seguro…»—. ¿Vamos, entonces?

Empieza a caminar, pero se gira, esperando para seguirme.

A *mí*.





23
Ethan

Hablo con Laura parte del camino mientras sigo el GPS, con los auriculares puestos, de camino a la iglesia. Me despido de ella al ver que estoy a punto de llegar, mirando la hora y viendo que voy tarde. Acelero un poco el paso hasta llegar al sitio acordado y empiezo a mirar alrededor.

La veo unos metros más adelante. Vuelvo a acelerar el paso hasta llegar a ella.

—Siento llegar tarde, Alex —le digo disculpándome.

—Hola —me responde—. ¿Te ha costado llegar?

—No, la verdad es que no, el GPS es un buen aliado.

Ella sonríe de vuelta.

—Y tú, ¿qué tal? —le pregunto viéndola un poco descolocada.

—Bien, como siempre, supongo —me responde aún visiblemente despistada.

—Bueno, me alegro entonces. Ahora te toca a ti —digo, dejándola atónita. Lo aclaro rápidamente—: Quiero decir, tú conoces esto.

Ella parece respirar profundo y empieza a mirar alrededor, pensativa.

—A ver, no es que salga mucho…—Parece avergonzada ante ese hecho.

De repente, veo en sus ojos que recuerda algo.

—Bueno, conozco un sitio para tomar café, no es del otro mundo… pero está bien —dice.

—De *perita* —le respondo sonriendo—. ¿Vamos, entonces?

Empiezo a caminar, pero me doy cuenta de que, obviamente, yo no sé llegar. Me giro a esperarla. Ella empieza a caminar también hasta llegar a mi lado y la sigo. Al cabo de unos diez minutos, llegamos a lo que parece ser una cafetería pequeña pero bonita. Entramos y nos ponemos a la cola. Pedimos los cafés, algo para comer y nos sentamos.

—Pues me suena haber pasado por aquí —le digo mirando la cafetería por dentro—. El otro día, mis padres y yo dimos una vuelta para ver la ciudad y creo que pasamos por delante, porque me suena la estación.

—¿Sí? —me pregunta algo decepcionada y avergonzada.

—Pero no he entrado ni nada —digo con rapidez, sonriendo—. Así que no te preocupes por eso.

Casi la veo suspirar de alivio.

—Entonces… —empiezo a sacar tema—. Vives aquí… ¿desde cuándo?

—Mm… Desde que tengo memoria —me responde pensativa.

—Ya veo —digo tomando un sorbo de café—. Eres una afortunada entonces. Yo siempre he vivido en Málaga, hasta ahora.

—¿Y eso? —me pregunta.

—Bueno, cosas de padres…—contesto con algo de angustia—. Mejor trabajo, universidades… aunque ni siquiera sé si quiero ir a una, parece que ellos lo tienen tan claro… —continúo, desahogándome un poco—. ¿Y tú? ¿quieres ir a la *uni*?

—¿Yo? —me pregunta algo sorprendida por la pregunta—. Pues tampoco lo sé. No lo he pensado mucho…

Se queda pensativa un momento, con algo de tristeza en la mirada.

—¿No sabes qué quieres estudiar? —Consigue que me sienta identificado. Nos pasa lo mismo—. La verdad es que yo tampoco. No es que no lo haya pensado, pero no tengo muy claro a qué me quiero dedicar en un futuro.

Ella me escucha atentamente, tomando también un trago de su café, pero no contesta.

—Y nos queda menos de un año para pensarlo —continúo, haciendo comillas con los dedos al decir la palabra «pensarlo».

Tomo el dulce que me he pedido y le pego un mordisco.

—En un año pueden pasar muchas cosas —me dice ella algo pensativa todavía.

—Sí, eso es verdad —contesto con un poco de incomprensión, mientras vuelvo a dejar la pasta en el plato—. Pero también es verdad que el tiempo pasa volando.

—Depende para quién, ¿no crees?

Me quedo algo sorprendido ante este comentario, a lo que respondo:

—¿Tú crees?

—Sí.

—Explícate.

—No a todos nos pasa el tiempo de la misma manera.

Pues tiene razón. Pero hay algo en esta conversación que me tiene intrigado.

—¿Para ti el tiempo pasa lento? —le pregunto, mirándola atentamente.

—Supongo que sí —me responde con un suspiro.

—¿Y por qué te sientes así? —le pregunto mirándola atentamente.

—Supongo que porque soy diferente.

—¿Diferente?

—Te gusta hacer preguntas, ¿eh? —me reprocha con una media sonrisa.

Yo río, un poco avergonzado.

24

Alex

Salimos de la cafetería al cabo de un rato, tras el interrogatorio de Ethan, que no fue precisamente corto. No sé por qué, pero tampoco me molestó su curiosidad.

—¿Dónde tienes pensado llevarme ahora? —me pregunta saliendo detrás de mí.

Yo me quedo pensando por un momento, pero no se me ocurre nada. Eso es lo que tiene no salir nunca con nadie.

—Pues… no lo he pensado. —Me viene algo a la mente—. Podemos ir por las avenidas que hay por aquí, ver tiendas y eso.

—Por mi perfecto —me responde animado—. Así veo más la ciudad.

Empezamos a caminar, pasando por la avenida *Catalunya*, donde hay varias tiendas; entramos en algunas, pero no compramos nada, como es típico. Después, subimos hacia la izquierda y llegamos otra vez a la iglesia, pero, en vez de seguir adelante, giramos a la derecha, donde creo recordar que hay algunas tiendas más, y pasamos por la librería Éfora. Ethan se detiene. Yo le miro y casi me río al ver su intenso deseo de entrar.

—¿Quieres pasar? —le pregunto con una sonrisa discreta.

Él me mira dubitativo.

—¿No te importa? —pregunta.

—Qué va, por algo estamos dando una vuelta, ¿no? —Camino hacia la entrada.

Él me sigue, se adelanta y me abre la puerta para que entre. Yo disimulo mi sorpresa y entro.

—¿Te gusta leer? —le pregunto con curiosidad.

—Sí, me encanta —me responde con los ojos brillantes, lo que me hace estar a punto de reír otra vez—. Sobre todo, la fantasía y libros del estilo.

—Ya veo.

—¿Y a ti? —me pregunta.

—La verdad es que no suelo leer mucho —respondo pensativa —. Supongo que no he pensado mucho en el tipo de libro que me gustaría leer.

—Te puedo recomendar muchos —dice animado—. ¿Te gusta la fantasía, la acción, el amor…?

«Amor… ».

—Pues supongo que algo de fantasía podría leer —respondo un poco perdida.

—Pues entonces, Laura Gallego es tu escritora perfecta —dice, yendo a una zona que parece dedicada a los libros de fantasía.

Se pone a buscar uno en específico. Cuando llego a su lado, me lo da.

—Este, este te encantaría, más bien su trilogía. Yo la tengo, así que te la puedo dejar sin problemas.

Guardianes de la Ciudadela. Parece interesante y la portada es preciosa. Le doy la vuelta y leo el reverso.

—La verdad es que me llama la atención —le digo después de leerlo—. Igual te lo pido un día de estos.

—Claro, cuando quieras, yo creo que te va a gustar —dice, sonriendo con afecto.

Salimos de la librería y seguimos caminando y hablando, sin pararnos a ver el tiempo. Con la tontería, se nos hicieron las 8 de la tarde.

—¡La Virgen! Ya son las ocho —dice Ethan mirando el móvil—. ¿Qué quieres hacer?

«¿Aparte de querer seguir hablando con él?».

—Pues no lo sé, ¿quieres volver a casa? —le pregunto.

Él mira hacia los lados, y se queda mirando a un sitio en específico, un bar o restaurante, creo que sé cuál es.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta—. Un tapeo o algo del estilo.

Yo me quedo pensativa. Esto parece surrealista. «A la mierda, ¿qué puedo perder ya?».

—Por mi vale —digo sonriendo.

Él sonríe también y nos dirigimos al bar que ha visto. Una vez allí, nos dejan sentarnos donde queramos y eso hacemos, al lado de una estufa en la terraza.

—¿Qué pedirás? —me pregunta apuntando su móvil al código QR que hay en la mesa.

—Pues, creo que aquí sobre todo hacen tapas, así que supongo que con un par de ellas está bien. Ahora miraré lo que hay.

—De perita —dice él.

Yo sonrío ante su acento malagueño mientras miro el móvil.

—Podríamos compartir tapas, ¿qué te gustaría? ¿Unas bravas? —continúa.

—Sí, estaría bien —respondo.

«Dios, no sé cómo hacer esto».

—¿Qué más te gusta? —Otra pregunta que no sé responder.

—Eh…—murmuro—. ¿Tú qué quieres?

Prefiero que decida él; así me aseguro de que le guste lo que comamos.

—¿Te gustan las alitas de pollo y los pinchos? —ofrece.

Yo asiento conforme, por lo que al final pedimos bravas, alitas y pinchos para compartir. Para beber, Ethan pide un Nestea para mí y una botella de agua grande para él.

Mientras esperamos la cena, nos traen las bebidas.

—¿Has venido aquí alguna vez? —me pregunta abriendo tema de conversación.

—Me suena, pero no me preguntes por la comida, porque ni me acuerdo —le respondo.

El ríe.

—Ya veo, bueno, todo tiene buena pinta, la verdad —me dice mirando las mesas con disimulo. Eso es verdad—. El otro día fui a un sitio que hay aquí más abajo, creo que se llama l'Estoneta, estaba buenísimo.

—Ah, ¿sí? Pues a ese sí que no he ido —le digo.

—Tendremos que ir para que lo pruebes —propone él.

«¿Eso es que volveremos a quedar?».

—Creo que te gustará mucho —añade, lo que me hace sonreír.

Llega la comida y pedimos platos pequeños para compartir.

—¿Con quién fuiste, con tus padres? —le pregunto.

Él asiente.

—Sí, la verdad es que es el primer restaurante que pisamos al llegar aquí.

«Claro. No ha tenido mucho tiempo para hacer amigos aún».

—¿Tú vives con tus padres?

Y ahí está, la única pregunta que no quería que me hiciera.

25
Ethan

El ambiente que se crea de repente no me gusta. Mierda. Igual tendría que ser menos directo con las preguntas. Al cabo de unos instantes, ella me responde.

—Vivo con mi madre. —Punto, alto y claro.

Por su cara, no continúo por ahí.

—Bueno, ¿cómo te lo has pasado hoy? —le pregunto cambiando de tema radicalmente, para que se dé cuenta de que no voy a presionarla.

Ella parece sorprenderse, cosa que me imaginaba. Eso le hace recobrar la compostura y me contesta.

—Muy bien, la verdad. —Yo sonrío porque sé que es una respuesta sincera.

Ella me sonríe de vuelta algo tímida.

—¿Y tú te lo has pasado bien? ¿Te gusta la ciudad? —pregunta.

—La verdad, me lo he pasado genial —le respondo bebiendo un sorbo de agua—. Y sí, es bonita, me gusta. ¿Puedo saber por dónde vives?

Espero que no le moleste esa pregunta.

—A ver cómo te lo explico… Gracias. —Nos traen los platos para compartir—. Échate primero, Ethan.

—¿Seguro? Puedes empezar tu —le animo.

—Ponte lo que quieras —me dice con una sonrisa—. Volviendo a donde vivo… ¿Sabes dónde está Canaletes?

Yo niego, algo avergonzado. Ella ríe un poco.

—No te preocupes, acabas de llegar —me tranquiliza—. Está pasando la rotonda del monumento de la C, esa zona tan grande por la que hemos pasado antes, vas hacia arriba y luego bajas hasta abajo.

Yo asiento, intentando ubicarme. Creo que sé por dónde dice.

—Me suena, pero es obvio que nunca he ido—digo mientras me echo patatas en el plato y un par de alitas—. Ya me lo enseñarás el próximo día, si quieres.

Ella sonríe algo aturdida y se echa unos pinchitos en el plato.

—Hay un bosque que está genial —me dice. Yo alzo las cejas.

—¿Ah sí? ¿Dónde? —le pregunto animado.

—Al lado de mi casa, más abajo. Se llama *Collserola* —me responde.

Anda, tiene el bosque al lado de su casa.

—¿Vas mucho? Debes aprovecharlo ya que lo tienes cerca. —Ella asiente con la mirada un poco perdida.

—Sí, la verdad es que voy algunas veces —me dice. Antes de yo decir algo, ella continúa—. Me ayuda a despejarme.

—Te entiendo, de verdad —le digo sincero. Ella me mira con algo de sorpresa.

—¿SÍ? —me pregunta aún sorprendida.

—Claro. El bosque es un sitio relajante, sin ruidos que te molesten o personas desagradables —explico—. Al menos, es como vivía yo en Málaga.

Ella parece sorprenderse aún más, y yo sonrío.

—¿A ti no te pasa? —le pregunto.

Ella suaviza su sorpresa, devolviéndome la sonrisa. Asiente.

—Sí. Me pasa —me responde algo aturdida—. Es solo que… No sé.

Ahora el sorprendido soy yo, alzando las cejas con una sonrisa.

—¿No te esperabas que me gustara el bosque? —le pregunto intentando ayudarla mientras doy un sorbo al agua.

Ella come una patata y responde.

—No, no, no es eso —me dice rápidamente—. Es solo que pensamos igual.

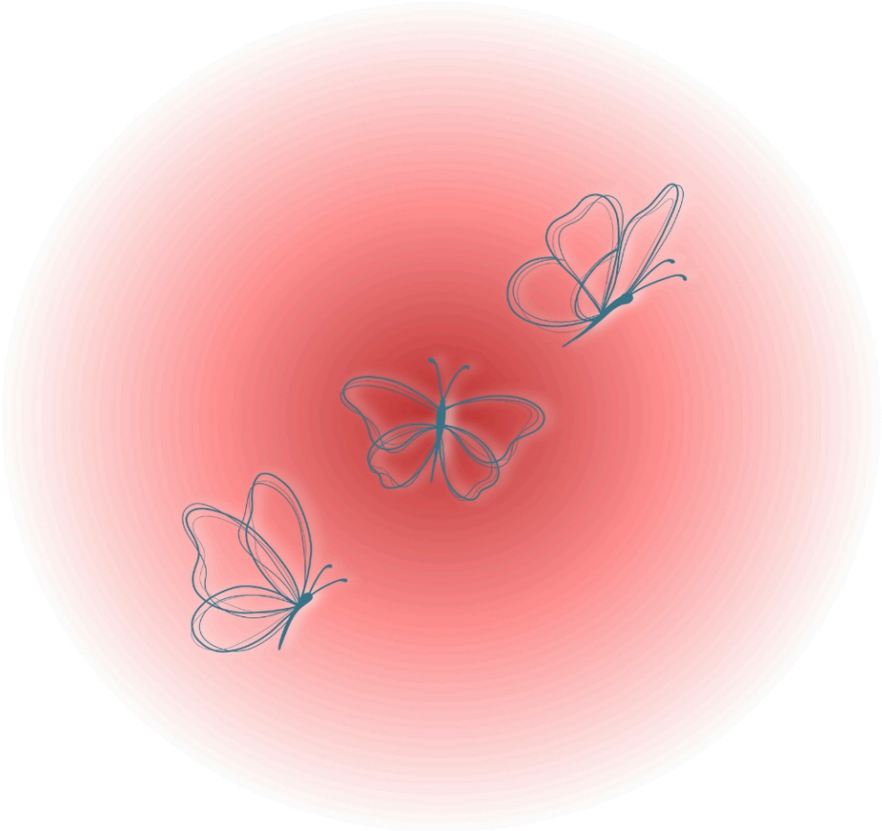
—¿Y te sorprende? —la corto.

Ella se queda callada, luego suspira y asiente.

—Sí —me responde simplemente. Yo río.

—Te sorprendería la de cosas que veo que tenemos en común —le digo con una sonrisa pícara.

Ella sonríe y acaba con una risita, negando con la cabeza.



26
Alex

«Te sorprendería la de cosas que veo que tenemos en común».

Yo sonrío y no puedo evitar reírme. ¿Puedo saber qué está pasando ahora mismo? Es como si… de repente no pienso en nada, solo… estoy con él. Caigo en la cuenta de que llevo horas con Ethan por ahí, no sé ni la hora que es y no he mirado ni el móvil, porque estoy… bien. No sé cómo me siento exactamente. Es una sensación extraña, confusa.

Miro el móvil. Las 21:10. Madre mía.

—Ala… son las nueve y diez —le informo sorprendida.

—No tenías prisa, ¿verdad? —me recuerda él.

—No, no. La verdad es que no —digo algo anonadada—. Avisaré a mi madre, he estado toda la tarde pasando de ella.

Casi me río, porque es eso, nunca me ha pasado esta situación.

—Oh, claro, sin problemas —me dice—. De hecho, voy a hacer lo mismo.

Yo asiento mientras le escribo. Ella ya me había mandado mensajes y una llamada, estaba preocupada.

«Estoy bien, ahora iré para casa. Un beso». Le mando rápido.

—Listo —le digo guardando el móvil otra vez. Él asiente.

—Yo igual. —También guarda el móvil, mirándome satisfecho—. Estaba todo buenísimo. Tenemos que volver.

Yo sonrío. Tiene razón.

—Pues sí —articulo con dificultad.

No para de decir «la próxima vez», y no voy a mentir, eso me acojona. Hoy ha ido todo bien. Al menos eso creo, pero… ¿y si hay algo que le haya molestado? He respondido a casi todo con evasivas, sobre todo a la pregunta de con quién vivo. Él ha cambiado de tema rápidamente, pero ha sido muy incómodo. De repente, me veo con la necesidad de aclararlo.

—Ethan —empiezo algo tímida—. Sobre lo de antes… lo de con quién vivo…

«Joder, que mal se me da esto, coño». Él se tensa un poco.

—No tienes que darme explicaciones, Alex. De verdad —me dice rápidamente. Yo abro la boca sorprendida, y él continúa—. Entiendo que no tengas ganas de hablar con alguien que casi no conoces de ese tipo de cosas si es un problema para ti.

Sigo en silencio unos segundos.

—Bueno, no es algo de lo que hable a menudo, como has podido comprobar…—le digo apartándome un mechón del flequillo de la cara, aún tímida—. Quería aclarar que no pasa nada porque me lo hayas preguntado, solo… mi padre se fue hace mucho tiempo de nuestras vidas, simplemente.

Espero no haberla cagado. Ahora querrá saber más. Joder. No quiero. No quiero…

—Alex, de verdad —corta mis pensamientos y le miro.

Acabo de caer en que ni le miraba mientras hablaba. No me he dado ni cuenta de que había puesto una mano sobre mi brazo izquierdo para tranquilizarme.

—No está, punto —continúa apartando la mano para beber agua—. Si hay algo que te apetezca contarme adelante. Si no, no.

Yo abro mucho los ojos sorprendida, aunque intento disimularlo, no puedo. Solo puedo asentir con agradecimiento.

—Gracias —consigo decir.

Él me sonríe con complicidad, yo le devuelvo la sonrisa. Y, esta vez, al sonreír, siento que la sonrisa es real. Que todas las veces que he sonreído con él son reales, no fingidas. Suspiro.

—¿Cómo vas? ¿Quieres algo más? Si como algo más, vomito —continúa poniéndose las manos en el estómago y echándose hacia atrás.

Yo me río.

—No, yo estoy bien también —respondo a su pregunta. Vuelvo a coger el móvil y miro la hora. Las 21:30—. Creo que debería ir tirando, Ethan.

Aunque, en realidad, tengo la sensación de que no quiero irme.

—Claro, yo también debería, la verdad —contesta—. ¿Dejas que te acompañe a casa?

«La hostia. Ahora quiere acompañarme a casa».

Esta vez logro disimular mi sorpresa.

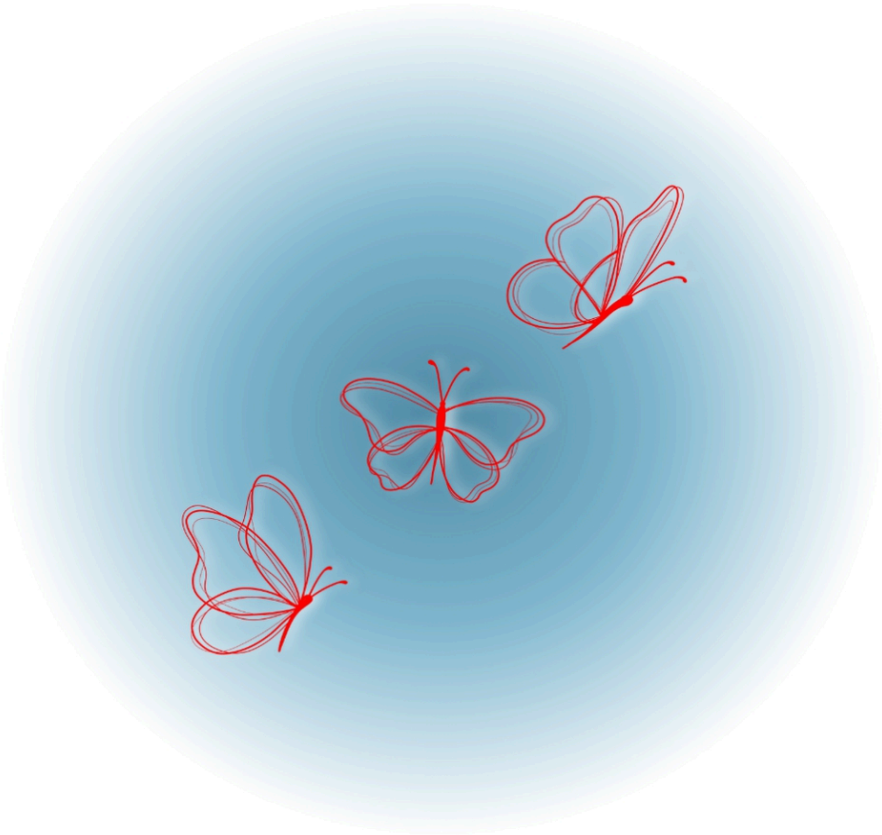
—No hace falta, de verdad —le respondo—. Además, tú también tienes que ir tirando, si me acompañas, llegarás el doble de tarde.

—No es que tenga prisa, la verdad… —me dice casi indiferente, poniéndose las manos en la nuca, como si fuera algo lógico que tuviera que acompañarme.

Yo me quedo mirándolo unos instantes, aún sin creérmelo, y al final me rindo.

—Como quieras, Ethan —le respondo—. Gracias.

«No sé lo que estás haciendo…».



27
Ethan

La verdad es que me siento triste. Triste e impotente. Cuando le dije a Alex que quería acompañarla a casa, me miró como si tuviera monos en la cara, cuando, según pienso yo, es una cosa normal querer acompañar a alguien hasta su hogar, y más cuando es de noche.

Ahora estamos de camino a su casa, caminando al lado de la redonda de la C gigante del centro. Ella está algo callada y pensativa, así que decido darle la vuelta a la situación.

—Oye, hagamos algo —le digo y ella me mira extrañada—. Repitamos la tarde de hoy. Me lo he pasado genial, de verdad.

No miento cuando digo eso. Ella sonríe algo tímida y asiente con un gesto casi imperceptible.

—Por mi estaría bien —responde, y parece completamente sincera—. También me lo he pasado muy bien, Ethan. Hacía mucho que no salía de casa de esta manera.

Sonrío de vuelta.

—¿Te refieres a con amigos?

—Sí. Ha sido diferente.

—Pues me alegro de haberte hecho hacer algo distinto. ¿no sales mucho? —le pregunto.

Ella se queda pensativa y algo triste, aunque lo disimula bastante bien.

—No, la verdad —contesta—. Ha sido divertido.

—Pues ya tienes a alguien con quien quedar —le digo animado —. Esperaba encontrar a alguien guay aquí, y menos mal que la he encontrado.

Ella para de caminar, yo hago lo mismo al ver que se detiene y la he adelantado. Me giro hacia ella.

—¿Crees que soy guay? —me pregunta con algo de asombro.

—Te diré una cosa. Soy una persona muy sociable —le cuento —. Pero también sé cuándo alguien me toma el pelo.

Ella me mira con mucho interés y yo continúo hablando, yendo a su lado de nuevo, y los dos empezamos a caminar.

—Igual esta pregunta te remueve. —Ella se tensa a mi lado—. ¿Sabe tu madre que te hacen *bullying*?

Ella ya se esperaba esa pregunta, porque no se sorprende. Suspira y contesta.

—Sí.

Yo asiento.

—¿Y los profes? ¿el director?

—En teoría sí.

Niego con la cabeza.

—¿Y no han hecho nada? Es decir, ¿no han hablado con la gente? —continúo indignado.

—Hablaron, sí, pero eso no hizo más que empeorarlo, la verdad. Desde entonces, ya no digo nada. Aunque a veces…

—Te gustaría chillar. —Vuelve a frenar en seco.

—Pues sí.

—Gracias por contármelo —le digo sincero—. No tiene que ser fácil vivir esto.

Ella me dedica una mirada indescifrable, aunque diría que es gratitud.

—Ya te dije el otro día que me podías contar lo que quisieras, y no es fácil contar este tipo de cosas —continúo.

—No lo es —me dice—. No sé por qué te lo estoy contando a ti, si te soy sincera.

—Te entiendo.

—Creo que no del todo —afirma lentamente, y ahora soy yo el sorprendido—. Pero gracias por escucharme, Ethan, de verdad.

—A veces, escuchar es más útil que las acciones. —Ella asiente.

—Sí —afirma.

—¿Desde cuándo lo sufres? El acoso, quiero decir.

—Desde pequeña, pero se agravó bastante en el instituto.

Ella suspira y empezamos a caminar. Tiene que ser horrible vivir algo así y que nadie te escuche. O, lo que es peor, que te escuchen, pero no hagan nada.

—Si te soy sincero, me siento triste e impotente desde que te he dicho que te acompañaba a casa —confieso—. Me da rabia que no lo veas como algo normal, aunque lo es.

Ella se sorprende.

—Es solo… que no estoy acostumbrada a esto…

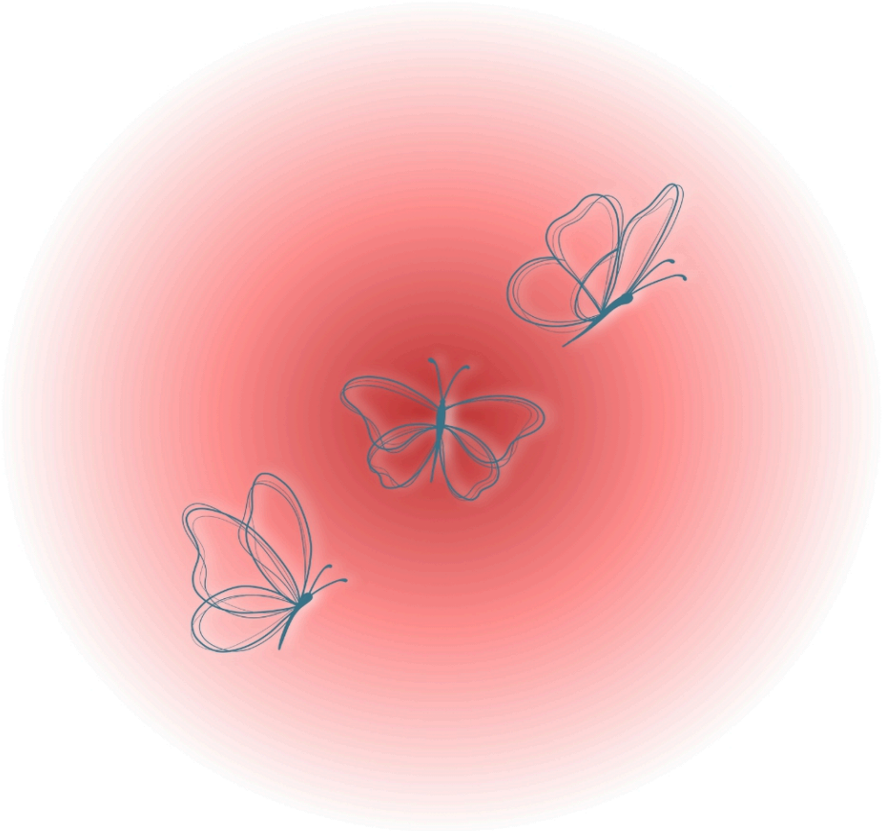
—Pues habrá que hacer que te acostumbres. ¿Cómo es posible que la gente sea tan cruel? —pregunto más para mí mismo, indignado—. No se dan cuenta de lo que hacen.

—Es lo que hay…—me dice ella encogiéndose de hombros.

Ahora soy yo el que frena en seco. Ella se gira hacia mi ante mi gesto

—¿Qué? —me pregunta con confusión en su cuerpo, encogiéndose un poco.

—No. No es lo que hay.



28
Alex

Me estoy abriendo. No quiero hacerlo, pero me sale solo. Hace unos días pensé que ojalá fuese él el que tirara mi muro de mierda. Y, algo muy dentro mío, sigo queriendo que sea así. Es como un puto instinto que provoca que hagas cosas sin darte cuenta, abrirme con Ethan es una de ellas. Tengo el corazón en un puño cuando me pregunta si mi madre sabe lo del *bullying*. Era obvio que sabía algo, sobre todo por cómo me comporto.

—Sí —respondo simplemente.

Tengo que ir con cuidado. El miedo me invade y las voces también. «No le cuentes nada. Lo usará contra ti», me dicen. Yo trago saliva, aún tensa.

—¿Y los profes? ¿El director? —sigue preguntando él.

—En teoría sí —respondo cautelosa.

Él parece asentir.

—¿Y no han hecho nada? Es decir, ¿no han hablado con la gente? —Y ahí va otra pregunta.

«Qué fuerte, está indignado».

—Hablaron sí, pero eso no hizo más que empeorarlo, la verdad. Desde entonces, ya no digo nada. Aunque a veces…

—Te gustaría chillar. —Freno en seco.

Me cago en la puta. ¿Tan bien ha pillado de la situación? Estoy flipando.

—Pues sí —respondo casi sin darme cuenta.

¿Qué cojones estoy sintiendo ahora mismo? ¿Comprensión? ¿Me estoy sintiendo escuchada? No entiendo nada…

—Gracias por contármelo —me dice—. No tiene que ser fácil vivir esto.

Un momento… ¿está empatizando conmigo?

—Ya te dije el otro día que me podías contar lo que quisieras, y no es fácil contar este tipo de cosas.

—No lo es —digo sincera.

Me acuerdo de cuando mi madre se dio cuenta de que algo no andaba bien, hace 4 años. Yo siempre estaba encerrada en el cuarto, no salía nunca, solo lloraba y creía que ella no se daba cuenta. Hasta que un día me cogió y me preguntó claramente, como Ethan ahora, si sufría acoso en el insti. Mi respuesta fue llorar. No parar de llorar. Y para ella fue un sí.

—No sé por qué te lo estoy contando a ti, si te soy sincera —continúo con miedo.

—Te entiendo.

—Creo que no del todo —le respondo en automático. No lo entiende. Si supiera todo, todo… me niego a pensarlo—. Pero gracias por escucharme, Ethan, de verdad.

Le soy todo lo sincera que puedo. Es verdad que le agradezco que me escuche.

—A veces, escuchar es más útil que las acciones. —Qué razón tiene…

—Sí —respondo simplemente.

—¿Desde cuándo lo sufres? El acoso, quiero decir.

Alerta otra vez.

Joder con las putas alarmas.

— Desde pequeña, pero se agravó bastante en el instituto — respondo empezando a caminar fijándome en sus reacciones.

Parece quedarse pensativo. ¿Que estará pensando? Joder, me pone de los nervios. No quiero cagarla.

—Si te soy sincero me siento triste e impotente desde que te he dicho que te acompañaba a casa. Me da rabia que no lo veas como algo normal, aunque lo es.

Me sorprendo ante esa revelación. Realmente está preocupado por mí, pero… me acaba de conocer… ¿por qué?

—Es solo... que no estoy acostumbrada a esto…

— Pues habrá que hacer que te acostumbres. —Vuelvo a fliparlo. Me río sin poder contenerme—. ¿Cómo es posible que la gente sea tan cruel? No se dan cuenta de lo que hacen.

«No, no se dan cuenta, pero no puedes hacer nada, Ethan».

—Es lo que hay —me sale decir.

Ahora es él quien frena en seco, y soy yo la que se gira.

—¿Qué? —pregunto sin comprender, encogiéndome un poco.

—No, no es lo que hay —me dice con el ceño fruncido.

Está enfadado. Mierda. ¿Qué habré dicho? Abro la boca para decir algo, disculparme, lo que sea…

—Que lo veas normal no significa que lo sea, Alex. —Cierro la boca—. Ese es el problema. Llega a un punto en que te crees todo lo que te dicen. Todo.

No sé qué decir. Cómo reaccionar. Él se da cuenta y se relaja un poco.

—A ver, cómo te lo explico. —Se pone a pensar—. Cuando no paran de decirte algo, lo mismo, siempre, te lo acabas creyendo, aunque no sea cierto.

Yo sigo sin tener palabras que expliquen cómo me siento ahora mismo. Sigo sin entender. Tal vez «entender» no sea la palabra. No sé cuál es.

—Tienes que asimilar que hay gente que sí es buena, aunque te hayan hecho creer que no.

Asimilar. Esa es la palabra. No asimilo que esté con alguien que sí quiera escucharme, que sí quiera estar a mi lado. Que sí quiera

ser mi amigo. Los ojos se me humedecen cuando vuelve a empezar a caminar y yo hago lo mismo.

—No sé si me he explicado bien… —dice algo avergonzado.

Joder si se ha explicado.

—Sí, te has explicado bien —le respondo en un susurro.

No quiero hablar muy alto, porque se notará que estoy a punto de llorar. Él se acerca y choca su hombro con el mío. Yo le miro; me está sonriendo. Le sonrío de vuelta.

—Sé que no es fácil, Alex —me dice—. Pero de todo se sale.

Yo miro al suelo.

«Ojalá».

29

Ethan

Me siento mejor después de haber hablado de esto con ella. Espero haberme expresado bien en todo lo que quería decirle, por sus reacciones parece que sí, aunque le cuesta asimilar que sea así. Estamos subiendo una cuesta enorme que provoca que, al llegar a la cima, ya tenga el corazón en la boca. Deberían estar prohibidas. Estamos un rato callados durante el ascenso y, cuando recuperamos el aliento, por fin me decido a entablar conversación otra vez.

—Madre mía, con la cuestecita —digo aún sin aliento. Ella ríe. Parece estar acostumbrada a estas cuestas. Yo la miro como si fuera de otro planeta—. ¿No te has cansado? Porque vaya *pechá* de subir, amiga.

—Es que yo ya estoy acostumbrada —me responde sin dejar de reír—. Cuando lleves más tiempo, ya verás que no te cansas tanto.

—Pues espero que sea así, de verdad —le digo como una súplica.

Mira que no suelo cansarme con estas cosas, pero es tan larga que se hace pesada, las cosas como son.

—Esta parte es súper tranquila —añado.

No se escucha ni un alma. Solo gente con perritos que salen a última hora a pasear.

—Sí, lo es —dice respirando hondo y sacando el aire—. La verdad es que es lo único que me gusta de aquí.

—Entiendo por qué —le digo. Me hubiera gustado que mis padres hubieran encontrado algo por aquí—. Mi zona no está tan

mal tampoco, está muy bien ubicada.

—¿Por dónde vives? —me pregunta con interés.

—Creo que la zona se llama Serraparera —le contesto.

—Ah, ya sé —me dice—. No está mal, no. Aunque prefiero tener eso al lado.

Señala al horizonte. Detrás de las casas se ve un bosque bastante grande.

—Ala, ¡sí que es grande! —digo asombrado—. Pero no se aprecia mucho de noche.

—No, no se aprecia, pero sí, es enorme. —Asiente ella—. Allí es donde voy a pasear muchas veces.

—Y tú, ¿dónde vives? —le pregunto mirando las casas y bloques de pisos pequeños que hay.

—Justo bajando todo esto y cruzando la calle —me responde.

Sí que está cerca del bosque, qué suerte. Asiento mientras continuamos caminando. Bajamos las escaleras que hay al lado de lo que parece un instituto. Un momento…

—Vaya, esto es un insti, ¿no? —Lo señalo.

—Sí —afirma.

—Si vives ahí, ¿cómo es que no vienes a este más cercano? —le pregunto con curiosidad.

—Mi madre prefirió en el que estoy ahora —responde.

Bueno, madres. A veces hacen esas cosas. Puede que fuera porque creía que en el otro le iría mejor. Cruzamos la carretera y ella se detiene al llegar a lo que parece un portal.

—Aquí —me dice.

—Ostras, ¿ya? Bueno, pues entonces aquí nos despedimos —le digo con un poco de tristeza.

—Pues sí —responde suspirando—. Gracias por acompañarme, Ethan, te lo agradezco mucho —continúa con una sonrisa. Yo se la devuelvo.

—No tienes que agradecerlo, Alex, es lo mínimo —le respondo —. Bueno, iré tirando también. Nos vemos el lunes.

Ella asiente sonriendo y se despide con la mano.

—Nos vemos. —Entra en el portal.

Yo me despido también con la mano y empiezo a caminar. Creo que pondré el GPS… Mierda. Vuelo al portal, pero ya no está. Tendría que haberle pedido el número. Bueno, el lunes intentaré pedírselo. He estado toda la tarde con ella y ni se me ha ocurrido, y ahora estoy nervioso por pedirle el teléfono. Las mejillas se me encienden. Niego con la cabeza y continúo mi camino poniendo el GPS.

A los 15 minutos ya casi he llegado a casa. Pensándolo bien, se me ha hecho corta la tarde de hoy. Me lo he pasado muy bien. Tampoco hemos hecho nada del otro mundo, pero ha sido muy agradable. Estaba muy a gusto y me daba pereza irme, la verdad. Entro en casa y mi madre aún está despierta. Tampoco es tan tarde.

—Hola, mamá —le saludo.

—Hombre, mira quién ha vuelto —me saluda con represalias.

—Tampoco es tan tarde —le reprocho—. Solo son las diez y media, y mañana no hay clases.

Mi madre me mira juzgando y luego suaviza la mirada.

—Bueno, espero que lo hayas pasado bien —dice finalmente. Yo sonrío.

—Sí, la verdad es que sí —le respondo animado. Ella asiente y se levanta. Estaba esperando a que llegara para irse a la cama—. No tendrías que haberme esperado, no hacía falta.

—Una madre, aunque sepa que su hijo está a punto de llegar, se espera —lo dice como si fuera una ley. Yo me río.

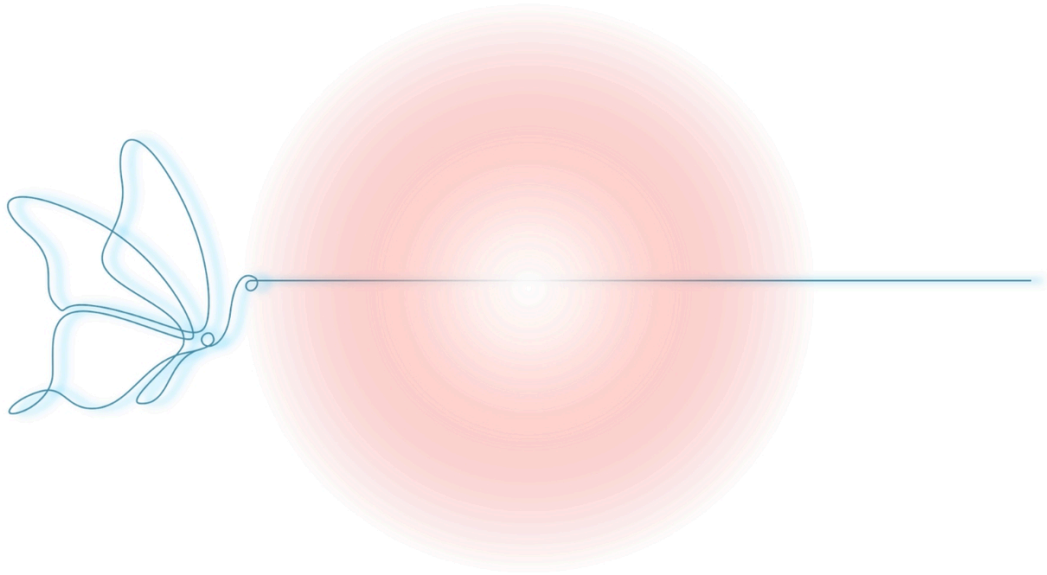
—Anda, ya estoy aquí, vete a la cama —le digo echándola del comedor. Ella me da un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches —le respondo, viendo cómo entra en su cuarto.

Yo hago lo mismo, no sin antes prepararme mi vaso de leche como rutina. Me pongo el pijama y me siento en la cama para bebérmela. No sé por qué, pero no puedo quitarme de la cabeza la conversación con Alex. No sé si es eso o ella. Se me encienden las mejillas otra vez al pensar en ella, cuando sonríe o incluso con su carita triste. Cuando la veo así, solo quiero hacerla reír. Me acabo la leche y me tumbo en la cama con un suspiro. Y lo de su padre… la verdad es que por su cara prefiero no pensar más en ello hasta que Alex se abra y quiera explicarme qué fue lo que pasó, la razón de por qué no está ya con ellas. Suspiro. ¿Qué me pasa? Lo único que sé es que tengo un instinto protector con ella a niveles alarmantes y nunca me había pasado.

Y también tengo una cosa clara… Esta chica es especial.



30
Alex

Entro en casa y me encuentro con la mirada acusadora de mi madre. Yo abro la boca para disculparme, pero no me da tiempo.

—¿Sabes la hora que es? —me dice. Ahora sí deja que hable.

—Lo siento, se nos fue el tiempo, y…

—¿Se nos fue el tiempo? —repite—. ¿Desde cuándo sales hasta estas horas?

—Mamá, lo siento, de verdad —le repito suspirando. No quiero que me fastidie el buen humor que tengo—. ¿Podemos hablarlo mañana?

Ella suspira y me mira juzgándome. Al cabo de unos instantes de esperar que me responda, se sienta en el sofá donde estaba y da unos golpecitos a su lado, esperando que yo haga lo mismo. Suspiro. No lo va a dejar pasar. Me siento a su lado y empiezo a hablar.

—Mamá, en serio, es medianamente tarde, podemos hablarlo…

—¿Cómo ha ido? —me pregunta de repente, expectante. Yo abro mucho los ojos, sorprendida—. ¿Quién ha hecho que salgas hasta tan tarde?

«Dios mío, qué vergüenza».

—Mama, por favor, solo hemos quedado un rato, nada más.

—Venga, como madre quiero saberlo —me dice dándome en el hombro con el suyo—. ¿Quién es?

Suspiro.

—Es un chico nuevo de clase, se llama Ethan. —Aunque eso ya se lo había contado—. Simplemente hemos dado una vuelta. Hemos tomado un café, andado, hablado y, como eran las 8, decidimos tomar algo, eso es todo.

Ella me sonríe con complicidad.

—Entonces, ha ido bien —confirma.

«Supongo que sí».

—Eso creo…—le digo con algo de inseguridad. Ella me mira seria.

—¿Te ha dado razones para pensar que no?

—La verdad es que no, pero…

—Pero ¿qué? —me corta ella—. Alex, no seas tan dura contigo misma.

Como si fuera tan fácil. Yo suspiro.

—La verdad es que ha ido bien —le sonrío con sinceridad. Ella me sonríe de vuelta y me da un beso en la mejilla.

—Me alegro mucho, cariño —dice algo emocionada—. Hacía mucho que no salías y estoy muy contenta de que al menos por un día lo hayas hecho. Espero que solo sea uno de muchos.

Yo sonrío otra vez.

—Gracias mamá —digo en serio—, por tu consejo del otro día. De verdad me sirvió.

Me tengo que dar una oportunidad; eso quiero hacer. Ella tiene razón. Me vuelve a dar un beso en la mejilla y se levanta.

—Me voy a la cama, amor —me dice. Yo me levanto también.

—Buenas noches, mamá —le respondo dándole yo esta vez un beso en la mejilla.

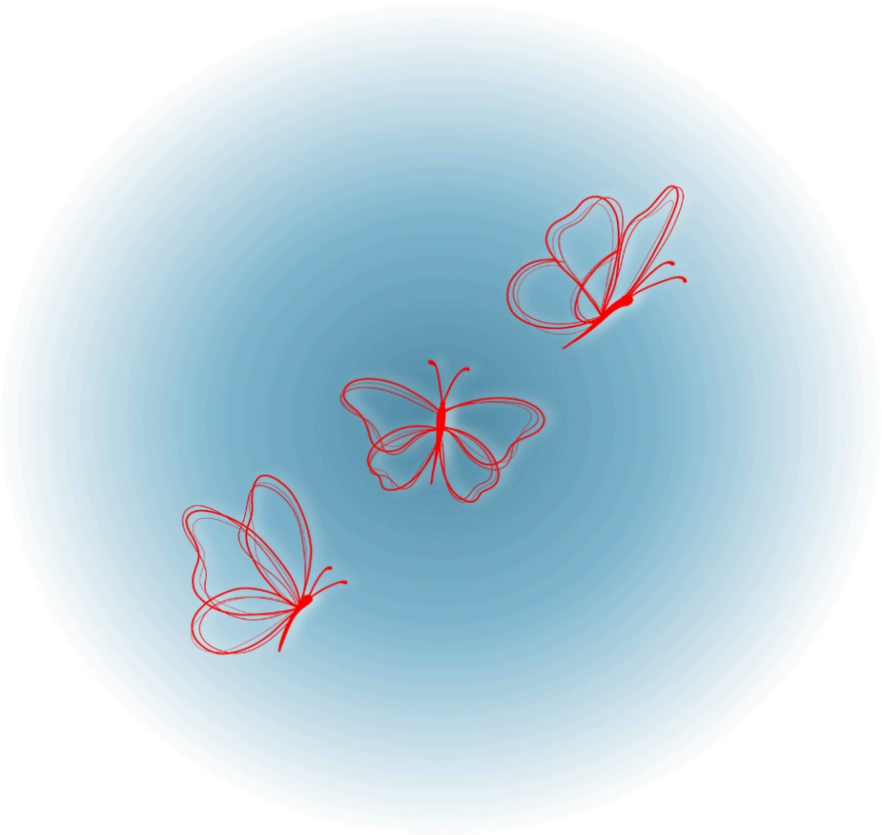
Ella se va a la habitación y yo me quedo un instante más ahí parada, de repente sin saber qué hacer, poniendo los brazos en jarra.

La verdad es que no me esperaba que la tarde fuera tan bien. Al menos, eso ha parecido. Niego con la cabeza ante la mierda de inseguridad y empiezo a caminar al baño. Necesito una ducha. Me lavo el cuerpo y entro en la habitación. Me pongo el pijama y me meto en la cama. La verdad es que me ha sorprendido todo lo que Ethan me ha dicho, todo de lo que se ha dado cuenta, aunque no sabe ni la mitad, eso está claro.

Pero esa conversación…

Sabe que me hacen *bullying*. Yo ya tenía una ligera idea, pero el hecho de querer quedar conmigo, de querer hablar conmigo de ello, de querer sacarme una sonrisa. Todo eso, ha hecho que nazcan en mí unos sentimientos que sigo sin entender. Estoy confusa, a la vez que contenta, a la vez que siento… ¿cómo se le llama?

Esperanza.



31
Ethan

El fin de semana pasó mucho más rápido de lo que quería, la verdad. En un abrir y cerrar de ojos ya el lunes estaba delante mío. Salgo a la cocina a beberme el primer café del día y una tostada. Cuando acabo, cojo las cosas y me dirijo hacia el instituto. Al menos veré a Alex, y la vuelta no será tan aburrida. Cuando llego a clase, lo primero que veo raro es que ella aún no ha llegado. Lo segundo, es que el trío tampoco. Frunzo el ceño mientras me acerco a mi asiento de siempre. Lo tercero extraño es que, al empezar las clases, Alex no llega, aunque el trío sí. ¿Qué le habrá pasado? Casi me da un infarto al pensar que pudo haberle pasado algo al volver a casa el viernes, pero yo la acompañé, así que mi corazón vuelve a latir y me relajo.

Me tiro las dos horas antes del descanso sin prestar atención. La cuarta cosa que me escama es la chica de delante mío. Parece estar nerviosa, y en parte es por eso que tampoco presto atención a las clases. ¿Se puede saber qué cojones pasa hoy? Al estar a punto de acabar la clase de antes del descanso, veo que la chica me mira de reojo, creo que se llama Erika. Sí, se llama Erika. Parece que, al final, toma valor y, en cuanto suena el timbre y la gente empieza a huir como gacelas de un león, se gira hacia mí. Yo me sorprendo.

—Ethan, ¿verdad? —empieza mientras recoge.

—Sí, eres Erika, ¿verdad? —continúo yo, también recogiendo.

Ella mira alrededor, donde se sientan las tres y vuelve a mirarme.

—Sí, soy Erika —me responde, aún nerviosa. Vale, se acabó.

—¿Qué pasa? —le pregunto seriamente yendo al grano.

Ella suspira. Yo frunzo el ceño.

—No has visto a Alex esta mañana, ¿verdad? —Me estoy poniendo nervioso de verdad. Cojo aire mientras intento calmarme.

—No, no la he visto —digo con calma, esperando que me diga por fin lo que sabe—. ¿Puedes ir al grano?

Mi impaciencia se nota; ella suspira y me contesta.

—Estaba fuera esta mañana, antes de entrar —empieza—. Y la he visto de reojo, pero no estaba sola y, como me ha sorprendido, me he fijado un poco mejor. Creía que estaba contigo, porque ahora siempre va contigo, pero no.

Yo mantengo el ceño fruncido.

—Creo que puedes imaginarte quién estaba con ella.

Mierda.

—¿Estaba con Sandra y las otras? —le pregunto alzando un poco la voz, indignado—. ¿Y no has ido a ver qué pasaba?

Voy a irme con un bufido.

—Justo sonó el timbre y tuve que entrar, Ethan —me responde justificándose.

Aunque no es una justificación válida.

—Con miedo no se va a ningún sitio, Erika. —Ella se queda algo pálida ante mis palabras, porque sabe que tengo razón. Yo sigo mi camino.

No lo ha hecho con mala intención, yo lo sé. Pero me causa mucha indignación el hecho de tener miedo a enfrentarse a quien hay que enfrentarse. Y ella tiene miedo.

Cuando salgo al patio, busco con la mirada a Sandra y compañía, pero no tengo éxito. Me muevo por varias partes del recinto, pero tampoco. ¿Qué le habrán dicho para que no entre en clase? ¿Qué habrá pasado? La verdad es que estoy preocupado. Mucho. Después de nuestra conversación del viernes, vi cosas que seguro nadie ha sido capaz de ver, o no han querido verlo, porque ni siquiera se dan la oportunidad de conocerla.

La rabia enciende mi cuerpo e intento controlarla, pero no miento si digo que empiezo a notarme los ojos un poco húmedos. No sé qué hacer. Vuelvo donde siempre y me siento con un suspiro. Saco mi bocata y, aun sin tener mucha hambre, me lo como. Voy mirando por si las veo pasar, pero nada. Antes de que suene el timbre decido ir a clase, porque no tengo nada que hacer. La puerta ya está abierta y entro con la esperanza de que estén allí, pero no. Al cabo de los minutos, veo a Erika entrando por la puerta y se dirige hacia mí.

—Tienes razón. —Yo la miro con cara de sorpresa. Sus expresiones faciales me hacen ver que me lo dice de verdad—. Tenía que haber ido a ver qué pasaba, porque seguro que no sería nada bueno. No te equivocas con lo del miedo.

Yo la miro, escuchando con interés, luego suspiro.

—Siento si he sido brusco. —La verdad es que sí lo fui.

—No, qué va, fuiste claro. —Yo abro un poco la boca y ella continúa hablando—. Tenía miedo de que me hicieran algo a mí por ir a ver qué pasaba, pero por culpa de eso, igual le ha pasado algo a ella.

Frunzo el ceño con preocupación.

—¿De qué son capaces esas tres? —le pregunto un poco abatido.

Ella suspira poniendo la misma cara de preocupación que yo.

—No lo sé, pero son crueles. —Yo cierro un segundo los ojos—. Creo que ya te vas dando cuenta.

«No lo sabes tú bien».

—Sí, puedo hacerme una idea.

Suena el timbre.

32

Alex

Cuando llego a casa, voy directa al baño. El espejo me devuelve una imagen que hace que empiece a llorar. Abro el grifo y me lavo la cara. Una cara en la cual una mejilla sangra. No sé con qué me habrá dado, pero era duro. ¿Un anillo? No puedo dejar de llorar. Cuando me seco la cara, vuelvo a mirarme en el espejo. Tengo una marca en la mejilla, por donde empieza a asomar un pequeño moratón.

De repente, siento tanta rabia que, con un grito, cojo el jabonero y lo tiro al espejo, sentándome en el suelo del baño, abatida. Hay cristales del espejo por todos lados.

No puedo parar de pensar, de repetirme, ¿por qué?

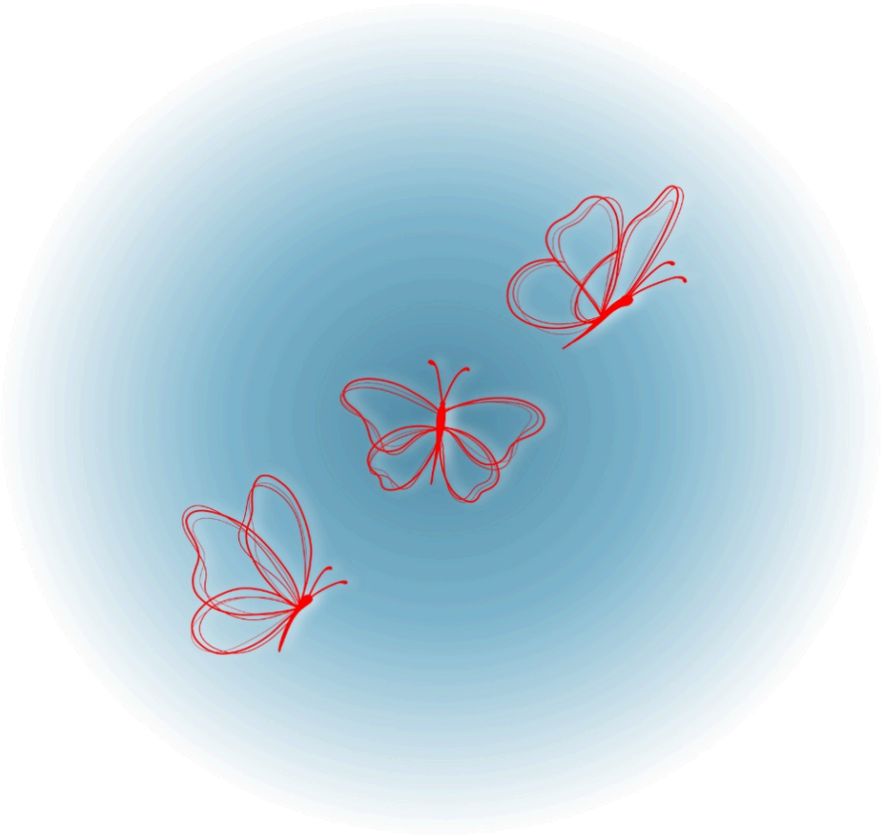
¿Por qué la gente es así?

¿Qué he hecho para que me traten como me tratan?

¿Cuándo la gente verá que esto está mal?

Esta última pregunta me hace pensar en las conversaciones que he ido teniendo con Ethan. Puede que tenga razón en que no todas las personas son iguales. Pero no tiene razón en una cosa.

No de todo se sale.



33
Ethan

En las horas restantes de clase no puedo evitar no perder de vista a las tres chicas, y cuando suena el ultimo timbre de la jornada de estudio, ya lo tengo todo recogido para ir directo hacia ellas y enterarme de lo que saben. Ya se están yendo y las detengo en el pasillo poniéndome delante. Ellas se sobresaltan un poco, pero acaban por sonreír tímidas.

—Ethan, ¿qué tal? Te esperábamos el viernes, pero…— comienza Sandra, yo la interrumpo.

—No sabéis nada de Alex, ¿verdad? —Voy al grano y ellas me observan algo sorprendidas, mirándose entre ellas. Es Carla la que contesta ahora.

—¿Nosotras? No hablamos con ella apenas, no tenemos ni idea.

Mentirosa. La rabia me corroe por dentro. Algo ha pasado y quiero saberlo.

—Mira, Carla —digo con paciencia—. Sé que ella ha llegado esta mañana, pero se ha ido antes de empezar las clases, ¿por qué?

La verdad es que hoy tengo poca paciencia, y más con estas cosas. Se me quedan mirando como si nunca hubieran roto un plato; eso me pone aún más enfadado. Pero me controlo hasta que contestan.

—No tenemos ni idea —dice una de ellas. Yo suspiro con impaciencia—. ¿Por qué tendríamos que saber algo? Si no viene a clases es cosa suya, ¿no?

Ya me he cansado.

—¿Por qué mentís? —dejo escapar negando con la cabeza. Suelto el aire indignado—. Sé que la habéis visto, y creo que hasta habéis hablado con ella.

Ellas se quedan mudas, con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Así que no hace falta que sigáis por ahí —continúo.

Espero su respuesta, pero no llega, y al cabo de unos segundos, una de ellas habla por fin.

—Sí, hablamos con ella, pero nada más. —Yo suspiro mirando hacia un lado y vuelvo a mirarlas.

—¿De qué hablasteis con ella? —continúo preguntando.

Sé que posiblemente sigan mintiendo, pero es lo único que puedo hacer por ahora.

—De nada en concreto —suelta Sandra.

No saben qué decir, las estoy pillando.

—Me estáis diciendo que hablasteis con ella de cualquier cosa, ¿y después ni entró en clases? —continúo con sarcasmo.

Esto es la leche.

—Ya te hemos dicho que no tenemos ni idea —sigue diciendo Sandra.

Yo niego con la cabeza suspirando, sabiendo que no llegaré a nada con ellas. Miro un instante detrás de ellas y veo a Erika, que está esperando más allá. Supongo que a mí. Vuelvo a enfocarme en ellas tres y, sin decir nada, voy hasta su lado. Cuando llego, digo:

—No van a decirme nada, eso está claro. Primero porque me han mentido a la cara, y segundo, porque las tres juntas son muy valientes, como todos. Luego cada una a solas no lo será tanto —continúo aún enfadado.

Ella suspira.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

Está preocupada de verdad. Yo relajo mis facciones y suspiro, poniéndole una mano en el hombro.

—Tranquila. Averiguaré lo que ha pasado —le aseguro—. Creo que sé dónde vive, porque el viernes quedé con ella y la acompañé a casa. Creo que sabré llegar desde aquí.

Iré a verla. Sé que puede parecer de exagerado, pero quiero saber por qué Alex no ha venido a clases. Erika suspira.

—Vale. Toma mi número. —Me da un papel con unos números escritos. Yo asiento.

—Te digo cuando sepa algo. —Ella asiente de vuelta y me voy.

Le envié un mensaje a mi madre para que no se preocupara, y ahora estoy de camino por la zona que creo que me llevará a casa de Alex. Llego a la rotonda de la C, lo que me hace sonreír al saber que no me equivocaba de camino. Ahora, solo tenía que continuar la ruta que hicimos el viernes.

¿Qué le habrá pasado a Alex? ¿Qué le habrán dicho Sandra y las demás? ¿Por qué había venido para luego irse? ¿Igual he exagerado y simplemente se encontraba mal? Suspiro, le estoy dando demasiadas vueltas. Y, aun así, aquí estoy, yendo a casa de Alex, sea lo que sea que haya pasado.

Subo la cuesta que tanto me cansó el otro día y, cuando llego arriba, tengo que respirar hondo. Ya casi me había olvidado de cuánto me costaba.

Llegué al que se suponía que era el portal de Alex y piqué al timbre. De repente, el corazón me late un poco más rápido, y no sé si es porque estoy nervioso por verla o por saber qué le ha pasado. Espero como mucho un minuto y alguien habla por el interfono.

—¿Quién? —responde alguien.

«Alex». Reprimo un suspiro de alivio.

—Hola —digo tímido, casi tartamudeando—. Soy Ethan.

Silencio. Como veo que no va a hablar, cosa que me preocupa, hablo de vuelta.

—No has venido a clases y quería…—Callo unos segundos, luego continúo, tragando saliva—. Saber qué ha pasado.

No sé si me abrirá la puerta, ni si quiera si querrá hablar conmigo, pero tengo que intentarlo.

—No ha pasado nada —me responde con voz neutra.

«Y una mierda».

—Alex…—suspiro—. Sé que esta mañana has venido a clase, pero te has ido. Y también sé que Sandra y las demás estaban contigo. Por favor. Quiero saber qué ha pasado.

Lo último lo digo casi en tono de súplica, y espero que ella acepte abrirme la puerta sabiendo lo que sé. Iba a volver a hablar, pero ella lo hace primero.

—¿Y has venido a mi casa solo por eso? —me pregunta en un tono que no logro descifrar.

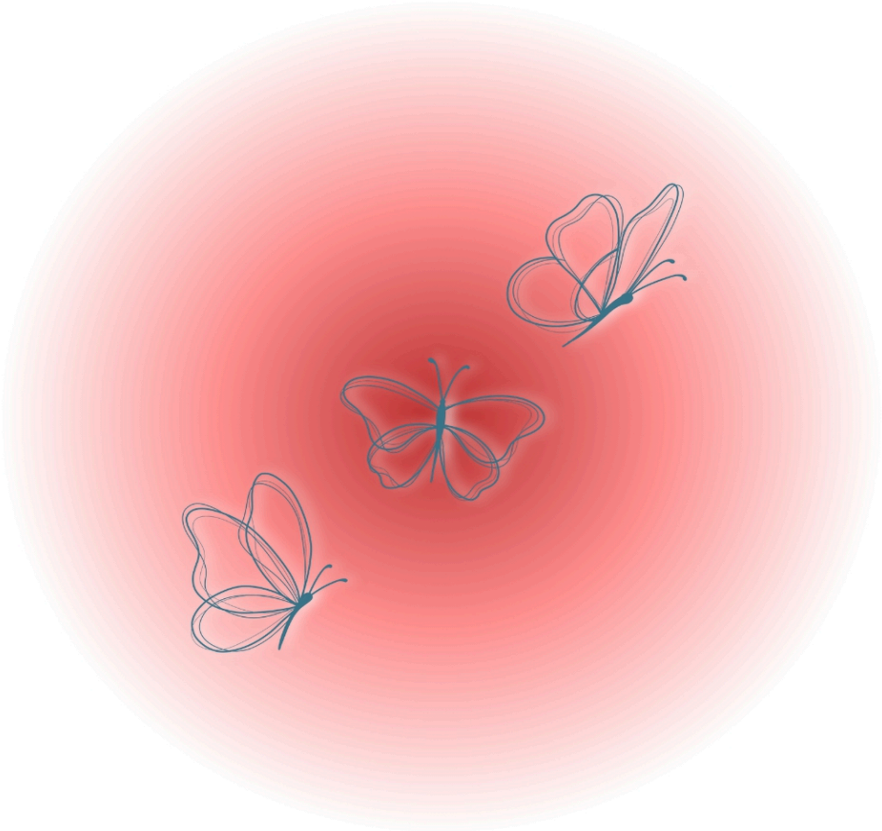
—Sí —le digo simplemente.

Otro silencio que se me hace eterno. Ella suspira y al cabo de unos instantes hay un sonido que parece ser que abre la puerta, y así es. Vuelvo a suspirar de alivio. Paso la primera puerta mientras ella abre la de su casa.

—Hola —vuelvo a decir con una sonrisa—. Aprovecho y te dejo los apuntes de hoy.

Pero ella no dice nada. Tampoco me mira directamente. Yo frunzo el ceño, sin comprender. El alivio que sentía se esfuma en un abrir y cerrar de ojos cuando por fin me mira y veo una herida en su mejilla izquierda.

«Me cago en mi vida».



34

Alex

Tiro los cristales a la basura. Mi madre me va a matar. Después de llorar una hora seguida en el puto baño por fin me levanté, me lavé la cara como pude esquivando los cristales del suelo y me fui a la cocina a por la escoba y el recogedor. He dejado de llorar, porque por hoy ya no hay más lágrimas que sacar o porque la rabia que siento no me deja hacerlo. Con la cara lavada y todo, se ve claro el puto puñetazo que me han dado. Bueno, ella. En mi interior sabía que no debía quedar con Ethan. Muy dentro de mí algo me decía que esto iba a acabar mal.

Y así ha sido.

Después de esto no sé si podré volver a mirar a Ethan a la cara. Todo lo que sentí al volver a casa, la felicidad que empezaba a asomar por la rendija de un túnel oscuro, la esperanza... Todo se ha marchado esta mañana. Tal vez hice bien en darme la oportunidad, pero ya no. Me ha quedado claro que no puedo ser feliz. Cualquier indicio de ello, se entierra como si no lo mereciera.

Me paso la mañana tirada en el sofá, viendo la tele para distraerme y no pensar en nada. No sé ni qué hora es cuando de repente pican al timbre y me sacan de mi trance. Frunzo el ceño, extrañada. ¿Quién será? Me levanto y miro el reloj de la cocina. Las tres de la tarde pasadas. El corazón me late un poco más deprisa y el miedo me invade, porque coincide con el horario escolar. ¿Ellas otra vez? No creo… ¿o sí? Dudo un momento. Estoy dentro, así que mientras no abra, no creo que pase nada. Cojo el telefonillo y contesto, insegura.

—¿Quién? —pregunto.

—Hola. —Mi corazón deja de latir por un segundo—. Soy Ethan.

Parece tímido. No me creo que haya venido. Me quedo muda.

—No has venido a clases y quería…—Se queda callado y después continúa—. Saber qué ha pasado.

Yo sigo sin hablar. No tiene ni idea de nada. Y es lo mejor.

—No ha pasado nada —le respondo al fin con voz neutra.

«Por favor, no me hagas esto. Vete». Lo oigo suspirar.

—Alex… sé que esta mañana has venido a clases, pero te has ido. —Me da un vuelco el corazón. ¿Lo sabe? —Y también sé que Sandra y las demás estaban contigo. Por favor. Quiero saber qué ha pasado.

Otro vuelco. Sí, lo sabe. ¿pero cómo? ¿me vio? Yo no lo vi a él, y siempre llega más tarde, ¿cómo lo sabe? Me recompongo y pienso en otro hecho. Ha venido hasta aquí... ¿para verme? No lo entiendo.

—¿Y has venido a mi casa solo por eso? —Apoyo la cabeza contra la puerta.

Solo detecto en él preocupación. Preocupación de verdad. Y eso casi me hace llorar.

—Sí. —Cierro los ojos ante una respuesta tan simple, sin necesidad de explicaciones.

Suspiro. No quiero que me vea así. Pero, contradiciéndome a mí misma, no quiero que se vaya. Vuelvo a cerrar los ojos un momento y, cuando los abro, le doy al botón de abrir la puerta. De repente, el corazón me va a mil por hora. No sé qué dirá. Supongo que me dirá que no merece la pena, que podría haberme quedado igual. Me dirá que igual exagero, que son cosas que pasan.

Y, de repente, otra vez no quiero verlo. Pero ya es tarde, está entrando. He abierto la puerta de casa y le estoy esperando, consciente de que no me vea, al menos todavía, la herida de la mejilla. Cuanto más se acerca, más rápido me va el corazón y más ganas tengo de llorar. Pero no, no lo haré.

—Hola —me dice como siempre, sonriente—. Aprovecho y te dejo los apuntes de hoy.

Sigo sin decir nada y lo veo fruncir el ceño, sin comprender mi manera de actuar. Por fin le miro directamente y me ve la herida.

Palidece y se le cambia la cara; un gesto que no se descifrar. De pronto, hace algo que no me esperaba. Deja caer la mochila al suelo, se acerca a mí y me agarra con cuidado la barbilla, para inspeccionar la herida con total preocupación, casi jadeando.

—Joder, Alex —dice con respiraciones entrecortadas. Está preocupado de verdad. Yo no puedo dejar de mirarle a sus ojos dorados, aún atónita ante su reacción—. ¿Qué te han hecho?

No sé si quiere que responda a la pregunta, pero la realidad es que no puedo ni hablar ahora mismo. Hago el esfuerzo y, cuando me veo capaz, hablo:

—No es nada —miento—. Estoy bien.

Me zafo sin brusquedad y hago el ademán de entrar en casa, pero él me sujeta el brazo y vuelve a ponerme frente a frente, volviéndose a centrar en mi cara herida.

—Y una mierda, Alex —dice, con un hilo de voz.

Su expresión de culpa me sorprende tanto que duele. Esto no ha sido culpa suya, si no mía.

—Ethan —consigo articular—. No pasa nada, ha sido culpa mía.

Niego con la cabeza, mirando hacia el suelo. No puedo hacer esto. Necesito irme, entrar en casa. Alejarme de todo y de todos.

—¿Cómo va a ser culpa tuya? —dice agarrando la mochila y dejándola a un lado.

Yo sigo mirando al suelo, sin poder mirarle. Él se da cuenta y me levanta otra vez mi cabeza desde la barbilla. No tengo fuerzas para impedirlo. Me encuentro de nuevo con su mirada dorada, y es tan intensa que vuelve a dolerme. Me duele el pecho. Yo no soy nadie, no sé ni por qué lo intento.

—Han sido ellas, ¿verdad? —No hablo. No hace falta. Él niega con la cabeza y da un paso atrás, poniéndose las manos en la

cabeza, indignado—. Ahora ya sé por qué te fuiste.

Y ahí la frase mítica: «no tendrías que haberte ido por eso».

—Entiendo que te fueras, pero… ¿por qué no esperaste a que llegara?

Yo abro los ojos, sorprendida. Al cabo de unos instantes, hablo.

—¿Esperarte? —Aún estoy atónita por sus palabras. No sé qué más decir.

Suspira, porque creo se ha dado cuenta.

—Sí, esperarme —me responde, con los brazos a los lados, derrotado—. Podría haber ido contigo a decirlo o, simplemente, si hubieras querido irte, te hubiera acompañado a casa sin problemas.

Yo sigo incrédula. Vuelvo a mirar al suelo, también derrotada. No puedo hablar. No me salen las palabras. Me siento mal. Siento que esté pasando esto. Nadie debería estar a mi lado. Esto es lo que pasa cuando alguien está a mi lado. Solo quiero llorar, entrar en casa, encerrarme en mi habitación y llorar hasta que no pueda más. Todos los que han estado a mi lado se han ido por mi culpa. Mi padre se fue por mi culpa, mi madre está sola por mi culpa y ahora Ethan se irá de mi lado por mi culpa. Siento que la presión aumenta. El pecho cada vez me duele más.

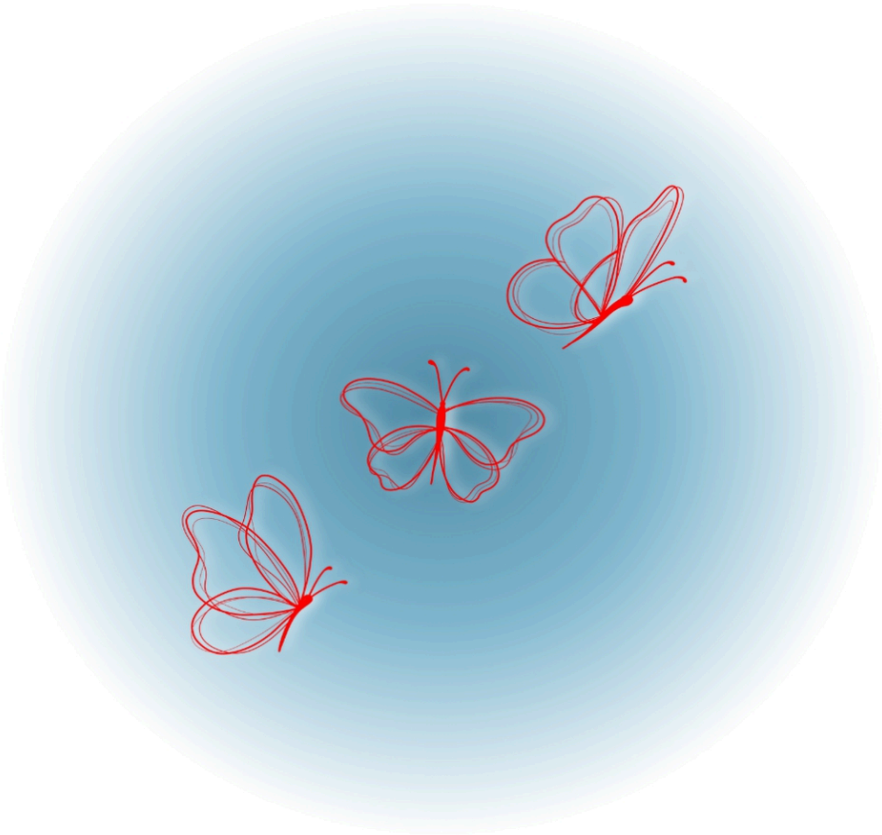
—Alex… —Yo no contesto. Niego con la cabeza y vuelvo a hacer ademán de irme, pero él me lo impide, otra vez. No quiero derrumbarme aquí. Ethan va a hablar, pero le interrumpo, aún mirando al suelo, porque no quiero que me vea a punto de llorar.

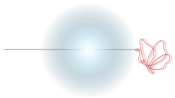
—Tengo que irme —le digo en un susurro entrecortado—. Por favor, vete.

Quiero zafarme, pero tampoco tengo fuerzas, así que tengo que esperar a que él me suelte. Entonces, pasa algo que por nada en el mundo hubiera imaginado. Me abraza.

Me da un abrazo tan fuerte que parece que me vaya a romper en mil pedazos, pero eso no puede ser, porque ya estoy rota. En verdad, lo que parece es que él intenta que con ese abrazo se puedan unir esos pedazos.

Me quedo sin aliento un segundo, dos. Inmóvil. Al final, me derrumbo. Le rodeo la cintura con mis brazos y empiezo a llorar.





35
Ethan

No he podido evitarlo. Verla intentando no llorar, sintiéndose culpable, con la cabeza agachada, como si esperara que la regañaran por algo que ha hecho mal. La he abrazado. Ella se queda inmóvil unos segundos y, después, parece rendirse, porque me devuelve el abrazo y llora. No sé qué debe sentir ahora mismo, pero me apuesto lo que sea que no se esperaba esto. Se me cae el alma a los pies. Parece una niña pequeña ahora mismo y, de repente, solo quiero acunarla, calmarla, decirle que todo va a estar bien… Pero ni siquiera me salen las palabras.

Nos quedamos así unos minutos, mientras ella sigue llorando. Cuando parece calmarse, me atrevo a dejarla ir un poco. Me separo de ella lo justo, pero no la suelto. Todavía no.

—¿Quieres que entremos? —le pregunto en un susurro casi inaudible.

Ella asiente, nos separamos del todo y me deja entrar, entrando ella después y cerrando la puerta. Yo me quedo un momento observándola. Y, aunque parece estar más tranquila, se lo pregunto para asegurarme.

—¿Estás mejor? —Ella me mira y, al cabo de unos instantes, hace algo parecido a una sonrisa.

—Debo estar horrible ahora mismo —dice negando la cabeza mirando hacia abajo, pasándose las manos por la cara, azorada—. Lo siento.

—Me sorprende la cantidad de veces que puedes llegar a pedir perdón. —Suspiro y me río un poco. A ella parece acentuársele más la sonrisa—. A veces, uno necesita llorar.

Ella me mira, aún con los ojos rojos. Le miro la herida de nuevo. Intento ignorar la rabia que vuelve a invadirme y suspiro cerrando los ojos por un momento.

—¿Tienes algo para curarte eso? —le pregunto, sustituyendo la rabia por la atención. Ella asiente.

Al cabo del rato, estamos en el comedor, sentados uno en frente del otro, ella mirándome de frente, esperando que le cure la herida. Yo pongo desinfectante en una gasa que me ha dado Alex.

—Igual te escuece —le advierto. Ella asiente y yo le poso la gasa empapada con el producto en la herida. Ella suelta un quejido, pero no se aparta—. ¿Te duele?

Muevo la gasa ante su queja. La rabia vuelve a subir y me acalora. Ella niega con la cabeza. Yo vuelvo a darle toques con la gasa en la herida.

—Solo escuece.

—Ya verás mañana —se me escapa con suspiro de indignación. Niego con la cabeza e intento volver a calmarme. De repente, caigo en la cuenta de que una bofetada no deja esa herida si no es muy, muy fuerte. Frunzo el ceño—. ¿Con qué narices ha sido esto?

No quiero hacérselo recordar, pero la verdad es que me gustaría saberlo para decírselo mañana al director. Ella me está mirando a los ojos desde que me senté en frente de ella, y ahora soy yo el que levanta la mirada hacia la suya, clavando en ellos una súplica para que me conteste. Parece vacilar, pero por fin contesta.

—Creo que un anillo, pero no me fijé bien.

Yo asiento suspirando. Tiene sentido.

De improvisto, me veo negando otra vez con la cabeza, mientras dejo la gasa a un lado.

—Ya está, mucho mejor. —Le sonrío con afecto.

Ella me devuelve una sonrisa cansada, pero llena de agradecimiento y se levanta. Me levanto yo también y veo que se sienta en el sofá, como agotada, cerrando los ojos. Yo me siento en la silla donde ella estaba antes.

—Tenemos que decirlo. —No aguanto más. Ella los abre de nuevo y me mira, extrañada—. No puede ser que esto quede así, Alex.

«Se lo diré yo mismo si ella tiene miedo».

—¿Crees de verdad que sirva de algo? —Yo suelto aire. Voy a hablar, pero ella continúa—: Ya habló mi madre, ¿y qué conseguimos? Nada. Literalmente, nada.

—¿Cómo es posible que no hicieran nada? —Miro al suelo, frustrado.

Me creo que la madre de Alex haya hablado con el director, pero ¿de verdad? ¿no hicieron nada? No me sorprende que también me lo crea.

—No lo sé, y no me como la cabeza pensando en eso, la verdad —responde—. Cuando mi madre habló con el director, él le dijo que hablaría con los responsables. Que yo sepa todo sigue igual, nadie cambió de comportamiento, nadie pareció ser diferente conmigo. ¿Qué te dice eso?

Que no habló con nadie… o que pasaron olímpicamente del director, que es lo más probable.

—Seguramente pasaron de él —repito en voz alta.

También suspirando, me inclino hacia atrás en la silla para acomodarme más y cruzo los brazos en el pecho.

—Hay que decirlo igualmente, Alex —continúo—. Esto se pasa de madre.

Descruzo los brazos un momento para señalarle la cara. Ella mira hacia abajo y no contesta.

—Te acompañaré, si es lo que te preocupa. No vas a ir sola. —Ella levanta la cabeza y vuelve a mirarme, sorprendida.

Despega los labios por fin. Y dice algo que hace que por tercera vez se me caiga el alma a los pies.

—Me da miedo. —Cierro los ojos un instante, suspirando.

Me lo imaginaba. Me levanto y voy hacia ella. Me agacho en frente suyo y la miro a los ojos. Ella me devuelve la mirada y veo ese pavor.

—Con el miedo no se va a ningún sitio, Alex —le repito las mismas palabras que le dije a Erika.

Ella me sigue mirando, sus ojos verdes expresan algo parecido a un ruego. Yo suspiro, negando con la cabeza y mirando hacia abajo un momento. Luego vuelvo a mirarla.

—Entiendo que tengas miedo. De verdad, pero no puedes dejar que te hagan esto y simplemente no hacer nada —continúo.

Intento que mi mirada sea intensa para que me entienda.

—No puedo simplemente curarte, estar ahí para ti y no hacer nada. Sería… sería de mal amigo. —Esta vez hablo también para mí mismo.

No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que ha pasado. Ella continúa callada, escuchando atentamente mis palabras.

—¿Lo entiendes? —le pregunto, serio.

No contesta rápido y, al cabo de unos instantes, asiente con la cabeza, casi imperceptiblemente. Yo también asiento, a modo de consuelo. Me doy cuenta de que su por su cabeza parecen pasar millones de pensamientos.

—¿En qué piensas? —Ella parece prestarme atención de nuevo. Abre la boca para hablar.

—En muchas cosas —responde con un atisbo de sonrisa. Yo no insisto.

—¿Dónde tienes la basura? —le pregunto, levantándome. Ella se tensa un poco, pero me guía a la cocina y me señala el cubo—. Y… ¿para dejar el desinfectante?

—Aquí —suspira.

Tiro las gasas empapadas y luego acompaño a Alex al lavabo a dejar el objeto.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —le pregunto volviéndome hacia ella señalando el espejo.

Ella está tensa, pero solo se encoge de hombros, sin decir nada. Frunzo el ceño y mi vista se va hacia sus manos, en busca de heridas, pero no las hay, casi suspiro de alivio.

—Has sido tú, ¿verdad? —continúo.

No tiene que avergonzarse. No cuando a mucha gente le pasa. Ella tarda, pero asiente.

—La verdad, ni me acordaba, me sabe mal que hayas tenido que ver el espejo así. No me ha pasado nunca —me dice rápidamente, justificándose.

Yo levanto los brazos, en señal de paz.

—No te estoy juzgando, Alex —le digo también rápido—. No eres la única que ha hecho estas cosas, créeme.

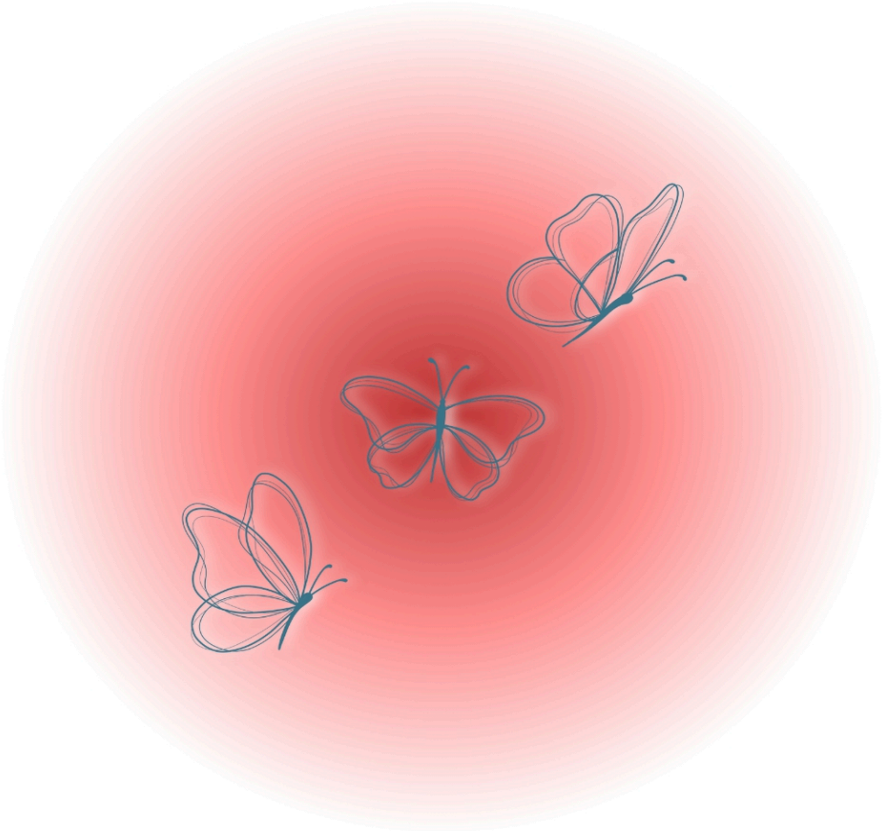
Continúo bajando los brazos y cruzándolos en el pecho.

—Lo bueno es que no ha sido con tus puños —digo señalando sus manos con la cabeza.

Ella las entrelaza por instinto y niega con la cabeza.

—Con el jabonero —me dice.

Yo casi me río, pero solo me sale un intento de sonrisa. Ella parece verla, porque pone el mismo gesto.



36

Alex

«Con el miedo no se va a ningún sitio, Alex».

No lo culpo, porque realmente no sabe nada. Nada de lo que estoy pasando y pasé. Incluso si, en realidad, tiene razón. Pero él tiene valor, puedo verlo. También se nota que quiere ayudarme y, aunque no entiendo el porqué, se lo agradezco, aun no habiendo nada que él pueda hacer en realidad. No me esperaba para nada sus reacciones. Nadie había sido así conmigo y, de repente, llega sin importarle nada, sin casi conocerme, y no duda en hablar conmigo, en querer conocerme, en quedar conmigo, en venir a verme aprendiéndose el camino solo con acompañarme una vez, para saber qué me había pasado, en curarme la herida de la mejilla... Tampoco ha dudado en abrazarme.

—¿En qué piensas? —Vuelvo a estar presente y me centro en su mirada dorada.

Sonrío imperceptiblemente.

—En muchas cosas —le respondo.

Él parece que no va a decir nada al respecto, y es un alivio. Hace ademán de empezar a levantarse.

—¿Dónde tienes la basura? —me pregunta. De repente, al verlo coger el desinfectante, me acuerdo del baño—. Y… ¿para dejar el desinfectante?

Menos mal que he ido yo a buscarlo. Bueno, ahora verá el desastre, aunque ya, ¿qué más da? Él ha visto más de mí que cualquier otra persona desde hace mucho. Solo mi madre me conoce más que él.

—Aquí. —Me sigue a la cocina y abro la basura.

Él tira las gasas y luego me acompaña al baño. Entro dentro y él entra detrás. Espero su reacción a su lado sin mirarle, algo avergonzada.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —me pregunta mientras señala el espejo girándose hacia mí.

Sin saber qué contestar me encojo de hombros. Veo que me mira las manos con las cejas juntas, pero unos segundos después, se le relaja la cara. Yo me extraño.

—Has sido tú, ¿verdad? —Yo asiento casi mirando al suelo.

—La verdad, ni me acordaba —respondo algo nerviosa y me apresuro a aclarar—. Me sabe mal que hayas tenido que ver el espejo así. No me ha pasado nunca.

Él levanta los brazos, como si no quisiera pelearse.

—No te estoy juzgando, Alex —dice rápidamente—. No eres la única que ha hecho estas cosas, créeme. Lo bueno es que no ha sido con tus puños.

Yo, por instinto, entrelazo las manos, negando con la cabeza.

—Con el jabonero —le digo, esperando que lo entienda.

Él no dice nada, pero veo que al principio parece desconcertado, aunque después hace un atisbo de sonrisa que se me pega, y me hace sonreír de la misma manera.

Nos quedamos así unos segundos, callados, y después suspiro, poniendo fin al silencio, aunque no fuese incómodo.

—¿Vamos al comedor? —le pregunto algo nerviosa.

No son los nervios de antes. No sé por qué, la temperatura de mi cuerpo aumenta un poco mientras él asiente y me rodea para salir del baño. Cuando sale, yo suelto el aire, como si lo hubiese estado aguantándolo mientras él pasaba por mi lado. ¿Qué me pasa? Niego con la cabeza y le sigo, aún notando mis mejillas calientes. Al llegar con él al comedor, vuelvo a hablar, esta vez más en la Tierra.

—Gracias por todo —le digo sentándome en el sofá.

Él se sienta en la silla de antes de cara a mí. No digo nada más. No sabría que más decir.

—No tienes que dármelas —me responde.

Tampoco dice nada más. De repente, me doy cuenta que solo son las 15:30. Le miro algo conmocionada.

—¿Has comido? —le pregunto.

Con la hora que es, ha tenido que venir directo del instituto. Él me mira con sorpresa, como si no se hubiera dado cuenta de eso. ¿En serio? Yo abro la boca impactada y la vuelvo a cerrar. Luego hablo.

—¿En serio has venido directo del instituto? ¿Por qué? —le pregunto, aún sorprendida.

—Pues no, no he comido —me dice pasándose una mano con la cabeza, algo avergonzado—. Es que… no sé.

Parece no saber bien qué decir o cómo decirlo. Luego suspira, como si se rindiera.

—La verdad es que estaba preocupado.

Yo le miro con emoción contenida. ¿Preocupado por qué? Bien podría estar enferma o… no sé. Pero la verdad es que aún no sé cómo es que ha venido tan pronto, tan de improvisto.

—¿Preocupado? —La misma pregunta que estallaba en mi mente sale de mis labios—. ¿Por qué?

—Erika te vio esta mañana —reconoce—. ¿Sabes quién es?

Asiento.

—Fue ella quien me dijo que te vio hablando con Sandra y estas. —Yo me tenso en el sofá—. Y sabía que eso no podía ser bueno, por la forma en que tratan a según qué gente. Por eso decidí venir a verte directamente. La verdad es que ni pensé en eso.

Ríe un poco nervioso. Yo sonrío también. A los segundos, carraspeo, rascándome un lado de la cabeza.

—Creo que tengo algo de comida para los dos… —empiezo a decir. Acto seguido me arrepiento—. Bueno, era una idea… supongo que querrás irte a casa.

Me contradigo haciéndome un lio yo sola. Mierda, no sé qué estoy haciendo. Él se ríe ante mis contradicciones. Yo le miro desconcertada y, antes de que pueda hablar, me dice:

—Por mi vale, si no es problema. —Me sonríe con afecto—. ¿Tampoco has comido?

«Vale. ¿Ahora qué? Piensa». Me quedo mirando a un punto fijo sin saber bien qué contestar.

—Vale —digo al fin levantando las cejas—. Eh… No he comido, aún no.

Aunque no tenga mucha hambre, algo sí comería. Además, es súper tarde, tendré que comer algo.

—Perfecto —contesta él empezando a moverse—. Te ayudo a poner la mesa si me dices dónde están las cosas.

37
Ethan

Alex me ha invitado a comer. Estoy más nervioso por la invitación que por lo que ha pasado, si soy sincero. Creo que ella quería hacer algo para agradecerme lo que he hecho, aunque no hace falta, y no sabía bien ni qué decirme. Estamos preparando la mesa y aún la veo algo sonrojada mientras lo hace, creo que tampoco se esperaba que dijera que sí. Seguro que pensó que diría que mejor otro día y me iría a mi casa.

Cuando dije que por mí no había problema ni siquiera se sorprendió, más que nada no sabía qué hacer, y eso me dio mucha ternura, al verla tan tímida e intentando saber qué decir. Quería distraerla, que no pensara en lo que ha pasado, aunque solo fuese por un rato. No me acordaba de que tenía hambre hasta que empezamos a comer, la verdad. Tenemos cada uno un plato de estofado que había hecho su madre; Alex come aún con la timidez de antes, algo que genera en mí una gran ternura. No entiendo realmente qué ha pasado, qué hablaron con ella esas tres, ni qué motivos ha habido para lo que han hecho (que no debería haber ninguno en ninguna circunstancia, por cierto). Pensar en todo eso me vuelve a encender por dentro, la rabia me sube por el estómago, así que apago la mecha que me hace arder por un momento y me centro en el presente.

—¿Pensabas comer, aunque no estuviera yo? —le pregunto metiéndome una cucharada de estofado en la boca, no sin antes soplar. Esto quema una *pechá*.

—La verdad es que no lo sé —me responde pensativa bebiendo un trago de agua—. Estaba viendo la tele sin darme cuenta ni del

tiempo, si te soy sincera. Cuando has llegado tú, ha sido cuando he vuelto a la realidad.

Ya veo… espero a que continúe hablando, pero no lo hace, así que hablo yo.

—Bueno, a veces solo quieres distraerte con lo que sea con tal de huir del presente. O de la realidad —digo son un suspiro—. La verdad es que lo entiendo.

Ella me mira metiéndose una cucharada en la boca, intentando hacer que no le ha sorprendido el comentario. Cada vez que se sorprende por algo así se me da un vuelco en corazón.

—Solo quieres evadirte y no pensar en nada, aunque no te niego que cuesta una *pechá*. —Ella me mira desconcertada por mi expresión malagueña, y traduzco rápidamente—. Mucho.

Me río ante su cerebro activándose, porque juro que veo sus neuronas hacer clic otra vez. Ella ríe también, echando la cabeza un poco hacia atrás. Luego vuelve a ponerse seria lentamente.

—Supongo que sí —me dice frunciendo el ceño, mirando el plato. De nuevo quiere añadir algo, pero calla.

Y yo no insisto.

Nunca insisto.

Ella nunca sabrá las ganas que tengo de volver a abrazarla, de decirle que me lo diga, que puede hablar conmigo, que puede llorar otra vez conmigo si quiere.

Que puede confiar en mí.

Pero quiero darle su espacio, no atosigarla, ni mucho menos obligarla a decirme lo que siente. Ni cuando nos hemos abrazado, o mientras la curaba, o cuando dejábamos las cosas en su sitio, ni cuando he visto el espejo roto del baño, el cual hizo que se me parara un segundo el corazón pensando que podría estar herida. Simplemente la he dejado hacer lo que quiera, hablar lo que le apetezca y cuando prefiera. Ella misma elegirá cuándo hablar conmigo, si es que lo hace.

Tampoco sabrá lo mucho que espero que lo haga.

Mierda. Es que nunca me había pasado esto. Nunca me había sentido así. Nunca me había sentido tan impotente como hoy, excepto con Laura en su momento. Pero esto es diferente. Estoy sintiendo cosas diferentes. A Laura, cuando supe lo que pasaba, hacía años que la conocía. Es mi mejor amiga, ahora y siempre. Con Alex no es así. La conozco desde hace apenas dos semanas y ya siento la necesidad de protegerla, de estar con ella, de asegurarme de que esté bien. Si hablo con Laura, tal vez…

—¿Todavía lo haces? —me deja tan desconcertado que pestañeo unas cuantas veces antes acordarme de lo que estábamos hablando.

—¿Evadirme, te refieres? —le pregunto para asegurarme.

Ella asiente mirando su plato, casi lleno. Casi no está comiendo, y tengo la necesidad de coger la cuchara y darle yo de comer. Qué estúpido, ¿no?

—No, hace tiempo que dejé de hacerlo —le respondo, después recalcando—. Pista: NO SIRVE DE NADA.

Ella me mira, pero no dice nada, prefiere seguir escuchando. Perfecto.

—Hablo con mi madre, mi padre…

«Mierda».

—Bueno, con mi madre más que mi padre.

La estoy cagando. Niego con la cabeza ante mi estupidez.

—Lo siento, ya sabes a lo que me refiero, supongo —me rindo.

Ella sigue callada, pensando.

—Sí, lo entiendo —responde lentamente—. Sin embargo, yo no tengo padre al que acudir, y mi madre casi siempre anda trabajando. No la culpo, para nada, porque ¿cómo si no saldríamos adelante? Aunque casi no puedo hablar con ella y no tengo amigos, así que…

—Habla conmigo —le disparo.

«Lo siento, si tengo la oportunidad, lo tengo que intentar, ¿no?». Ella me mira con la cabeza de lado con una mezcla de

sorpresa y extrañeza.

—Solo si quieres, claro —aclaro rápidamente.

Ya está, le he dejado cuerda para que se abra. Ella se queda callada un minuto, dos, pero yo no lo dejo pasar. No voy a hablar. No voy a decir nada hasta que hable ella. No voy a darle oportunidad de cambiar de tema, a no ser que ella lo decida. Son dos minutos llenos de una incertidumbre palpable, nuestras miradas verdes y doradas se encuentran una vez, dos, y la suya parece suplicar que lo deje estar, pero la que tiene la palabra es ella, así que, ¿por qué no es ella quien lo deja estar y cambia de tema? En su mirada, parece caer una parte del muro que tiene construido a conciencia, pero solo un poco. Suspira y parece que se rinde.

Por fin.

—Todo esto es una mierda. —Ala, empezamos fuerte.

—¿Por qué?

—Ni siquiera sé por qué.

—¿Tal vez porque te tratan mal? ¿porque no mereces eso y, aun así, lo hacen? ¿porque saben lo que están creando en ti ahora mismo?

Ella se queda pálida, sé que he dado en el clavo.

—¿Tal vez porque… no sabes ni lo que sientes ahora mismo? —Deja la cuchara a un lado y coge aire cerrando los ojos un momento, luego los abre. Se echa el pelo hacia atrás, sin saber qué más hacer cuando por fin habla.

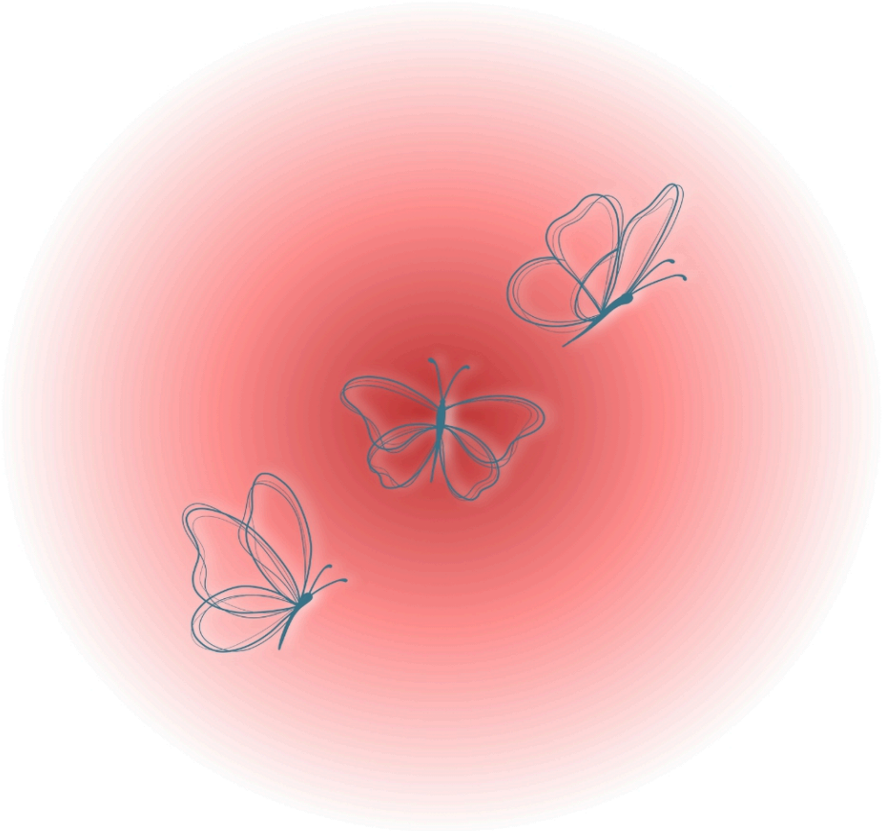
—¿Cómo lo haces? —Ahora el que se queda en blanco soy yo.

Ella tiene los ojos húmedos, y eso me hace arrepentirme de haber dicho todo eso.

—¿Cómo hago el qué? —No entiendo.

Suspira negando con la cabeza con algo parecido a una sonrisa, lo que me dice que no va a responder a esa pregunta. Señala la herida de la mejilla.

—Fue porque quedamos juntos.



38

Alex

Ethan se queda pálido. Incluso parece no creérselo.

—¿Perdón? —pregunta cuando se recompone un poco, con el ceño fruncido e inclinando la cabeza hacia un lado.

No quería que lo supiera, pero su manera de decirme las cosas, su manera de entender (no sé cómo cojones lo hace) lo que siento hace que merezca que me abra casi por completo con él. Espera una respuesta y, con un nudo en la garganta, se la doy tragando saliva sonoramente.

—No sé cómo, pero se enteraron de que quedamos —digo intentado que no se me quiebre la voz, aunque poco me falta para ello, por la forma en que me mira—. Y parece que no les gustó la idea.

—Sigo sin entenderlo —dice él aún desconcertado— ¿A quién coño le importa con quién quedes? ¿O con quién quede yo?

—Te invitaron a la fiesta, y no ir solo por quedar conmigo…

—¿Solo? —Cada vez está más indignado.

Parece estar sin palabras, o simplemente diría de todo, pero se está controlando. Probablemente, por su cara, es más lo segundo.

—Da igual, Ethan —le resto importancia y cuando hago eso él suspira de indignación y se echa hacia atrás en la silla, poniendo las manos en la cabeza—. El caso es que me han querido dejar claro que no puedo salir con nadie.

«¿He dicho salir con alguien?».

—Bueno, ya sabes… —murmuro.

No sé qué decir. Me sube el calor por las mejillas. Ethan tiene los puños apretados, tanto que se le han emblanquecido por la presión.

—¿Ethan? —Ahora soy yo la que está preocupada.

Tiene también los ojos cerrados.

—Dame un momento —me dice tenso, sin abrirlos. Yo cierro la boca al instante. Unos segundos más tarde, continúa—. Estoy intentando no perder los nervios. Estoy intentando contar hasta diez y no soltarle cuatro cosas mañana a esas tres.

Me quedo sin habla, callada. No sé cómo arreglar esto. Me siento mal por habérselo dicho, por hacer que se sienta culpable, porque la que es culpable soy yo, por creer que podría quedar con alguien tranquilamente. Joder.

—Ethan, lo siento… yo…—empiezo a decir. En ese instante me mira. Y su mirada me impacta tanto que me callo de nuevo.

—Solo contéstame a algo simple —empieza—. ¿Por qué coño tienes tú que pedir perdón, cuando las que tendrían que pedirlo son ellas?

No tengo una respuesta, la verdad. Como no contesto, él vuelve hacia delante, pasándose una mano por la cara suspirando y apoya el codo en la mesa, poniéndose una mano en la barbilla para sujetarse la cabeza. Pasan unos segundos en los que seguimos sin decir nada, él niega con la cabeza y habla.

—Ojalá lo hubiera sabido. —Sigo sin poder hablar. Tengo un nudo en la garganta que no me deja. Quiero, pero no puedo—. Si hubiera llegado antes, tal vez no te hubiera pasado esto.

Joder. No puede sentirse culpable, él no. Abro la boca y por fin salen lo que creo que son palabras, aunque susurradas.

—No —logro decir, con un hilo de voz—. No quería que te sintieras así. No quería que te sintieras culpable.

Se me quiebra la voz sin poder evitarlo. Ethan se pasa una mano por la cara suspirando, frustrado.

—No puedes evitarlo —espeta y yo le miro—. Salimos a dar una vuelta, ¿y qué? ¿a quién le importa con quién salgas? ¿quién tiene el derecho de decirte a ti o a cualquiera con quién salir?

Se echa otra vez hacia atrás en la silla, cruzándose de brazos, y yo me quedo en silencio unos segundos. Luego hablo.

—Solo quería quedar contigo y hacer un amigo. —Mi boca dice toda la frase antes de pensarla, y luego casi me arrepiento por la vergüenza—. Supongo que no les sentó bien que rechazaras su súper invitación.

Lo último lo digo casi riéndome, aunque una lágrima baja por mi mejilla y la limpio rápidamente, sintiéndome estúpida de repente.

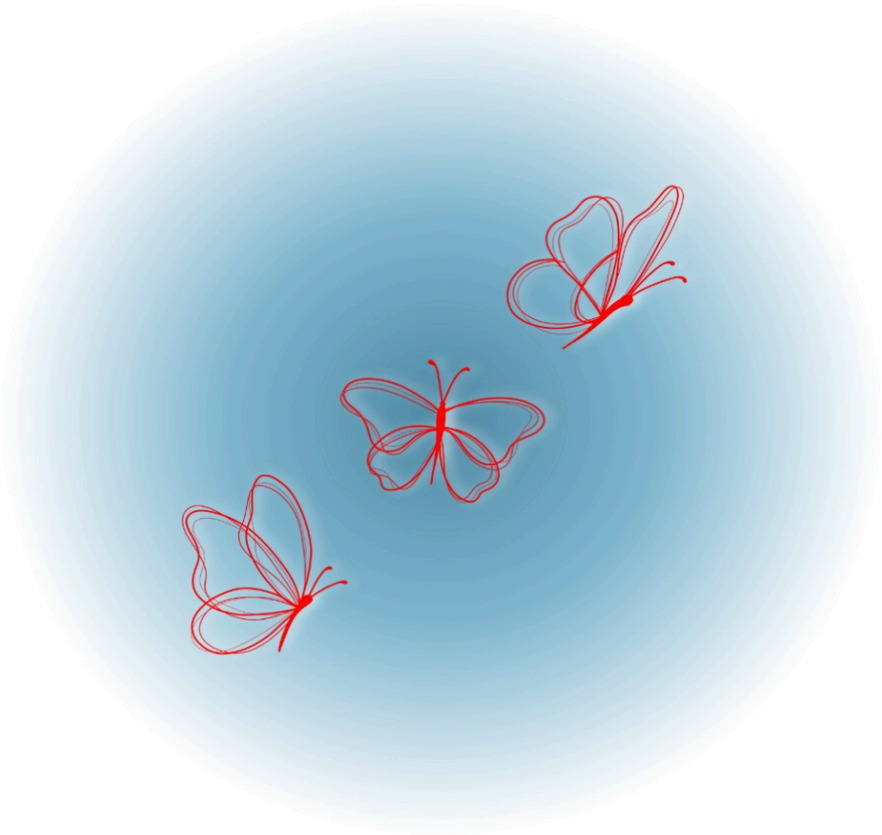
—Pues que les jodan —me responde Ethan encogiéndose de hombros.

Agarra una servilleta de papel y me la ofrece. Se ha dado cuenta. Yo la tomo y nuestras manos se rozan mientras se separan de nuevo.

—Yo también quería quedar contigo, Alex, y no me arrepiento.

Yo sonrío negando con la cabeza mientras me paso la mano por la cara secándome los ojos. Él me sonríe también, y Dios, es una sonrisa tan bonita… Tiene tanta paz. Un pequeño hoyuelo aparece, me quedo sin aliento unos segundos y aparto la mirada, azorada. Él iba a hablar de nuevo, pero se escucha la puerta de casa abrirse. Mierda.

Mi madre.



39
Ethan

Oigo la puerta abrirse y me muevo en su dirección, tenso. Vuelvo a girarme hacia Alex con cara de circunstancia preguntándole mentalmente: «¿ahora qué explicaciones damos?». Veo que ella está igual de tensa. Seguro que su madre no lo sabe. Suspiro y le dedico una sonrisa cómplice estrechándole la mano.

—Yo te ayudo —le susurro para que nadie más me oiga salvo ella.

Me sonríe de vuelta, aunque de repente parece estar nerviosa y sentirse… ¿culpable? Niego con la cabeza, intentando que lo capte. Ella suspira.

—¿Alex? —Oigo desde lo que parece ser el pasillo y unas llaves dejándose caer.

Yo hago ademán de soltar la mano de Alex para que no se sienta incómoda cuando nos vea, pero a ella no parece importarle, porque me la aprieta antes de poder soltarla y capto que no quiere que lo haga.

Así que no se la suelto, y tengo la sensación de no querer soltársela nunca. Por un instante, me sube el calor por las mejillas, pero no es el momento, así que respiro hondo y espero a que su madre llegue al comedor; a que estemos en su ángulo de visión.

—Me ha llegado un mensaje del instituto de que has faltado —dice en tono severo, llegando hacia donde estamos, y me giro para estar de cara, aún agarrando su mano.

Se queda paralizada un segundo al verme a mí en su casa, cosa que es normal, dado que Alex, según he visto, no trae a mucha

gente. Luego la mira a ella y entonces reacciona. Su cara de horror refleja la mía, la que yo he puesto al verla al llegar. Se acerca casi corriendo y veo la hora de soltarle la mano; ella me lo permite.

—Dios mío, Alex, pero ¿qué ha pasado? —le pregunta casi chillando.

Ella parece que ni siquiera puede responder. Tiene los ojos bañados en lágrimas otra vez. Al ver que no le contesta, la abraza fuerte.

Alivio. Eso es lo que siento ahora mismo. Alivio por ver que su madre la abraza de esa manera. No la conozco, pero sus acciones hablan por sí solas. Las emociones vuelven a inundarme poco a poco y hacen que quiera llorar.

Veo que Alex sigue sin poder hablar, por miedo, por vergüenza, por lo que quiera que sea, y yo decido intervenir cuando ella se aleja de su hija un poco.

—Hola. —Empiezo con algo de inseguridad—. Soy Ethan.

Ella finalmente me mira.

—Me lo he imaginado. —Me sorprendo, pero supongo que Alex le habrá hablado de mí—. ¿Se puede saber qué ha pasado?

No dudo en contestarle.

—Parece ser que a algunas no les gusta la idea de que Alex haga amigos —resumo. Antes de que conteste, sigo hablando—. Unas compañeras se enteraron de que quedamos el viernes y no lo llevaron bien.

Ella asiente, aunque su ceño fruncido desprende indignación. Mira a Alex y se dirige a ella ahora.

—¿Por qué no me has llamado? —Entiendo la pregunta, pero eso solo hace que se sienta más culpable, se le ve en la cara.

—No quería molestarte —Esta vez contesta ella.

Yo niego con la cabeza.

—¿Cómo vas a molestarme? —dice ella con las manos en sus hombros.

Niega con la cabeza, suspira mirado hacia abajo y vuelve a mirarla. También tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Estabas trabajando y… —Empieza ella.

—¡Eso da igual! —le corta ella—. Eres mi hija y por supuestísimo vas primero. Hubiera venido en cuanto me llamaras, me hubiera quedado contigo.

Alex asiente.

—Ya lo sé, de verdad —dice con voz entrecortada—. Pero no quería que me vieras así.

Cierro los ojos un segundo. Niego imperceptiblemente con la cabeza. Tampoco quería que *yo* la viera así.

—Alex, que sientas vergüenza es otra de las cosas que me dan rabia —continúo yo, intentando controlar los sentimientos que afloran por mi garganta, creando un nudo cada vez que hablo—. Nada de esto es culpa tuya.

Se lo repito por tercera vez. Y se lo repetiré las veces que haga falta.

Su madre asiente, estando de acuerdo conmigo, cosa que agradezco en el alma.

—Mañana te acompaño al instituto y hablaré con quien tenga que hablar —le dice sin soltar sus manos.

Yo asiento. Alex se pone algo pálida, pero sabe que no hay negación posible por parte de los dos, así que finalmente asiente.

—Estoy contigo, ¿vale? —Vuelve a abrazarla. A Alex le baja una lágrima por la mejilla mientras están abrazadas.

No sé si debería irme, tengo la sensación de que sí, de que este momento es solo suyo, y estoy inmóvil por no estropearlo con mis movimientos. Cuando se separan, decido levantarme para llamar la atención de manera disimulada. Su madre se gira hacia mí y Alex me mira, secándose la lágrima indiscreta que me hubiera gustado limpiar a mí.

—Yo opino lo mismo que tu madre, ya lo sabes —coincido—. Le he dicho antes que no hay problema, yo la acompañaría.

Alex suspira, como si estuviera derrotada, cansada. Y normal que lo esté, no solo en lo que se refiere a lo físico. Yo no dejo de mirarla, para que sepa que estoy con ella, al igual que su madre. Veo por el rabillo del ojo que su madre asiente, agradecida.

—Soy Raquel, por cierto —se presenta.

Es verdad, con todo esto no nos hemos ni presentado debidamente. Esta vez miro a Raquel y le sonrío.

—Yo Ethan, aunque eso ya lo he dicho. —Me paso la mano por el pelo, algo nervioso. Ella parece reír un poco—. Soy compañero de Alex en el insti. Bueno… amigo.

Alex sigue con la mirada fija en mí, algo sonrojada.

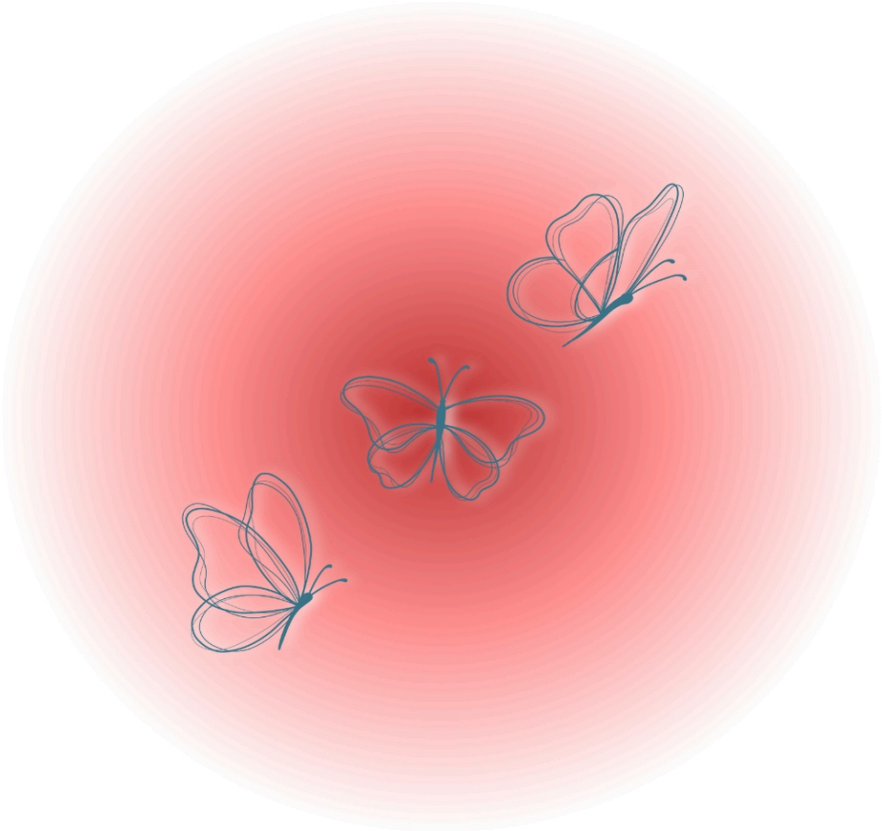
—No vino a clase hoy y bueno…—La verdad no sabría cómo explicar de otra manera que he venido a su casa porque que estaba preocupado, así que, ¿qué más da? —Lo cierto es que me preocupó que no viniera y, como la acompañé a casa el viernes, más o menos me sabía el camino, así que…

Acabo de explicarme, casi atropelladamente, y mentiría si dijera que no pueden ver que me estoy poniendo rojo por la vergüenza. Raquel me sonríe con el mismo agradecimiento de antes. Yo sonrío de vuelta sin poder evitarlo.

—Gracias, Ethan —me dice.

Sé que lo dice de verdad. Una verdad tan intensa que hasta me duele. Yo vuelvo a sonreír, pero por dentro la rabia se apodera de mí. Nadie debería pasar por esto. Nadie.

Realmente no tengo más palabras.



40

Alex

—Creo que… debería irme —Empieza Ethan casi en un balbuceo tímido.

Me levanto al escucharle.

—Os dejaré charlar tranquilas —prosigue empezando a despedirse.

Sé que quiere dejarnos solas, dado el momento, pero tampoco es motivo para que se vaya. No quiero que se vaya, no aún.

—Aún no te has tomado el café —improviso—. ¿Te apetece?

Me da miedo que vea la súplica en mis ojos, pero no puedo evitarlo. Él parece pensárselo, mirándome, hasta que al final la ve, asintiendo unos segundos después.

—¿Seguro? —me pregunta insistente.

Yo asiento con una sonrisa al ver que mi madre asiente detrás de él con energía, cosa que casi me hace reír.

—Claro —acaba por responder.

Casi suspiro de alivio aún con la sonrisa en la cara.

—Bueno, yo voy a comer —dice mi madre—. Vosotros a lo vuestro.

Me guiña un ojo. Por Dios. Me sonrojo y me arden las mejillas mientras niego con la cabeza. Le señalo a Ethan la cocina antes de empezar a caminar, pero él me agarra del codo para llamar mi atención y yo me giro, interrogante.

—Creo que deberías decirle lo del baño, antes de que lo vea ella misma y se asuste —me advierte en un susurro alzando las

cejas.

Yo me quedo pensando un momento y luego caigo en la cuenta de lo que dice. Es verdad. Suspiro y le miro, asintiendo.

—Mamá. —Ella ya está en la cocina y se gira, esperando que continúe. Está preparando la cafetera—. Yo no me he hecho daño, pero el espejo del baño… está roto.

Siento la mano de Ethan en mi espalda, como para reconfortarme, y lo hace tan bien... No sé qué será esto, pero es una sensación que me inunda paz; el saber que hay alguien se preocupa, que está contigo. Le conozco desde hace una semana y poco, pero es lo que siento, y hoy me voy a dejar llevar por mis sentimientos.

Mi madre coge el plato y se va al comedor. Ethan y yo nos quedamos en la cocina, esperando la cafetera. Hay un silencio nada incómodo mientras esperamos, hasta que hablo.

—¿Te gusta con leche? —le pregunto abriendo la nevera y mirándolo interrogante.

—Sí, con leche está bien —me contesta con una sonrisa.

De repente, el corazón me late más deprisa, con esa sonrisa que parece que ilumina los días grises. Mis días grises.

—Genial —logro responder cuando mi corazón me deja no tartamudear—. ¿Alguna en especial?

No sé por qué le pregunto eso, solo tengo desnatada o *semi*.

—La que tengas está bien —me garantiza.

La cafetera empieza a sonar con el café hirviendo.

—¿Lo apago? —Yo asiento.

—Dale el botón de encendido —le informo mientras saco la leche de la nevera. Él asiente y lo hace, mientras observo que le da al correcto—. ¿Está todo apagado?

Se aparta y señala, interrogante. Yo asiento.

—Ya está, gracias —añado con una sonrisa de agradecimiento agarrando unas tazas.

Le ofrezco una y la acepta. Tomo la cafetera con cuidado; faltaría que ahora la liara quemándonos o algo por el estilo, aunque sería típico de mí, pero bueno, esperemos que no.

Sin incidencias, dejo la cafetera en un posavasos ancho y le pido la taza a Ethan. Él me la da.

—Tú me dirás —le digo echando café en ella.

Echo hasta que él me frena.

—Ya. —Me detengo—. Gracias.

Le ofrezco una sonrisa como respuesta y pongo café en la mía, echando después la leche. Lo guío a la terraza.

—Ala, que bonita —me dice impresionado.

Yo sonrío, algo tímida.

—¿Te gusta? —le pregunto—. Es grande, la verdad.

Continúo sin saber que más decir. Uf, esto se me da fatal.

—Sí, es enorme, la verdad, ya me gustaría tener una así —dice mirando alrededor.

Le señalo una silla de terraza.

—Puedes sentarte si quieres —le ofrezco, sentándome yo en otra.

Se sienta en la que está a mi lado.

—Guau, estaría aquí TODAS las tardes de verano, en serio.

«Y las que quieras».

Yo le miro, pero no sé qué decir. No quiero estropear nada por culpa de las palabras. Él tampoco sigue hablando. Y así nos quedamos, sin hablar, tomando el café, sin necesidad de palabras.

Sin necesidad de entablar una conversación obligatoria.

Sin necesidad de que eso moleste.

41

Ethan

Me encanta su terraza. Es muy grande y bonita. Estamos tomando el café en unas butacas de terraza, y no veas lo a gusto que se está. Estamos así unos minutos, disfrutando un momento de la brisa, relajándonos un poco de la situación que acabamos de vivir. Después de un rato, vuelvo a hablar.

—Solo falta un perro —le digo entre risas, ella ríe un poco también sin responder, aunque veo su sonrisa por el rabillo del ojo. Luego deja de sonreír otra vez y parece pensativa.

—Entiendo que tengas miedo a decirlo. —Ella me mira, sorprendida por haberle leído la mente—. Pero hay que actuar, Alex. No soy una persona que se quede de brazos cruzados ante injusticias. Quiero hacer las cosas bien, como debe ser.

Alex mira al frente otra vez y suspira.

—Seré la chivata. —Eso es verdad.

—Lo seremos los dos —le rectifico—. Lo que me preocupa es que digan que fue fuera de horario escolar y se laven las manos.

No lo quiero decir, pero va a ser así. Por mucho que sea en sus puertas, los institutos son así de asquerosos.

Unas dos horas más tarde llego a casa y tengo que dar explicaciones.

—Alex, la amiga de la que te hablé que conocí en clase, no vino hoy, quise saber qué le pasaba y fui a su casa —me excuso—. Tardé en avisarte porque estuve hablando con ella y me invitó a comer para agradecérmelo.

Mi madre levanta las cejas, algo escéptica, pero si hay algo bueno que tengo, es que nunca miento, así que me cree enseguida.

—Vaya —dice ella—. Así que te invitó a comer.

Lo último lo suelta con una sonrisa torcida algo pícara. La verdad es que no estoy muy para bromas y no sonrío. Aunque me gustaría, porque tiene razón.

No sé qué tiene esta chica, pero hace que me sienta diferente. Nunca me había pasado eso. Mi madre se pone seria por el hecho de no verme sonreír.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta y, a juzgar por cómo me mira, quiere una respuesta seria.

Yo suspiro, pensando si contárselo o no, porque es algo de Alex. Aunque…

—Si supieras que han pegado a alguien, ¿qué harías? —Mi madre levanta las cejas, tanto, que si pudiera lo haría hasta el techo.

—¿Es una pregunta hipotética? —Me quedo pensativo entrecerrando los ojos.

—Mmm…—Me rindo con un suspiro—. No. No lo es.

Ella asiente, visiblemente satisfecha por decirle la verdad. Ahora toca el interrogatorio.

—¿A quién han pegado? —Ahí está la primera cuestión.

Yo suspiro otra vez, pensando si he hecho bien en decirlo. Pero ahora ya está. ¿Cómo lo hace para conseguir que siempre le cuente todo?

—A Alex. —Se me hace un nudo en el estómago cada vez que me acuerdo. A mi madre se le cambia la cara a la preocupación, y yo sigo hablando—. No sabía por qué no había venido, y resulta que vino, pero se fue antes de las clases otra vez, cuando fui a su casa, supe el porqué.

Mi madre no es una psicóloga, pero te aseguro que sabe escuchar.

—Madre mía, pero ¿está bien? —Yo asiento sin decir una palabra—. ¿Su madre lo sabe?

Vuelvo a asentir. Mi madre respira, algo más tranquila.

—Lo diría a quien hay que decírselo —responde a la primera pregunta.

Yo la miro.

—Es lo que haremos mañana, pero ella tiene miedo —le cuento.

—Creo que, aunque nos de rabia, Ethan, es normal que se sienta así —me dice dulcemente.

Yo asiento, y se me está volviendo a crear el nudo en la garganta. Trago saliva.

—Lo sé. —Lo único que alcanzo a decir por un segundo—. Yo iré con ella, y creo que su madre también.

—Eso es bueno. Tiene gente que la va a ayudar. Eso es lo importante, cariño.

Suspiro, pensando que eso es verdad. Hablando de «gente», caigo en la cuenta de algo, agarro mi móvil y el papel de mi bolsillo izquierdo con un número de teléfono. Mi madre me mira interrogante.

—Una compañera estaba también preocupada y me dio su número para que le dijera cualquier cosa —le explico—. Voy a enviarle un mensaje, creo que lo estará esperando.

Ella asiente, comprendiendo.

—Claro, tú mismo —dice con un gesto de la mano.

Yo sonrío en agradecimiento.

Me centro en la pantalla del teléfono y apunto el número de Erika. Que, por cierto, tengo el de Erika, y aún no tengo EL SUYO. Eso me hace reír, negando con la cabeza. ¿Por qué nunca se lo pido? Una oleada repentina de calor me sube por el cuerpo, diciéndome el porqué.

¿Desde cuándo me da vergüenza pedirle el teléfono a alguien?

42
Alex

Para ser sincera, no he dormido una mierda. He estado toda la noche dando vueltas en mi cama, sin pegar ojo. He visto pasar todas las horas hasta las 5, que decidí levantarme.

Estoy al lado de la puerta esperando a Ethan, que siempre llega un poco más justo a clases, aunque para justificarlo, hoy he llegado yo mucho más temprano, junto con mi madre, que ha insistido en venir a hablar también, aunque le dije que iría con él y ahora está aparcando. Además, aún son menos cuarto.

También, soy sincera si digo que en mi vida me había puesto maquillaje, pero tampoco quería ir echa un asco a clases. Me puse un poco de corrector esa mañana, aunque apenas hizo el apaño; Ethan ya me había visto así, pero no dejaba de darme vergüenza ir con la cara así.

De repente, noto una mano en mi hombro y alguien me habla.

—¡Ey! —Ethan. Debo admitir que casi me da un paro cardíaco, pero parece que lo he disimulado muy bien, porque no se ha dado cuenta.

—Hola —le digo con una sonrisa—. Llegas pronto.

Él asiente.

—Sí, quería llegar antes —me dice con cara de circunstancia. Es mi turno de asentir—. Aunque es tu decisión decirlo o no.

Me lo recuerda de nuevo. Yo me quedo pensativa. ¿De verdad cree que servirá de algo? ¿Merecerá la pena? Suspiro.

Me da la opción de simplemente dejarlo pasar, aunque su expresión me pide que no lo haga. Le agradezco que tampoco me

obligue si no quiero. Y por eso mismo no quiero tampoco defraudarle, si se le llama así.

—No te niego que me da mal rollo decirlo —le contesto, mirando al suelo—. Pero también creo que tienes razón. En el fondo es lo correcto, lo que deberíamos hacer. Aunque tenga miedo.

Él me sonríe, reconfortante.

—Yo estaré contigo, ya lo sabes —me recuerda para tranquilizarme, supongo—. ¿Tu madre viene al final?

—Sí —suspiro—. Está aparcando. Debería ir a trabajar, no estar aquí.

Niego con la cabeza, algo molesta. Me siento mal por hacer que se pierda parte de su jornada laboral por mí.

—Lo hace porque te quiere, Alex —me contesta Ethan. Yo le miro, preguntándome qué quiere decir. Como si me leyera la mente, me responde—. Si tiene que faltar un día al trabajo por ti, lo hará, si necesitas algo de ella, te lo dará, porque eres su hija.

Yo miro al frente, sabiendo lo que quiere decir.

—Me da pena que tenga que hacer esto solo por hablar con el director.

—Ese es el problema. —Yo le miro otra vez sin comprender—. No es *solo* por hablar con el director. Un problema es un problema. Todos tienen importancia. Al tuyo, no se la das, porque te sientes inferior, o piensas que no vales tanto como para que importe lo que te pase, o lo que pienses, o lo que digas.

Me quedo sin aliento ante esas palabras, y tengo que mirar al frente porque él se gira a mirarme. Yo no puedo hacer lo mismo o volveré a derrumbarme.

Y ahora no puedo. No quiero. Vuelve a mirar hacia delante y parece suspirar, dándose cuenta de mi reacción.

—Sé que es difícil de asimilar, y lo siento —continúa diciéndome. Voy a hablar cuando mi madre cruza la esquina y viene hacia nosotros—. Por cierto, luego hay alguien que querrá hablar contigo.

Lo último lo dice antes de que mi madre llegue a nuestro lado, y eso me deja sin tiempo para contestarle, aunque le dirijo una mirada de interrogación.

—Hola, ya estoy aquí —dice mi madre—. Venga, entremos.

Y, sin más dilación, entramos en el instituto.

De repente, tiemblo. Tengo miedo. Quiero huir. Ethan va a mi lado y mi madre por delante, encaminándose hacia la recepción. Empieza a hablar con la recepcionista. Cada vez estoy más nerviosa. Mi respiración se acelera. La ansiedad me invade.

Mierda. No ahora. Un ataque de pánico ahora no. Intento respirar normal, pero apenas puedo.

De repente, noto una mano en mi espalda y empieza a hacer círculos en ella, dejándome sin aliento. Me giro hacia Ethan, que me mira con preocupación. De golpe, vuelvo a la realidad, me concentro en respirar y parece que consigo tranquilizarme, aunque mi respiración se entrecorte en algún momento.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Yo cojo aire profundamente antes de responder.

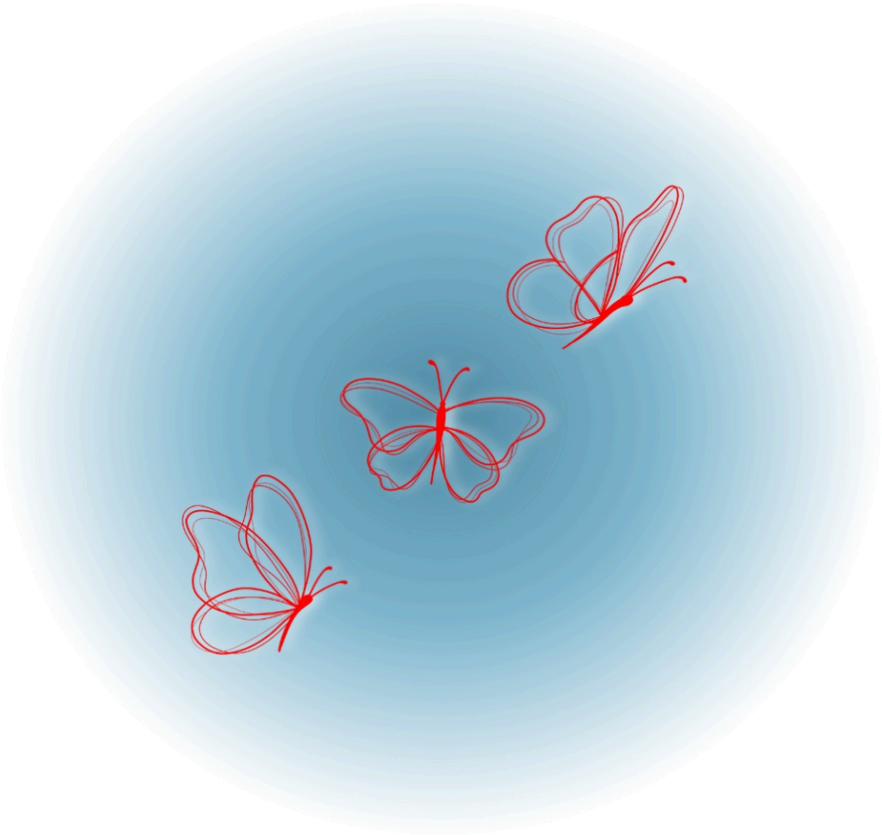
—Estoy nerviosa.

—Estás aterrada —me corrige—. Y es normal.

Yo asiento, con los ojos que empiezan a humedecerse. Mi madre viene y me dice:

—Dice que podemos entrar si queremos, está en el despacho. —Yo miro a Ethan de vuelta y él asiente.

—Pues vamos —digo mirando a mi madre de vuelta.



43
Ethan

Quería entrar, pero no me dejaron. En cierto modo, era normal, porque la cosa va de Alex, pero igualmente no paro de estar inquieto. Hablé con Erika ayer, ya sabe que está con su madre hablando con el director. Parece estar también algo despistada.

Cuando le dije que con el miedo no se iba a ningún lado, vi en sus ojos un cambio. Supe que había entendido exactamente lo que quería decir, no solo por ese momento, sino en general, en la vida.

Alex no apareció por clase hasta que sonó el timbre del recreo. Cuando sonó, recogimos y salimos fuera, a ver si la veíamos. Cuando nos fijamos en la puerta principal y la divisamos entrar, Erika y yo vamos hacia ella.

—Ey —le digo casi sin aliento por correr hacia ella. Erika llega detrás mío—. ¿Cómo ha ido?

Ella mira a Erika y parece reconocerla de clase; asume que era la persona que quería hablar con ella después, porque vuelve a mirarme a mí. Lo que me respondió no sé si me enfadó, me indignó, o si me rompió en mil pedazos. Puede que fuera todo junto.

—No fue en horario escolar, lo único que han dicho es que estarán más atentos —murmura.

Se lavan las manos. No me lo creo. Ni siquiera puedo formar palabra. Mi cara parece decirlo todo, porque Alex me mira con compasión.

—Ethan, no te preocupes, ya sabía que esto pasaría —continúa ella.

Eso es lo peor; que ella realmente lo sabía. Y yo, en el fondo, también.

—No sé qué decir —contesto al fin, cada vez más indignado—. Deberían mínimamente hablar con ellas. Deberían, no sé…

Ella niega con la cabeza, entendiéndome. Me acaricia un brazo para consolarme, aunque debería ser yo el que la consolara a ella.

—Dijiste que alguien quería hablar conmigo —me dice bajando el brazo, recordándome que Erika está detrás.

De repente, me siento vergonzoso y noto cómo el calor me sube a las mejillas.

—Sí —respondo algo tímido—, sí. Ella es Erika, la chica de la que te hablé ayer —continúo mientras ella se acerca, también de forma tímida—. Me avisó de que te vio con ellas y luego ya no entraste a clase.

Alex asiente, algo desconcertada.

—Siento lo que te ha pasado, Alex, de verdad —le dice Erika. Ella parece estar sorprendida, y solo puede sonreírle tímidamente.

—Gracias por decírselo —le responde igual de introvertida.

Sonrío ante lo mona que me parece cuando se pone tímida, porque me recuerda al día que nos conocimos, hace semana y media.

Solo una semana y media. Solo ha pasado una semana y media desde que la conozco y no sé qué me pasa: es como si un imán me atrajera a ella de manera imposible de rebatir, de impedir. Un imán que me hace querer protegerla de cualquier cosa, cualquier persona. Y lo que ha pasado hoy me quema por dentro de una manera que jamás había sentido antes. La veo ahora charlando con Erika y solo quiero escucharla hablar durante horas.

—Siento no haberme atrevido a hablarte hasta ahora. —Esas palabras me llaman la atención y me centro por fin en la conversación que están teniendo.

—En serio, no pasa nada —le responde Alex con su timidez de antes—. La verdad es que no suele hablarme nadie aquí, así que…

—Pues ya tienes a dos personas —intervengo yo, con una sonrisa.

Erika sonríe al mismo tiempo y Alex me mira.

—Y... —Empieza Erika volviéndose hacia ella acariciándole un brazo—. En serio, siento lo que ha pasado, Alex, de verdad. … Siento todo por todo lo que estás pasando. Solo… a partir de ahora, si necesitas algo, ahí estaré, ¿vale?

Alex se queda algo rígida, yo puedo notar las comisuras de mis labios elevándose.

—Veo que hay alguien que entendió lo que quise decir —le digo. Erika me mira y asiente—. De verdad, espero que no te lo tomaras a mal —insisto a modo de disculpa.

Ella me sonríe quitándole hierro al asunto con la mano.

—Ya te dije que no te disculparas.

Le sonrío con sinceridad.

Alex parece estar algo confusa, por lo que le recuerdo:

—Con el miedo no se va a ningún sitio.

Ella eleva las cejas, empezando a entender.

—Eso fue lo que le dije —digo, guiñándole un ojo.

—Parece ser tu mantra —me dice Alex con una risita.

Yo sonrío ante su comentario.

—No, ese no es mi mantra, Alex —le respondo negando con la cabeza, aún sonriendo.

Ella ladea la suya algo confusa, manteniendo la sonrisa en su rostro.

«Ese no es mi mantra, ni por asomo».

44

Alex

No me esperaba que Erika fuese la que le confesara a Ethan que me vio con ellas. Lo que está claro es que Ethan tiene algo que ver en su cambio de actitud. Sí que es verdad que nunca me ha dirigido una mala palabra, nunca me ha hecho nada, pero siempre se quedaba al margen, sin hablar, mirando hacia otro lado. Tenía miedo de que a ella también le terminaran acosando.

La entiendo, no le deseo a nadie lo que estoy pasando yo, lo juro. Y, si por defenderme también la trataran como me tratan a mí, mejor que solo sea yo la que lo sufra.

Al menos, la única víctima seré yo.

Erika parece una buena chica. No tengo duda, y me siento algo culpable por su disculpa; aunque no era necesaria, la agradezco muy sinceramente. Tampoco quiero que a ella también la molesten, o a Ethan.

Se me encoge el corazón al pensar en él. Erika me está hablando, y estoy atenta, pero no dejo de notar la mirada del chico sobre mí. Veo en él una culpabilidad de manera palpable y eso me mata. No se tiene que sentir culpable por algo que no ha hecho. No tiene nada que hacer ante lo que acaba de pasar con el director. Pienso en él y un torbellino de emociones me sacude. Nunca me había pasado antes. Lo conozco desde hace unos días, justo una semana, y no sé qué me pasa. Solo quiero que siga hablándome, que esté conmigo.

Es un huracán en mi vida. Eso es lo que es, Un huracán que se me ha subido encima del que no puedo salir. Y siento que *no quiero*

salir. Quiero seguir en él hasta que se acabe, hasta que algo decida pararlo.

—Veo que hay alguien entendió lo que quise decir. —Me giro hacia Ethan sin entender—. De verdad, espero que no te lo tomaras a mal.

Erika le dedica una sonrisa tranquilizadora y le quita importancia con la mano.

—Ya te dije que no te disculparas —le responde.

Ethan sonríe. Esa sonrisa sincera que tanto me gusta. Me sube el calor al verla. Me vuelvo a centrar en la conversación, casi negando con la cabeza. Ethan parece darse cuenta de mi confusión, porque cita:

—Con el miedo no se va a ningún lado. —Levanto las cejas y se me para el corazón durante unos segundos—. Eso fue lo que le dije.

¿Eso es lo que ha provocado que Erika haya hecho ese cambio? ¿Qué, a pesar de todo, haya decidido hablarme sin importarle lo que piensen los demás? ¿Solo con esa frase?

Bueno, ahora pienso todo eso, pero cuando me lo dijo a mí… si digo la verdad, también me hizo pensar. Ethan me guiña un ojo, lo que me hace otra vez tener calor. Me sale una risita.

—Parece ser tu mantra —le digo con una sonrisa y el ríe.

—No, ese no es mi mantra, Alex —me responde él negando con la cabeza. Yo ladeo la mía confundida.

—¿«Ese» no es tu mantra? —repito sus palabras en forma de pregunta, interrogándolo—. ¿Ya tienes uno?

Él sigue sonriendo, mirándome como si tuviera un secreto que aún no quisiera compartir.

—Entonces, ¿cuál es? —Su sonrisa se hace un poco más amplia.

—Algún día te lo diré. —Yo abro mucho los ojos, pero decido no preguntarle más al respecto, ya que tampoco sé que más decirle.

Erika ríe ante lo que acaba de pasar.

—¿Qué? ¿Vamos a desayunar? —pregunta rompiendo el hielo.

Yo asiento, sin apartar la mirada de Ethan por unos momentos más, y luego me dirijo a ella.

—Sí, vamos —respondo sin más.

Llegamos donde siempre nos juntamos Ethan y yo.

Me siento en el banco seguida de los demás con un suspiro, sacando mi bocata de la mochila, aunque no tenga nada de hambre. Más bien, estoy con el estómago bastante revuelto desde que hemos hablado con el director.

No sé cómo me siento realmente.

Bueno sí, me siento imbécil, desacreditada, inútil. No quiero que Ethan se sienta peor de lo que se siente, por lo que hago lo posible por no mostrarlo.

Solo había que verle la cara cuando le dije qué me habían dicho. En realidad, los dos sabíamos lo que iba a pasar, no tiene sentido que se sienta culpable por algo que era lo más probable, algo inevitable.

—¿Alex? —Erika me saca de mi ensoñación y sonrío instintivamente.

—¿Qué? —pregunto—. Perdón, no estaba atenta.

Ella ríe.

—Digo que si te vas a ir ahora o te quedas —reitera como pregunta, poniéndose un poco más seria.

Yo me quedo pensando. No sé qué hacer, sinceramente. Ethan me mira, a la espera de mi respuesta.

—No sé… —declaro al fin—. ¿Qué haríais?

Ethan suspira, sentado a mi lado izquierdo.

—Mi madre dice que puedo irme, ya lo ha dicho a la de recepción —murmuro—. Pero no sé si me parece buena idea...

—Vete a casa —me dice Ethan—. Descansa. Creo que mereces al menos eso, ¿no?

Yo le miro, todavía pensativa.

—Igual tienes razón —susurro. Tampoco quiero que me vean hoy, la verdad—. Creo que me iré antes de que acabe el patio, no tengo ganas de que me vean.

—¿Y qué más da si te ven irte? —bufa Erika, molesta.

Sé que no es cosa de nadie que me vaya o no, pero de verdad, no me apetece.

—Simplemente no me apetece —digo encogiéndome de hombros y negando con la cabeza.

Ethan me pone una mano en la rodilla, que hace que toda mi piel se erice con su simple contacto de cariño.

—Vete —repite, con una sonrisa apenas visible—. Aunque te pasaremos los deberes y apuntes igualmente, por si te crees que te vas a librar.

Me quita la mano, lamento la ausencia de su roce al segundo, alzando ambas cejas. Su sonrisa se vuelve más ancha, mirándome con una picardía que hace que me ría y niegue con la cabeza hacia abajo.

45
Ethan

Los exámenes de final de semestre no fueron del todo mal. Alex, Erika y yo hicimos bastante piña estudiando; me ayudaron a ponerme un poco más al día y lo agradecí muchísimo. Ahora, nos toca esperar. A mi parecer, la peor parte de las cosas. Pero, bueno, seamos optimistas. Nos habrá ido bien, espero. Estamos en los últimos días de clase antes de las vacaciones de Navidad y las cosas del semestre se van cerrando: notas, trabajos, exámenes… Poco a poco, nos van dando las últimas calificaciones y, ante todo pronóstico, no, no fueron del todo mal, porque todos salimos aprobados el penúltimo día de clases.

—Esperad, voy al baño —anuncia Erika, parando en frente del baño de las chicas. Yo asiento junto con Alex.

—Voy con ella —me informa ella.

Vuelvo a asentir poniéndome contra la pared en señal de «aquí os espero» mientras ella se da la vuelta para irse con Erika, que la está esperando. Entran las dos en el baño y yo me quedo pensativo.

A Alex no le ha ido mal, pero podría haberle ido mejor. Y no porque ella no se haya esforzado, eso seguro. Suspiro largo y tendido. Sé que ella hace lo que puede, pero en clase las cosas no mejoraron desde el día que le pegaron. Ayer mismo tuve que impedir que se cayera por las escaleras porque alguien espabilado pasara corriendo al lado nuestro y le diera «sin querer» un empujón. Cuando me fijé, el tío ni siquiera estaba caminando. Niego con la cabeza pensando en la anécdota, le pregunté si estaba bien y ella me respondió que sí con su sonrisa tímida de siempre, pero yo sé que no.

No realmente. No lo dice, pero sé que no quiere dar importancia a cosas como esa, cualquier persona que pase por lo mismo que ella diría que simplemente se ha chocado y ya, aunque en el fondo saben que no es así, y todo por no crear conflictos con nadie, a pesar de que, si lo piensas bien, el conflicto lo están creando ellos.

No le dije nada al imbécil porque estaba ya abajo del todo cuando Alex estuvo bien enderezada, ya que estando en medio de las escaleras y con tanta gente subiendo y bajando, otra caída era probable si no estabas muy atento.

Todo esto sin pensar en lo mínimo, su mochila del revés después de clase de gimnasia, junto con los balonazos intencionados, que ahí sí que tuve que decir cuatro palabras, o quitarle el dinero del almuerzo un día que decidimos comprar los bocadillos en la cantina.

La situación está complicada y, aunque Erika y yo estemos ahí con ella, me da la sensación que eso no impide que ella se sienta mal. No lo dice, pero a veces veo esa expresión en su cara que me recuerda a cuando la conocí y me invade la impotencia, rabia y pena. No puedo impedir que afloren. No si es ella. No sé qué es lo que me pasa todavía, pero tampoco lo voy a reprimir. En el mes y poco que la conozco no he parado de sentir la necesidad de protegerla de todo lo que pueda, cosa que tampoco he querido reprimir.

Y en unos días vuelvo a Málaga...

Aunque sea solo por vacaciones de Navidad, ya que ahí está toda mi familia, no paro de tener la mosca detrás de la oreja todo en día. Sé que estará Erika aquí con ella, sé que incluso irán quedando, pero no puedo quitarme esa sensación de no querer separarme de Alex. Aún no les he dicho que me voy a ninguna de las dos, porque no hemos tenido tiempo nada más que para estudiar.

Salen del baño y me muevo hacia ellas.

—¿Vamos? —pregunto ya a su lado. Asienten y nos dirigimos a la salida—. Oye, tendríamos que celebrar que ya ha acabado el

trimestre con unos batidos —digo llamando la atención de las chicas, girándome hacia ellas—. Me voy a Málaga en unos días de vuelta y quiero quedar con vosotras antes de irme.

Alex abre mucho los ojos sorprendida y con lo que parece ser preocupación en la mirada. Erika asiente con ansia.

—¡POR FAVOR! —dice simplemente.

Yo me río y Alex niega con la sonrisa aún en los labios.

—Por mi vale —dice. Yo sonrío más y asiento, después pregunta con un poco de aprensión—: ¿Te vas a Málaga otra vez?

—Solo de vacaciones, chiquitilla —le tranquilizo revolviéndole el pelo con cariño. Ella parece relajarse y sonríe, intentando apartarse —. Tengo a toda mi familia allí, así que mis padres decidieron ir por las vacaciones de invierno.

Ella asiente, comprendiendo.

—Pues decidido —zanjo—. ¿A las cinco donde siempre?

Las señalo interrogante mientras me voy alejando hacia atrás al coche de mi madre alzando las cejas. Cuando asienten, yo lo hago también mientras bajo la mano.

—¡Hasta las cinco! —digo y me doy la vuelta hacia el coche.

—Hola, cariño —saluda mi madre, poniéndome la mejilla para que le dé el beso de siempre, yo instintivamente se lo doy.

—Hola, mamá —le respondo.

—¿Cómo ha ido hoy?

«¿Por qué siempre me lo pregunta justo en mis peores días?». Suspiro mientras empieza a conducir y ella me mira, frunciendo ligeramente el ceño sin comprender. Antes de que siga preguntando, yo contesto.

—Bueno, ha ido —concluyo, sin más detalles—. Ya les he dicho que me voy de vacaciones.

—Bueno, solo son un par de semanas, amor —me dice ella, que también parece algo confundida.

—Lo sé, mamá.

De verdad que sí. Solo me voy un par de semanas, pero algo me pasa… ¿Por qué no quiero irme? Frunzo el ceño mientras miro por la ventana, pensativo. En realidad, la respuesta estaba clara. Y dejo que fluya junto con la angustia que me provoca.

«No quiero dejarla sola».

46

Alex

Ethan se va. Y, aunque solo sea por las vacaciones de Navidad, no puedo evitar sentirme triste. Sé que es una estupidez, que no debería sentirme así, no debería estar triste, porque no es el fin del mundo. Aunque debo admitir una cosa: si he estado algo mejor estos días, ha sido por él. Por Erika también, claro, las cosas como son. Tenerla a ella también hace las cosas un poco más fáciles, aunque no lo sean en realidad.

Finjo que no pasa nada cada vez que me dan un balonazo en gimnasia, finjo que no pasa nada cuando llego a clases y veo en la pizarra mierdas sobre mí, finjo que no pasa nada cuando Ethan lo ve, hincha el pecho y con rabia lo borra de la pizarra, pero la mayoría se hace el tonto fingiendo, como yo, que no tienen ni idea. Finjo que no pasa nada cuando no encuentro mi dinero del almuerzo y le miento a Ethan diciendo que no tengo hambre. Finjo que no pasa nada cuando voy al lavabo sola (gran error por mi parte, ya que debería haberlo aprendido hace ya tiempo) y allí aprovechan, entran, me insultan e incluso, a veces me mojan, y luego cuando salgo digo que me ha pasado lavándome las manos. Aunque seguramente haya visto que entraban después que yo y salían antes.

Y así, casi todos los días.

No cuento el fin de semana, claro.

Pero no digo nada. Nunca digo nada. No quiero ser un lastre para nadie.

Esta tarde vamos a tomar unos batidos y la verdad es que no tengo ganas de salir. Pero Ethan se va en unos días, al menos quiero verle mientras esté aquí. Habíamos quedado a las 17, así que tenía

tiempo de comer, pegarme una ducha para espabilarme y pasar la tarde con Ethan y Erika.

A las 16:45 salgo de casa y me dirijo a la iglesia, que es donde habíamos quedado este medio día por WhatsApp. Llego sobre las 17 en punto y espero a que vengan; a los pocos minutos, Ethan llega primero.

—Ey —saluda acercándose a mí—. ¿Llevas mucho esperando? ¿Ha llegado Erika?

Mira hacia los laterales y a mí me invade un sentimiento que creí que nunca sentiría: ¿celos? ¿celos de qué? Como si no tuviera el derecho de salir con quien quiera, ¿no?

—Hola —le respondo yo, intentando sonreír—. No, todavía no ha llegado.

Él se acerca más para darme dos besos, los cuales siempre me dan un calambre especial, no del desagradable, ni del que duele, sino más bien del que viaja a todo el cuerpo y te deja la piel de gallina. Cuando me separo un poco, la veo a lo lejos, casi corriendo hacia nosotros.

—Mira, ahí viene. —Señalo con la cabeza.

Ethan se gira hacia la dirección donde mis ojos miran. En segundos nos alcanza, casi jadeando.

—¿Llego muy tarde? —pregunta en tono angustioso, casi doblándose para respirar. Yo le pongo una mano en el hombro.

—Qué va, tranquila —le digo para tranquilizarla.

Ella se endereza de nuevo, todavía con las manos en las caderas y yo aparto la mano para que no le moleste.

—Llegas a tiempo, Ethan también acaba de llegar —la tranquilizo con una sonrisa amable.

De repente, me siento mal por haber sentido esos celos que no tienen sentido ninguno.

—Menos mal —dice con una risa de disculpa—. Ya creía que llegaba tarde.

Empieza a andar; Ethan y yo comenzamos a caminar con ella. Llegamos a la cafetería en unos 10 minutos, mientras escucho conversaciones entre Ethan y Erika; ni me he dado cuenta, si soy sincera. Francamente, hoy no estoy muy habladora ni atenta, así que intento hacerlo lo mejor que puedo. Nos sentamos en una mesa de cuatro para tener espacio y empezamos a tomarnos los batidos.

—¿Cuándo te vas, dices? —Esa pregunta llama mi atención y pongo las orejas en alto.

Me doy cuenta, al mirar hacia arriba, que Ethan me estaba mirando y que desvía la mirada hacia Erika cuando le pregunta por la fecha de su partida hacia Málaga.

—Pues creo que el viernes —dice algo distraído.

Ahora me doy cuenta. Ethan está tan distraído como yo. Habla y contesta con monosílabos o frases cortas, no me había dado cuenta hasta ahora que he empezado a analizar el rato que llevamos juntos esta tarde.

Tengo que preguntárselo.

—¿No tienes ganas de ir? —Él me mira como si por fin me hiciera hablar y parece relajarse un poco.

Ahora me arrepiento de mi actitud. Suspiro y sonrío, para hacerle entender que no pasa nada, como es habitual, pero él no cambia su mirada. No entiendo. ¿Le pasa algo? Antes de seguir hablando, él se adelanta.

—Supongo que sí… —dice pensativo, todavía con su mirada fija en mí, la que hace que otra vez me estremezca—. Echo de menos a mis colegas, pero…

Se queda callado. Yo frunzo el ceño tomando un sorbo de mi batido recién empezado.

—Pero ¿qué?

Se la debo. Por lo que me sonsacaba él a mí, sobre todo hace un tiempo. Me toca a mí indagar. Él se tensa en el sitio, luego suspira y se echa hacia atrás con el batido en las manos.

—No, no, será canelita en rama volver a ir —dice al fin.

Ahora soy yo quien se queda pensativa. Algo le angustia, pero ¿el qué? Mi mente empieza a dar vueltas a eso. Mierda. Ahora no.

Para disimular vuelvo a mi batido y le doy otro sorbo, aparentando que estoy de acuerdo con lo que acaba de decir, y lo dejo cerca de mi boca disimuladamente, para intentar taparme un poco. Empiezan las voces.

«No quiere estar aquí, ni él ni ella».

«Pero ¿por qué no van a querer? Si no he hecho nada».

«¿Porque se aburren? Quién sabe, tal vez porque no les aportas nada realmente y eres un estorbo para ellos, siempre teniendo que defenderte».

«Pero nunca se lo pedí, ni a él ni a ella, no realmente».

«No sabían cómo eras, pero ahora que más o menos te conocen, seguro que han cambiado de opinión y ya no quieren saber nada de ti».

«¿Tú qué sabes?».

"¿No te das cuenta? Te…».

—Alex. —Escucho que me llama Ethan—. ¿Te pasa algo?

«¿Te pasa algo a ti?».

—No, estoy bien —miento—. Ya son las ocho, y mi madre me dijo que hoy fuera pronto para casa. Iré tirando, si queréis quedaros un rato más.

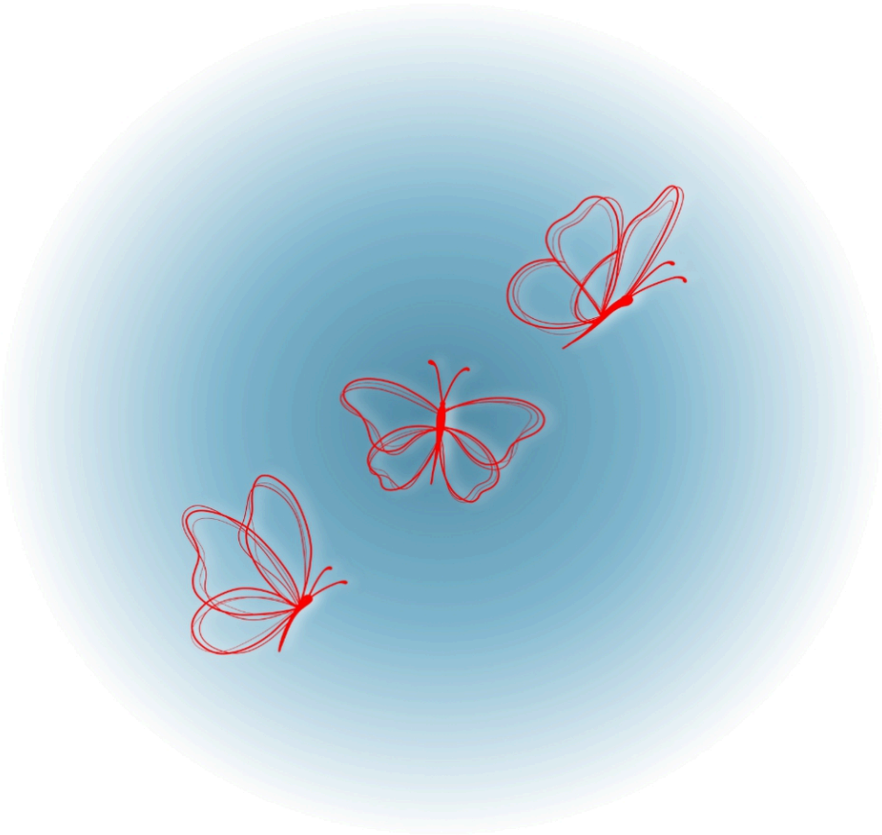
Seguro que es mejor para ellos dejarlos solos. Les sonrío como puedo.

—Voy a pagar. —Me levanto y me dirijo hacia la caja.

Cuando pago y me dan el cambio, salgo fuera para que por fin me dé el aire fresquito de diciembre. Cojo aire con los ojos cerrados para que ofrezca un poco de cordura ante mis voces, que aún suenan. Cuando voy a empezar a caminar, se abre la puerta de nuevo.

Ethan.

—Te acompaño a casa.



47

Ethan

Nos despedimos de Erika a mitad de camino y, aunque yo tenga que ir por otro lado, como le dije a Alex, voy a acompañarla a casa. Caminamos callados por la gran C y la miro de reojo unos instantes. Lleva desde que hemos quedado algo rara y, aunque sé que realmente lo está pasando mal en el insti, también sé que obviamente me oculta cosas para no preocuparme.

La mayoría de veces que va al baño vuelve mojada, y da la casualidad de que es mayoritariamente cuando va sola y no con Erika, pero claro, no he visto nada, no puedo hacer nada, no sé a quién advertirle. Y, como eso, una *pechá* de cosas que hacen que solo sienta impotencia por no poder ayudarla cuando lo necesita; lo peor de todo es que ella no quiere ser una carga, no quiere que nos preocupemos por ella, porque «no es importante». Suspiro ante todos estos pensamientos frunciendo el ceño e intento controlarme. Ella mira hacia abajo, al suelo, fingiendo concentración. Vuelvo la mirada al frente y hablo.

—¿Te pasa algo? —le pregunto y ella vuelve a la realidad pestañeando algo sorprendida—. Llevas toda la tarde… rara.

No responde durante unos segundos, pero por fin lo hace.

—¿Rara? —repite ella—. ¿Qué quieres decir?

Quiere restarle importancia, yo paro un momento y ella hace lo mismo al darse cuenta.

—Sí, desde que he dicho que me iba, incluso me da la sensación de que llevas días así —le digo todavía parado.

Ella me observa con cautela, con la mirada un poco agachada, tímida, como esperando que la regañen. No, ya la he visto así y no me gustó nada. Joder.

—Sé que apenas nos acabamos de conocer —decido sincerarme poniéndome las manos en los bolsillos del vaquero—. Sé que no tienes que contármelo todo, y que no lo harás, esto ya te lo he dicho, pero… Puedes hacerlo. Puedes contarme lo que quieras.

Finalizo mi discurso, esperando respuesta. Ella alza la cabeza, con una comisura levantada que hace de sonrisa.

—Lo sé —me contesta con un suspiro de cansancio—. Simplemente no quiero agobiarte con mis problemas.

Bueno, he conseguido lo que quería, que se sincerara ella también, para ello he tenido que hacerlo yo primero. Miro hacia un lado con un suspiro de impotencia y vuelvo a mirarla, ella continúa hablando.

—Y hablando de raro…—continúa, yo ladeo un poco la cabeza y arqueo las cejas, interrogante—. Tú también lo has estado.

Qué perspicaz, coño. Empieza a caminar y yo la sigo. Asiento lentamente, suspirando de nuevo. Ahora es ella quien espera respuesta.

—Sí, lo he estado —lo acepto.

—¿Por qué? —me pregunta—. Si quieres contarme, claro.

Pone una mano en mi brazo, que hace que una descarga me recorra el cuerpo en señal de disculpa, luego la retira.

—Soy yo quien a veces no cuenta nada, y te pido lo mismo...

Niega con la cabeza poniendo una mueca. Yo sonrío.

—Que va, no importa —le contesto restándole importancia con la mano, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Es solo que…

De repente, me he puesto nervioso. No puedo quitarme la sensación de no querer dejarla sola, no sé cómo expresar esto.

—Digamos que me da algo de… apuro… dejarte sola.

Me pongo la mano en la cabeza, algo avergonzado. Ella me mira sorprendida ladeando la cabeza, parando a mi lado. Dejo caer la mano girándome hacia ella, también quedándome en el sitio.

—Sé que es una gilipollez, pero simplemente no me acaba de convencer la idea —continúo diciendo al ver que no dice nada.

Ella se queda pensativa unos segundos. Por fin habla.

—¿Por *eso* estabas raro? —me pregunta con el ceño fruncido, sin comprender.

Yo suspiro. Por supuesto que le sorprende.

—Sí, era por eso —le contesto asintiendo, levantando las cejas.

Empiezo a caminar de vuelta y ella sigue mis pasos, hasta llegar de nuevo a mi lado.

—No puedes hacer nada.

Nunca puedo, esa es la cuestión. Frunzo el ceño ante la impotencia que esas palabras me hacen sentir. No tengo palabras para expresarlo. Seguimos caminando, miro al suelo y me doy cuenta de que ella está haciendo lo mismo, como si el camino que tuviéramos que seguir estuviera marcado. No va a seguir hablando. Opto por decirle lo que pienso.

—Esa es la cuestión —confieso—. Hay veces en las que no puedo hacer nada, y eso me molesta.

Ella se queda un momento callada. Luego habla.

—No sé qué decir —dice algo aturdida. Yo echo aire por la nariz y sonrío negando con la cabeza, luego me pongo más serio—. Es que nunca…

Se interrumpe, sin saber cómo continuar.

—Nunca he tenido un amigo de verdad, creo que eso lo sabes —acaba por decir en un susurro casi tartamudeando, tímida.

—Lo entiendo —le aseguro, empatizando—. No es que yo tenga muchos amigos tampoco.

Ella me observa atenta, esperando a que siga hablando.

—Tengo tres, me refiero en Málaga, claro, y si te digo la verdad, suficientes.

«Son los únicos que necesito, aparte de Alex y Erika aquí».

—Así que puedo entenderte —continúo.

Intento hacerle ver que no está mal tener dos amigos mientras sean de verdad: leales, que intenten entenderte siempre y ayudarte.

—No me creo que solo tengas tres amigos allí, con lo sociable que eres.

Habrá que explicárselo.

—No es cuestión de ser sociable, sino buena persona.

Tan simple como eso. Ella asimila mis palabras un momento antes de hablar, con suspiro irónico.

—Buena persona —repite negando con la cabeza, con una sonrisa sarcástica en la cara.

Yo suspiro, comprendiendo su reacción.

—Ya sé que suena estúpido, pero es así. —Hago énfasis en mi explicación—. Mientras tú seas buena persona, lo demás no importa, que los demás sean malas personas no es tu culpa, solo de ellos.

—Hay veces que, al ser buena persona, te conviertes en una diana. —Me quedo mudo—. Entonces decides que es mejor no hablar, no destacar, para que eso no pase.

—Hay mucha gente imbécil —suelto sin poder contenerme—. Y esa gente imbécil a veces puede tocarte la moral, es la verdad.

Pongo otra vez las manos en los bolsillos. Ella me mira de reojo.

—No podrías tener más razón —me dice en un susurro mientras vuelve a mirar al frente.

Ya está anocheciendo, pero hay un atardecer precioso que se cuela entre los bloques de edificios del barrio de Alex. Iba a hablar, pero se me adelanta.

—¿Cuándo te ibas? ¿El viernes?

Asiento con un movimiento de cabeza, suspirando.

—Sí, el viernes.

Quería cambiar de tema. Me siento frustrado, pero no pienso forzarla a que se abra a mí. Tiene que hacerlo ella. Si la obligo a hablar, se cerrará en banda y entonces será peor. Ella asiente sonriendo y mira al frente de nuevo, caminando.

—Seguro que lo pasas genial —continúa diciéndome—. *Tienes* que pasarlo genial.

Yo la miro sin comprender, interrogante. Se da cuenta y sigue hablando para explicarse.

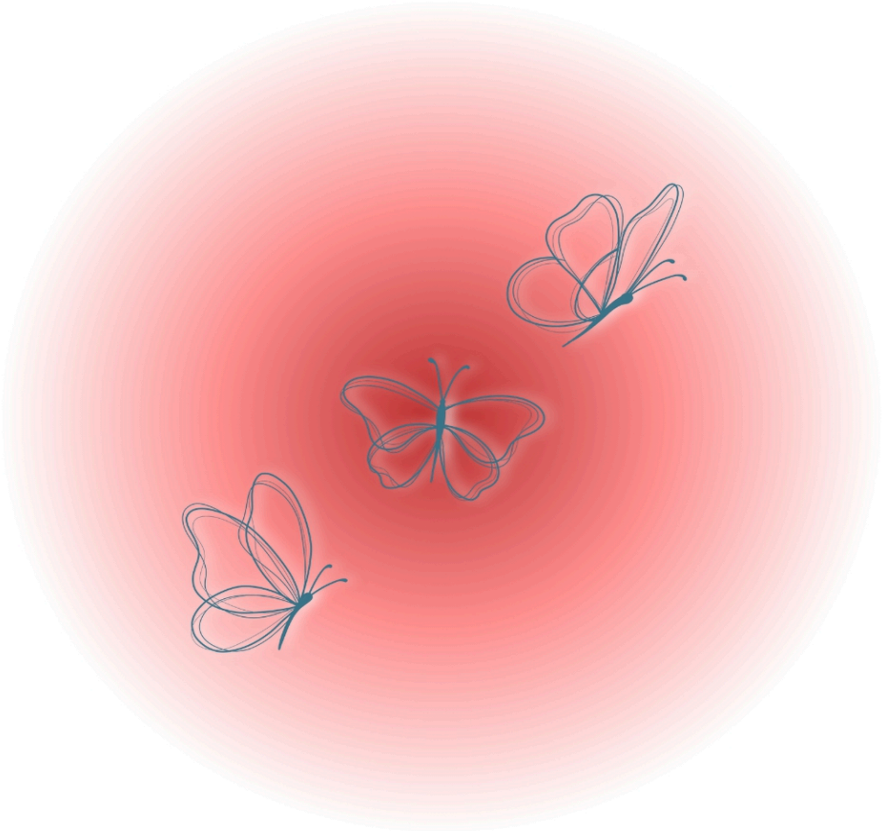
—Vas a estar con tu familia, amigos que hace cuánto que no ves, ¿un mes? O incluso más. Ponte contento, disfruta.

Vuelvo a mirar al frente. Tiene razón, debería estar contento de volver, aunque sea durante un par de semanas. Sonrío un poco.

—Tienes razón —coincido, asintiendo con la cabeza otra vez mirando al frente—. Vas a tener que esperar a que vuelva para que pueda molestarte.

Me río dándole un codazo cariñoso. Ella se ríe, sin poder esquivarlo, y hace que se desequilibre un poco.

—No te echaré de menos.



48

Alex

Esa era una de las mentiras más grandes que había dicho hasta el momento. Claro que le iba a echar de menos. Ese era el problema. Tener a alguien a mi lado había hecho que mi vida fuese un poco más… amena. Ethan me había puesto el mundo patas arriba y se había quedado tan pancho. Tan a gusto.

Aunque quedar con Erika también me alegraba las tardes; era una chica muy buena. A veces me invadía el pensamiento de si está fingiendo o si realmente quería ser mi amiga, pero después de un mes conociéndola ya tenía el beneficio de la duda ganado con creces. Esa chica de pelo rizado negro corto, ojos color miel, cara redonda con pecas y con estilo elegante, se había ganado casi toda mi confianza.

Empezaron las vacaciones de Navidad y yo estaba eternamente agradecida. Amaba quedarme en mi casa con mi madre o con Erika sentada en el sofá viendo una película o serie, y ahora que acaban de empezar, guau, cuánto deseaba tener una de esas tardes. Principalmente, con mi madre. Hacía tiempo que no lo hacíamos; ella tenía mucho trabajo y yo mucho estudio. Ethan se va mañana e iré a despedirlo con Erika, aunque solo se marche por dos semanas.

Aún me sorprende que Ethan estuviera tan raro porque se iba. No me imaginaba que fuera por dejarme sola. El corazón me late muy rápido cuando pienso en eso. Sigo sin entender por qué me ayuda tanto, por qué se implica tanto. Supongo que, al no tener nunca amigos de verdad, esto era lo que pasaba: desconfiaba de todo, de todos, por mucho bien que me hicieran. Con Erika me

pasaba igual, claro, pero ¿qué perdía? ¿mi dignidad? Ya hace mucho que la perdí, así que no me importa.

—Oye, pásalo genial, amigo. —le dice Erika en la puerta de su casa mientras cargan el coche—. Se te echará de menos, aunque sean dos semanas.

Me centro en la conversación de nuevo. Él ríe.

—Seguro que sí —dice sarcástico—. Sobre todo, lo de quitarme los *croissants* que YO pido.

Touché. Sin poder evitarlo, me río yo también negando con la cabeza y poniéndome una mano en la boca, intentando disimular, pero me sale de pena. Ellos se giran hacia mí, haciéndome sentir observada y en el punto de mira, me sonrojo un poco, pero vuelvo a reírme bajito.

—Admite que tiene razón —digo para quitarme el calor que me ha invadido.

Ethan hace una mueca de fastidio a Erika y me señala.

—Hasta ella lo dice —le acusa de nuevo.

Ella mueve la mano hacia arriba quitándole importancia.

—Pues le toca a Alex quedarse sin pastas cuando quedemos —dice con una sonrisa, levantando las cejas.

Yo la miro con las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—¿Cómo que «me toca»? —Hago comillas en la última frase, advirtiéndole con humor—. Mis pastas son mis pastas, nadie las toca, ni Ethan.

Ella se ríe junto a Ethan, levantando las manos a modo de «vale, tu ganas», y yo niego con la cabeza, sorprendida.

Suena un teléfono y Erika se pone a buscar en sus bolsillos, haciendo el típico baile buscador de móviles, hasta que lo encuentra.

—Es mi madre —sentencia—. Ahora vengo.

Se aleja un poco de nosotros para tener algo de privacidad en su conversación. Ambos asentimos. A la vez que Erika se ha alejado, los padres de Ethan le dan un toque a él. Ethan se dirige a mí.

—Bueno, creo ya es hora de irnos —me dice con un suspiro y una mirada que no comprendo del todo.

Yo sonrío con la intención de que sea una sonrisa real, que es lo que quiero que capte, porque de verdad quiero que disfrute volver a Málaga, aunque sea por un tiempo.

—Pásatelo genial, Ethan, felices fiestas —digo al fin.

Él me sonríe de vuelta y le aparece un pequeño hoyuelo que me recuerda al de su madre, sin previo aviso, siento que estoy hecha de mantequilla. Noto como el calor vuelve a subirme, pero es un calor distinto a la vergüenza. Carraspeo para disimular.

—Te veo en dos semanas —continúo casi balbuceando.

—Nos vemos en dos semanas. —Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, derritiéndome por segunda vez. Cuando me mira, veo preocupación en sus ojos dorados y, antes de que pueda hablar, me dice—. Ya sabes que me puedes llamar cuando quieras.

Yo asiento al momento, como si la memoria muscular actuara por mí.

—Lo sé —le digo en un susurro—. De verdad.

Quiero mirar hacia abajo y apartarme de su mirada, pero no puedo. Él asiente, algo más tranquilo.

—Vale.

—Vale —le imito.

Sonrío otra vez antes de que Erika esté de vuelta.

—¿Ya te vas? —le pregunta a Ethan.

—Sí —le responde él—. Ya me han avisado.

Erika le da un abrazo a Ethan como respuesta.

—Que vayan genial las fiestas —dice separándose de él. Sonríe y asiente.

—Igualmente —responde con una sonrisa mientras va hacia el coche, donde ya están sus padres esperando—. *Chao*, chicas.

Erika y yo levantamos la mano en señal de despedida y él hace lo mismo.

El coche arranca y avanza por la calle, hasta que sale de nuestra vista. Yo suspiro. Erika aparece en mi campo de visión.

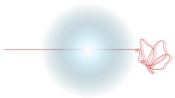
—¿Vamos a desayunar? —me agarra del brazo y empezamos a caminar.

Yo asiento.

—Sí, ¿por qué no? —murmuro.

Las dos reímos. Mi móvil vibra y con la mano libre echo un vistazo desde el lado del bolsillo. Mi mente ahora mismo está en otro sitio, además de aquí.

«Nos vemos a la vuelta, chiquitilla».



49
Ethan

Le envío un mensaje a Alex. De repente, me doy cuenta de que mi madre me está mirando. Yo pestañeo con incomprensión.

—¿Qué pasa? —le pregunto, bastante confundido.

Ella se gira otra vez hacia delante, con una sonrisa que me parece que es… ¿pícara?

—Nada, nada. —Mi padre se ríe.

Niego con la cabeza y me pongo bien en el asiento.

—Alex es muy maja —suelta de golpe.

Yo levanto las cejas. Ahora lo entiendo. ¿Cómo me conocen tan bien? Aunque no me importa tampoco decir la realidad.

—Sí, es una chica muy buena —contesto. Mis padres me escuchan atentamente, como si fuera a confesar un crimen. Yo me río ante su atención—. No vais a tener que darme aún «la charla».

Pongo la última palabra en comillas. Mi madre se gira con los ojos fuera de las orbitas y yo me vuelvo a reír.

—Mamá, por Dios, quiero decir que no estamos saliendo.

«Pero me encantaría».

Ese pensamiento me pasa por la cabeza sin poder evitarlo. Está claro que siento algo por ella, pero no puedo echarle encima más problemas de los que tiene diciéndole lo que siento, sería algo egoísta por mi parte y me sentiría fatal. No puedo hacerle eso. Mi madre niega con la cabeza sonriendo y vuelve a mirar al frente.

Casi 10 horas más tarde, con paradas incluidas, llegamos a mi Málaga. Son las 19 de la tarde cuando aparcamos en casa de mis

tíos. Una casa muy bonita. Bajamos del coche ya aparcado cerca del patio y empezamos a sacar las maletas que, aunque solo sean para dos semanas, hacen parecer que nos hayamos vuelto a mudar. Nuestros tíos salen a nuestro encuentro abriendo la puerta, que ha picado mi padre mientras las sacábamos.

—¡Por fin estáis por aquí, familia! —dice mi tío.

Abraza a mi madre con cariño y luego le choca la mano a mi padre, dándome unas palmadas en la espalda. Yo sonrío instintivamente. Cuando llego a la puerta, dejo la maleta y voy a saludarlos también.

—Ha sido una *pechá* de largo, la verdad —dice mi padre mientras abrazo a mi tía diciéndole hola.

Ella me estruja más fuerte y luego me suelta, dejándome respirar por fin. Abrazo a mi tío también, como es costumbre.

—Hola, boquerón —me saluda haciéndome reír.

—Hola —saludo yo de vuelta—. ¿Qué tal todo?

Aunque solo haya pasado un mes o así, tenía la necesidad de preguntarlo, por cotilla.

—Muy bien, esperándoos —responde con afecto—. ¿Ha ido bien el viaje?

—Estoy molido —me quejo al estirarme—. Y eso que hemos parado una *pechá* de veces.

En Barcelona no me salía tanto el malagueño, pero estando aquí es inevitable volver a mi acento.

—Ya me imagino. —Toma la maleta haciendo ademán de meterla dentro, pero espera a que todos entremos.

Una vez dentro, miro alrededor para recordar la casa de mis tíos. Blanca y con colores marrones en tonos pastel, mobiliario más bien blanco y cocina frente al comedor. En frente, unas escaleras de madera que llevaban a los dormitorios.

—Os llevo a las habitaciones —dice mi tía mientras señala las escaleras para que subamos.

Mi madre y yo nos ponemos en marcha, subiendo las maletas.

Mi habitación en la que estaré estas dos semanas es una normal, de invitados, pero acogedora, con su cama, un escritorio chiquitillo y un armario. No tenía nada más, pero me gustaba así. No pediría más ni si fuera mi casa. Dejo la maleta y bajo a por otra que faltaba, dejándola en la de mis padres. Luego me dirijo a mi madre y a mi tía, que estaban hablando.

—Todavía es pronto para cenar, ¿verdad? —trato de asegurarme.

—Hemos reservado mesa en el restaurante de aquí al lado, en el Rincón. A las ocho y media.

«El Rincón de la Lola, qué bueno». Asiento.

—¿Me da tiempo a ir a ver a mi peña? —Mi madre se queda pensativa y yo la miro dubitativo, esperando respuesta.

No saben que estoy aquí y me muero de ganas por sorprenderlos.

—Pero no llegues tarde —acepta ella—, por favor.

Yo voy hacia ella y le doy un beso en la mejilla. No sabe las ganas que tengo de verlos.

—Gracias, ¡no llegaré tarde! —aseguro bajando ya las escaleras.

La más cercana es Laura. Cuando llego a su casa, pico al timbre y espero, nervioso. La última vez que hablamos le dije que igual no bajaba a Málaga. Su madre abre la puerta y, antes de que diga nada, me pongo el dedo índice en la boca, para que no gritara mi nombre.

—No sabe que he venido —susurro casi riéndome—. ¿Está aquí?

Ella asiente y señala a su habitación, haciéndome pasar. La abrazo antes de ir a verla a ella. Voy sin hacer ruido. Tiene la puerta entreabierta y se escucha música. Abro lentamente, pero no se da cuenta porque está de espaldas, en el escritorio, sentada. Yo casi me río por lo fácil que va a ser sorprenderla, dirigiéndome a ella.

Empieza a sonar *Welcome to my life* de Simple Plan, grupo el cual, que yo sepa, me gustaba a mí, no a ella.

—¡Qué cabrón! —Casi vuelvo a reírme, sabiendo que se refiere a mí y acordándome de que la añadí a su *playlist* para molestarla. Me agacho hacia ella y por fin hablo.

—Al final te acabará gustando —susurro en su oído. Ella se sobresalta ahogando un grito y yo me aparto, porque casi me da una hostia cuando se gira. Luego me mira y abre los ojos como platos, se abalanza sobre mí, abrazándome con fuerza. Yo mantengo el equilibrio, evitando caerme, pero en cuanto estoy estable, le devuelvo el abrazo con la misma fuerza. ¡Cuánto necesitaba esto!

Necesitaba un abrazo de mi mejor amiga, de mi hermana. Su olor a menta y la colonia dulce que usa me invaden y me siento de nuevo en casa.

Noto que sus hombros se sacuden. Está llorando. La abrazo más fuerte. Solo ha pasado un mes, pero está claro que nos hemos echado de menos. Unos segundos más tarde, nos separamos y ella se seca las lágrimas. Me da un golpe de reproche en el pecho.

—Capullo —me suelta, hipando.

Yo la tomo de las manos para que no me siga pegando, porque la conozco.

—Pero me quieres —respondo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta aún con reproche—. Me dijiste que posiblemente no bajabas y ya no te pregunté más, porque no quería agobiarte.

Sonrío con ternura.

—Pues acabamos de llegar, la verdad —le explico—. Y, si me hubieras preguntado, igual os hubiera dicho que no, para daros la sorpresa.

Ella ríe negando con la cabeza, aún con los ojos llorosos.

—¿Cómo estás? —le pregunto separándome de ella por completo y sentándome en su cama, con la confianza de siempre.

Ella se sienta a mi lado, cruzando las piernas frente a mí. Yo hago lo mismo, quitándome las bambas.

—Como siempre —dice encogiéndose de hombros—. La verdad, no hay mucho cambio, dado que hablamos casi cada día y te lo cuento todo.

—¿Tu hermano? —le pregunto con curiosidad.

—Bien, con su padre —vuelvo a asentir.

—Sigues sin querer ir con él —afirmo.

Ella no responde y desvía un momento la mirada hacia la puerta.

—Debe una buena disculpa desde hace un año —susurra para que no nos oiga la madre.

—Ya… —La entiendo. Ella suspira y se pone más cómoda en la cama.

—Y tú, ¿cómo estás? —pregunta con una sonrisa pícara, alzando una ceja—. Me tienes que contar, y lo sabes.

—Tonta —le reprocho riéndome y niego con la cabeza—. Tampoco tengo mucho que contarte, Laura.

—*No ni na* —alza la voz—. Va, desembucha, boquerón.

Me vuelvo a reír, pero al pensar qué contarle, o más bien, por dónde empezar, me pongo serio y ella lo nota.

—Bueno. —Ya no bromeaba—. Me toca hacer de psicóloga.

«Por favor».

50
Alex

Respondí a Ethan con un «vale», a lo que recibí como respuesta un icono con una cara sonriente. Yo le envié otro de vuelta.

Fui con Erika al *boheme* que quedaba a mitad de camino entre su casa y la mía y pedimos un café. También un bikini, ya que no tenía mucha hambre. Ella pidió unas pastas.

—Pues nos faltaba por probar este sitio, ¿verdad? —comenta.

Era verdad. No estaba mal, aunque todavía faltaba por probar el café.

—Sí, es verdad —afirmo con un suspiro mirando alrededor.

Cuando mi mirada llega a la puerta, mi corazón da un vuelco, incluso creo que se ha parado por un momento. Joder, solo faltaban estas. Carla, Sandra y Tánia entran por la puerta, con sus peinados inmaculados, pintadas como puertas y con sus *outfits* de sábado.

Erika ve mi cara, frunce el ceño y, sin comprender, se gira para ver lo que he visto yo. Vuelve a girarse hacia mí.

—Pasa de ellas —me dice, en tono tranquilizador—. No tienen por qué amargarte el desayuno.

Era tarde. Ya no tengo hambre y el café se va a quedar frío.

Una de ellas mira hacia donde estamos nosotras y yo desvío la mirada, dándole un sorbo vacío al café para disimular. Piden y se van a buscar sitio, una de ellas con bandeja en mano. Tenía la esperanza de que pasaran de largo, pero no podía pasar un día sin dejarme en ridículo, como siempre.

Al pasar por nuestro lado, una de ellas choca contra nuestra mesa, haciendo que todo lo de la mesa se tambaleara hasta que mi

café cae encima mío. Yo por instinto me levanto, la silla chirria al arrastrarse y casi se cae, pero es tarde. Estoy jodidamente empapada de mitad del pecho hacia abajo; el café arde. Ahogo un grito ante el ardor que siento durante unos segundos. Erika reacciona acercándose a mí con una servilleta y empezando a secarme la camisa.

—¿¡Pero qué cojones os pasa!? —les grita—. ¿Es que no tienes ojos o qué?

Sigue limpiándome la camisa, con resoplidos de fastidio.

—Uy, perdona, es que me he tropezado —dice Tánia.

Las tres empiezan a reírse y siguen su camino. Erika las mira con los ojos entrecerrados por la furia.

—De todas maneras, le hemos mejorado el estilo —continúa diciendo mientras se sientan en la mesa del fondo, entre risas.

Sin decir nada voy al baño y veo de reojo a Erika recoger nuestras cosas e ir detrás de mí.

Entro al baño y abro el grifo. Tomo papel de manos y lo mojo un poco. No servirá de nada, pero igual aliviará el ardor que tengo ahora en la zona donde ha caído el café. Cuando entra Erika, estoy secándome con más papel, con la camisa un poco subida. Ella suspira, preocupada.

—¿Te ha quemado mucho? —pregunta acercándose, dejando las cosas a un lado y agarrando la camisa.

Yo hago que la suelte. Sigo secándome.

—No —respondo apática. Me mira escéptica. Suspiro—. Es igual.

Tiro el papel a la basura y voy hacia el secador, pero no hace gran cosa. Ella se queda callada unos momentos, hasta que el secador se calla tras un chirrido horrible y entonces habla.

—No es igual —sentencia—. A mí no me da igual.

Yo cojo aire y hago lo de siempre.

—Da igual, en serio. —Le quito importancia—. La lavaré.

La camisa está ahora llena del color del café con leche, con su olor impregnado.

—Vámonos. —Quiero irme a casa.

Ella vuelve a suspirar y me mira. Niega con la cabeza, pero después asiente.

—Está bien —dice.

Salimos del baño y de la cafetería. Me giro para despedirme de Erika.

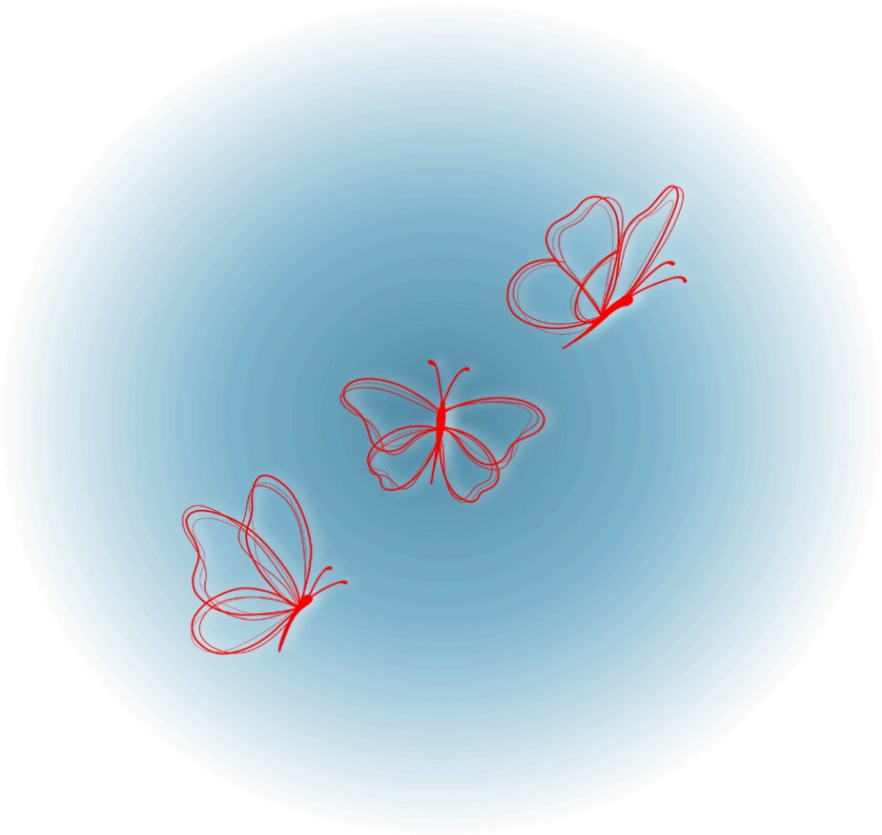
—Bueno, nos vemos, *Er* —le digo como despedida.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me pregunta con algo de angustia—. Sabes que no me importa.

Yo niego con la cabeza.

—No hace falta, gracias —contesto—. Nos vemos otro día.

Me doy la vuelta para ir a casa, sin esperar respuesta.



51
Ethan

—Lo que no entiendo es por qué la tienen tomada con ella —dice Laura después de explicarle la situación.

—No tiene por qué haber una razón —digo yo con el ceño fruncido.

—Tiene que haber alguna —dice ella indignada, levantándose de la cama—. Si no hay ninguna, ¿por qué chincharla de esa manera?

La sigo con la mirada mientras da un par de vueltas a la habitación hasta que para delante mío.

—No lo sé, Laura. —Es lo único que puedo contestar—. Realmente no lo sé.

Nos quedamos un momento callados hasta que ella habla.

—No entiendo cómo alguien que no hace nada, literalmente, tenga que lidiar con algo así —suelta—. Y sin tener a nadie, hasta ahora.

Yo la miro a los ojos ante ese comentario. Me siento culpable, impotente.

—¿Tiene a alguien? —pregunto.

Ella frunce el ceño y ladea la cabeza, sin comprender.

—Lo tiene —afirma con convicción—. Te tiene a ti y a Erika, aunque haya sido hace poco.

—Yo no estoy haciendo nada, Laura. —Y ahí me vuelvo a abrir.

No sé cómo lo hace, pero siempre lo consigue. Hace que me abra en canal y vea todo lo que siento en todo momento.

—No —me dice tajante—. No te permito que vuelvas a decir eso, Ethan.

Yo me quedo callado, mirándola. Cualquiera la interrumpe cuando cambia a ese tono de voz.

—Te recuerdo que hace un año yo estaba en la mierda, Ethan, y, ¿quién estuvo ahí?

Cojo aire negando con la cabeza y cambiando de posición.

—Tampoco hice nada, Lau. Nada. —Ella se agacha conmigo, poniéndose a mi altura y me mira con sus ojos marrones tan expresivos.

—Cuando mis padres se separaron, siempre que te necesité, ahí estabas —empieza—. Siempre que te dije «te necesito», ahí estabas, siempre que me daba un ataque de pánico o ansiedad, AHÍ ESTABAS —prosigue numerando con los dedos—. Siempre que notabas que yo no estaba bien, me llevabas aparte y tu pregunta, TU MALDITA PREGUNTA, «¿qué te pasa?», hacía que me rompiera, solo contigo, Ethan. Solo contigo.

Relaja el tono cuando dice.

—Eres el único que ha sabido ver, Ethan. Y estás viendo a Alex. —Yo desvío la mirada. Joder. Me faltaba volver a llorar—. Simplemente estando, simplemente escuchando, simplemente viendo. Créeme que es suficiente, aunque ella no lo vea aún. Lo sé de primera mano.

Me deja sin palabras, solo puedo contestar con un suspiro. Instantes después me levanto.

—Gracias —le digo—. La verdad es que necesitaba una conversación de las nuestras. —Me río un poco.

Ella está de espaldas, pero también parece reírse negando con la cabeza. Se gira, aún con lágrimas en los ojos y sonriendo.

—No lo he dicho porque necesites oírlo, melón —me dice mientras viene hacia a mí y me abraza. Yo le devuelvo el abrazo y cierro los ojos, suspirando—. No te sientas culpable por algo que no puedes controlar.

Me separo de ella.

—Eso es lo que me jode —digo poniéndome una mano en la cabeza volviéndome a sentar en la cama, indignado.

—Lo sé —dice asintiendo—. Por eso te he dicho todo esto, Ethan, porque, aunque creas lo contrario, estar a su lado, escucharla y defenderla, es lo que ahora mismo necesita, y se lo estás dando.

Me quedo callado unos segundos, pensativo, esperando que siga hablando.

—Ahora solo puedes esperar. —Sigo pensando en lo que ha dicho antes de hablar.

—Cuando mis padres me dijeron que bajábamos a Málaga por Navidad —comienzo a decir—. Sentí por un instante una sensación mala, Lau, muy mala.

Ella me mira extrañada. Me paso las manos por la cara. Cuando vuelvo a la posición normal, prosigo para explicarme mejor, aunque dudando. Trago saliva.

—No quería dejarla sola. —Ya lo había dicho.

Sé que simplemente diciendo eso ella captará lo que quiero decir, no me va a decepcionar. Parece comprenderlo y se sienta a mi lado.

—¿Crees que podría…? —No acaba la pregunta, con ojos preocupados.

—No lo sé. —Me masajeo el puente de la nariz—. No lo sé.

«O tal vez no quiero admitirlo».

Ella sigue mirándome para ver si digo algo más. Cojo aire profundamente para aliviar el malestar que, de repente, se ha generado en mi estómago.

«Creo que voy a llorar».

Pestañeo para evitarlo en lo posible.

—Te gusta. —La confesión me viene por sorpresa y la miro desconcertado—. Es más, la quieres.

Me mira con compasión en sus ojos, una compasión tan real que me impacta.

No he reprimido lo que siento por Alex, pero que Laura lo haya dicho en voz alta hace que lo sienta como una patada en el estómago.

—Ahora entiendo muchas cosas. —Miro al frente para evitar contacto visual, porque sé qué si lo hago, me romperé, pero no tiene piedad y se pone delante mío, agachada como antes, a mi altura—. No te sientas culpable por las cosas que no puedes controlar.

Esta vez haciendo énfasis en cada palabra. Cierro los ojos un momento, entendiendo lo que quiere decirme.

—Te quiero, melón, pero a veces tú también tienes que permitirte caer un rato, para coger fueras otra vez y seguir adelante.

«Qué cabrona».

Agacho la cabeza; ella sabe que es señal de que he caído y me abraza. Una lágrima acaba cayendo y, detrás de esa, van las que quedan, sin poder contenerlas.

52

Alex

Mi madre llega horas más tarde para comer. Yo ya me he duchado y me he puesto el pijama, ya que no iba a salir de casa en lo que quedaba de día. Cuando entra por la puerta del comedor, estoy en el sofá viendo Netflix. Cualquier cosa me servía para mantenerme distraía de la mierda de mañana que he tenido, la verdad.

—Vaya, hola —me saluda dejando las llaves en el mueble de la entrada del recibidor.

Le dirijo una mirada y asiento como saludo.

—Hola. —No tenía muchas ganas de hablar, la verdad.

Ella se da cuenta, pero tampoco insiste, queriendo dejarme espacio. Por ahora.

—¿Has comido? —pregunta, dejando la chaqueta en una de las sillas del comedor.

Niego con la cabeza, siguiéndola con la mirada.

—Te estaba esperando.

—Pues ya estoy aquí —me dice parándose frente a la puerta de la cocina, casi saliendo de mi ángulo de visión, poniendo los brazos en jarra—. ¿Comemos?

Entra dentro sin esperar respuesta.

Me levanto con un suspiro y camino arrastrando los pasos hasta llegar a ver a mi madre de nuevo, en la cocina, sirviendo dos platos de comida caliente con un olor que solo ella era capaz de crear.

—¿Pones la mesa, cielo? —Y eso hago.

Luego nos sentamos a comer con la televisión de fondo, aunque me da la sensación de que ninguna presta mucha atención.

Mi madre me dirige miradas fugaces mientras comemos cuando cree que no me doy cuenta o me mira de reojo cada pocos minutos. Luego vuelve a prestarle falsa atención a la tele. Por fin se digna a hablar.

—Hoy se iba Ethan de vacaciones, ¿verdad? —Dejo de masticar por un segundo, luego trago.

—Sí, esta mañana nos hemos despedido. —Agarro el vaso de agua y bebo un trago, para quitarme el sabor amargo que me acaba de provocar la pregunta—. Vuelve en dos semanas o así, después de las fiestas. Creo que para la fiesta de Reyes está aquí.

Mi madre asiente mientras se mete un trozo de carne en la boca y me mira masticando, con cara de circunstancia. Yo dejo de comer.

—¿Qué? —pregunto ante lo que creía que quería decir con esa mirada.

Niega con la cabeza de manera enérgica.

—Nada, nada. —Alzo una ceja. Como si no la conociera.

—No hay nada, solo para tu tranquilidad —le suelto pinchando un trozo de verdura con más fuera de la necesaria.

Ella bebe un trago de agua antes de hablar.

—Pero…

—¿Pero?

—Te gustaría. —Casi me atraganto con el agua que también había empezado a beber.

—Mamá, por Dios —le digo con una mano en el pecho, intentando quitarme el susto.

—¿Qué tiene de malo salir con alguien? —pregunta ella, sin darle importancia—. Y parece muy buen chaval.

—Lo es.

«Mierda, que rápido ha salido esa respuesta, pero… ¿Acaso era mentira? No. Es buen tío».

El pulso se me acelera sin poder controlarlo. A decir verdad, mis pensamientos siempre iban a aquel día que apareció en mi casa cuando yo no me presenté en clase. Hace un mes de aquello, ¿o quizá más? Estamos en diciembre, yo le conocí en octubre, para finales, así que mis cálculos eran más o menos acertados.

La sensación de él rodeando mi cuerpo, con olor a canela dulce que aún reside en mis sentidos, de su mirada dorada en la mía mientras me curaba la herida de mi mejilla, que ya apenas existía (físicamente hablando) y la intensidad de sus palabras… Cómo consiguió que me abriera a él, aunque fuera un poquito.

—Solo digo que… es bueno que por fin tengas un par de amigos con los que puedas estar, divertirte… y desahogarte. —Mi madre me aleja de mis pensamientos y la miro.

—Supongo que sí… —suspiro, empezando a escuchar voces internas que me gritan que no es así.

«¿Y vosotras qué sabéis? ¿Acaso cualquiera hace lo que hizo él?». Las intento callar, pero, todo es así cada vez que pensaba en ellos, en que por fin tenía a alguien a mi lado. En mi pecho se instalaba lo que parecía ser una roca que presionaba hasta dejarme sin aliento, una sensación de inseguridad que se alojaba en el centro del mismo y en mi mente en forma de pequeños diablillos, que me susurraban siempre que les daba la gana que no merecía eso.

Y quizá no lo merecía.

Después de comer, recogemos y me paso la tarde tirada en el sofá, con una manta bien gorda y calentita abrazando todo mi cuerpo de pies a cuello, viendo Netflix. Para eso de las seis de la tarde, mi madre se une, con un bol enorme de palomitas, haciendo que incorpore los codos con las cejas alzadas. Deja el bol en la mesita auxiliar en frente nuestro, me agarra los pies, se sienta y los pone encima suyo. Vuelve a coger el bol, poniéndolo entre nosotras. Me recuesto otra vez, con una pequeña sonrisa.

—¿Otra vez *Titanic*? —me pregunta mientras se mete unas cuantas palomitas en la boca.

—¿Algún problema? Será que no te gusta —contraataco yo, agarrando un puñado del bol.

Suelta una pequeña risa y se acomoda más en el sofá. Yo suspiro. Y así, sin más, llegan las ocho de la tarde, aún con una hora por delante para que acabe la película.

Mientras estoy atenta a la película, mi iPhone vibra y meto la mano debajo de la manta para verlo. Era un mensaje. El corazón se me acelera al ver que es de Ethan.

«Hace una hora que he llegado, estoy molido».

Es cierto. Le pedí que me avisara al llegar. Tecleo una respuesta, aún con calor en las mejillas.

«Genial, espero que lo pases muy bien, por fin verás a tus amigos de verdad».

La respuesta llega casi de inmediato.

«En 2 semanas te vuelvo a molestar. Que lo sepas, chiquitilla».

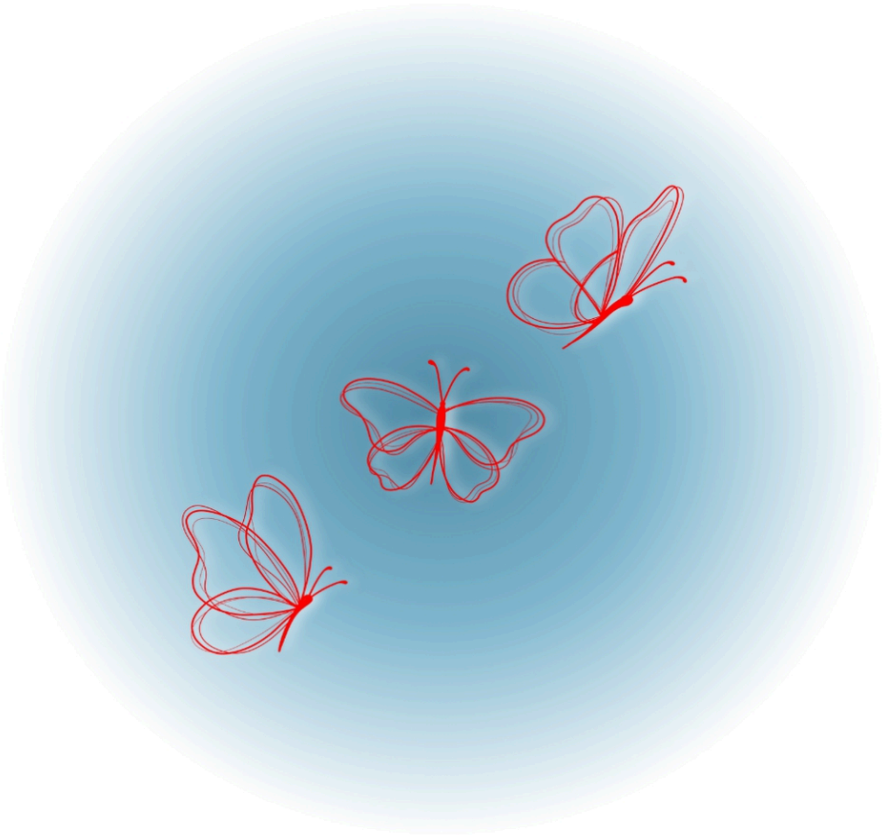
No puedo impedir que se me curven los labios en una sonrisa, sintiendo un calor repentino en las mejillas. Mi corazón se contrae un poquito y las voces vuelven a mi cabeza sin piedad. Carraspeo dejando el teléfono debajo de la manta de nuevo. Suelto una bocanada de aire, hundida. ¿Por qué estoy tan frustrada? Es solo un chico. Cierro los ojos un segundo para centrarme. Cuando abro los ojos, me centro en la película, ignorando mis pensamientos. Levantando un muro, guardándolos en un cajón de mi dolor.

Me despierto ahogando un grito. Miro a ambos lados, temblando. Estoy todavía en el sofá, pero con la televisión y luces apagadas. Estoy empapada en sudor y lágrimas con la respiración agitada, apoyada en mis codos.

Me levanto, todavía temblando y me dirijo al baño. Me enjuago la cara con agua fría, para intentar quitarme las lágrimas, el mal cuerpo y el dolor. Respiro hondo, cerrando los ojos, con las gotas resbalando hasta que caen cuando llegan a la barbilla. Pasan unos

segundos y agarro la toalla para secarme. Salgo del baño y vuelvo a mi cuarto, pero sé que no voy a dormir más. Me tumbo en mi cama, saludando al insomnio.

Como casi todas las noches.



53
Ethan

Fue raro despertarme en casa de mis tíos después de más de un mes, pero ahí estaba. Faltaban dos días para Navidad, así que estaba más o menos libre. Esta mañana he quedado con todos para desayunar, ya que ayer apenas tuve tiempo de verlos. Miro mi teléfono para ver si había mensajes y solo había uno de Alberto, recordándome la hora. Sentí una opresión en el pecho cuando vi que Alex no me contestó al mensaje de ayer. En ese momento, recuerdo la conversación de ayer con Laura, y el dolor que tengo se hace más grande. Cierro los ojos durante un instante, para calmar y desenredar ese nudo que se estaba formando en mi corazón.

Pasados unos minutos, me levanto de la cama y voy a la ducha antes de bajar a reunirme con los demás, que ya los escucho abajo, en el comedor. El agua me relajaría un poco. Mientras me cae el agua, revivo lo que pasó ayer con mi mejor amiga, sin poder evitarlo. Tenía razón, no podía controlar nada más que estar con Alex todo lo que pueda, ayudarla cuando lo necesitara, escucharla cuando me lo pidiera o, simplemente hacerle compañía, pero no podía saber lo que pensaba realmente a no ser que fuera completamente transparente conmigo, y eso tenía que hacerlo ella, tenía que atreverse a confiar del todo en mí.

Echo la cabeza hacia atrás para que el agua caiga sobre mi cara, intentando prestar más atención a eso que a mis pensamientos, pero de poco me sirve. Me retiro un poco del chorro del agua y cojo aire, pero me cuesta. Sé que no es porque haya estado debajo del agua unos segundos. Apoyo las manos en la pared e intento respirar hondo cerrando los ojos.

«Inspira, expira».

Me repito una y otra vez hasta que mi respiración toma un ritmo más sereno y controlado. Por fin, abro los ojos tomando aire profundamente por última vez antes de salir de la ducha.

«Esto va a ser jodido».

Necesito mirarlo todo desde otro punto de vista. Demostrar que puede confiar en mí era lo único que podía hacer por ahora, además de aceptar que solo podía esperar a que lo hiciera, a que se abriera a mí, que yo estaría ahí cuando eso pasara.

La cafetería donde fuimos a desayunar era la de siempre. Nos sentamos en la terraza y pedimos la comanda. La dueña era una mujer encantadora que siempre estaba encantada de tenernos allí, con su delantal negro lleno de harina, pero siempre con una sonrisa para nosotros, con sus arruguitas a ambos lados de los ojos. Ese día, al verme, no dudó en venir a saludarnos y, aunque estuviera llena de molienda, no me importó que me abrazara. Ella misma nos trajo los cafés y los bocadillos.

—¿Y cómo va todo, hermano? —pregunta Alberto, que hace que le mire, ya que tenía la vista fija en el café en frente de mí—. Ayer apenas tuvimos tiempo de hablar, y a parte de lo de tu amiga, no nos contaste mucho.

Apenas tuve tiempo de hablar con ellos, es verdad.

—La visita sorpresa me daba para poco, tenía que ir a cenar con mis viejos y mis titos. —Bebo un sorbo de café que, como siempre, no decepciona—. Pues no está mal, la cuidad es bonita. Hay bosque, para dar un volteo está muy bien.

—Ya tenemos excusa para ir, entonces —dice Pol dando un bocado a su bocata.

Levanto las cejas.

—Como si no pudierais venir igualmente —suelto con indignación fingida—. Pero si, invitados estáis siempre que queráis.

Me río mientras dirijo comida a mi boca.

—¿Cuándo vuelves? ¿Después de las fiestas? —Turno de Laura para interrogar.

—Sí, creo que antes de Reyes —contesto limpiándome las migas de la boca con la servilleta. Ella asiente y toma un sorbo de su café—. Tengo algo de tareas para la vuelta del trimestre.

—Sí, nosotros también, nos han dejado algo de deberes. —Asiente Pol—. Por cierto, cuéntanos más de esa tal Alex. Parece que te cae en gracia.

La temperatura de mi cuerpo aumenta un par de grados, pero intento ignorarlo y serenarme ante mis emociones.

—Es una amiga y compañera, ya sabes cómo nos conocimos, coincidimos en la misma clase y, desde entonces, nos hicimos amigos. —Me encojo de hombros.

No sabía qué más contar, ya que ayer les puse más o menos al día de la situación, para ver qué decían ellos y cómo me podían aconsejar.

—Qué casualidad, hermano —dijo Alberto, dejando la taza de café en la mesa.

—No creo en las casualidades, lo sabes de sobra, tío. —Ante mis palabras, Laura negó con la cabeza casi riéndose, porque sabía que lo iba a decir.

—Desde luego que no —dice finalmente, después de dar un sorbo a su café.

Yo sonrío mientras le doy un bocado al bocadillo.

—Ah, es verdad, que el boquerón es un filosófico. —Laura le da en el brazo a Pol, dueño de las palabras, y este se encoge y se aparta un poco, riéndose.

Yo enarco las cejas, con una sonrisa pícara.

—Qué suerte tienes con esta defensora, capullo. —La señala con el pulgar y hace que me ría aún más.

Laura se sonroja y ahora es ella la que se encoge un poco, pero yo le guiño un ojo, cómplice. Ella eleva un poco sus labios en una pequeña sonrisa.

—Bueno, pero ilumíname —Alberto cambia de tema y baja la voz, inclinándose hacia mí—. ¿Te gusta?

Casi me atraganto con el café. Laura me da unas palmadas en la espalda, con las cejas levantadas. Cuando acabo de toser, respondo.

—A ver, eres un capullo siendo tan directo —digo después de darle un trago de café para quitarme el carraspeo de la garganta—, pero te responderé porque eres mi mejor amigo, y la confianza da asco.

Él se encoge de hombros, como si fuera obvio lo que le acabo de decir, esperando mi respuesta.

—Puede, pero no es el momento —confieso.

Ya lo había dicho. El peso que tengo se alivia un poco al confiarle eso también a Pol y Alberto.

—¿No es el momento? —Pol frunce el ceño, antes de darle otra mordida al pan.

—Ya tiene bastantes problemas, que tenga también eso en la cabeza le va a joder todavía más. —La frustración se hace paso ente mis palabras.

Me paso la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás.

—O puede que le ayude —canturrea Laura, bebiendo café, y sorbe más fuerte de lo normal, mirando hacia un lado, como si no hubiera dicho nada.

—No ayudas para nada con mi decisión, L. — Me echo hacia atrás en la silla, con un suspiro de resignación.

—Porque tal vez sea errónea —añade—. ¿Qué? Por mucho que te quiera te diré siempre las cosas como son. Y lo sabes.

Me señala con el índice. Me acaricio el puente de la nariz con otro suspiro.

—Gracias, amiga —ironizo.

—Podrías decírselo, no pierdes nada —sugiere Alberto, encogiéndose de hombros.

Cierro los ojos un momento.

—Cuidado, Albert —dice Laura, algo cortante.

Alberto levanta las manos un segundo, en son de paz.

«Gracias, Laura».

—¿Qué? Está claro que esa chica no está pasando por un buen momento, que necesita a alguien a su lado que la ayuda, e Ethan es una de las personas que más podría ayudarla, si se deja.

«Si se deja».

—Pues claro, lo sé de primera mano —recuerda Laura, alzando las cejas—. Pero tienes razón en lo de «si se deja».

—Mirad, agradezco una *pechá* los consejos, de verdad —interrumpo y todos me miran a la vez, como si se dieran cuenta que estaba ahí—, solo puedo hacer lo que ya estoy haciendo, esa es la realidad. No puedo hacer nada más que ayudarla en lo que pueda, defenderla y, si me necesita, me tendrá.

Laura me acaricia el brazo, mientras yo suelto aire.

—No te olvides de ti tampoco. —Asiente y me mira con esa mirada de siempre. Sé lo que quiere decirme.

—Ya lo sé. —digo asintiendo—. *Cupcake*.

—*Cupcake*.

Nuestra palabra para llamarnos inmediatamente siempre que lo necesitáramos si nos necesitábamos.

Navidad pasó como si el tiempo hubiera omitido esos días. La pasamos con mis tíos, algunos primos y, cuando quise darme cuenta, ya era Año Nuevo y estaba a punto de volver a casa.

Esa noche, después de las uvas, fuimos a un parque cercano donde pasamos parte de la noche mis mejores amigos y yo, aprovechando mis últimos días de estancia en Málaga. Entre risas, charlas y bromas se nos hicieron las tantas y, al día siguiente, dormí hasta el mediodía. Si mi madre no me hubiera despertado para comer; seguiría durmiendo.

A pesar de antes de venir tenía esa sensación tan desagradable, ahora solo quiero que el tiempo pase un poco más lento, si soy sincero.

Cuando me quise dar cuenta, ya era el día de marcharnos. Me despido de Laura, Pol y Alberto, prometiendo que nos veríamos para Semana Santa, sea como sea.

—Llámame, ¿vale? —me dice Laura, envolviéndome en un abrazo fuerte.

Era más bien chiquitilla y hacía que casi desapareciera cuando la abrazaba. Asentí, pasando mi mano de arriba abajo por su espalda, como siempre. Nos separamos y me abrazo también con Pol y Alberto.

A decir verdad, he de decir que, sin duda, vuelvo con una sonrisa, renovado y con la fuerza que siempre me dan.

54

Alex

Cuando es una hora decente para salir de la cama, decido por fin salir de mi bucle de insomnio y meterme en la ducha para despejarme. Cuando acabo, voy a la cocina a hacerme el primer café del día y me siento en el sofá, con la televisión a un volumen considerablemente bajito, ya que mi madre aún duerme.

Así paso la mayoría de los días siguientes, aunque algunos quedaban con Erika. Esa siempre era mi rutina, me levantaba, me duchaba, me sentaba en el sofá y dejaba las horas pasar.

La Noche Buena fue una de las noches que más me distraje; vinieron mis tíos de Madrid, Noemí y Carlos, con sus hijos, Andrea y Jan y, la verdad, nos lo pasamos bien. Se quedaron un par de días, pero tenían que volver para fin de año, así que esa paz dura poco.

La mañana de Navidad fue ajetreada, pero no ignoré el calor en el pecho al leer un mensaje de Ethan esa mañana.

«Feliz Navidad, chiquitilla, espero que lo pases genial con tu familia hoy» sonrío tímida y le respondo.

«Feliz Navidad, espero que tú también lo pases bien y que te regalen muchas cosas, que seguro que sí».

Y, aparte de eso, todo el tiempo que tengo lo abarca mi madre necesitando ayuda. Para el mediodía, ya tenemos la comida hecha y la mesa a medio poner. Ya que en casa solo somos dos personas, no teníamos una mesa muy grande, por lo que juntamos dos para que quepamos todos.

Fue uno de los pocos días en los que mi cabeza no me daba vueltas, no se iba por las ramas y los pensamientos callaban. En

esos momentos, no existía el instituto, el *bullying*, ni… nada. La tarde pasó bastante rápido, dándonos regalos (al menos lo que podía permitirme) y tomando cafés. Pareció un suspiro cuando se hizo la hora de cenar.

La Navidad dio paso a San Esteban y, cinco largos días después, a Fin de Año. Me di cuenta que, inconscientemente, Ethan estaba todos los días en mi cabeza. Era verdad que me hablaba cada día y, a pesar de que quedaba con Erika algunos días, se me hacían muy lentos, sobre todo cuando Ethan me confirmó que volvía un par de días antes de Reyes el tiempo pareció pasar incluso más lento que antes.

—En dos días vuelve Ethan, ¿verdad? —me dice una tarde Erika, cuando hemos quedado para tomar algo en un parque cercano.

El corazón me da un vuelco al escuchar su nombre, pero lo disimulo como puedo y asiento, intentando parecer más bien indiferente.

—Eso me dijo, sí —contesto yo, dando un trago a mi batido de mango.

Erika me mira de medio lado, dando también un trago al suyo de Oreo, sorbiendo más fuerte de lo normal.

—¿Qué?

—Nada —dice—. Ya hay ganas de que vuelva, ¿verdad?

No lo dice en tono de burla, sino como un hecho. Me quedo callada unos segundos. Ella me vuelve a mirar de reojo.

—Sí —respondo, sincera—. La verdad es que ya se echa de menos su energía.

Creo que lo describiría así, tal cual. Echaba de menos su energía. La positividad que se enganchaba a mi cuerpo, aunque no quisiera y el optimismo que irradiaba, incluso podría decir que me enrabiaba, pero agradecía que se pegara, a pesar de que fuese solo durante un rato.

—¿Su energía? —me pregunta, sorprendida ante la palabra y riendo un poco—. Nunca lo había pensado así. La verdad es que podría ser, sí.

Yo curvo un poco mis labios, poniéndome la caña del batido en los labios y le doy un sorbo.

Después de acabarnos las bebidas, Erika sugiere dar una vuelta por el bosque, ya que estábamos al lado, y acepto sin dudar. Amo ese bosque y la vivacidad que me entrega sin pedir nada a cambio. Hasta el aire cambiaba, era diferente, no sé cómo podía ser, pero era así.

Cierro los ojos un momento para recibir el viento frio en la cara. Lo agradecía.

—¿Qué planes tienes para Reyes? —pregunta Erika, caminando a mi lado casi dando saltitos.

—Pues ninguno, la verdad —respondo encogiéndome de hombros—. No solemos hacer gran cosa. Más bien en Navidad y, si mis tíos siguen aquí, San Esteban, aunque también comemos juntas mi madre y yo.

—¿Solo celebráis estas fechas si viene familia? —Su pregunta era pura curiosidad.

—Supongo que comer y pasar el día juntas es celebrarlo, ¿no? —Asiente animada.

Esta frente a mí, caminando de espaldas, aún dando saltitos entre las piedrecitas.

—Y tanto, aunque sea vosotras dos, ya estáis pasando un tiempo juntas, y eso es importante.

—Siempre he estado muy unida a mi madre, a decir verdad. —Erika sonríe y asiente, satisfecha con lo que, pensándolo ahora, parecía una confesión.

—Es genial cuando tienes a alguien en quien puedas confiar de esa manera.

«Confiar…».

Confiar era una palabra que en mi vida no existía. Por mucho que tenga a gente a mi alrededor que me están demostrando su amistad y nobleza, el muro que he construido no iba a derrumbarse, no podía permitirlo. No podía dejar que eso pasara y que me volvieran a hacerme daño. Ya me rompieron el alma una vez y no volvería a pasar.

Sé que Erika tampoco tuvo una infancia muy agradable que, por motivos económicos, su familia y ella lo pasaron bastante mal, se tuvieron que mudar. Vivió muchos cambios para una niña pequeña, pero se tenían los unos a los otros. Y eso era algo que, desde pequeña, no tengo. A decir verdad, la envidiaba (hablando de manera sana) al poder tener esa confianza en su familia.

Dos días después, me levanto de la cama después de haberme pasado tres horas dando vueltas, sin motivo aparente. Me desperté y no pude volver a dormirme, así que, cansada de estar metida entre las sábanas dando vueltas y lamentándome por no poder dormir, decido moverme y sacar mi trasero de mi cueva. Levanto la persiana y la luz del sol y su calor era tan intenso, aun siendo invierno, que me hace cerrar los ojos un momento. Abro la ventana y el aire fresco matinal me azota, provocándome un escalofrío. Me aparto de la ventana y salgo hacia la cocina a prepararme mi primera dosis de cafeína.

Mientras me siento en una de las sillas de la cocina, recuerdo que hoy vuelve Ethan y el estómago me hace cosquillas, como si miles de mariposas estuvieran revoloteando en él. Por un momento, me odio por tener esas reacciones al pensar en él, pero recuerdo su mirada, sus palabras, el calor que siente mi cuerpo al tenerlo cerca y todo se siente contradictorio.

Mi teléfono vibra en la mesa, sin pensarlo dos veces miro quién es, y veo un mensaje de mi madre. Suspiro pensando que era él y, de repente, me siento algo decepcionada.

«Cariño, hoy llegaré más tarde de trabajar, pero tienes la comida preparada en la nevera, lo siento, te lo compensaré, ¿vale?».

Sonrío ante la última frase. Aunque no hiciera falta, sí, siempre me compensaba (o siempre que podía) en los días que tenía fiesta. Siempre se las apañaba para pasar tiempo conmigo, y no era necesario, pero lo agradecía mucho.

Tecleo una respuesta y salgo de su chat. Debajo de ella veo el nombre de Ethan. Caigo en la cuenta de que no le contesté al último mensaje, aunque fuera de buenas noches. Entro en su chat y empiezo a escribir.

«Hoy vuelves, ¿verdad? Tened cuidado en el viaje de vuelta».

Lo envío. De repente, los nervios se apoderan de mi cuerpo. Siempre me hablaba él y nunca me lo había reprochado. Por una vez, quería ser yo la que lo hiciera, aunque no me atreviera.

Minutos después de enviarlo y estar frente a la tele, sin enterarme de mucho, mi teléfono vuelve a vibrar y mi corazón empieza a latir de forma desenfrenada. Miro el teléfono y veo un mensaje de él.

«Buenos días, chiquitilla, sí, estamos de camino, pero llegaremos tarde… ¿nos vemos mañana?».

Le respondo casi de inmediato.

«Claro, nos vemos mañana entonces».

En su chat puso «escribiendo», y llega otro mensaje.

«Ya tengo ganas de verte, dos semanas son suficientes para echaros de menos».

Aparto el teléfono a un lado y me dejo caer en el sofá con un largo suspiro. Levanto el teléfono para contestar.

«Pero seguro que te lo has pasado genial, ya me dirás algo cuando llegues».

Dejo el aparato en la mesita y pongo un brazo en mi cara, cerrando los ojos. Ahora mi impasibilidad se convertía en un punto de felicidad, ahí, en el pecho, donde nunca imagino que pueda estar. Por una vez en años, me dejo llevar por esa felicidad, que me hace sonreír sin que yo se lo pida a mis labios.

Pero esa felicidad se esfumó como el humo cuando empecé las clases.

55
Ethan

Llegamos a casa cuando el reloj marca la una de la madrugada, ya que salimos como a las doce del mediodía, a pesar de que nuestra idea era irnos pronto, no hubo manera de salir más temprano. Me tiro en la cama como un muñeco después de haberme duchado y ponerme el primer pijama de invierno que encontré, me doy la vuelta en la cama con el teléfono en mano, sin notificación ninguna a esas horas, y pienso en si enviarle o no un mensaje a Alex de que habíamos llegado, pero dudo unos minutos, dadas las horas que son.

A la mierda, si no lo ve ahora, lo verá mañana. Tecleo un mensaje en su chat.

«Hemos llegado hace un rato. No sabía si escribirte ahora o no, pero, al final, ya ves. Si estás durmiendo ya hablamos mañana, chiquitilla».

Espero unos minutos a ver si la veo en línea, pero no es el caso, así que dejo el móvil a un lado de la cama con un suspiro de cansancio y, sin darme cuenta, me quedo dormido.

No sabía que el tiempo podía pasar tan rápido, hasta que me doy cuenta que en dos días empezamos de nuevo las clases. Los días anteriores aproveché para acabar las tareas pendientes y quedar con Erika y Alex, pero rápido se nos acabó el chollo sin darnos cuenta.

Erika estaba igual de enérgica que siempre, con sus saltitos que siempre me hacían sonreír a la vez que volverme loco, porque nunca sabías donde acababa, si a tu lado o al otro.

Alex era otra historia. Estaba más pensativa de lo normal, y mira que lo era, pero estos días la vi más callada de lo que está normalmente y me alarmaba a niveles bastante considerables. Yo le preguntaba, entablaba conversaciones con ella o las empezaba, intentaba saber si había pasado algo en esos días, hasta que llegó a confesar que, el día que nos despedimos (en ese momento me odié por haberme ido, tanto que me ardía la piel) Erika y ella coincidieron con las pibas de clase y, las muy capullas, le tiraron el café encima a propósito; la suerte fue que Erika estuviera allí para plantar cara y ayudar a Alex.

Me invadió una oleada de rabia e impotencia que provocó que me quedara callado varios minutos y, cuando ella se dio cuenta, me miró con el ceño fruncido, esperando que hablara. No tenían suficiente con haberle pegado la hostia hace un mes y medio, no. Me rasqué la cabeza, como siempre hacía cuando algo me frustraba.

—Alex, no te lo calles. —Volvió a mirarme, sin comprender. Tenía que decírselo. Tenía que decirle que podía confiar en mí. Tenía que saberlo—. Sé que toda tu vida en el colegio ha sido pura supervivencia, de esconderte siempre que puedes y pasar desapercibida, pero ya no tienes que disimular más, no tienes que agacharte ni fingir que no pasa nada.

Ya lo había dicho. Y, al hacerlo, me saqué un pequeño peso de encima.

No la iba a obligar a abrirse, pero sí iba a saber que ahí estábamos para ella, que ahí estaba para ella. Y eso, en un futuro, quizá lo tuviera en cuenta e hiciera que comenzara a confiar un poquito más en mí cada día.

Un día pasó al siguiente y, así, empezaron las clases. Esa mañana me despierta la alarma a las 06:30 de la mañana, y la verdad, solo quería quedarme dos o tres horas más en la cama. Para acabar de despertarme, alguien pica a la puerta de mi habitación y yo levanto un poco la cabeza hacia la puerta, lanzando un gruñido como respuesta.

—Espabila boquerón, o llegarás tarde.

«Gracias, mamá». Para evitar más avisos innecesarios, me levanto de la cama para empezar el día. Salgo de la habitación después de ponerme unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga larga un poco más clara y voy a la cocina, donde ya ha empezado el movimiento en casa.

Al entrar en la cocina me viene un olor a café que inunda mis fosas nasales. Doy los buenos días a mis padres, que ya están revoloteando de un lado a otro en la cocina preparándose el desayuno, y me preparo un café intentando esquivarles cuanto podía para no molestarles, hasta que consigo sentarme en la mesa.

—Tienes el desayuno en la encimera —dice mi padre poniéndome una mano en el hombro, para que sepa que me habla a mí—. Que vaya muy bien el primer día, enano.

Le miro mientras trago el café que tengo en la boca y le asiento como puedo, carraspeo antes de hablar.

—Gracias, papá. —Frunzo el ceño, viendo que recoge sus cosas —. ¿Te vas?

—Las vacaciones no duran siempre, por desgracia. —Me guiña el ojo.

Es verdad, no sabía cuándo volvía; tampoco le pregunté.

—Pues espero que no te den mucha guerra hoy —contesto mientras me levanto a dejar el vaso en la pica y le doy un beso en la mejilla antes de que se vaya.

—Eso espero. —Sale por la puerta.

Mi madre aparece saliendo de su habitación con la misma intención, pero deja sus cosas en la mesa de la cocina.

—¿Tú también curras? —le pregunto con la manos algo alzadas.

Ella se gira para mirarme.

—Sí, pero después de dejarte en el insti, así que espabila.

Qué mala era la rutina. Alzo las cejas y me paso las manos por la cara para acabar de aceptar que la rutina está de nuevo en nuestras vidas y voy al cuarto a por mis cosas.

En cuanto estoy listo, solo tengo que esperar a que mi madre me diga que nos vamos. Diez minutos más tarde, ya estaba bajándome del coche en la puerta del insti.

—Que vaya muy bien, cariño. —Curvo los labios y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, a ti también, ¿luego me recoges? —Ella frunce los labios y niega con la cabeza.

—Hoy trabajamos hasta la tarde, cielo. —Asiento y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Tranquila —le resto importancia con la mano—, era por saberlo.

Me sonríe de vuelta y hace que se le marque el mismo hoyuelo que tengo yo.

—Tendrás comida en la nevera que sobró ayer. Ya hice demás pensando en eso. —Asiento y me alejo del coche para que pueda irse.

Levanto una mano en señal de despedida y arranca para desaparecer con los otros coches.

—¿Hoy te han traído? —me giro al escuchar la pregunta y veo a Alex quieta a unos metros de mí.

Me suben las pulsaciones al ponerle los ojos encima.

Iba con unos tejanos azules y una sudadera negra, muy ancha a mi parecer, aunque le quedaba muy bien. Su pelo, como siempre suelto, se desliaba por encima de sus hombros en hondas desordenadas. Me esfuerzo por clavar mi mirada en la suya, con una sonrisa.

—Sí, hoy le daba tiempo —respondo acortando la distancia entre nosotros, hasta llegar a ella—. Buenos días.

Nos quedamos unos segundos sin movernos, hasta que ella me regala una pequeña sonrisa, la cual hace que me dé un vuelco el corazón, porque sé que es la que solo me ofrece a mí, y no muchas veces.

—Buenos días, Ethan. —Empieza a caminar y yo la sigo, poniéndome a su lado.

—¿Cómo estás? —le pregunto cuando nos sentamos en nuestros sitios.

Erika todavía no había llegado. Aunque llegaba justa muchas veces, no solía apurar tanto.

—Pues de vuelta, ya ves. —No es que me alegrara, pero tenerla más cerca me hacía sentir mejor, si soy sincero—. ¿Y tú?

La miro con las cejas elevadas.

—Bien, también de vuelta. —Me paso una mano por el pelo, echándolo hacia atrás.

—Sí, qué pereza. —Pone una mano en su barbilla, con un suspiro que me hace sonreír. —Por cierto. No has visto aún a Erika hoy, ¿verdad?

Frunce el ceño, pensando lo mismo que yo.

—No, todavía no —respondo frunciendo los labios y negando con la cabeza.

A los segundos, la veo entrar por la puerta como un huracán justo antes del profe. Le doy un toque en la pierna a Alex y ella me mira, alzando las cejas. Señalo la puerta con la cabeza.

—Hablando de la reina de Roma.

Se sienta con un jadeo y se vuelve hacia nosotros.

—Justo a tiempo, ¿eh? —Me río negando con la cabeza y poniendo una mano en mi cara, y a Alex se le escapa la risa floja—. ¿Qué?

—Nada —digo aún con una sonrisa y Alex levanta una mano, quitándole importancia.

—Empezar la rutina no es mi fuerte —susurra abriendo los ojos y volviéndose de nuevo, ya que el profe había cerrado la puerta.

El primer día surgió sin grandes novedades. Las clases pasaron lentas y algo aburridas dado que no se hacía gran cosa. La hora del

patio la pasamos en la cantina en vez de fuera, ya que hoy hacía más frio de lo normal.

No había nada que hacer todavía, con lo cual esa tarde la íbamos a tener libre, así que le dije a las chicas si les apetecía salir un rato. Por la tarde, a eso de las 17:30, estábamos sentados en una cafetería que querían enseñarme llamada *Boheme*. La verdad era que tenía encanto y el café estaba bastante rico.

Y así fue pasando la semana, poco a poco llenaba la agenda de deberes para los próximos días, incluyendo un trabajo que se tenía que hacer en pareja.

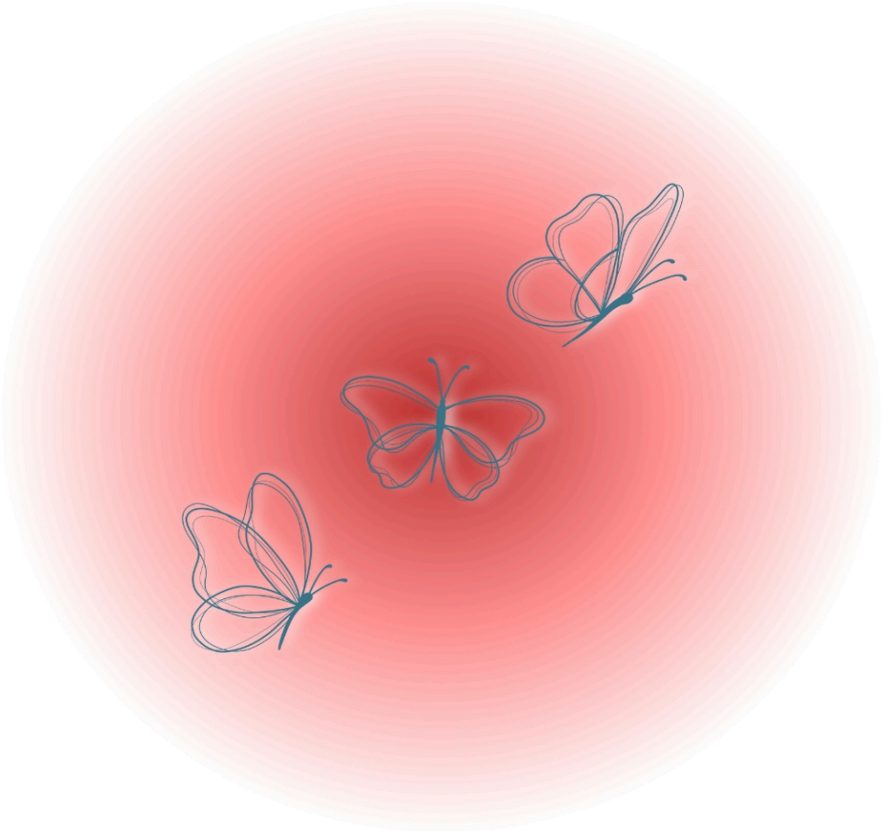
—Poneos juntos —dice Erika girada en su silla, hacia nosotros —. Yo iré con Rebeca.

Y eso fue lo que hicimos.

Ese viernes quedamos en mi casa para hacerlo, y así, si faltaba algo, teníamos el fin de semana para terminarlo y no se nos juntaba con las tareas de la semana de otras asignaturas.

A las 17 de la tarde suena el timbre de mi casa y voy contestar casi dando saltitos, para no hacerla esperar. Abro la puerta y ahí estaba ella, con pantalón de chándal gris lleno de bolsillos y una chaqueta que casi ocupaba gran parte de su cuerpo. Le sonrío al hacerla entrar y le doy un pequeño abrazo.

Su olor a incienso y algo floral me hace cerrar los ojos por un segundo.



56
Alex

Su casa era muy bonita y acogedora, con muebles en tonos marfil y marrón pastel, incluso blancos, que hacían que su hogar se viera calentito, seguro. Ante esa sensación solo puedo suspirar, porque tampoco tenía idea de cómo habían conseguido que diera esa sensación a la gente cuando entrara. Miro alrededor, con curiosidad.

—¿Te gusta? —pregunta Ethan, desde la puerta, con gesto expectante.

—Sí, es muy bonita —respondo, intentando sonreír.

Él me sonríe de vuelta y me guía hasta el comedor.

—Deja la chaqueta en una de las sillas, si quieres —me dice señalando una de ellas—, o en el sofá.

Asiento mientras él se dirige a lo que creo que es la cocina, quitándome la chaqueta y dejando ver mi camiseta negra de manga larga, algo nerviosa.

«Como si te fueras a desnudar, genio».

Dejo la chaqueta en uno de los asientos que Ethan me ha señalado.

—¿Qué quieres de beber? —me pregunta desde donde está.

Yo sigo su voz hasta la cocina. Me apoyo en el marco de la puerta poniendo mis brazos alrededor del cuerpo.

—No es necesario, Ethan —le digo algo avergonzada—. Suficiente tienes con que venga a tu casa a molestar.

Ethan me mira y enarca una ceja, con un vaso en una mano y una garra de agua fría en la otra.

—Fui yo quien ofreció su casa, ¿recuerdas? —me dice acercándose a mí, haciendo que me moviera con él al comedor—. Además, tú has traído el material.

La mitad. La otra mitad la ponía él. Pone los vasos y la jarra en la mesa.

—Bueno, tú ponías la otra parte, estábamos en paz —le recuerdo.

Le resta importancia con la mano, mientras con la otra llena los vasos de agua. Yo le observo con atención.

Iba con unos vaqueros azules largos y una camiseta de manga larga de un color gris claro. Cuando me doy cuenta, siento mi corazón latiendo como si quisiera salirse de su sitio, y eso me hace entreabrir la boca para poder respirar un poco mejor.

Ethan se gira hacia mí y cierro la boca de golpe, haciendo ver que no tengo las pulsaciones a cien. Le miro con las cejas alzadas, esperando a que hable.

—El trabajo lo tenemos que hacer los dos, creo que lo mínimo es un cincuenta, cincuenta, ¿no? —cojo aire antes de responder, rascándome la frente.

—Sí, supongo —digo con un suspiro.

Vuelve a sonreírme y su hoyuelo me dispara las pulsaciones que ya creía tener bajo control.

Bajo la mirada para perder de vista su boca, carraspeando.

—Bueno, vamos a meterle caña —dice algo más animado dando una palmada, lo que me hace volver la vista al frente.

Me señala una de las sillas para que me siente, mientras se coloca en otra.

Me doy cuenta de que ya casi lo tiene todo preparado: su portátil, bolígrafos, papeles y otras cosas encima de la mesa que podemos necesitar.

—Vaya, lo tienes todo preparado —le digo mientras saco el portátil de mi mochila y lo dejo en la mesa.

Pasada una hora en la que decidimos de qué se encargaría cada uno y los puntos que explicaríamos, nos ponemos a buscar fotos, material e información que necesitamos para empezar a hacer el trabajo. Una vez hecho eso, Ethan opinó que era hora de merendar algo, e insistí en que no hacía falta; ya me sentía bastante mal ocupando su casa como para encima que me ofreciera de comer.

Como siempre, gana su cabezonería. Vamos en la cocina y nos acabamos unas galletas que se llamaban, según Ethan, tortas de Algarrobo, típico de Málaga. A decir verdad, están buenísimas. Los nervios que tenía se han convertido en, sin darme cuenta, comodidad. Me sentía bien, como si nadie esperara nada de mí, y eso era algo que nunca había llegado a pensar que pasaría.

Continuamos la tarde con lo que teníamos pensado empezar, cada uno con su ordenador, con su información a resumir, a veces comparando opiniones. Fui seleccionando la información más importante y sus puntos más claves, escribiéndolo en una hoja para cuando sea el momento de juntar todo el contenido y crear el *power point*.

Ethan había hecho cafés y, madre mía, ya no quería otros. Ese café con leche y un toque de canela no lo había probado nunca. Por un momento deseé que no se acabara nunca el contenido de la taza, pero, por desgracia, se acabó por dar el último sorbo a la media hora. En todo el tiempo que he estado aquí, no he pensado en nada más que el proyecto, en hablar con Ethan, en estar pendiente del trabajo que teníamos entre manos; no hubo un momento en que pensara en el instituto, en todo lo que estaba viviendo dentro de ese sitio, en el *bullying*, en los sentimientos que siempre acechaban mi mente, en el posible rechazo, en mi pasado. Y nunca había sentido tanta paz. Tanta que no creí que fuera posible que existiera.

Cuando nos dimos cuenta, eran las 20:00 de la noche y decidimos parar por hoy. Empiezo a recoger mi portátil, mis bolis, mis apuntes y lo meto todo guardado en mi mochila. Creo que ya es hora de irme.

—Bueno, al menos ya tenemos toda la información necesaria y resumida, que es lo más chungo —empieza a decir Ethan, también recogiendo—. Así que ya solo queda empezar a ordenarla y hacer la presentación. ¿Cuándo quieres que quedemos otra vez?

Le dirijo una mirada, guardando lo que queda.

—¿Cuándo quieres tú? —prefiero que decida él.

Dejando el portátil a un lado, pone sus manos en ambos lados de la cadera, pensativo.

—¿El lunes? Al menos, el finde lo tenemos para nosotros.

Asiento agarrando la mochila y colgándomela a los hombros.

—Me parece bien —respondo.

La verdad es que el tiempo libre no es algo que necesite mucho, pero daba igual.

—Bueno, debería irme ya —advierto, mirando el reloj de nuevo —. Se está haciendo tarde.

Ethan mira el suyo y asiente, con un suspiro resignado. ¿No quería que me fuera? El pulso vuelve a acelerarse ante esa posibilidad.

—Bueno, te acompaño a la puerta. —Empieza a caminar y le resto importancia con la mano.

Camino con él hasta el recibidor, tomando las tazas vacías para llevarlas a la cocina.

—Te dejo esto en la pica, ¿va bien? —le pregunto con ambas en la mano.

—Oh, no hace falta, dámelas —se dirige hacia a mí con intención de quitármelas, pero se lo impido.

«Al menos dejarlas en la pica iba a dejarme, ¿no?».

—No, las llevo yo, que las tengo en la mano, no me importa.

—Tú te vas ya, dámelas y las dejo yo, de verdad. —Seguía en el intento por quitarme las tazas.

Yo continúo sin dejar que las agarre, hasta que, sin querer, casi tropiezo con mi propio pie al querer ir hacia atrás y, al tenerlo tan

cerca, me toma de la cintura para que no me caiga, quedando a centímetros el uno del otro. Mi respiración se agita por el suceso, pero sigo con las tazas en mano y no puedo dejar de mirarle a los ojos. Ahora, los tenía tan cerca que parecían un mar de oro, del cual no podía salir a flote.

Nos quedamos lo que parece una eternidad así, cuando él mira mis labios por un segundo y vuelve su mirada a la mía. Mi corazón empieza a latir como si hubiera corrido kilómetros y abro la boca, porque casi me cuesta respirar. De repente, unas llaves suenan en la puerta, Ethan carraspea y nos estabiliza, asegurándose de que ya no me caería. Me quita las tazas, rozando mis manos, lo que hace que una sacudida eléctrica llegue a mis dedos. Por suerte o por desgracia, alguien rompe el hielo desde la puerta de la entrada.

—Hola, ¿qué hay…? —Antes de pronunciar la pregunta nos ve, así que no le hace falta acabarla—. Vaya, hola.

Saluda con una sonrisa que era idéntica a la de Ethan, con su hoyuelo y todo. Venía con bolsas de la compra, con un pantalón largo *beige* y una chaqueta larga marrón abierta de botones, dejando ver una camisa del mismo color que los pantalones. Yo aún respiraba algo entrecortada, pero intenté parecer lo más serena que pude cuando habló.

—Hola.

—Hola, mamá —dice Ethan, con una mano detrás de la cabeza. Parecía ruborizado. No me quería imaginar yo. Dios. Me señala—. Alex, mi madre Esther, mamá, ella es Alex.

Su madre alza las cejas y asiente mientras entra a la cocina con su sonrisa, dejando la compra en la encimera.

—Vaya, por fin te conozco —animada, viene hacia mí y me da dos besos, que yo le devuelvo, contagiada por su energía.

Dios, era como Ethan. Se notaba que era su madre. Alzo las cejas ante el comentario y miro a Ethan, que aún se ha sonrojado más.

—¿Te ha hablado de mí? —le pregunto, sin poder contenerme, esperando su respuesta.

—Claro que sí. —Como si fuera algo obvio, normal—. ¿Te quedas a cenar?

Alzo las manos y las muevo, negando con la cabeza.

—Ah, no, no, ya me iba —logro articular con una risa nerviosa, ya casi en la puerta. Igual me tragaba la tierra y también se hundía de la vergüenza que estaba pasando—. Pero muchas gracias, de verdad.

Ethan vuelve a acercarse a mí, supongo para despedirse y su madre empieza a poner la compra en su sitio.

—No nos importa que te quedes, lo ha dicho ella —me dice alzando las cejas, con los brazos en el pecho.

Yo le sonrío, algo tímida.

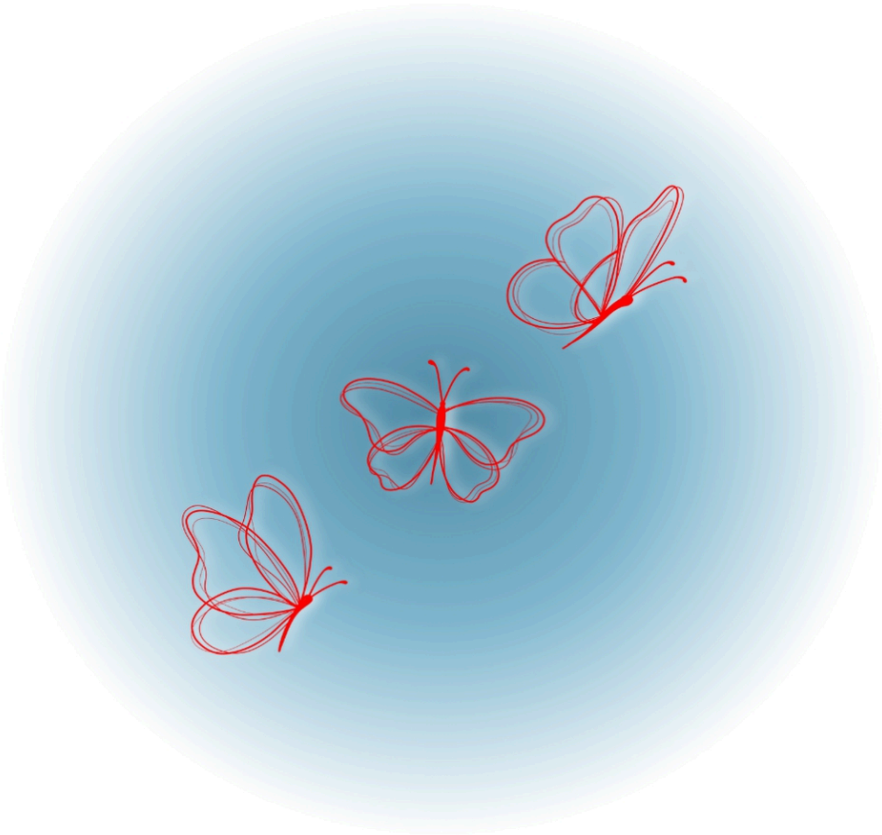
—Lo sé, pero de verdad, ya has hecho bastante hoy. Me has invitado a tu casa, me has dado a probar comida malagueña y encima el café, bastante me he aprovechado hoy.

Él niega con la cabeza, sonriendo, mirando hacia abajo. Luego me mira y yo suspiro.

—No quiero convertirme en un problema —continúo antes de que hable.

«No quiero que lo pienses». Él hace un sonido parecido a una risa irónica, la cual hace que le mire, perpleja.

—Créeme que, si fueras un problema, Alex, no me importaría tenerlo.



57
Alex

Mirando al techo tumbada en la cama, no paran de repetirse esas palabras en mi cabeza. Intento cerrar los ojos y encontrar el sueño, pero no lo consigo. En mi mente, solo veo lo cerca que estuve de él, de su cuerpo, de su boca.

«Si fueras un problema, Alex, no me importaría tenerlo».

El calor me sube desde los pies a la cabeza y, en un resoplido de frustración, me tapo la cabeza con las sábanas. Me pongo del lado de la ventana y suspiro. Ethan no se daba cuenta del peso de esas palabras, o yo no quiero aceptar que lo dijera en serio, pero ¿cómo podría dejar que alguien entrara en mi vida por completo? Ni mucho menos quería meter a Ethan en toda mi mierda. No se merece eso. Ni él ni Erika. No podría permitir que se arrastraran hacia donde estaba yo.

Vuelvo a ponerme mirando al techo, con las sábanas hasta el cuello. Dado el intento nulo de dormir, me levanto y, descalza, voy a la cocina a ver si podía despejarme, aunque fuera un poco y volver a intentar dormir. «Menos mal que mañana es sábado». Alcanzo la botella de agua que hay en la encimera y bebo unos tragos, tratando de que eso consiga centrar un poco mis pensamientos. Miro el reloj, que marca las 00:15 de la noche. Apoyo mi espalda en la encimera y doy unos tragos más al agua. Luego vuelvo al cuarto y me estiro de nuevo en la cama. Entre voces y suspiros de resignación, acabo sumida en mis pesadillas.

Me despierto entre jadeos, sudando y con lágrimas en el rostro. Miro el reloj. Las 07:00 de la mañana. Me desenredo de las sábanas y me dirijo al baño a darme una ducha para deshacerme de

la pesadumbre que me han dejado los malos sueños que me envolvía el cuerpo. Después de media hora entre agua caliente y vaho, finalmente salgo del plato de ducha, me envuelvo el cuerpo y el pelo con una toalla y me dirijo al cuarto de nuevo. Sentada en la cama, me cepillo el pelo mansamente.

«Si fueras un problema, Alex, no me importaría tenerlo».

No puede decirlo en serio. Un hilo de esperanza se coló por una pequeña parte de mi cuerpo cuando lo dijo. Me estaba dejando llevar por Ethan y me odiaba por ello. Me estaba dejando escuchar, le estaba dejando en bandeja el poder de destruirme. No podría volver a pasar por ello. Hacía tiempo que no dudaba de su bondad; su humildad me sorprendía a niveles que, aún a día de hoy, no deberían. Mis muros estaban a punto de desaparecer, pero, aunque cayeran, yo estaba ahí, sujetándolos y volviendo a ponerlos en su lugar, colocando el cemento de nuevo, con nuevos ladrillos que sustituyan a los rotos. Ethan tiene razón. Vivo en modo supervivencia cada día de mi vida. La diferencia es que él lo ha visto.

El lunes empieza la rutina otra vez. Pasé el finde pasando a limpio los apuntes que hicimos durante la semana, para mantenerme ocupada e intentar no mirar demasiado el móvil. Me siento en el fondo, donde siempre. Erika ya estaba en el asiento de delante. La saludo con una sonrisa mientras se gira en la silla, sentándose y poniendo los brazos en el respaldo.

—Buenos días, corazón, ¿cómo andamos? —pregunta, con su brillo de siempre en los ojos—. ¿Habéis empezado el trabajo?

Me tenso al recordar lo que casi llega a pasar, pero intento disimularlo y asiento, aparentando calma.

—Sí, ya solo queda unir la información y hacer la presentación. —Saco de la mochila la libreta y el estuche.

—Joder, que rápidos —me dice abriendo los ojos.

—Estuvimos toda la tarde, la verdad. —Alza las cejas y ladea el cuello, mirándome.

Estoy segura de que iba a soltar alguna de las suyas, cuando veo a Ethan entrar por la puerta y dirijo mi mirada hacia él, lo que hace que ella se gire también y se vuelve hacia mí, enarcando cejas, pícara.

—Hablando de él… —Levanta varias veces las cejas.

Yo chisto los labios y casi le doy con la libreta, pero se aparta a tiempo, lo que hace que se me caiga entre Erika y yo. Antes de que llegue al suelo, la agarra.

—Pero no te pongas nerviosa, mujer —dice riendo.

«Dios, le pegaba una hostia».

Ethan llega a nuestro encuentro y se sienta a mi lado.

—Hoy soy yo el que ha estado justo —dice como saludo, sacando las cosas de la mochila. Yo le sonrío, poniendo mi libreta otra vez en su sitio—. ¿Cómo estáis?

—Bien —respondemos al unísono, como si no hubiera pasado nada.

Miro a Erika y, cuando Ethan no se da cuenta, me guiña un ojo. Estaba disimulando conmigo. Igual la hostia ya no se la llevaba.

—¿Y tú? —pregunta después de unos segundos.

—¿Por qué los fines de semana pasan tan rápido? —responde con la pregunta que todos se hacen, pero no pronuncian.

Niego con la cabeza, casi sonriendo y Erika se ríe.

—Porque siempre ha sido así, chaval, asúmelo —Ethan bufa, en desacuerdo.

Llega el profe y se acaba la conversación por las próximas dos horas. Ethan no parecía distinto; yo le miraba de reojo cuando creía que no se daba cuenta. Intentaba ignorar mis latidos, que eran más rápidos de lo normal, pero era imposible. También, por mi bien intentaba estar atenta a clase, pero tampoco era posible. Respiro profundo y suelto aire y, de repente, noto un golpecito en la pierna derecha. Me giro para mirar a Ethan, luego mi pierna: en su mano descansaba una nota.

—Al final sí que te voy a llamar «notas» —le susurro.

Él sonríe orgulloso, mirando al frente, por el apodo.

Niego con la cabeza y abro la nota debajo del pupitre, para que nadie se dé cuenta.

«Hoy nos toca otra vez, ¿a las cinco?».

Agarro el bolígrafo y escribo.

«Me parece bien».

Le paso la nota y nuestras manos se rozan al sujetarla, con una descarga eléctrica que me recorre la palma. La aparto en cuanto puedo.

Carraspeo, limpiándome el sudor en los vaqueros negros que llevaba. Segundos después, otra nota aparece en mi campo de visión, en la mesa. La recojo y la leo.

«Pues en mi casa a las cinco».

Iba a escribirle de vuelta, pero el timbre suena y todos empiezan a recoger sus cosas e irse para empezar la media hora de descanso.

—¿Seguro que no te importa? —respondo a la nota en voz alta mientras me pongo la mochila en el hombro—. Puede ser en mi casa si quieres esta vez, no me molesta.

Ethan hace un ruido de negación haciendo lo mismo.

—Para nada —me dice con un gesto de mano—, mi madre ya sabe que vienes, de hecho.

Noto como mis mejillas toman color, además de calor, recordando la situación en la que estábamos cuando llegó a casa.

Acabo por rendirme y suspirar.

—¿Os apetece hoy desayunar fuera? —Nos giramos hacia Erika, dueña de la pregunta.

Nos sentamos en los bancos de siempre, ya que hoy no hacía tanto frío como otros días, a pesar de que era mitad de enero. Hablan de cosas triviales como, por ejemplo, lo largo fue el viaje de Ethan en coche, todas las horas que eran y lo pesado que llegaba a

ser cuando ya llevabas un buen rato sentado en un coche, o Erika comentaba que por fin su padre había conseguido trabajo en una fábrica no muy lejos de aquí; recuerdo que hace un tiempo dijo que estaba buscando empleo ya que en su antiguo trabajo se estaba quedando en bancarrota y decidieron prescindir de mucho personal.

Después de un rato de conversación, llega la hora de volver a clase y aprovechamos para ir al baño antes de entrar. Tiro de la cadena y, justo antes de abrir la puerta del baño en el que estaba, escucho unas risitas algo nerviosas, pero inconfundibles. Contengo un suspiro y cierro un momento los ojos.

«No tengo ganas de esto ahora…».

Espero unos segundos a ver si Erika sale y, al ver que aún parecía que va a tardar, decido abrir la puerta. Voy a lavarme las manos, ignorando lo que estuvieran haciendo, pero de repente alguien me coge del brazo y yo frunzo el ceño ante el gesto.

Carla. Antes de que me dé opción a oponerme o enfrentarme, me lleva dirección al baño de donde había salido.

«¿Qué…?».

—¿Qué coño haces? —sale de mi boca en un gruñido, intentando zafarme, sin éxito.

—¿Alex? —Erika pronuncia mi nombre y escucho que empieza a moverse con rapidez, pero ya era tarde, pues me veo agachada en frente del retrete.

—Lavarte la cabeza, friki. —Mi corazón da un vuelco antes de sentir el agua helada en la cara.

No me ha dado tiempo ni de coger aire, y el olor a inodoro público, papel higiénico y orina me invade antes de impedirlo. Intento echarme hacia atrás, pero su mano tiene bien agarrada mi cabeza y no me deja.

«Madre mía, van a ahogarme».

Intento mantener la calma, pero las lágrimas empiezan a salir, mezclándose con el agua en la que estoy sumergida. Me empiezo a

agitar, inquieta, rezando para que pronto me dejaran respirar, e intento chillar, pero solo sale un gorgoteo por el agua.

Esto no puede estar pasando. No puede ser real. Me siento sucia, asqueada, imbécil, una mierda... Me siento una mierda que no merece estar aquí, viviendo la vida que está viviendo. Viviendo una vida en la que nadie le quiere, nadie se preocupa, nadie la ve.

De repente, puedo volver a coger aire y escucho lo que parece ser a Erika chillando, mientras toso de forma incontrolable en una esquina del lavabo, hecha un ovillo, temblando.

—¡¿…la podríais haber ahogado, pedazo de mierdas?!

Daba igual. Todo daba igual. Mis lágrimas caen sin poder contenerlas y miro a un punto fijo.

Por el rabillo del ojo veo cómo se van corriendo.

58
Ethan

Me sobresalto al ver salir corriendo a Carla, Sandra y Tánia del baño, pero aún más cuando escucho mi nombre.

—¡Ethan! —A la mierda que sea el de mujeres.

Entro como una bala y me encuentro con un escenario que, más que sorprenderme, me parte el alma.

Erika está agachada junto a Alex, empapada de la cabeza a la cintura, mientras le pone su chaqueta encima. Me quedo sin palabras. Miro hacia la puerta, pensando que las tenía a menos de dos metros hace dos segundos y ahora ya están tan tranquilas en clase. Erika me mira, con pánico en sus ojos, buscando ayuda. Alex llora, pero sin duda su mirada está perdida en algún lugar, eso me destroza todavía más.

Me acerco a ellas y me pongo al otro lado de Alex. Sigo sin poder hablar. Solo llego a pasar el brazo por sus hombros y acariciar los suyos para hacerla entrar en calor. Erika se aparta un poco, resoplando y echándose el flequillo para atrás. Después, simplemente dice:

—Voy a avisar a un profesor —advierte, y se marcha.

Eso parece hacer reaccionar a Alex, que mira hacia donde estaba Erika unos segundos antes. Yo la estrecho más contra mí, como si eso pudiera salvarla, ayudarla o solucionar el problema. Al notar ese contacto, comienza a llorar con más intensidad y noto que apoya su cabeza en mi hombro.

—Me he visto muerta… —Le salen las palabras en un murmullo ahogado, casi sin sonido.

«Dios, no».

Cierro los ojos e intento quitarme de la cabeza el escenario que ella ha descrito, pero ahí está, y mi vello se pone de punta como alfileres. Vuelvo a frotarle el brazo, acercándola todavía más a mí.

Sin dar pie a más conversación, entran en el baño de forma abrupta, lo que nos sobresalta a ambos, y damos un respingo antes de ver quién es.

Llamaron a Raquel, la madre de Alex, que se queda esperando en secretaría a que viniera a buscarla. Yo, a regañadientes, soy obligado a volver a clase (doy gracias a que solo quedaban dos horas) así que tuve que irme, no sin antes ofrecerle a Alex una mirada de preocupación extrema antes de perderla de vista al entrar, pero sus ojos se pierden en la distancia.

Al volver a mi pupitre, mientras el profesor cierra la puerta y yo llego hasta donde estaban las imbéciles que casi ahogan a Alex, aflojo el paso hasta que dejo de caminar; no está en mis planes rebajarme a su nivel, aunque me encantaría, porque no se merecen otra cosa que vivir lo mismo y sentir lo que Alex siente cada día. Quizá así, solo así, cambien su actitud de mierda ante la gente, sobre todo ante ella, sabiendo lo que realmente es ser acosado. No pienso ser como ellas, ni muchísimo menos. A veces, las palabras duelen más que las acciones, así que, simple y sin un ápice de vergüenza, hablo.

—Felicidades. Casi matáis a una persona.

59

Alex

La cama fue mi refugio durante todo ese día. Al llegar a casa, sin decir una palabra y con pasos apáticos, me meto en la ducha, donde estoy media hora bajo el agua, cayéndome sobre mi cabeza, casi sin moverme.

Ethan y Erika me habían mandado mensajes, pero no respondí a ninguno, solo quiero estar en la cama, tapada hasta el cuello, en silencio y a oscuras. Y dormir. Solo quiero dormir. Ojalá tuviera la opción de pulsar un botón, uno que me hiciera dormir y que solucionara todo, que hiciera que todo parara, volver a pulsarlo para despertarme y que todo fuese una pesadilla.

He vivido muchísimas cosas en el instituto, desde insultos, burlas, risas, esconderme cosas para luego encontrarlas en la basura, o abrir la mochila y encontrarme dicha basura, la mochila del revés, robarme dinero, tirarme papeles, gomas y más cosas como lápices, sacapuntas… Incluso me han llegado a tirar de la silla en clase y nadie decía nada, nadie hacía nada. La gente miraba hacia otro lado siempre, por miedo. Por encajar en una sociedad de mierda como la que hay hoy en día.

Erika era la única que me dedicaba miradas de preocupación o incluso de pesar, pero tampoco se atrevía a expresar lo que veía ni habló conmigo. Había pasado por todo aquello sola, y sigo sola, de algún modo. Nunca me habría imaginado que fueran capaces de hacer eso. Nunca creí que alguien podría ser tan cruel.

Qué equivocada estaba.

Qué ingenua era al pensar que todo podría parar algún día, pero, con lo que ha sucedido hoy, esto no acabará hasta que me

marche, hasta que decida irme de esta mierda de pueblo y no volver.

Estoy cansada, muy cansada. El cansancio ha llevado a la desgana y la apatía, a no querer salir de mi habitación. Alguien pica a la puerta suavemente con los nudillos y abre, pero yo sigo sin moverme.

—Cielo, tienes que cenar —dice mi madre desde el umbral, inquieta.

—No tengo hambre. —Son las primeras palabras que formulo después de llegar a casa.

Mi voz sale como un hilo, un sonido ronco.

Mi madre exhala y escucho que se acerca. Cierro los ojos para que no vea lo hinchados y rojos que los tengo. Se sienta en el borde y noto como el colchón se hunde un poco más.

—Cariño, lo siento muchísimo… —se lamenta con voz ahogada, a punto de llorar—. Lo que ha pasado hoy es imperdonable y quiero que sepas que no va a quedar así. Voy a volver a reunirme con tu director y dejarle claro que quiero que hagan algo, preguntarles que qué piensan hacer a partir de ahora, después de lo que ha sucedido.

Ella no merece pedirme perdón, no merece decirme todo esto, no merece pasar por lo mismo que yo.

No quiero que por mi culpa ella sufra, se preocupe, tenga que estar alerta las veinticuatro horas del día o que tenga que estar cuidándome a mis diecisiete años, por lo tanto, hice lo que mejor se me daba, que era disimular lo que mayormente me permitían mis emociones. Asiento, mirándola.

—Ahora salgo a cenar, mamá. —Le doy lo que quiere: una sonrisa.

Ella me sonríe de vuelta, aún con rostro preocupado; me da un beso en la mejilla y sale de la habitación.

Hago mi mayor esfuerzo por levantarme de la cama, ponerme las zapatillas de unicornio que me regaló para navidades y dirigirme al comedor, donde estaba mi plato de comida esperando.

A la mañana siguiente, mi madre me deja quedarme en casa, y estoy un buen rato delante del chat de Ethan pensando qué decir o responder, ya que desde ayer no sabían nada de mí. Esta misma mañana me ha escrito.

«Solo espero que estés bien, chiquitilla. Siento muchísimo no haber estado cuando pasó. Erika está muy preocupada por ti. Esta tarde queremos pasarnos a verte, si te parece bien».

Suspiro ante el mensaje. Sigue siendo abrumador que alguien se preocupe tanto por ti. Odiaba, como con mi madre, que pasaran por todo esto sin necesidad alguna, pero quiero que Erika se quede tranquila y hacerle saber que ella no hizo nada malo. Se debe de sentir muy culpable por estar en el baño y no haber salido a tiempo.

«Estoy bien. No creo que a mi madre le importe, así que, si de verdad os apetece, podéis pasaros luego».

Dejo el teléfono a un lado de la mesita del comedor y me vuelvo a hundir en el sofá. Intento centrarme en la película que estaba reproduciéndose, aunque apenas sigo la trama de historia, pero al menos mantengo a raya a las voces que en mi cabeza y las entretengo, ya que están que dan gusto. Un escritor daría lo que fuera por meterse en ella y plasmar todas las palabras que salían de ahí, una por una, frase por frase.

El teléfono vuelve a vibrar y vuelvo a echarle mano. Veo otro mensaje de Ethan.

«Pues lo hablamos y te decimos. Pero cuenta que para eso de las cinco estamos ahí».

Le envío un «Okey» y dejo de vuelta el teléfono en la mesa.

Horas más tarde me llega otro mensaje. Esta vez de Erika.

«Amiga, estamos de camino. Llegamos en breves».

Le puse un emoticono de pulgar hacia arriba.

Al rato pican al timbre y mi madre va a abrirles, ya que la avisé de que venían y aceptó sin oposición alguna. Los hago pasar a mi cuarto para tener algo más de privacidad.

—La han expulsado cinco días —dice Erika cuando estamos cómodos, ella y yo en la cama, Ethan en el pequeño *puf* del centro, de cara a nosotras.

No contesto. Tampoco sé qué decir con respecto a eso. Solo la habían expulsado a ella, pero estuvieron las tres, y recuerdo perfectamente sus risas; aún las oigo en mi cabeza desde ayer, incansables, molestas, imposibles de callar.

—Para mí cinco días son una mierda. Deberían haber sido más, mínimo el curso entero —responde Ethan por mí, al ver que no hablo—. Parece que lo vean como un simple insulto, en vez de la realidad.

Sigo sin pronunciar palabra.

—Me parece una barbaridad —rezonga Erika—, y lo peor de todo es que parecen no darse cuenta de una mierda.

—O no quieren darse cuenta —declaro, y ambos me miran—. Ya fui al director una vez e hicieron la vista gorda: les importó una mierda. No se puede hacer nada, no van a hacer nada.

La declaración llega como un jarro de agua fría y se quedan callados.

La verdad duele y, por mucho que no quisiéramos admitirlo, esa era una realidad de esas que, aunque no era lógica ni correcta, lo era. Simplemente hay institutos y colegios que les importa más su prestigio como escuela que la protección, seguridad y bienestar de sus alumnos; el nuestro, es uno de ellos.

—Pero, tienen un protocolo que seguir, ¿no? —acierta a decir Erika, casi en un susurro vacilante—. Es decir, existe un protocolo contra el acoso, por huevos tienen que seguirlo, no jodas.

—Lo dejan pasar, no abren expediente, siquiera —razona Ethan —. Bueno, ayer por cojones tuvieron que abrir expediente a Carla, ¿no?

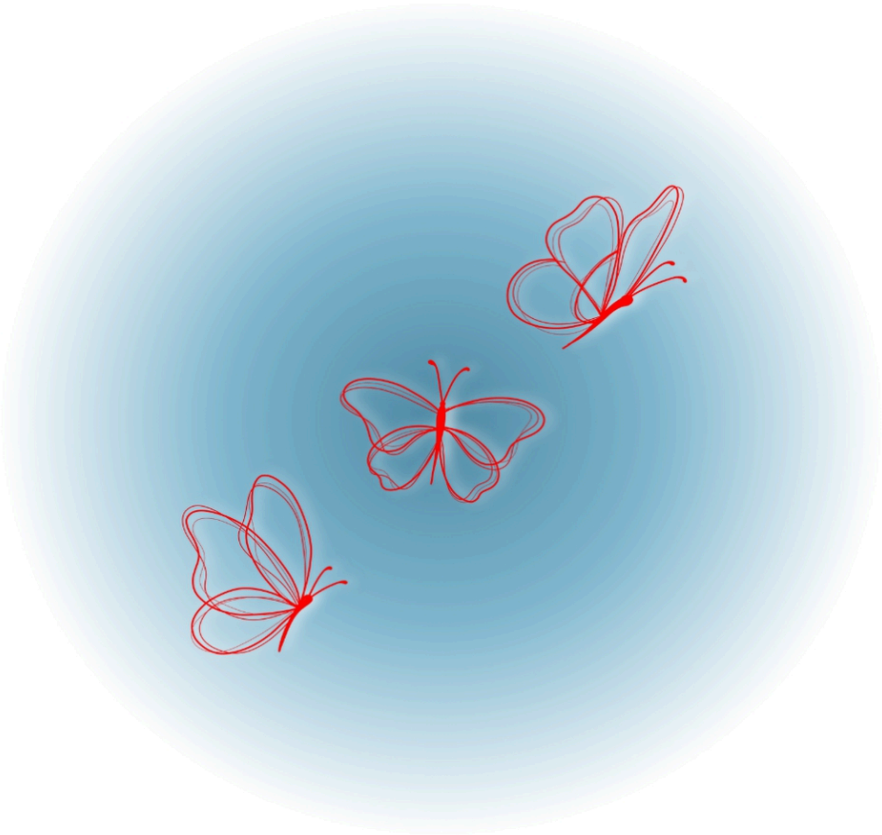
Alza las cejas.

A nosotras nos hicieron pasar a dirección y nos explicaron lo que me acaban de contar Ethan y Erika.

—Según me dijo ayer, sabemos lo mismo —digo encogiéndome de hombros—: que la han expulsado, aunque lo del expediente no tengo ni idea. ¡Ah! Y que estarán más pendientes de la situación.

Agravo la voz, imitando al director.

Les sale un amago de risa, dada la situación.



60
Ethan

Me he quedado más tranquilo viendo a Alex esta tarde. Quería verla y, aunque dadas las circunstancias no le apeteciera (cosa que entiendo perfectamente), poder animarla un poco. No sé si lo hemos conseguido, pero espero que, al menos, el hecho de estar con ella la haya reconfortado un poco.

Me ha costado dormir una *pechá* después de todo el disgusto de ayer, las conversaciones y los sentimientos, así que hoy va a ser un día largo. Alex dijo que hoy iría a clases, por el hecho de las faltas de asistencia.

—Imagínate que fuera a junio, encima —dijo, negando con la cabeza—. Si aprobar todo directamente me lleva a irme antes de ese insti, que así sea.

No me hace ninguna gracia, pero, si te paras a pensarlo, tiene razón. Si aprueba todo de una tirada, no tendría que ir a recuperaciones, ya sea por suspenso o por faltas de asistencia, y antes acabará.

Las clases de ese día pasan parsimoniosas, lentas… Noto que está tensa.

«¿Cómo no iba a estarlo?».

Su ropa de chándal de color grisáceo oscuro con capucha es la evidencia de que quiere pasar desapercibida.

En referente a Tánia y Sandra, están donde siempre sentadas, como si nada hubiera pasado. Lo único diferente que han hecho ha sido que, al pasar por su lado para llegar al pupitre, ni siquiera se han dignado a mirarnos a la cara.

Miro a Alex de reojo cada pocos segundos o minutos, no lo sé. Llega la hora del descanso: es tenso y casi sin conversación y, aunque Alex no lo advierta, Erika y yo nos damos cuenta de que mira mucho a hacia los lados, como una presa vigilando que no la encuentren.

«No debería haber venido hoy…». Me digo a mí mismo y, cuando estoy a punto de hablar con ella, el timbre que indica que el recreo ha acabado resuena con una fuerza que hasta me asusta. Supongo que todos estamos un poco nerviosos.

Ese día acaba con suspiros de alivio por parte de ella, bueno, la verdad es que yo también me siento aliviado de por fin haber acabado las clases de hoy. Salimos del edificio y, de repente, se me ocurre algo.

—¿Y si hacemos esta tarde el trabajo? —ofrezco a Alex, teniendo presente que igual se niega—. Sé que igual te apetece mejor descansar, pero había pensado que así te distraes un poco.

Ella me dirige una mirada, estudiando mis palabras.

—Está bien, me parece bien —accede, tras todo.

Suspiro de forma imperceptible, aliviado.

—Pues genial, entonces —respondo y le sonrío—. ¿A las cinco?

Alzo las cejas, esperando que lo confirme.

—Sí. — Deja escapar un suspiro manso.

Aunque el viernes pasado estuvo algo callada, hoy apenas habla, y yo tampoco insisto, así que simplemente nos dedicamos a ir montando nuestra presentación juntando información y fotos.

Le dirijo miradas inquisitivas, pero sé que es imposible meterme en su cabeza y averiguar lo que está pensando ahora mismo, tampoco la quiero agobiar hablando del tema. No hemos estado a solas desde entonces, y me gustaría poder preguntarle, que me diga cómo se siente, pero no sé si es el momento indicado.

Avanzamos bastante y decidimos dejarlo cuando solo quedaban por retocar algunas cosas, así que ya lo teníamos listo para la semana siguiente. Veo la oportunidad perfecta.

—¿Cómo estás? —pregunto, estirándome en la silla con los brazos hacia arriba.

—Estoy bien. —Me dirige una mirada breve, pero apenas coinciden nuestros ojos cuando contesta mientras recoge las cosas que ha utilizado.

—Mientes bastante mal, ¿lo sabías, chiquitilla? —Se sonroja y por fin se decide a mirarme.

Pone las manos en sus caderas, suspirando.

—Bueno, considerando que ayer casi me ahogan, estoy todo lo bien que una persona puede estar.

«*Touché*».

—Por eso te he preguntado. No hemos tenido oportunidad de hablar de ello.

«Poco a poco, sin presión».

No quería que se cerrara en banda por cualquier comentario que malinterpretara.

—Ayer ya lo hablamos —contesta, apática, mientras continúa recogiendo.

—Sí, pero quería preguntártelo yo, a solas —me sincero, poniéndome de pie.

Mis palabras parecen llamar su atención y vuelve a centrarse en mi persona, soltando aire.

—No hay nada diferente que pueda contar. —Se encoge de hombros.

Eso podía ser verdad, pero lo que pasó cuando Erika se fue todavía resuena en mi cabeza.

—Supongo que no —digo sentándome otra vez en la silla.

Para mi sorpresa, Alex se sienta en la suya.

—Pero te digo esto por si quieres hablar, sobre todo… —Cojo aire antes de continuar—. Por lo que pasó después.

Se echa hacia atrás en la silla, cruzando sus brazos en el pecho.

—No sé ni por qué dije eso —murmura, inquieta, moviendo el pie derecho, sabiendo a lo que me refería—. Lo siento, solo hice que te preocuparas más de lo que ya debes estar.

Niego con la cabeza, casi sin moverme.

—Eso no es problema.

—No quiero que siempre estés preocupándote por mí todos los días, estar pendiente de mí, intentar ayudarme cuando seguro tienes mejores cosas que hacer…

—Te estás equivocando.

—¿Tú crees?

—Vaya si lo creo.

—¿Por qué tienes que estar preocupándote por alguien que solo puede hacer que tu vida sea miserable? —Abro los ojos como platos y mis cejas se levantan.

—¿De verdad quieres saberlo? —le pregunto, ella no se mueve —. Porque me viene en gana. Simplemente quiero hacerlo. Y ya. Eso no tiene nada que ver contigo. Que «hagas» que mi vida sea miserable o no, eso tengo que decidirlo yo.

Era absurdo que se culpara por algo así, porque lo que percibo es eso, culpa.

Nada de esto es culpa suya, mierda. Ella sigue sin decir nada y ahora ha subido las piernas y se las está abrazando.

—No puedes culparte por las cosas que te hacen, joder. —Me echo el pelo hacia atrás, como siempre hago cuando me pongo nervioso.

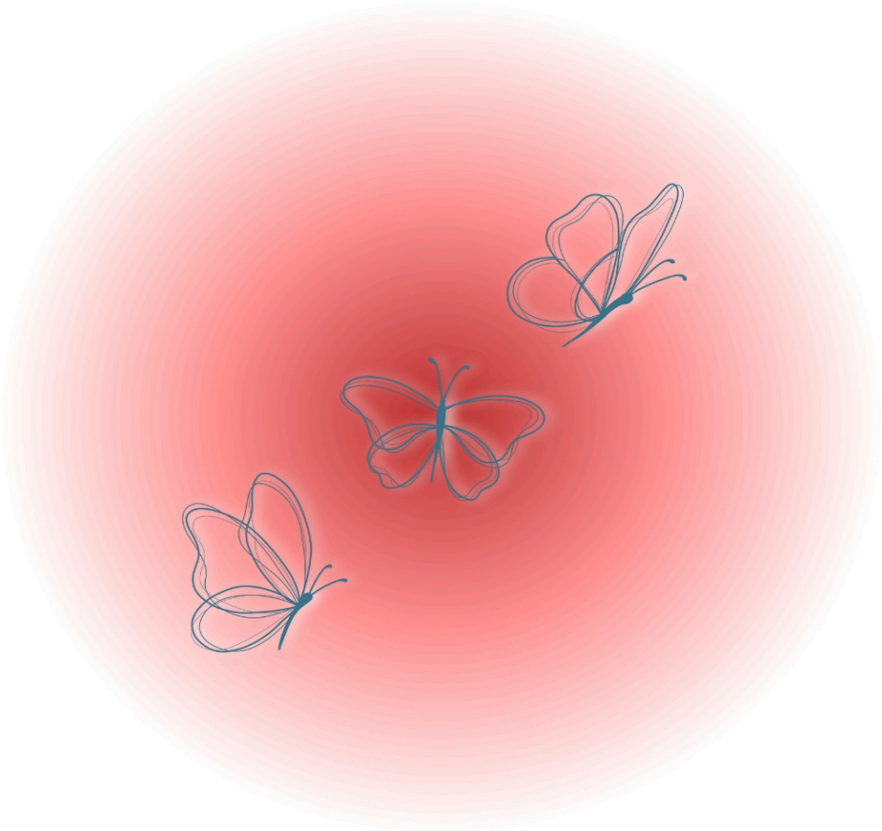
—Quizá sí. —Su respuesta me deja desconcertado, pero, antes de refutarle, espero a que siga hablando—. Mira, déjalo, esto es una gilipollez.

—¿Por qué no lo entendería? —Me inclino hacia ella, alzando un momento las manos—. Lo único que quiero es ayudarte, Alex. Aunque no te lo creas.

Me pican las manos de aguantarme y no tomar sus manos entre las mías, para intentar absorber, aunque sea, un mínimo de su dolor claramente visible.

Lo que contesta es como un puñetazo directo al estómago, haciendo que sienta nauseas.

—No creo que nadie pueda ayudarme.



61

Alex

No voy a arrastrar a nadie conmigo. Y mucho menos a Ethan. Mi madre es mi madre y, quiera o no, siempre va a estar ahí, aunque yo no lo quiera. Pero él no. Estaba a tiempo de evitar que su vida fuese tan desgraciada como la mía solo porque quiera estar a mi lado. Se había mudado aquí para tener una vida normal, no para tener que estar con una persona que solo puede a causarle dolor. No voy a hacerle eso.

Al día siguiente, estoy incluso más callada de lo que solía estar, y me sorprende, porque Ethan está igual de callado. Suspiro mirando por la ventana.

«No tendríamos que haber tenido esa conversación».

Por eso mismo había decidido poner distancias entre nosotros. Me siento una persona horrible por ello, pero era la única manera de que no sufriera por mi culpa, por lo que a mí me hacían. Al fin te cuentas, era algo que me pasaba a mí. Nadie más debía sufrir las consecuencias. Si alguien tenía que sentirse solo y convivir con lo que estaba viviendo, esa debo ser yo.

El timbre retumba cinco largas horas después y, casi sin decir nada, me voy a casa. Mi madre trabajaba hasta tarde, así que me fui andando con la brisa de enero acariciando mi rostro, fría y cortante. Agradecía esa sensación. Tenía ganas de llegar, meterme en mi cueva y no salir. Carla no aparecería en unos días, pero sus amigas no dejaron de mirarme todo el tiempo desde que casi me ahoga en el baño hace tres días. Ni Ethan ni Erika tienen ni idea, pero ayer, cuando volví casa, me encontré una nota en la mochila.

«Chivata de mierda. Más vale que te hubieras ahogado, por el bien de todos».

No sé cómo no la vi antes, simplemente creí que era algún apunte de clase cuando vi la hoja mal doblada. Apenas me inmuté, fui a la basura de en frente de mi casa y tiré la nota. Al fin y al cabo, la nota no decía nada fuera de lo normal.

Decía la verdad.

Ethan me manda algún mensaje, los cuales estoy tentada a contestar, pero no lo hago. No lo hago porque sé que volvería a ser la misma con él, y me recuerdo a mí misma que no puedo hacerle eso. A Erika le ofrecí el mismo tratamiento. Aunque ella me insiste más, sigo negándome a que sufra también. Ella fue quien avisó al profesor, así que, sería peor aún que siguiera hablándome con ella.

Y lo que peor me hace sentir, es que no me reprochan que no les haya contestado. No hablan de ello.

Mi madre, por su parte, se dio cuenta de que algo pasaba, pero tampoco habló mucho del tema. Simplemente le digo que, en general, no me apetece hacer nada desde aquello en el baño, y ella parece entenderlo, zanjando el tema.

El siguiente día, lo mismo. Ir al instituto, miradas de preocupación, o lo que era peor, de compasión, y algunas de reproche por parte de ellas. A diferencia de la nota de hace dos días, la que me encuentro ese día al llegar a casa me pone la piel de gallina, como si mi cuerpo supiera que pronto seré presa de algún depredador feroz y sin piedad.

«Cinco días, friki».

Por mucho que sepa con exactitud a que se refieren, no deja de tener doble sentido, al menos para mí. Carla vuelve el lunes.

La siguiente mañana, viernes, me despierto sobresaltada, perlada de sudor, y el pecho me baja y sube de manera exagerada, intentando absorber aire que mis pulmones se niegan a mantener dentro. Voy al baño a lavarme la cara. Cuando me seco, mi reflejo me devuelve una imagen que ni yo reconozco.

Tengo en el contorno de los ojos un color oscuro, incluso morado, consecuencia de la falta de sueño y hambre, que la verdad mengua cada día un poco más. Pero es que no tengo hambre. Lo poco que me entra en el cuerpo es lo que me obligo a comer y, cuando voy por la tercera o cuarta cucharada, mi cuerpo la rechaza.

El corrector me ayuda a disimular y enmascarar mi dolor y, con una coleta alta, me dirijo al instituto. Saludo como siempre a Ethan y a Erika, que es lo mínimo que les debo, pero me paso las horas siguientes mirando por la ventana y con la barbilla apoyada en el puño.

Ethan cada vez parece más absorto en sus pensamientos; noto su mirada clavada en mí muchas veces, pero en mi cabeza resuena siempre la misma frase.

«No dejes que se hunda contigo».

Y, con ello, sigo manteniendo las distancias como una profesional a la que han enseñado a hacerlo.

A la hora del descanso, decido quedarme en la cantina, y, aunque ellos insisten en quedarse conmigo, refuto la oferta, diciéndoles que no es necesario. Aun así, sin decir nada, se sientan conmigo en la mesa.

No tengo fuerzas para discutir, por lo que no les digo nada. Únicamente me quedo sentada, intentando dar alguna que otra mordida al pan, pero no me viene el apetito.

La rutina se me hizo más difícil de lo que yo pensaba. Me cuesta levantarme de la cama, no tengo fuerzas para ello, tengo que arrastrar las piernas para poder caminar y conseguir empezar el día y, aun habiendo llegado al instituto, me siento cansada, estresada porque todo me venía grande. Las pesadillas cada vez eran peores.

Sigo sin apetito, las ojeras que se dibujan bajo mis ojos ya no se pueden tapar de ninguna manera. Hoy mi madre también llega tarde a casa, así que tendría que volver andando después.

Cuando el timbre de la última clase suena, recojo mis cosas lentamente y noto que Ethan ralentiza su velocidad para ir al mismo

ritmo que yo, suspiro, deseando irme a casa y que el día acabe.

Acaba por no decir nada, solo camina a mi lado hasta que nuestros caminos se dividen. Me despido de él, pero antes de poder dar un paso, él me sujeta la muñeca y me giro para mirarle, con gesto sorprendido. Su mirada tiene el ceño fruncido, lleno de preocupación.

Con todo mi esfuerzo, le dedico una sonrisa, intentando que sea lo más real posible, para que se quede tranquilo.

Quiero meterme en la cama. Eso quiero. No quiero hacer otra cosa que meterme en la cama, pero me da miedo quedarme dormida, debido a que las pesadillas siempre acaban viniendo a mí, como si fuera su dueña.

Solo quiero dormir.

Solo quiero dejar de sufrir.

62
Ethan

Estoy preocupado. Muy preocupado. No me extraña nada el cambio de actitud dada nuestra conversación del miércoles, y es verdad que estaba más seria y distraída, pero nunca llegué a pensar que me encontraría en una situación como aquella y cómo me cambiaría la vida.

Después de acompañar a mamá a comprar, ya que le prometí que la acompañaría a regañadientes porque me lo pidió hace un par de días, le pido permiso para ir a ver a Alex.

Algo no iba bien. En mi pecho tenía una presión que casi no me deja respirar con normalidad y, aunque no quería darle demasiadas vueltas, la sensación no hace más que aumentar cada vez que estoy más cerca de su casa. El corazón me da un vuelco cuando llamo al timbre, pero nadie contesta.

«Joder. ¿Qué es lo que pasa?».

Decido jugármela y picar a otro timbre, mintiendo con que me he dejado las llaves en casa y, para mí no tan sorpresa, mi voz debía parecerse a alguien del bloque, porque me abren casi sin preguntar.

Cuando llego al umbral de su casa, veo que la puerta está entreabierta. Solo un poco, pero está abierta. Mi corazón empieza a latir desenfrenado.

«No se habrá dado cuenta. Sí, tiene que ser eso».

Me acerco uno pasos más, pero sin llegar a entrar. Dudo un momento, pongo la mano en la puerta y la abro con precaución; no me imagino el susto que se debería llevar si de repente ven a

alguien parado en su puerta, aunque fuera yo. Dudo que su madre esté en casa, porque no se oye nada, cosa que me escama.

—¿Hola? —me atrevo a preguntar, con timidez, pero nadie contesta—. ¿Alex?

Empiezo a temblar, sin saber muy bien por qué.

Decido dar unos pasos más y quedarme justo en la puerta. Ahora ya veo mejor el interior: no parecía haber nadie. El ambiente se nota inquietante, o solo soy yo con mis paranoias.

«Quizá no están en casa, quizá está con su madre».

Tengo la tentación de irme, de cerrar la puerta y enviarle un mensaje diciéndoselo, pero algo hace que me quede. Algo hace que entre. Y eso hago. Acabo por entrar en el interior y me quedo en el recibidor.

—He entrado —aviso, antes de continuar hablando, nervioso—. ¿Estás por ahí?

Nadie contesta y, cuando voy a volver a hablar, una luz que proviene del pasillo me llama la atención.

«El baño».

Si no recuerdo mal, esa luz es la del baño. Mi respiración se vuelve un poco agitada, por el temblor y los nervios que me invaden. Tomo aire antes de volver a hablar.

—¿Alex? —Mi voz suena temblorosa.

Camino hacia el pasillo, iluminado por la única luz que sale del baño, pasando primero por una de las habitaciones y, cuando llego al foco de luz, casi no puedo sostenerme en pie.

Está sentada en el suelo, ambos brazos a los lados, con su alrededor teñido de rojo escarlata. No dudo un segundo en abalanzarme sobre ella, colocar mis manos sobre sus muñecas, intentando que la sangre que brota de ellas no se escape, al igual que su vida. Se las aprieto con fuerza, temblando, sin saber qué más hacer, paralizado.

—Dios mío Alex… —brota de mi boca, casi sin aliento—. ¿Por qué?

Acto seguido parece que mi cuerpo reacciona y chillo, ya que, si estaba la puerta abierta, alguien me oirá y podrán pedir ayuda.

Lágrimas brotan de mis ojos pidiendo auxilio, sin dejar de apretar sus delgaditas muñecas. Alguien parece haberme escuchado, porque pregunta a lo lejos que qué pasa. No dudo en decirle a gritos desesperados que llame a una ambulancia y, a los segundos, escucho que habla con alguien, posiblemente emergencias. Yo vuelvo mi atención a Alex. Está pálida, como una hoja blanca apagada, grisácea. Niego con la cabeza, sin poder creérmelo.

—Alex. —Me sale en un susurro ahogado, y la aprieto como puedo contra mí, como si eso fuera lo único que hiciera falta para ayudarla.

Pero no era así, eso no podía salvarla.

—Quédate conmigo… —No puedo decir nada más. Tampoco tengo palabras para ello. Ni para lo que está pasando.

Todo esto parece surrealista, imposible, una pesadilla. Sigo apretándole las muñecas, pensando que así todo se arreglará; una esperanza a la que te aferras sin sentido.

A los pocos minutos que parecen una eternidad, se oyen sirenas en la calle. Segundos después, oigo como entran por la puerta y, rápidamente, los técnicos llegan donde estamos nosotros.

Yo solo la miro a ella. Los escucho entrar, hablar, pero solo puedo mirarla a ella.

Un hombre se agacha y, sin brusquedad, me aparta.

—Necesito espacio, chaval, lo siento —me dice, en tono autoritario pero compasivo.

Por primera vez, aparto la vista de ella y la dirijo a mis manos. Están cubiertas de sangre, de *su* sangre. Tiemblo violentamente. Apenas escucho nada, solo veo que están hablando entre ellos, y cómo uno de los técnicos le está pinchando en la mano.

Mis oídos empiezan a pitar y las lágrimas vuelve a surgir de mis ojos, sin vergüenza alguna. Cuando me doy cuenta, empiezan a llevarse a Alex en la camilla. Es entonces cuando mi cuerpo parece

reaccionar y me muevo, siguiéndolos hasta la puerta y, de ahí, a entran en la ambulancia.

«Tengo que ir con ella».

No dudo un segundo en hacer ademán de subirme a la ambulancia. Ellos no me lo impiden, siempre que les dejara espacio. Doy las gracias.

De nuevo, la estoy mirando a ella, tan blanca, tan frágil… tengo la cara llena de lágrimas y en mi cabeza solo hay preguntas, culpa, impotencia y rabia.

«Lo siento tanto…».

63
Alex

Estoy en el suelo.

Me veo.

Me veo a mí misma.

Sangrando.

No siento nada.

No siento dolor.

No siento presión en el pecho.

No siento tristeza.

No siento nada.

Por raro que parezca, me rodeo, mirando mi cuerpo, pálido como la Luna llena brillando en su mayor apogeo. Solo puedo pensar una cosa:

Lo he hecho.

Lo he hecho, pero ¿me siento mejor? ¿Me siento aliviada?

El sonido de la puerta de la calle llama mi atención.

¿Me la dejé abierta?

—¿Hola? —pregunta alguien.

No. No puede ser él.

Voy hacia la puerta del baño y me asomo. Sí. Es él. Es Ethan.

No, no puede verme así.

—¿Alex? —Algo hace clic en mi cabeza mientras entra un poco más—. He entrado, ¿estás por ahí?

Si viene hacia aquí me verá.

Si viene hacia aquí, su vida cambiará por completo.

Otro clic.

Entonces me doy cuenta de que mira hacia aquí. Por un momento, me da la sensación de que me mira a mí directamente, pero después me doy cuenta que es porque hay luz.

Y se acerca.

—¿Alex? —Cada vez parece más preocupado.

De repente, siento algo. Creo que es mi corazón. Creo que aún estoy viva. Creo que no me he ido. No todavía.

Ethan se aproxima y, cuando llega, casi se desploma.

Clic.

Veo cómo Ethan va corriendo hacia mis manos, bueno, mis muñecas.

—Dios mío, Alex —dice en un susurro que apenas se oye. Solo puedo oírlo yo—. ¿Por qué?

Y, entonces, me rompo.

De repente, siento todo.

El dolor, la presión en el pecho, la tristeza.

Pero, esta vez, por un motivo distinto.

Era por él.

Era por Ethan.

Por verle correr hacia mi cuerpo.

Por verle agarrar mis muñecas ensangrentadas sin ningún tipo de duda.

Por ver que lo único que él quería era que estuviera bien.

Por verle llorar.

Por verle rezar interiormente para que todo sea una pesadilla.

Por oírle chillar pidiendo ayuda.

—Alex. —Es un susurro quebrado. Me aprieta contra su cuerpo, como si fuera a poder salvarme, arreglarme—. Quédate conmigo.

Una súplica.

Una simple súplica que vuelve a romperme.

Sigue con sus manos en las mías.

Está temblando, llorando, sin saber qué más hacer.

Ahora solo quiero que sepa que estoy ahí, con él. Quiero abrazarle, decirle que estoy bien.

Alguien llega al lavabo. Eran los técnicos. Hacen retroceder a Ethan y empiezan a luchar por mi vida.

Veo a Ethan recostado en la pared que está en frente de mi cuerpo, mirando sus manos ensangrentadas, temblando.

De repente, un brillo que había ya antes se hizo más intenso, me giro hacia la ventana de donde proviene.

No era la de fuera.

No era el Sol.

Tampoco la Luna.

Era la luz.

La respiración se me corta de lo brillante que es, tan grande, tan hermosa. Pero lo que más me deja sin aliento es lo que me transmite:

Paz.

Una paz que hacía años que no sentía.

Una paz que nunca creí que conseguiría.

Una paz inmediata.

Pero esa paz, esa bendita paz, la había sentido antes.

Hace poco.

Cuando Ethan y yo quedamos por primera vez.

Cuando me abrazó por primera vez queriendo unir mi corazón roto.

Cuando hicimos nuestro primer trabajo juntos.

Cuando casi me besa el otro día.

Cuando estoy con él.

64
Ethan

Hilos rojos se deslizan y se filtran por la pica del baño mientras me lavo las manos, pero apenas los veo. En mi cabeza, solo aparece la imagen de Alex, pálida, ausente, rodeada de toda esa sangre que brotaba de sus muñecas. No consigo quitarme esa imagen de mi mente; creo que nunca tenga suerte de poder hacerlo.

Cuando salgo del baño, vuelvo a sentarme en la sala de espera, que es lo único que he hecho desde que llegué. No quería irme de ahí y, justo cuando no estuviera, alguien saliera y preguntara por algún familiar. Su madre estaba de camino y no tardaría en llegar, al igual que mis padres.

Tengo la vista clavada al frente, intentando mantener la mente en blanco, no chillar, no estar cada segundo caminando hacia recepción preguntado por ella. Pongo el tobillo izquierdo encima de la pierna derecha y el pie se empieza a mover.

A los minutos, y tras un largo suspiro que llevo conteniendo hace rato, veo a Raquel por rabillo del ojo. Está a punto de entrar corriendo, me pongo en pie y me dirijo hasta recepción, ya que no quiero alejarme mucho, con el corazón volviendo a latir desbocado. No tarda en verme y, con un sollozo contenido, me abraza con fuerza, sin importarle la sangre de mi camiseta.

—¡Ethan! —Se separa de mí y casi parece mirarme de arriba abajo, como para comprobar que yo estoy bien—. ¿Han dicho algo? ¿Sabes algo? He llegado tan rápido como he podido…

Habla de forma atropellada, con una mano en el pecho, que le sube y le baja muy rápido.

—No, no han dicho nada.

Apenas puedo hablar. Apenas me mantengo en pie, a decir verdad.

Me siento fatal. Tendría que haber estado, tendría que haber insistido.

—Lo siento… —Es lo único que acierto a decir, con voz ronca, casi inaudible.

Raquel vuelve a abrazarme, con gesto más comprensivo, protector. Cuando se separa de mí, me levanta la barbilla para que le mire.

—Has sido tú quien ha estado ahí, has sido tú quien ha avisado, has sido tú quien se ha quedado con ella todo el tiempo. Le has salvado la vida.

Casi niego con la cabeza, sin entender nada.

—Pero tendría que haberlo visto, tendría que haber hecho algo, tendría que haberlo impedido de alguna manera…

—Ethan, es imposible que supieras qué iba a pasar. No lo sabías, ni yo tampoco. —Las lágrimas vuelven a surgir, sin poder contenerlas.

Su rostro estaba lleno de lágrimas por su hija, lleva la chaqueta medio puesta con el bolso colgando de su brazo derecho. La voy a guiar donde estaba sentado, pero el tono alto de una chica nos sobresalta.

—¿Familiares de Alex Villaescusa? —Sigo a Raquel cuando va directa hacia la chica, que iba vestida de blando, con una coleta alta bien peinada y una identificación colgada del cuello.

—Soy yo, su madre —acierta a decir Raquel, colocándose bien el bolso.

La mujer nos mira y se gira hacia nosotros. Con una pequeña sonrisa.

—Hola —saluda antes de continuar informando—, su hija está estable, y sus constantes vitales son normales por ahora.

Nos deja un minuto para coger el aire que nos faltaba para llenar nuestros pulmones de tranquilidad, pero es imposible que

brote algo de nuestra boca.

«Está bien, está viva, está con nosotros».

Noto como mis defensas empiezan a bajar y la adrenalina empieza a hacer su efecto, sintiéndome de golpe tembloroso y mareado. Mantengo la compostura e intento no desfallecer ahí mismo, aunque no cabe duda de que la probabilidad de que eso pase es muy alta.

—Ahora está en la UCI, la mantendremos en observación unas horas y luego subirá a planta si todo va bien. —Su madre asiente enérgicamente mientras habla—. De acuerdo, pues espere aquí y ahora mismo la hago pasar.

—De acuerdo —dice, temblorosa, echándose el pelo hacia atrás, con un suspiro de alivio infinito.

La puerta vuelve a cerrarse detrás de la muchacha. Me paso la mano por el pelo y guio a Raquel a los asientos donde estaba, pero el tiempo que paso sentado es poco, porque a los pocos minutos entran mis padres. Voy hacia ellos, y menos mal que he tenido un momento para sentarme, porque las piernas todavía me tiemblan.

Mi madre me abraza con fuerza sin decir una palabra. Dios, no me he dado cuenta de cuánto necesitaba esto. Me hundo en su pecho, que estaba tan agitado como el mío. Noto que una mano me aprieta el brazo y, por cómo lo hace, sé que es la de mi padre. Me separo, conteniendo las lágrimas, y mi padre me aprieta contra su cuerpo cuando mi madre le deja espacio.

—Está bien. Está estable —digo cuando estamos frente a frente.

—Menos mal. —Me da calor en los brazos y me doy cuenta que viene con una bolsa—. Toma.

Me la entrega y miro lo que hay dentro.

«Suéter».

—Gracias. Voy a cambiarme. —Una vez en el baño, me encuentro frente al pequeño espejo que hay encima de la pica y frunzo el ceño.

«¿Tanta sangre tengo?». Intento recordar la escena.

«Al abrazarla. Fue al abrazarla».

Tenía sentido. Al estrecharla contra mí debí mancharme más de lo que sería normal. Con un suspiro, me quito la que tengo y me pongo la otra. Pongo la sucia en la bolsa y la tiro a la basura. Siento que fuera un regalo de mi madre, pero no puedo volverla a ver. Solo me recordaría al día de hoy, cosa con la que no estaba dispuesto.

Cuando salgo del baño, mis padres están con Raquel, hablando. Seguía llorando, pero se la notaba algo más tranquila. Cuando mi madre me ve llegar, se extraña, ladeando la cabeza.

—Te has dejado la bolsa, amor.

—Lo siento, mamá, pero la he tirado —digo llegando a su lado.

Su frente se arruga un segundo, pero después me pasa la mano por el pelo y acaricia mi mejilla con una sonrisa de complicidad.

—Tranquilo, cariño, no pasa nada.

—Disculpe, ya puede acompañarme. —Escucho la voz de antes y dirijo mi mirada a la mujer que nos ha atendido—. El horario de visitas en la UCI, al menos hasta que esté ahí ingresada, es hasta las diez de la noche.

Faltaba una hora.

—¿Puedo verla? —pregunto.

Todos me miran.

—En estos momentos no sé si deberías, Ethan… —mi madre habla, mirando de reojo a Raquel, apretando la mandíbula—. Creo que su madre debería quedarse y nosotros ir a casa a descansar, cielo.

Me pone las manos en los hombros y me envía una mirada elocuente.

—¿Quieres verla? —Me giro hacia Raquel, que está con el bolso puesto de nuevo.

—Sí. —Definitivamente.

Quiero verla, estar con ella, aunque sean cinco jodidos minutos y ver que de verdad está bien. Mierda, se me estaban humedeciendo los ojos. Pestañeo para evitar que caigan de nuevo las lágrimas.

—Si quieres, ve tu primero, aunque sean cinco minutos, si de verdad te ves preparado.

«Gracias».

La abrazo y luego me giro hacia mis padres.

—¿Puedo? —les pregunto con mirada rogadora—. Cinco minutos.

Mis padres se miran entre sí, con una mirada inquisitiva. Finalmente, mi madre me mira.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Nos dejaron pasar a los dos hasta la entrada de la UCI, que está ubicada detrás de una puerta a la que parece ser que se accede con una tarjeta de la que dispone solo el personal, pero para entrar, se exige que mejor sea solo una persona. Su madre se queda atrás cuando me hacen pasar y antes de perderla de vista le lanzo una mirada de aprensión.

De repente. tengo miedo, dudas. Mi corazón no deja de latir tan fuerte que creo que va a huir por la garganta, pero cuando ella me mira de vuelta con un brillo de complicidad y agradecimiento en sus ojos, es cuando siento que he tomado la decisión correcta. La puerta se cierra y desaparece detrás de ella, con los brazos cruzados.

La enfermera me guía hasta su habitación y cuando pasan unos segundos, me hace pasar.

—Si necesita algo, pulsa el botón rojo, ¿de acuerdo? —Asiento sin mirarla y después pasa por mi lado, alejándose.

Me quedo unos momentos quieto, sin saber muy bien qué hacer. Está bocarriba, tapada con una sábana hasta un poco más arriba de la cintura, con los brazos fuera de ella. En cada brazo tiene vendadas ambas muñecas y de su mano derecha sale una vía con

dos cables que llegan a un palo del cual cuelgan una bolsa de cada uno de ellos, una de ellas porta lo que parece ser suero, y otra que, sin duda, es sangre.

—Venga ya…

Niego con la cabeza mientras me dejo caer en la silla que hay a su lado, masajeando mi frente, abatido. Luego la miro a ella de nuevo.

Su respiración es acompasada, y el pitido constante me dice que su corazón late de forma estable, sin prisas. Sus rasgos faciales expresaban tranquilidad; no tenía el ceño fruncido, sus ojos no parecían moverse debajo de sus párpados y su boca entreabierta está relajada. No puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas al recordar en ella lo contrario: su ceño fruncido, sus ojos en alerta constante, sus labios fruncidos y sus manos nerviosas.

—Eres más fuerte de lo que crees. —Es lo primero que digo, aunque no sé si me está escuchando, pero eso me da igual en ese momento—. Mucho más. No sabes el brillo que tienes cuando de verdad lo muestras, y eso es porque muy poca gente te lo ha dicho. Eres capaz de muchas cosas, Alex, solo tienes que creer en ti misma y entender que tu vida no depende de lo que digan o piensen los demás. Vales igual o más que cualquier otra persona y…

«Y te quiero».

La voz se me quiebra y soy incapaz de pronunciar esas palabras. Cojo aire y continúo hablando.

—Tu madre está muy preocupada por ti y yo también. Sé por qué has querido distanciarte de Erika y de mí, pero alejarnos no te va a servir de nada, chiquitilla, porque voy a seguir estando ahí. Voy a seguir intentando ayudarte como mejor pueda, aunque no quieras. —Tengo muchas más cosas que decirle, pero no sé si ahora mismo me está escuchando, así que decido quedarme callado un momento.

Sin más, me hundo. Las lágrimas consiguen aflorar por mis mejillas y empiezo a hipar.

Después de avisar a Erika de todo lo que había pasado, de decidir qué mañana íbamos a ir juntos a verla y de ducharme una vez estando en casa, miro la hora. Las 22:20. Abro el chat de Laura.

«C*upcake*». Le envío, simplemente.

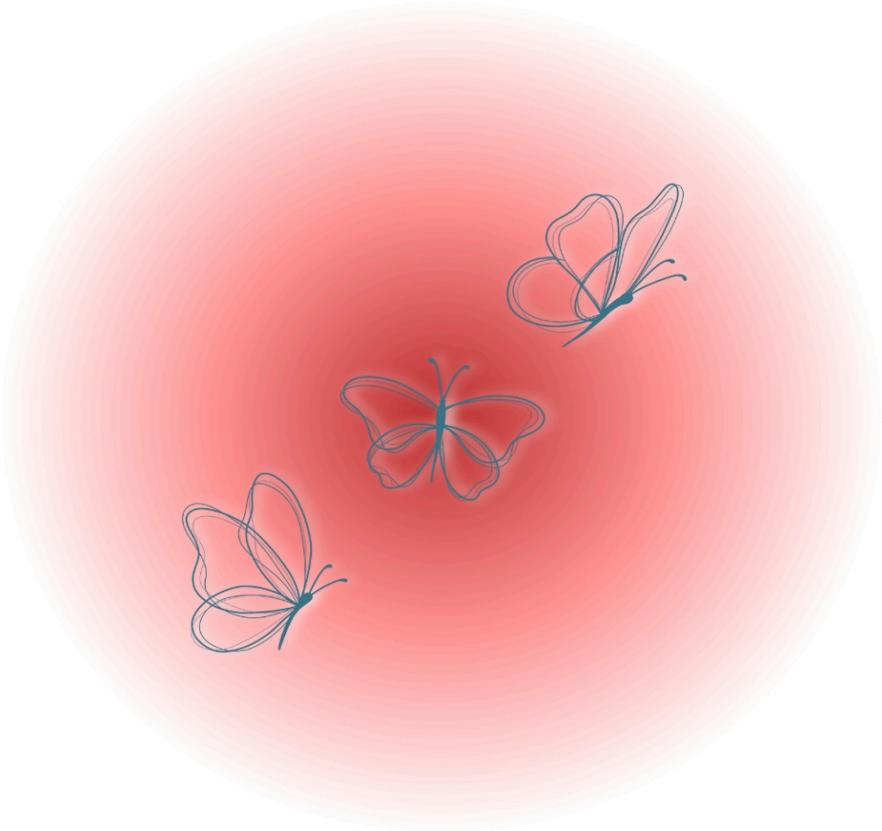
Salgo al pequeño balconcito de mi casa y el viento frio de la noche azota mi cara, pero no me desagrada. Cierro los ojos ante la brisa. A los minutos, noto vibrar mi bolsillo. Laura. Descuelgo la llamada, pero no digo nada. No sabría por dónde empezar. No me salen las palabras.

—¿Ethan? —Su voz suena preocupada y el simple hecho de escucharla hace que mis defensas vuelvan a bajar del todo, haciendo que empiece a llorar. El nudo que se me crea en la garganta no me deja hablar—. Ethan, ¿qué ha pasado?

Vuelve a preguntar, esta vez con pánico en su voz.

No tengo palabras para enmascarar la verdad, así que simplemente las dejo ir, en un hilo de voz.

—Ha intentado suicidarse.



65

Alex

Mis párpados pegados y cansados se abren lentamente. Escucho murmullos, como si me estuviera despertando de una siesta muy larga. Cuando consigo abrir los ojos del todo, veo un techo muy distinto al que hay en mi casa y frunzo el ceño.

«¿Dónde estoy?».

Inhalo de forma profunda; el olor a desinfectante, sábanas limpias y lejía me invade. Olor a hospital.

Varias cosas pasan al mismo tiempo: los recuerdos me invaden y noto un movimiento a mi derecha, desde donde veo que alguien se endereza y me mira con los ojos muy abiertos.

—Ey, chiquitilla. —Su voz suena algo distorsionada, pero con su tono dulce de siempre, debido al zumbido que se ha instalado en mis oídos desde que he recordado por qué estoy aquí.

En mi pecho arraiga la culpa. Empiezo a llorar. Ethan toma mi mano como si fuera una caricia, casi con timidez. Me aferro a ella, aunque eso no cambie nada.

—Lo siento. —Apenas me sale la voz.

Pero debía decírselo. Debía saberlo.

Niega con la cabeza. En sus ojos cansados se asoman lágrimas contenidas.

—Estás bien, es lo que importa. —No hay ni un ápice de recriminación, de juicio o enfado en su tono, solo delicadeza y ternura.

Una lágrima recorre su mejilla, y su mano sigue en la mía, apretándola con cuidado. En su mirada solo hay miedo,

preocupación, a la vez que alivio de verme despierta. De verme viva.

—Estaba muy cansada… —Quiero darle una explicación, pero no hay palabras para expresar lo que sentía ni lo que siento ahora.

—Alex, no me puedo imaginar el dolor por el que estabas pasando en ese momento para hacer algo así.

Niego con la cabeza, notando cómo las lágrimas caen por mi cara.

—Me sentía un estorbo, sentía que nadie debía hundirse conmigo.

—Puedo entenderlo, pero ya te dije que esa era mi decisión. —Su tono es ahora casi desesperado—. No puedes evitar que quiera ayudarte o, al menos, que lo intente.

Solo puedo asentir.

Le debo, como mínimo, ser sincera. A él, a Erika y a mi madre, por lo que empiezo por la verdad más dolorosa de todas.

—Solo quería dejar de sufrir.

No dice nada, solo se sienta a mi lado, en la cama, y me abraza como puede.

El simple contacto hace que se me erice la piel y vuelva a derrumbarme en su abrazo: es lo único que quiero hacer ahora. Él no va a juzgarme, no lo ha hecho nunca, por lo que me lo permito. Estoy harta de evitar a quien me ha demostrado que le importo. Solo quiero estar bien.

Me aferro a él y lloro. Lloro como una niña pequeña que solo busca consuelo, desahogo, ese aliento que necesita para seguir adelante.

—Va a ser jodido —me previene, aún abrazado a mí, en un susurro doloroso—. Pero no estás sola, Alex, y vamos a ayudarte, ¿vale?

Asiento sin una palabra cuando nos separamos un poco.

Ethan limpia mi rostro con los pulgares y curva sus labios, mostrando su hoyuelo de siempre. Nos quedamos así unos minutos,

mirando los ojos del otro, hipnotizados. En sus mejillas también hay lágrimas y hago lo mismo que él ha hecho.

—Si en algún momento vuelves a sentirte así, llámame, por favor. —me pide, mientras agarra la mano con la que le he limpiado su rostro. Su súplica hace que me quede sin palabras.

Me mira con tanta intensidad que creo que voy a desmayarme.

La puerta se abre y nos separamos del todo, aunque sin prisas. Ethan no se levanta.

Era mamá. Sus ojos se humedecen al verme. Se pone las manos en la boca, antes de brotarle una sonrisa nerviosa. Ethan se gira hacia mí.

—Te veo luego, chiquitilla. —Me da un beso en la mejilla, haciendo que mi cuerpo reciba la descarga conocida del otro día y que mi temperatura suba.

Se levanta, alcanza sus cosas y va hacia la puerta, donde abraza a mi madre antes de salir por la puerta. No puedo evitar sonreír al ver ese gesto. Aunque parece que sea parte de su personalidad, no deja de ser tierno. Mi madre se acerca a mí y parece no creerse que esté despierta. Se sienta en el lado contrario a donde estaba Ethan y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

No sé qué decir; ella parece que está en la misma situación, así que nos quedamos abrazadas, sin decir una palabra. Las disculpas vendrán más tarde. Ahora solo quiero notar su calor, su abrazo materno para notar esa protección que siempre ha querido darme, pero que yo, de una manera u otra, no le dejaba hacerlo.

Ethan vuelve con Erika después de que las enfermeras vengan a visitarme, me curen las heridas de ambas muñecas y mi madre saliera a hablar con el doctor.

—¿Cómo estás? —pregunta Erika sentada en la silla al lado de la cama, a mi lado—. ¿Qué te han dicho?

Ethan está de pie, junto a la ventana.

—Me encuentro bien, estoy bien —le aseguro entrelazando mi mano con la suya—. Siento que hayáis tenido que pasar por esto, de

verdad.

No creo que sirva de mucho disculparse ahora, pero es lo único que puedo hacer, después de todo. Era lo mínimo que les debía.

—Amiga, no te culpamos en absoluto. —Niega con la cabeza abriendo sus ojos mientras me aprieta la mano—. Solo queremos lo mejor para ti, que estés bien.

No puedo hacer otra cosa que creerles.

Quiero creerles.

66
Ethan

Erika y yo nos quedamos con Alex un buen rato, mientras su madre aprovecha la ocasión para ir a su casa y ducharse y respirar un poco fuera del hospital. Hablamos un poco de todo para así mantener a Alex distraída y que le fuera más ameno el paso del tiempo, que parecía estar ralentizado desde que estamos aquí dentro.

Estar dentro de un hospital daba esa sensación de estar en otro mundo diferente, y que hasta el tiempo parecía ir distinto. Me dio la sensación de que algo la hizo reír, así que nuestro entretenimiento está sirviendo. No sé si su madre habrá hablado con el instituto, aunque siendo sábado, hasta el lunes no podrá contactar.

No tengo idea de cuánto tiempo, pero, pasado un largo rato, pican a la puerta y entra de nuevo su madre, seguida de la mía. Yo alzo las cejas, preguntándome qué hace aquí. Miro el reloj del teléfono y son casi la 13:00 del mediodía. Vaya, igual me manda a casa a comer.

—Hola, ya estoy de vuelta y me he encontrado tu madre, Ethan. —Asiento, sonriendo a mi madre como saludo y voy hacia ella.

—¿Nos tenemos que ir? —le pregunto sin mucho ánimo cuando me da un beso en la mejilla.

La verdad es que no quería irme aún.

—Corazón, tienes que comer, y son casi la una del mediodía.

Suspiro con resignación, pero mi madre me lanza una de sus miradas de advertencia suyas y capto de inmediato el mensaje.

«Nos vamos y punto».

—Esta tarde podrás volver, si quieres. Pero también tiene y tienes que descansar. —Su tono autoritario no admite protesta.

—Está bien. —Me giro hacia ellas para despedirme—. ¿Nos vemos luego?

—No te preocupes, además, tu madre tiene razón, también tienes que descansar. —responde Alex, desde la cama—. También va por ti, Erika, ya habéis hecho bastante estando aquí para que mi madre fuera a cambiarse y descansara, idos, va.

La comisura de mi boca sube en una sonrisa casi imperceptible, que hace que solo mi hoyuelo me delate, y asiento.

—Yo solo me quedaré un rato más, que mi madre ya me ha dicho que en breves tiene la comida hecha —declara Erika, estirándose en la silla.

Raquel deja sus cosas en el armario mientras me despido de las chicas.

—Tu padre te espera fuera. —Junto las cejas, sin comprender —. Yo voy al baño y ahora salgo.

—Te espero fuera, entonces. —Me dirijo a la salida.

Cuando salgo, un sol de invierno invade mis ojos. Me hace entrecerrarlos de lo que molesta, pero enseguida me acostumbro, pestañeando. Busco a mi padre con la mirada, pero no veo el coche. Frunzo el ceño.

«Quizá haya dado la vuelta. Aquí es una mierda aparcar».

Miro al frente otra vez por si no lo he visto, pero en vez de encontrar a mi padre, encuentro a Laura, de frente. Freno en seco un segundo, pero luego se ve hundida en mi abrazo, que casi la hace caer, pero yo lo impido. Cuando me separo de ella, sigo sin creerme que esté aquí.

—¿Qué coño…? —me sale, entrecortado— ¿Qué haces aquí?

Ella ríe, todavía en mis brazos, y vuelve a rodearme la cintura.

—Los demás no han podido venir. —Niego con la cabeza puesta encima de la suya—. Yo casi que me he escapado. Ya me vendrá la bronca luego.

Nos separamos de nuevo y la miro, anonadado.

—No puedo creerlo, estás *chalá*.

Río, satisfecha con el resultado de su sorpresa.

«No puedo creer que esté aquí, ayer la llamé casi a las once de la noche, ¿cuándo…?».

—¿Cuándo narices has cogido el tren? Porque has venido en tren, ¿no? Te quedas en mi casa, ¿verdad? —El asalto de preguntas la hace reír todavía más.

—Calla un momento y déjame hablar, melón.

También me río, pero espero a que se explique.

—Me he subido al primer AVE que he visto que salía. Y sí, me quedo en tu casa hasta mañana, si no, mi madre va a hacer *caput* conmigo. Suficiente con que me ha dejado el dinero del tren, que mejor no te digo el precio.

«Joder, tiene que haberle costado un riñón».

—Ahora te toca a ti. —Inhalo aire y me preparo para el interrogatorio—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está ella?

Suspiro, sin saber por dónde empezar.

Antes de poder hablar, me asalta un nudo en la garganta. Laura espera paciente a que conteste.

—Estoy bien, ella está bien. Ha estado desde ayer durmiendo y se ha despertado esta mañana.

No quiero que se me rompa la voz, así que ahí dejo mis respuestas. Pestañeo para evitar el flujo de lágrimas que quiere salir sin control, pero a quién quiero engañar.

Estoy jodido, esa era la realidad.

—Bueno, no estoy bien. —Laura asiente, satisfecha con mi cambio de respuesta mientras me abraza de nuevo.

Me dejo llevar por su abrazo y me derrumbo con ella, que me deja llorar en su hombro hasta que me relajo.

—Entonces, ¿ella está bien? —pregunta una vez sentados en uno de los bancos en el parque frente al hospital.

—Está bien, a ver… —Me rasco la cabeza—. Está claro que necesita ayuda. Pero creo que se ha dado cuenta de eso, así que es un paso muy grande.

—Claro, a partir de ahí es cuando se puede empezar a mejorar de verdad. —No digo nada con respecto a eso, simplemente asiento, mirando al suelo.

Por el rabillo del ojo veo que se levanta y la miro.

—Vamos a comer —dice ofreciendo su mano para levantarme. Caigo en la cuenta.

—Mi madre sabía que venías, ¿verdad?

Ella me sonríe, cómplice. Me río y alcanzo su mano.

—Tu madre me ha dicho que, por favor, te aleje de ella al menos por un día. —Ríe después de copiar sus palabras exactas.

Mi madre tiene demasiada confianza con ella como para que de verdad le hubiera pedido eso.

Al lado del hospital vemos un sitio que parecía bueno para la ocasión, así que nos decidimos por sentarnos dentro.

—¿Los médicos han dicho algo? —preguntaba Laura con el primer plato delante.

—Creo que han hablado, pero Erika y yo aún no sabemos nada.

—¿Han dicho que se hace en estos casos? Es decir, ¿qué procedimientos hay?

—No, al menos hasta donde yo sé, ella está bien físicamente. Supongo que ahora le ayudarán en el ámbito emocional, pero no sé qué tienen pensado hacer.

—No creo que se quede ingresada, tampoco. Normalmente prefieren que se vayan a casa y trabajar desde ahí, con visitas

médicas —comenta después de tomar un trago de agua—. Supongo que le proporcionaran ayuda psicológica necesaria con psiquiatría para que no se repita, y se aseguraran de que todo vaya bien.

—Eso creo, aunque ya te explicaré cuando me entere —concuerdo con ella, cuando trago un trozo de comida.

Está claro que, a raíz de la situación, algo tienen que hacer. Sea como sea, solo espero que le brinden la ayuda necesaria para que supere todo esto o, al menos, para que le ayude a ver las cosas desde otra perspectiva, con otra actitud.

—¿Qué puedo hacer yo ahora? —Dejo el tenedor a un lado, algo abatido.

—Estar con ella.

—Eso ya lo hago.

—Pues ya lo tienes. Ella sabe que estás ahí, que no te irás de su lado, y con eso es suficiente. Cuando caiga, ahí estarás, cuando se levante, también, si es lo que realmente quieres. Ahora se está levantando y estás ahí. —Señala al hospital detrás mío—. Ahora es cuando le toca a ella confiar. Confiar en que todo va a salir bien y que hay luz en ese túnel tan oscuro en el que está ahora. Y por experiencia, te diré que no es fácil, pero, si tienes a tu lado a personas adecuadas… —Deja caer las palabras y se mete una patata en la boca.

—Dime que funciona. Que realmente funciona.

Laura me mira y también deja el tenedor en la mesa, tomando aire.

—No todas las personas somos iguales, Ethan, pero, sí que te diré que a mí me funcionó. Confiar en la gente correcta, quiero decir.

Me quedo callado meditando sus palabras. Como siempre, parece que sabe en todo lo que estoy pensando y continúa hablando.

—Amor, tú eres una de esas personas correctas. Al menos lo fuiste para mí. —Trago saliva de forma visible antes de hablar.

—La quiero. —Laura pone una mano encima de la mía.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. No vuelvas a perder la oportunidad de decirle lo que sientes.

67
Alex

Erika se ha ido un rato después de Ethan y me han dejado a solas con mi madre. Agradecí su presencia, la verdad. Estar con ellos esa mañana ha sido como si un peso que tenía encima de los hombros se atenuara, aunque fuese un poco.

Me enteré más tarde por Esther, la madre de Ethan, que Laura, su mejor amiga, había venido a verle. Supongo que le contaría lo sucedido, hecho que no le reprocho. A pesar de que hacía poco que se han visto, me parece un gesto increíble y leal por su parte.

El médico, por su parte, me ha explicado, a raíz de lo sucedido, qué es lo que vamos a hacer a partir de ahora. Me ha dado cita con la USM, la Unidad de Salud Mental, en la cual tendré seguimiento por parte de psiquiatría si fuese necesario. También me ha recomendado que, a parte de los servicios que puede obtener ahí, si quiero, puedo buscar por mi cuenta un terapeuta o una terapeuta especializada en lo que yo crea que es mejor para mí.

Por un momento, me da la sensación de que todo me viene muy grande, pero intento recordarme a mí misma que, aunque eso fuese así, aunque fuese difícil el proceso, tengo personas a mi lado que lo único que quieren es que esté bien. Es mejor que confíe en ellos para aceptar su ayuda cuando la necesite.

«Si en algún momento vuelves a sentirte así, llámame, por favor».

Las palabras de Ethan todavía resuenan en mi corazón y la intensidad de su mirada aún la siento clavada en la mía. No sabría decir qué es lo que me pasa, pero siempre tengo su nombre en un

rinconcito de mis pensamientos, haciendo que mi corazón se caliente un poquito al escucharle o recordarle.

¿Es amor? No lo sé. Nunca he sentido eso por nadie, de hecho, nunca he tenido la oportunidad de pensar así de un chico. Pero creo que me gusta. La forma en la que mi corazón palpita cada vez que le veo o le tengo cerca, eso no puede ser normal, al menos no es lo típico que debería pasar entre amigos, ¿no?

Suspiro. La verdad es que todo esto es abrumador. Mi intento de suicidio, el hospital, los médicos, mi madre, Ethan y Erika… Estoy algo saturada con tantas emociones encontradas, pero, joder, a peor no podría ir, ¿no? Tengo que centrarme en que estoy bien. Que, a pesar de todo, el destino ha querido que siguiera aquí y tengo otra oportunidad para luchar.

Nunca he querido irme. Nunca he querido dejar sola a mi madre. Solo quería dejar de sufrir, y tomé una decisión que, a pesar de que todo pasa por algo, ha sido una decisión que ha cambiado mi vida. Me ha hecho ver que igual hay otra manera de dejar de sufrir, que debo encontrarla. Lo que está claro y nunca aceptaba es que necesito ayuda.

«No puedo permitir que mi madre tenga que poner flores en mi tumba».

Un teléfono vibra en la mesita maniobrable del hospital y tanto mi madre como yo levantamos la vista a la vez. Se levanta para mirar cuál de ellos vibra y descuelga el suyo.

—Hey, Noe, ¿qué pasa? —contesta. Mi tía. El corazón se me encoge de culpa—. Estamos bien, todo va bien.

Admiro a mi madre por el control que tiene. Por cómo se enfrenta a las situaciones. Siempre mira a los obstáculos con decisión, con una mirada fiera, que hace que se vean mucho más pequeños de lo que son. Tengo que aprender mucho de ella. Quiero ser como ella. Confiar más en ella. No hay otra persona en el mundo que ella en la que pueda confiar más. Es mi madre.

Que ella confíe en mi a partir de ahora es otra historia, pero recuperaría su confianza poco a poco. Lo primero era demostrarle

que soy capaz de pedir ayuda.

—Sí, de momento seguimos en el hospital. Igual nos dan el alta en unos días, si todo sale bien —continúa diciendo—. Espera.

Me mira y tapa el micrófono del teléfono.

—¿Quieres hablar con tus tíos? —Sonrío y alargo la mano como respuesta.

Por ahí debía empezar. Confianza. Confiar en quien me tendía la mano. ¿Eran cinco personas? Pues cinco personas. Pero son cinco personas con las que sé que puedo expresar cómo me siento, lo bueno, lo malo, lo cotidiano.

Después de hablar con mis tíos un rato, le devuelvo el teléfono a mi madre, que se despide. Pasada una hora, Ethan aparece por la puerta de nuevo, picando antes de entrar, con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con los ojos abiertos—. ¿No estabas con Laura?

Me da un abrazo como saludo y se sienta en la silla que había utilizado antes.

—Sí, pero te dije que vendría por la tarde.

«Si es que no tiene remedio».

—Voy a por un café. —Ambos nos giramos hacia mi madre.

Asiento mientras sale y me dedica una sonrisa pícara cuando Ethan no la ve. «Venga ya, ¿en serio?». Noto como el calor de mis mejillas sube. Pero me centro en Ethan.

—Laura ha venido a verte, deberías estar con ella el máximo tiempo posible, ¿quién sabe cuándo podrás volver a verla? ¿En Semana Santa? Quedan meses. —Intento que entienda lo que quiero decir—. No es que no quiera que vengas, no me malinterpretes, es que…

—A ti casi no te vuelvo a ver. —Aprieto los labios ante esa observación, frunciendo el ceño—. Hemos quedado para cenar y se queda en mi casa esta noche. Tengo tiempo de estar con ella.

Un burbujeo de celos se crea en mi estómago, pero, igualmente, le dedico una sonrisa y asiento.

68
Ethan

Pasar un día con Laura me está llenando de vida. No me esperaba para nada su aparición en Barcelona, pero la verdad es que estoy agradeciendo muchísimo cada instante con ella.

Cenamos en mi casa y nos pasamos casi toda la noche charlando, jugando a juegos de mesa y haciendo videollamada con los chicos. Ellos sabían también que venía, cosa que me imaginaba. También se disculparon por no haber podido venir con ella, como si eso fuera un motivo para enfadarme. Pronto volvería a bajar, así que quedamos en paz.

Despedirme de ella fue como si lo hiciera como la primera vez, pero no sé decir el porqué. Para mí, ha sido un gesto que no olvidaré nunca. Después de despedirse de mis padres, la abracé tan fuerte que noté cómo se extrañaba en mis brazos.

—Cuídate, ¿quieres? —Aún en mis brazos, asiente.

—Tú también, ¿eh? —Nos separamos y ella está arrugando los labios, aguantando las lágrimas—. Llámame.

Le sonrío, dedicándole la mirada de complicidad de siempre, que la hace reír, tímida.

—Lo haré, te lo prometo. Y pégales una colleja de mi parte a la peña, ¿vale?

Ríe con más ganas ante mi petición y asiente con energía.

—Sabes que lo haré.

Esa tarde voy a ver a Alex al hospital, que ya parecía encontrarse mejor; estaba sentada en la butaca y caminaba con normalidad desde esa mañana. El día anterior, prefirieron que se

quedara en cama a ver cómo evolucionaba, y dado que no hubo nada que les hiciera pensar lo contrario, le han dado luz verde para ello. Su madre ve el momento para tomarse un descanso al ver que estoy con ella, así que se va, dejándola a mi cargo.

—¿Ya se ha ido Laura? —pregunta con las cejas subidas, bajando el libro que estaba leyendo, desconcertada—. ¿No llegó ayer por la mañana?

—Sí, tiene un viaje de cinco o seis horas por lo menos, y da gracias que consiguió trenes directos —contesto y me siento en el borde de la cama, con un suspiro profundo—. ¿Cómo estás?

Pone una mueca de fastidio.

—Vaya… —Ladeo la cabeza, confuso.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que ya que os veíais… No sabía que se iba tan pronto, nada más.

Sonrío ante su repentina timidez.

—Seguro que en Semana Santa los veo, no pasa nada.

—Me alegra escuchar eso, entonces. —Me levanto y me siento en una de las sillas que hay en frente de Alex.

—La verdad es que encantaría que los conocieras, son geniales, te conocen como si ya fueses su amiga.

Le confieso algo azorado, echándome el flequillo para atrás.

—¿Les has hablado de mí? —Parece confundida ante ese gesto y ladeo la cabeza.

—Claro, ¿te molesta que les hable de ti? —le pregunto, con algo de aprensión.

Alza las manos en signo de tranquilidad.

—No, no, es solo que…

—Te sorprende. —Por su expresión, parece que estoy en lo correcto.

—Bueno, no es que haya tenido muchos amigos en mi vida.

—Pues eso está cambiando, ya llevas dos, pronto serán cinco. —Niega con la cabeza, riéndose, volviendo de nuevo su atención a la lectura.

—¿Cómo está Laura?

La miro, algo extrañado por la pregunta, pero no se lo tengo en cuenta.

—Está bien, estaba preocupada por mí —le respondo.

—Parece una chica increíble. Ese gesto no lo haría cualquiera.

Vuelve a centrar su atención en mí, esta vez dejando el libro en la mesita.

—Tienes razón. Yo hubiera hecho lo mismo por ella.

Asiente, con una sonrisa casi melancólica.

En sus ojos veo el anhelo, el deseo, quiere aspirar a tener algo así y eso hace que se me encoja el corazón.

—Alex, siento que hayas tenido que pasar por todo esto —comienzo a decir, esperando que mis palabras de verdad le lleguen —. Nadie merece lo que a ti te ha pasado, ni lo que te han hecho, pero, poco a poco, te darás cuenta de que hay gente que de verdad te quiere, no se va de tu lado, pase lo que pase. Sean dos, cinco, cien personas. ¿Sabes cuántos amigos tengo yo? ¿Amigos de verdad?

Sacude la cabeza, de manera que continúo hablando.

—Cinco. ¿Y sabes qué? No quiero más. Tengo suficiente, porque sé que son pocos, pero reales. Gente real que me ha demostrado que puedo confiar en ellos, porque siempre estarán ahí y no dudo de eso ni por un segundo.

Una lágrima recorre su mejilla, pero me doy cuenta de que no es por tristeza, si no de agradecimiento.

Se levanta y por inercia hago lo mismo. Sigue teniendo la vía en su mano derecha, pero no tiene nada conectado en este momento, por lo que no hay nada que le incomode para caminar en dirección a mí, hasta quedar el uno frente al otro.

—¿Necesitas algo? —En vez de contestar, me rodea la cintura con sus brazos y hunde su cara en mi pecho.

Sin pensarlo dos veces la estrecho contar mí, y su olor afrutado me invade por encima de los desinfectantes y lejía de hospital. Por un momento, me da la sensación de estar en casa. Era un poco más baja que yo, así que puse mi mentón encima de su cabeza.

—Gracias. —Mi corazón empieza a latir muy rápido con solo esa palabra.

Su tono es tan sincero que creo que por fin está queriendo volver a empezar. Queriendo volver a vivir, después de todo. Ojalá sea así, ojalá esta oportunidad le haya hecho ver las cosas de manera diferente, desde otra perspectiva. Sonrío en su abrazo y hago círculos en su espalda con la mano.

— No se dan, chiquitilla. —contesto, con un susurro dulce.

Noto como ríe un poco y luego me mira, separando un poco su cuerpo el mío. Lloro por un segundo la pérdida de su contacto cálido. Nos quedamos un momento así, hasta que consigo hablar.

— Alex… —La puerta suena y se abre, siendo su madre la causante de la interrupción y de que el calor me suba por el cuerpo.

Ella se queda un momento sin mover un músculo, con los ojos como platos.

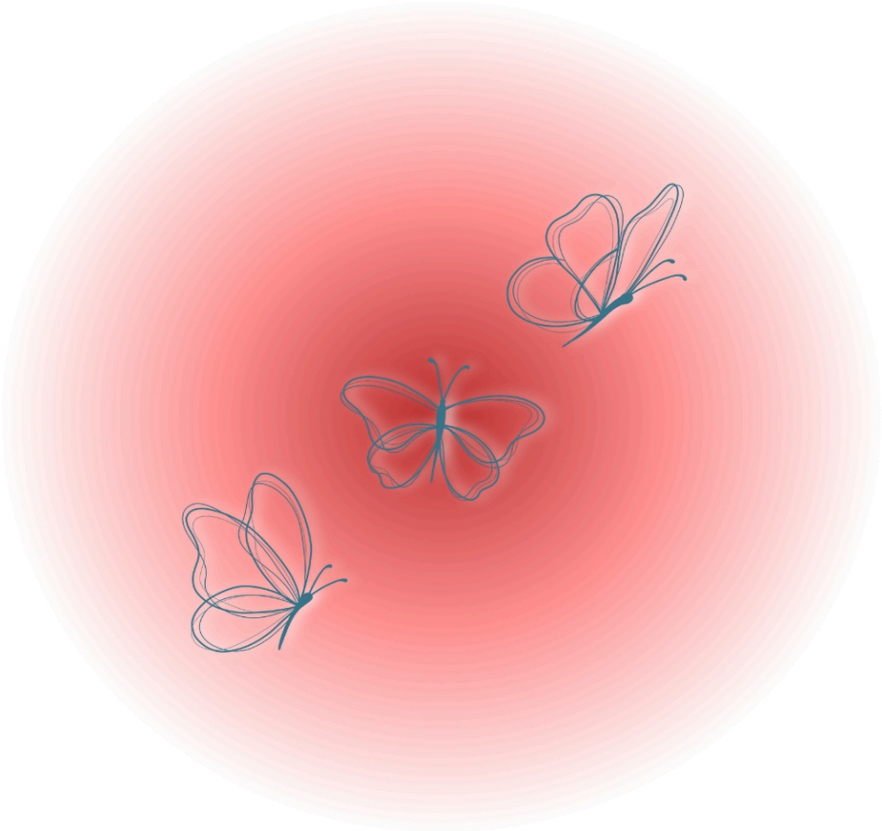
«Mierda».

En verdad, ¿qué más da? Simplemente nos hemos abrazado porque le he dicho cosas que ella me ha agradecido.

—Hola, ¿ha pasado algo? —pregunta en tono despreocupado, entrando.

—No —contesta Alex mientras su madre deja el bolso y se sienta en la silla del final de la habitación.

Hago lo mismo, de repente, con mucha vergüenza. Noto mis mejillas muy calientes y seguro que su color es tan rojo como el de un tomate.



69

Alex

El lunes se me hace raro estar sola, ya que he obligado a mi madre que no viniera para que descansara, e Ethan estaba en clases durante toda la mañana. Pero me siento tranquila. No sé si es la medicación de estos días, pero estoy calmada.

Las palabras que Ethan me regaló ayer hicieron que mi pecho se llenara de un cálido sentimiento que siempre siento cuando estoy con él, y me recuerda que soy alguien: me proporciona esperanza.

Puedo seguir por ahí, ¿no? Permitirme sentir esa esperanza y esa paz hace que quiera seguir para saber lo que sucede a continuación en mi vida, con ellos. Aunque solo fueran ellos, como dijo él, son personas que han estado en uno de los peores momentos de mi vida que ha significado un cambio.

Esa tarde, llamo a Ethan y le comento que por estos días mi madre me deja el teléfono para pedir apuntes y trabajos.

—Mierda, el trabajo de Ciencias ambientales —digo, acordándome de lo que habíamos estado haciendo antes de que ingresara en el hospital.

—Tranquila, es pan comido, solo quedaba acabar de organizar la presentación, ¿te acuerdas? Lo presentaré yo por ti, además, el profesor no te puede decir nada, porque lo has hecho —me tranquiliza, quitándole importancia al asunto—. Y si no lo hubieras hecho, una mentirijilla piadosa puede hacerla cualquiera.

Casi puedo verle guiñar el ojo, cosa que me hace sonreír, tímida.

Suspiro antes de hablar.

—Está bien, cualquier cosa me dices. Y si falta algo también.

—Cualquier cosa te digo, si falta algo, no. —Resoplo abriendo mucho los ojos.

—Anda, venga ya —espeto al teléfono enderezándome en la butaca de hospital.

Noto como se ríe detrás de la llamada.

—Que no queda nada, *melona*, tranquila. —Este chico no tiene remedio.

Niego con una sonrisa imposible de evitar y noto cómo mis mejillas empiezan a arder, mi pecho se encoge ante un sentimiento que llevo tiempo reprimiendo, pero que cada vez es más fuerte. No puedo evitar que cada vez salga más y más a la luz.

—¿Qué te han dicho hoy, chiquitilla? —Su pregunta me vuelve a la realidad, dejando mi corazón latiendo más rápido de lo normal.

Me centro en responder.

—Que pronto volveré a molestarte, eso me han dicho. —Creyendo que iba a reírse, me sorprende su repentino silencio—. ¿Ethan?

—¿Ya te dan el alta? —Su tono es esperanzador, casi un susurro ahogado por la emoción.

Empiezo a ver borroso por las lágrimas que han empezado a asomarse, ante esa reacción que no esperada.

—No me han dicho día, pero sí me han dicho que, si todo va bien, pronto estaré en casa. —Le acabo de informar, tragándome el nudo que se me había creado en la garganta.

—Vaya, *de perita*. —Me río por su expresión malagueña—. Dime algo cuando sepas seguro, ¿vale?

Asiento, como si pudiera verme.

—Claro, cuando sepa algo te digo.

Después de visitas médicas, consultas, curas y pedir cita con la psicóloga del hospital, que me dieron para de aquí a una semana, me dan el alta. Era un viernes por el mediodía, más bien tarde, ya

que llegamos a casa como a las 15 del mediodía. Así que pillamos la comida con ganas.

La vuelta fue un poco rara. Es difícil para las dos volver juntas a casa. Cuando entro, se me encoge el estómago por la culpa. Solo puedo dejar las cosas a un lado y abrazar a mi madre. Las dos empezamos a llorar como si hubiéramos retenido todos estos días, como si toda la tensión acumulada saliera de nosotras mientras nos estrechábamos la una contra la otra.

—Lo siento… —Es lo único que consigo decir, entre sollozos.

Me acaricia la espada con ternura.

—Cariño, no pasa nada, tranquila. —Su abrazo tranquilizador y maternal hace que me sienta como una niña pequeña otra vez.

Me dejo llevar por ese abrazo unos minutos, ese abrazo que hacía muchísimo tiempo que no le pedía y ahora me arrepentía demasiado.

«¿Cómo algo así cambia tanto tu forma de vivir?».

Es una pregunta que, sin duda, tenía reservada para la terapeuta.

No teníamos ganas de cocinar, estábamos cansadas, por lo que pedimos una pizza a domicilio y nos sentamos en el sofá, con la mesita pequeña en frente y unos refrescos.

Después de comer, veo la oportunidad de ducharme mientras mi madre ordena compras que ha hecho y limpia la casa. Al entrar al baño, hago una mueca de dolor al imaginarme a Ethan ahí, conmigo. Sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento y me meto en la ducha.

Lo que creo que es una hora más tarde, estando en mi habitación con un chándal gris básico largo y un moño despeinado, guardando algo de ropa que mi madre ha dejado, pican al timbre. Me asomo por la puerta y veo que mi madre ya ha contestado. Me quedo tranquila, pero me dirijo hacia la cocina.

—¿Quién era? —pregunto, con curiosidad contenida.

—Ahora lo verás. —Me señala la puerta, y voy hacia ella lentamente, esperando a quien fuese que haya picado.

«¿Quién será?».

Me asomo a la puerta y veo a Ethan llegar; una sonrisa radiante asoma por su boca cuando me ve. Llevaba un tejano negro oscuro y un suéter gris pálido liso.

«Qué guapo». Sacudo la cabeza ante ese pensamiento y abro mucho los ojos, sorprendida. Me hago a un lado para que pueda pasar y cierro la puerta.

—No sabía que venías —digo, todavía desconcertada de verle ahí.

—Pues claro que he venido, tenía que darte la bienvenida —dice mientras me da un abrazo que siento como familiar, cariñoso, dulce.

—¿Cómo va la vuelta? —me pregunta mirando alrededor mi habitación, algo tímido de repente.

—Ponte cómodo. —Le ofrezco la cama mientras me siento en ella, pero de momento se queda donde está.

Suspiro con un poco de resignación, intentando ordenar mis pensamientos para poder explicarme.

—Ha sido… raro —comienzo por una de las únicas cosas que tengo claras—. He entrado con mi madre y nos hemos puesto a llorar.

Asiente, escuchando atentamente con la manos en el bolsillo.

—Pero luego, sin más, nos hemos puesto a comer una pizza pedida a domicilio y unos refrescos —continúo, sacudiendo la cabeza y con las cejas algo levantadas—. Ha sido… ¿Se considera normal? Es decir…

—Alex, lo que ha pasado no te impide hacer lo más cotidiano y normal de este mundo, que es comer. Tampoco pasar tiempo con tu madre o comer una pizza y ver la tele. —Me quedo callada, porque dado este punto y lo que lo conozco, sé que va a seguir hablando, así que solo espero, mirando al suelo—. Volver a la rutina no será

fácil, Alex, pero ya verás que poco a poco volverás a acostumbrarte a tu nuevo día a día.

Ha dicho «nuevo». Antes de poder responder, dice:

—¿Te apetece da una vuelta? —Le miro con la boca un poco abierta, pensando.

Sigue casi en la puerta, aún con las manos en los bolsillos, esperando respuesta.

—Si mi madre me deja, claro, ¿por qué no? —Nos dirigimos a la cocina y llamo su atención, con timidez.

—Mamá. —Se gira para prestarme atención—. ¿Puedo dar un paseo con Ethan?

Espero su respuesta, nerviosa. Ella me mira con recelo por un segundo y su cuerpo se tensa, pero se relaja enseguida y sonríe. Una sonrisa sincera.

—No hay problema, cariño, pero… ¿te importa no volver tarde?

Niego con la cabeza, sonriendo.

—Qué va, tranquila. Tu solo dime hora y aquí estoy, te lo prometo.

—No hace falta decirte hora, amor, no estás castigada ni mucho menos, solo…

—Lo entiendo.

El bosque siempre se siente igual. Lo que no se siente igual es el comportamiento de Ethan, aunque hago ver que no pasa nada. Se hará pronto de noche, siendo invierno, así que no nos adentramos mucho.

—Antes… —Me decido a preguntar por fin—. Has dicho nuevo día a día, ¿a qué te referías con eso?

Le miro, expectante. Él camina a mi lado, igual de lento. Chuta una piedra que lamentablemente está en su camino y yo la veo llegar lejos.

—No quería decir simplemente tu día a día, porque sería como regresar a algo que no quieres. Lo he visto como un nuevo

comienzo, al menos así lo vería yo.

«Ahora entiendo».

—Claro. —Medito sobre sus palabras, pensando en qué pasará cuando vuelva a la rutina del instituto. Suspiro—. El lunes será un día raro.

—El lunes será jodido, más que raro. Si es que vuelves.

—¿Tengo otra opción? —Era una pregunta seria, no una protesta.

Ethan hace una mueca.

—Supongo que no, aunque… —Deja de caminar y me giro hacia él, extrañada, levantando una ceja—. ¿El lunes no te quitaban los puntos?

Es cierto, acabo de acordarme. Ladeo la cabeza, con el ceño fruncido.

—Es verdad. —Me llevo instintivamente los brazos al pecho y me abrazo.

—Tendrás un día más de respiro, piénsalo así. —Vuelve a caminar y cuando llega a mi lado, camino con él.

—Sí —es lo único que digo.

Pasamos el rato caminando en un cómodo silencio en dirección a la salida del bosque, hasta que Ethan me hace frenar. Le miro, confusa. Parece algo nervioso, y una sensación de que algo no va bien me invade. Frunzo el ceño, preocupada, pero la mirada de Ethan expresa lo contrario y me relajo un poco.

—Quería… decirte algo —dice con voz temblorosa.

Se rasca la cabeza y luego baja la mano, dispuesto a empezar a hablar, pero no lo hace.

—¿Pasa algo? —El pánico me invade por momentos.

No quiero que el pánico vuelva a invadirme. Siento un cosquilleo conocido en la nuca, como si el vello se pusiera de punta. Intento que mi respiración sea normal, pero la noto rápida y algo entrecortada.

«Joder, ahora no».

Entendía si decidía alejarse, no sé por qué me siento así. No sé por qué tanto drama por algo que realmente ya sabía.

—No, no, es que… —Le oigo, pero un zumbido amortigua su voz. Miro al suelo, intentando calmarme—. ¿Alex?

De repente, lo tengo muy cerca, y me pone las manos en los brazos.

Le miro, algo aturdida y con el corazón latiendo con fuerza. Su mirada es de advertencia y preocupación a la vez.

—¿Qué te pasa? —Se ha dado cuenta. Le intento quitar importancia con un gesto, ya que no me salían las palabras tampoco.

—Nada. —hablo por fin, y él parece relajarse un tanto.

Me prometí tener más confianza.

—Perdona —me disculpo poniendo una mano en su brazo, para tranquilizarle y de paso intentar calmar mi corazón gracias a su contacto—. ¿Qué querías decirme?

Se relaja del todo, pero sigue nervioso.

Parece contar hasta diez para empezar, inhalando aire.

—Cuando te vi ahí, en el suelo, qué va, quizá muchísimo antes, cuando nos chocamos en el instituto la primera vez que nos vimos, algo cambió en mí. —Frunzo el ceño, sin entender dónde quiere ir a parar—. Y supe que debo estar contigo y ayudarte. Siento la necesidad irracional de protegerte todo el puto tiempo y eso no me había pasado nunca.

Sigo confundida. No sabe cómo continuar y noto que en su mente está intentando encontrar las palabras correctas.

—Cuando te vi tumbada en la UCI, dormida, pálida y tan frágil, sentí que casi había perdido una oportunidad que nunca iba a volver a recuperar. Entonces, me prometí que no iba a volver a cometer ese error.

Me mira con tanta intensidad que creo que va a atravesarme el alma. Sus ojos dorados brillan ante la luz del atardecer, que me dejan sin aliento. No sé qué es lo que quiere decirme con todo esto, pero no tengo voz ahora mismo para interrumpirle. Mis ojos se humedecen ante todos los sentimientos que estoy sintiendo ahora, que me abruman y se acumulan en el pecho con un calor imposible de entender.

—No sé si hago bien diciéndote ahora mismo esto, porque siento que no mereces que nadie te haga daño ni siquiera por decirte lo que yo voy a decirte.

—No te entiendo. —Mis palabras salen entrecortadas, mientras una lágrima baja por mi mejilla.

Ethan sonríe mientras me la limpia con el pulgar y deja su mano en un lado de mi cara.

—Te quiero. —Me quedo paralizada en el sitio, mirándole con incredulidad.

Por un momento, creo que he dejado de respirar.

—No lo entiendo —digo, en un hilo de voz, negando con la cabeza.

Las lágrimas empapan mis mejillas y me las limpia sin parar con los pulgares. Le miro sin comprenderle, moviendo los ojos escudriñando su cara, como si hubiera algún truco, alguna farsa. Casi estoy temblando. En mi pecho se instala una sensación agridulce que hace que haga una mueca.

—Te quiero —repite más lento, como si así consiguiera que me lo creyera.

Me toma por la cintura y pongo las manos sobre su pecho.

—Mereces ser querida tanto o más que los demás. Y puede que ahora no te lo creas, pero conseguiré que lo acabes creyendo, Alex, si me dejas. No quiero que me respondas ahora, ni mucho menos. —Me pone un mechón despeinado detrás de la oreja, donde tengo el pendiente en lo alto—. Solo quiero que sepas lo que siento

por ti, porque llevo mucho tiempo sintiendo esto y no quería volver a perder la oportunidad.

Le miro, pero no puedo formular palabra de todas las emociones juntas que me azotan.

Cierro un momento los ojos y me hundo en su pecho unos segundos. Él me abraza, diciendo que me quiere. Por un momento, me parece una fantasía de la que aún no he despertado realmente y lo estoy soñando.

Vuelvo a mirarle, con un brillo de ilusión, de esperanza. Sus comisuras se elevan y dejan ver su hoyuelo cuando le paso el pulgar por la mejilla y cierra los ojos ante el contacto, juntando mi frente con la suya.

—Mereces ser feliz, Alex, lo mereces. —Me levanta el mentón cuando volvemos a mirarnos.

«Si esto no es real, deja que el sueño se alargue un poco más».

Pero no es un sueño. En un sueño no hueles, no notas, no sientes… Entonces, me acuerdo del olor amaderado de Ethan todo este rato, lo que estoy sintiendo.

Y sé que es real.

—¿Por qué yo? —Solo puedo preguntarle eso, porque no tenía aire para continuar hablando.

Su sonrisa sigue así, eterna, pero yo espero respuesta, aún con lágrimas en los ojos.

—¿Y por qué no? —El corazón se me para un instante.

No me esperaba para nada esa respuesta.

Tan simple, tan sincera.

—Eres buena persona, inteligente, preciosa por dentro y por fuera, amable, fuerte... —Sus palabras me calan en lo más hondo del corazón, porque sé que no está mintiendo, nunca miente.

De repente, lo siento muy cerca, tanto, que noto su aliento junto al mío. Le miro la boca un segundo y luego a sus ojos, con una

mota de miedo.

—No quiero que me hagan daño. —Cierro los ojos ante la confesión.

Noto como vuelve a limpiarme la mejilla con ternura.

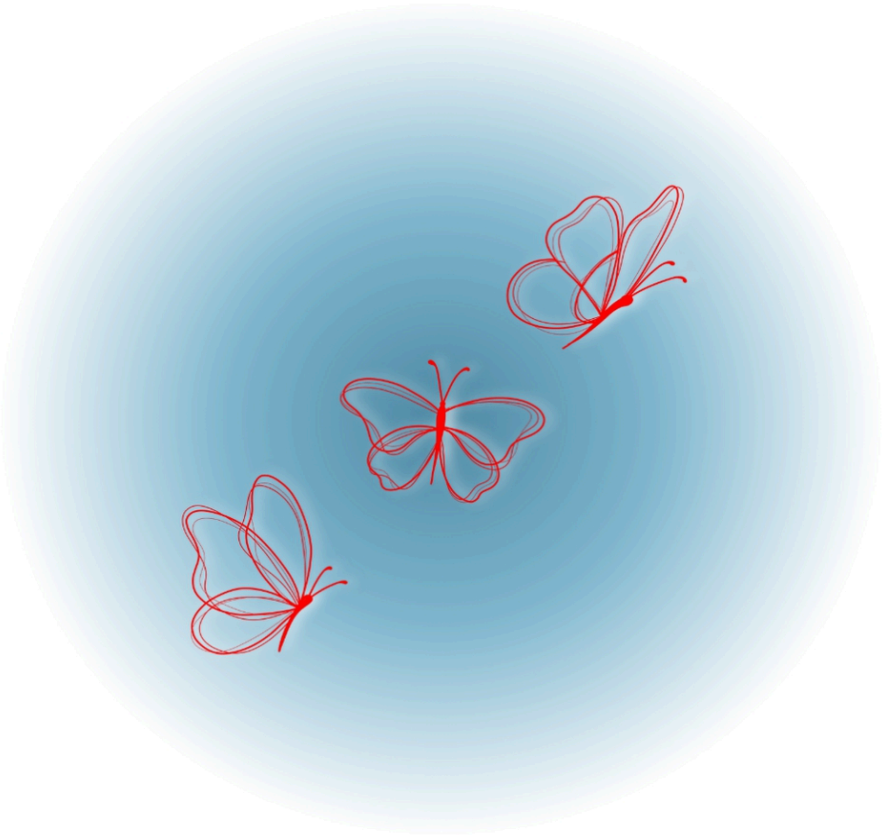
—Yo no te haría daño. —La última barrera de mi muro cae, destrozándose en mil pedazos detrás está él, que ya ha entrado por completo en mi alma—. No soy de hacer promesas, soy más bien de hechos.

Cada vez sus labios están más cerca de los míos, dejándome tiempo suficiente para negarme, pero me veo incapaz de moverme ahora. Tampoco quiero.

Cierro los ojos cuando junta sus labios con los míos en un beso dulce, casi una caricia, que hace que miles de corrientes eléctricas viajen por mi cuerpo. Una felicidad, una euforia me recorre entera. Pongo mis manos en su nuca, vuelve a besarme, esta vez un poco más profundo y yo le dejo entrar, en un beso lento y cuidadoso, que hace que me derrita.

Cuando nos separamos, jadeando por el momento, le sonrío.

—No sé cómo lo haces, pero has destruido todos mis muros, notas.



70

Ethan

—Venga ya, pero ¡qué fuerte! —Tengo el teléfono a un metro de la oreja y, aun así, escucho a Laura como si estuviera aquí conmigo—. ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Espero a que acabe con los ojos abiertos como platos, pero, como si fuese una niña pequeña a la que le han dicho algo extraordinario, no deja de hablar.

Es una de esas personas que, cuando algo le emociona tanto, se vuelve hiperactiva, como si le hubieran dado azúcar y sufriera las consecuencias.

—Pero, entonces, ¿estáis saliendo? —sigue preguntando—. ¿Es oficial?

Y por fin me deja hablar. Me pongo el teléfono de nuevo en la oreja, ya que su intensidad ha rebajado en la última pregunta.

—A ver, no lo hemos etiquetado… —Frunzo el ceño, confundido —. ¿Hace falta ponerle una etiqueta algo así?

—Rotundamente sí, para mí. Ya tiene mi visto bueno como novia desde hace tiempo, así que puedes estar tranquilo.

«Pero bueno».

—¿Tu visto bueno? —repito su pregunta con incredulidad sarcástica—. ¿Desde cuándo necesito tu visto bueno?

Hace un gruñido de dolor y yo encarno una ceja.

—Eso ha dolido, Ethan. En el corazón. —Casi la veo ponerse la mano ahí, cosa que me hace reír a carcajada limpia—. ¿Y te ríes? ¿Te ríes? Si alguien lo ve normal, que me lo diga.

Dejo de reírme para poder contestar.

—Es que me encanta picarte, *melona*. Claro que me importa tu opinión, ya lo sabes.

Ella suspira en voz alta.

—Me alegra que estés tan feliz, de verdad. Algo bueno tenía que pasar, dadas las circunstancias.

Tenía razón. Me siento en la cama para estar más cómodo, apoyándome en la pared.

—No sabía si decírselo ya, pero también creía que necesitaba esas palabras para que se diera cuenta de muchas cosas. De cosas que ella *no* se cree —opino, desde mi punto de vista—. Creo que necesitaba que alguien le dijera: «Eh, vales mucho y te lo mereces todo, como cualquier persona».

—Creo que tienes razón —concuerda conmigo, en un suspiro apagado—. Ha pasado toda su vida sintiendo que nadie quiere estar con ella, que nadie quiere ser su amigo… No ha tenido nunca a alguien que se lo diga. La verdad es que no me imagino lo sola que se debe haber sentido.

Respiro hondo, porque sus palabras son mis pensamientos.

Yo tampoco puedo llegar a imaginar la soledad a la que se debe de haber enfrentado toda su vida. Siempre parece haber tenido a su madre, pero ¿y su padre? La única vez que le pregunté me arrepentí al momento por su reacción. Solo me dijo que vivía con su madre. Sí que es verdad que las pocas veces que he ido a su casa él no estaba. Tampoco vino a verla al hospital, pero, por no entrometerme en su vida, no quise preguntar.

No comenté nada sobre el tema, porque era algo que le concernía a ella. Alex será la que, si quiere, me explicará su historia. Por fin confiaba en mí, así que ahora tengo que ser yo quien confíe en que me lo contará cuando quiera.

—Ethan, nos vamos. —Miro hacia la puerta cuando mi madre me habla y me enderezo.

Tapo el micro del teléfono para contestarle.

—Cuelgo y voy. —Vuelvo a centrarme en Laura—. Tengo que colgar, nos vamos a comer fuera, Lau.

Me levanto de la cama y comienzo a ponerme las bambas.

—¿Tus padres lo saben? —Ahoga un grito que me sobresalta y pestañeo.

—El día que dejes de darme ataques al corazón, te lo agradeceré, en serio.

—¡Lo saben! —Parece estar dando saltitos—. ¿Qué han dicho?

—Que hablamos luego, te quiero, adiós. —Y le cuelgo antes de que mi madre me avise por segunda vez.

Como si me hubiera leído la mente, pica a la puerta y la abre.

—¿Nos vamos? —Me mira con las cejas elevadas y una mano en la cadera.

—Sí, solo me estaba poniendo las bambas.

—Venga, que estamos en la puerta.

Se va colocándose el bolso en el hombro con su gracia de siempre.

Alex hoy pasa el día con su madre, ya que le prometió estar con ella, dado que tenía fiesta y quería aprovechar que ya no estaban en el hospital para estar tranquilas. Erika me dijo que se pasaría mañana, así que, a ver si juntos podemos dar una vuelta.

El lunes será un día duro para Alex. Me comentó ayer que le tocaba terapia por primera vez. No será fácil para ellas. Me ofrecí a pasar a buscarla después de terapia, si es que se encontraba con fuerzas, no para hablar, sino para simplemente pasar tiempo juntos e intentar que el día no fuese tan malo después de todo.

Aceptó con una sombra de incertidumbre en sus ojos, y supe que era porque no sabía lo que le esperaba en su primera sesión. Es normal que esté nerviosa, creo que cualquiera en esa situación, en su sano juicio, lo estaría. Yo estaría para ella cuando lo necesitara.

No le había dicho aún a mis padres lo de mi relación con Alex, pero conociéndolos no dudo en ningún momento que puedo

decírselo sin problemas, aunque me da vergüenza. No sé cuándo hacerlo, en realidad. Es al acabar de comer y esperando los postres que carraspeo, provocando que me presten atención. El calor me sube por las mejillas, pensando en qué decir.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre, ladeando la cabeza con las cejas fruncidas, mientras bebe un sorbo del café que ha pedido.

Mi padre nos mira como si de un partido de tenis se tratara. Joder, ¿a qué vienen tantos nervios? Respiro hondo y lo digo, sin más.

—Me gusta Alex —comienzo a decir, con las mejillas coloradas y el corazón resonando como un tambor—. Y ayer se lo dije.

«Ya lo he dicho».

Suelto aire. Hay un momento de silencio que a mí me parece sepulcral. Igual ha sido muy pronto, igual no tendría que haberlo dicho. Mi madre deja la taza en el platito con aparente tranquilidad.

—Estaba claro, cariño. —Me quedo mudo, sin saber qué decir.

Abro mucho los ojos como respuesta. La verdad es que, con la mirada que me echó y los comentarios que hizo el día que fuimos a Málaga, no sé por qué me sorprende.

—No subestimes el poder instintivo de una madre —dice señalándome con la cucharita del café, lo que provoca que casi me atragante con la tarta de queso que estoy comiendo—. ¿En serio creías que no lo sabía? ¿Ni tu padre?

Bueno, lo que no sabía era que fuera tan evidente para ellos.

—¿Tanto se me notaba? —pregunto con curiosidad, aunque de poco sirve saber eso, porque es obvia la respuesta.

Mis padres me miran a la vez, algo más serios.

—Solo hizo falta verte en el hospital el día que Alex acabó ingresada, Ethan.

El corazón se me congela durante un segundo; creo que me pongo algo pálido al recordarlo.

Me lo debería haber imaginado. Dejo la cuchara del postre al lado del plato, con el estómago algo revuelto. La verdad es que no se me ocurrió fingir tranquilidad.

—Ya, la verdad es que solo estaba preocupado por ella —confieso mirando el pastel—. Solo quería que estuviera bien.

Mi padre me pone una mano en el hombro en señal de apoyo.

—Yo he sentido lo mismo, chaval. —Levanto la mirada del pastel y en la suya solo hay comprensión y entendimiento—. Así que te entiendo.

Mi madre mueve la mano hasta quedar debajo de la mesa.

Casi la veo colocarla en su pierna, agradecida. Mi corazón se llena por esos gestos que hay entre ellos y mi sonrisa es instantánea, una de esas que salen sin que tú lo puedas evitar. Si creo en el amor, es por ellos.

—¿Y qué te ha dicho?

Al principio me cuesta saber de qué habla y frunzo el ceño, pensando.

«De Alex, claro».

—Pues… No quiere que le hagan daño. —El rostro de mi madre se convierte en una mueca de pena—. Pero, creo que ha salido bien.

Mis mejillas vuelven a arder tras recordar nuestro beso.

Nuestro primer beso.

71

Alex

—¡Si es que ya era hora, tía! —grita Erika al otro lado del teléfono.

Casi la oigo caminar por la habitación de un lado a otro, pegando saltos. Aún no me creo lo que viví con Ethan ayer. Mi corazón late a mil por hora cada vez que recuerdo sus labios sobre los míos, la delicadeza de su beso que hizo que me deshiciera entera, sus brazos protectores rodeando mi cuerpo. Sonrío sin poder evitarlo.

—Cállate, anda. —Me tapo hasta la nariz con la manta—. ¿Cómo iba a creer que le gusto? Me imaginaba de todo menos eso.

—Venga ya, Alex, ¿no te fijaste en cómo te miraba?

Procuro no mirar a la gente a los ojos si no es necesario, me da vergüenza. Al ver que no contesto, sigue hablando.

—La verdad es que me parece demasiado tierno —dice con una voz algo más aguda, emocionada—. ¿Y tú qué le dijiste?

Respiro hondo e intento buscar las palabras para responder.

—La verdad es que, después de todo lo que me dijo, solo… —Me quedo callada un segundo antes de confesar—: quiero dejarme llevar, aunque sea un poco. Le dije que no quería que me hicieran daño.

Erika me escucha atenta y espera a que continúe hablando, pero no lo hago. Un nudo empieza a crearse en mi garganta, sin saber exactamente por qué.

—Alex, ¿y si piensas solo en lo que te ha dicho? ¿En cómo se confesó? Quédate con esas sensaciones tan bonitas. Eres una chica

a la que le acaban de declarar su amor, algo que todo el mundo vive mínimo una vez en su vida.

Trago saliva. Sé que tiene razón.

Otra cosa a apuntar en la lista de cosas que hablar con la terapeuta. Estos días sigo sobreviviendo, pero siento que no es de la misma manera desde que intenté dejar este mundo.

El lunes, estoy aterrada. Y no porque me quiten los puntos, ni porque pronto tenga que volver a clase. Estoy frente a la puerta de la terapeuta. Una puerta transparente pero opaca, con marcos de madera oscura y con una placa blanca en la que se lee «Noelia Martínez». Mi respiración es algo irregular y mi mirada está clavada en ese nombre. Tengo miedo de qué puede pensar sobre mí la persona que está detrás. Miedo de no ser comprendida aun abriéndome en canal. Miedo de ser juzgada.

Una mano en mi pierna hace que desvíe la mirada hacia ella, tensa y nerviosa. Miro a mi madre y suelto el aire que tenía guardado durante lo que parecía ser una eternidad.

—Cariño, ¿quieres que pregunte si puedo entrar contigo?

Me quedo pensando un momento, volviendo mis ojos hacia la puerta.

Quería que mi madre me acompañara, pero mi instinto dice que he de hacerlo sola, porque sé que no sería lo mismo. Necesito hablar con alguien que no me conozca, alguien que me diga que no estoy loca, que solo estoy rota y necesito ayuda.

—No, creo que quiero hacerlo sola —digo, mirándola con una sonrisa de agradecimiento, para que no me malinterprete.

Me devuelve la sonrisa y me aprieta el muslo, en señal de ánimo. La puerta se abre y las dos giramos hacia ella. Respiro hondo mientras una mujer joven de mediana edad sale y se despide de la mujer que será Noelia. Luego parece mirarme directamente a mí y me enderezo por inercia, tensa.

—¿Alex Villaescusa? —pregunta con una voz dulce, casi tierna.

Asiento y me levanto, soltando aire. De repente, el miedo vuelve a azotarme, junto con la culpa y la vergüenza. Entro dentro y me quedo de pie, como esperando alguna orden para sentarme. Oigo que cierra la puerta cuando me giro hacia ella.

—¿Quieres un vaso de agua o algo por el estilo, Alex? —me pregunta agarrando un vaso, esperando a que yo asienta. Cuando lo hago, continúa—. ¿Quieres sentarte?

Señala los sillones a mi lado.

Me siento con los brazos cruzados y cruzo también las piernas. Se acerca a mí con una sonrisa y me ofrece el vaso de agua.

—Gracias —digo, casi sin aire.

¿Por qué cuesta tanto? El corazón me va a cien por hora. Noto que se me va a salir del pecho en cualquier momento. La presión es muy fuerte y hace que no pueda dejar de mover el pie para intentar aliviarla, pero no sirve.

Se sienta en el sillón que hay frente a mí, con una carpeta, papeles y un bolígrafo. Carraspea antes de hablar.

—Bueno, Alex, me llamo Noelia. ¿Te gustaría empezar presentándote un poco?

Respiro hondo antes de asentir.

Empiezo a hablar. Al principio de manera torpe, retorciendo mis manos y, poco a poco, sin mirarla, le explico por qué creo que estoy ahí sentada. Ella espera. A veces, apunta en los papeles que tiene en la mano o cambia de posición. Me escucha y mira con atención.

—Háblame más de tu madre —me pide cuando acabo de hablar—. Parece muy importante para ti. ¿Te llevas bien con ella?

—Sí —digo simplemente. La culpa al pensar en ella me presiona el pecho, pero finalmente continúo hablando—. Siempre ha estado ahí para mí. Siempre me ha ayudado. Pienso que he sido yo quien ha puesto muros, no se lo merece.

Con lo último, se me rompe la voz y no puedo seguir hablando. Las lágrimas vienen a mí sin poder contenerlas. Pestañeo para

evitarlas, pero una ya rueda por mi mejilla. Me la limpio sorbiéndome la nariz.

—Alex, lo que quiero que quede claro es que aquí no vamos a juzgarte nunca, no vamos a regañarte o a decirte qué deberías haber hecho y qué no —empieza a decirme en tono tranquilizador—. Estamos aquí para ayudarte, darte recursos y herramientas para que seas consiente de ellas y las sepas usar en tu día a día.

Al decir esas palabras, la miro.

En esa mirada solo veo humildad y generosidad… Me hace sonreír un poco y asiento, notando cómo la presión que sentía parece dejarme por fin respirar. Acabo por hablarle de Ethan, incluso de lo que pasó entre nosotros.

—¿Cómo te sentiste cuando te dijo todo eso? Has dicho que te dijo que te mereces ser querida como cualquier otra persona. ¿Crees que no lo mereces?

—Supongo que, al vivir todo lo que he vivido en el instituto y… —Me quedo callada un momento, pensando si continuar por ahí. Decido que no. No todavía—. Con lo que acaba de pasar… Siento que he sido una egoísta, no he pensado de verdad en las consecuencias que tiene hacer lo que he hecho.

—¿Sientes vergüenza? —Frunzo el ceño antes de responder, sin pensar.

—De eso no. —Me arrepiento de esas palabras al instante, pero ya las he dicho.

Noto la confusión que se apodera de su mirada, cosa que no me sorprende.

—¿Puedo saber de qué, entonces?

Otro silencio.

Noelia espera la respuesta sin prisas. Deja que yo decida qué quiero decir, sin presión. Pero sigo sin estar segura de contarlo. Trago saliva visiblemente. Al ver que sigo sin responder, prueba con otra pregunta.

—Alex, creo que… Tu intento de suicidio no fue solo por tu situación en el instituto, ¿no? —Me rasco la frente, suspirando.

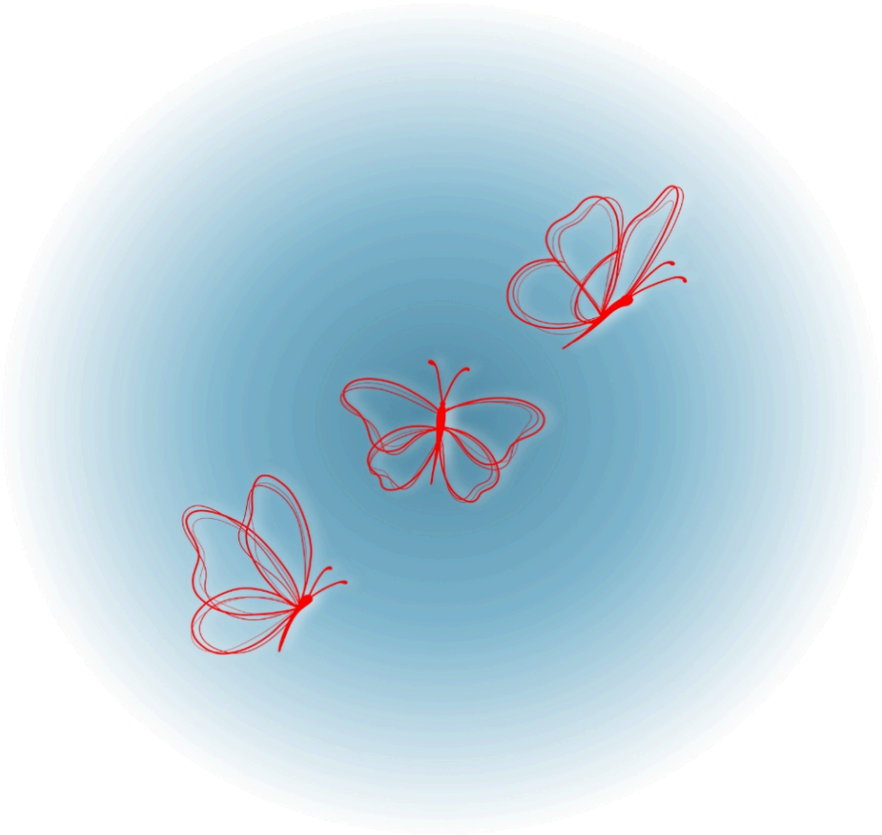
Acabo por negar con la cabeza.

—¿Te gustaría explicarme? No sientas presión, recuerda que no voy a juzgarte ni obligarte a decirme nada que no quieras. Iremos poco a poco, si crees que es mejor.

Otra lágrima rueda por mi mejilla, pero, esta vez, no la limpio.

Intento buscar palabras que atenúen lo que significa, pero no las hay, y simplemente dejo salir las que llevo ocho años sin atreverme a decir en voz alta.

—Cuando tenía nueve años, mi padre abusó de mí.



72
Ethan

La vuelta al insti de Alex fue como todos esperábamos. Algún que otro susurro y alguna mirada, pero nada fuera de lo normal. Parece que a todos les da igual que entremos cogidos de la mano hasta llegar a los pupitres donde siempre nos sentamos, cosa que me hace sentir un alivio infinito. No quiero que se esconda o sienta vergüenza, no quiero que nos escondamos.

Casi todos los profesores le pidieron unos minutos a solas después de clases; supongo para saber cómo estaba y darle apoyo. Aunque no todos lo hayan hecho, se agradece que al menos algunos se preocupen. Alex parecía que lo agradecía, sí, pero sin más. Creo que el hecho de que sea ahora cuando le pregunten o se preocupen no le hace ninguna gracia. La verdad es que a mí tampoco.

Demasiado tarde para preocuparse ahora.

Creo que la terapia de ayer le fue bien en cierto modo, aunque está un poco callada en cuanto al tema, pero, como le dije, no iba a pedirle que me hablara de ello si no quería o no le apetecía. Quiero que lo haga cuando se encuentre preparada.

Lo único que me había dicho sobre su primera cita con la terapeuta fue que resurgieron muchas emociones, pero que se sentía más liberada, que era extraño sentir que ahora la escuchaban. Se me encogió un poco el corazón al escuchar eso, pero, a la vez, me sentí aliviado porque por fin se estaba dando cuenta de que, si pedía ayuda, ahí estarían para ella. Y eso era un gran paso.

Volviendo al instituto, nos mandan otro trabajo para hacer en grupos de dos, así que de nuevo trabajaría con Alex. Me gusta trabajar con ella, porque es una de esas personas que se centra en

lo que tiene que hacer y eso es algo que, a esta edad, poca gente tiene en su carácter.

Decidimos que lo comenzaríamos el viernes, ya que teníamos después todo el fin de semana por delante. Como con el anterior, acordamos que sea en mi casa, aunque ella acepta a regañadientes.

—¿No te gusta mi casa? —pregunto abrazándola por detrás esa tarde, volviendo a casa de la biblioteca.

La noto sonreír y pone sus manos en mis brazos.

—Todo lo contrario, pero me siento mal por ser siempre la que la invade —dice con un tono que me recuerda al de una niña pequeña, lo que me hace reír.

—Pues no te sientas mal, me ofrezco yo, así que no te preocupes por eso —contesto poniéndome de nuevo a su lado. Entrelaza sus dedos con los míos—. La próxima vez, me aprovecharé yo de tu casa.

Ella ríe negando con la cabeza.

—Contigo es imposible.

El viernes mi madre invita a Alex a comer, con la excusa de que tenemos que hacer el trabajo, así que seguro que acabamos más pronto de lo que creemos.

Tal y como planeamos, nos queda poco para acabar el trabajo, a falta de poner las fotografías y poco más, por lo que nos ponemos a cenar. Cuando acabamos, puesto que todavía era pronto y mis padres no habían vuelto, nos sentamos en el sofá, ella estirada con la cabeza en mis piernas y yo acariciándole el pelo, mientras vemos una peli.

A la hora, el teléfono de Alex vibra en la mesita y la hace sobresaltarse. Se había quedado dormida. Con un suspiro resignado le echa un vistazo y teclea de vuelta para contestar el mensaje. Cuando lo deja en la mesa de nuevo, vuelve a tumbarse igual que antes.

—Mi madre —me informa medio dormida—. Quería saber cuándo volvía.

—No te preocupes, ahora yo te acompaño a casa. —Vuelvo a acariciarle el pelo de manera parsimoniosa y ella suspira otra vez, cerrando los ojos.

—No me he dado cuenta de que me he quedado dormida. —Se rasca un ojo—. ¿Qué hora es?

—Las once ya, chiquitilla. —Se levanta de nuevo, soltando aire, queriendo despejarse.

—Debería irme a casa. —Asiento y me desperezo también.

De camino a la habitación para recoger sus cosas, Alex se para en la puerta de la cocina, dubitativa.

—Voy a por agua —dice finalmente. Yo la acompaño y espero.

Deja el vaso que había cogido en la pica y mira el paquete de galletas, todavía pensativa. Frunzo el ceño un segundo.

—Alex —digo en tono de advertencia fingida—. No pensarás en hacer un atraco a mi cocina a las once de la noche, ¿verdad? —le pregunto mirándola, esperando respuesta con las cejas elevadas y una media sonrisa, ya que yo también quería galletas, ahora que las había visto.

—No, para nada —dice como respuesta aún sin moverse.

Nos quedamos así un momento. Espero a que ella decidiera hacerlo y, de repente, agarra las galletas y sale corriendo de la cocina. A mí no me da tiempo a reaccionar hasta que sale por la puerta.

—¡Eh! —le reprocho, herido—. ¡Eso no se vale!

Salgo de la cocina, corriendo detrás de ella.

La escucho reírse hasta llegar a mi habitación. Allí ya no tenía escapatoria, pero, sin embargo, estaba al otro lado de la cama, para que no la atrapara. Se balancea nerviosa.

—Eres mala, Alex, no es justo, ¡no me has dado tiempo! —le recrimino en tono de fingido enfado.

Ella continúa riendo.

—¡Te pasa por ser lento! —me responde, como si fuera una excusa.

Niego con la cabeza, sin creérmelo.

—¿Crees que soy lento? —Mis palabras son como un cante mientras me muevo lentamente hacia donde está ella, con intención de ponerla aún más nerviosa y no sepa qué hacer.

—Lo acabo de comprobar —me suelta, riéndose nerviosa porque sabe que la voy a perseguir cuando menos se lo espere.

Sin más dilación, empiezo a correr a por ella. Alex salta encima de la cama para esquivarme y llegar al otro lado, pero yo soy más rápido y la agarro en la entrada de la habitación, evitando que saliera. Ella se queda en el aire, pataleando con las galletas aún en mano.

—*Pa´ dentro.*

Hago que caiga sin brusquedad sobre la cama e intento quitarle las galletas, pero no llego por culpa de sus piernas, que las tiene ahora alrededor de mi cadera, impidiéndome que llegara más arriba, con la otra mano intentando tapar la visión. Entre risas, desisto a coger las galletas, pero le hago cosquillas en la cintura. Eso le hace soltar al momento las galletas, agarrándome las manos para que no siguiera, lo que le provoca un ataque de risa.

Quiero tener esa risa grabada en mi memoria para siempre.

—¡Para, para! —me dice entre risas y jadeos. Pero no desisto.

—¡Ríndete, entonces! —le exijo, haciéndole cosquillas.

Ella no para de reír e intentar quitarme las manos, pero no lo consigue.

—¡Vale, vale! —Se rinde, jadeando.

¡Bien! Paro de hacerle cosquillas aún encima de ella, agarrando el paquete de galletas que estaba justo al lado. Voy a abrir el paquete, con ella aún debajo de mí.

—Tú sí que eres malo —me reprocha, recuperando el aliento.

Cojo una de las galletas y la parto por la mitad para compartirla con ella. Alcanza lo que le ofrezco y se la come. Yo hago lo mismo. De repente, me doy cuenta de que la tengo muy cerca.

Me quedo mirando sus ojos verdes y sonrío. Ella me mira de vuelta, extrañada, acabando de tragar su mitad de la galleta.

—¿Qué? —me pregunta sonriéndome, confundida.

Yo niego con la cabeza, diciéndole con el gesto que no pasa nada. Ella sigue sonriendo. No puedo evitar la tentación y le doy un beso en los labios. Ella parece sorprenderse, pero me responde de igual manera. El beso se intensifica en un tira y afloja de nuestras bocas, encendiendo un deseo que nunca había sentido antes.

Pone sus manos en mis ondulaciones y empiezo a acariciarla hasta la cintura. Ella parece tensarse, de repente, me toma la mano y el beso para.

—Ethan —dice, agitada, queriéndose levantar.

Para no impedírselo, con el corazón en un puño, me levanto con ella, ayudándola. Se queda sentada en el borde de la cama, todavía jadeando, y yo de rodillas, a su altura.

La he cagado.

—Eh —le digo muy angustiado, sin saber cómo continuar—. Lo siento mucho, no quería…

Ella no parece estar aquí, sino en otra parte, lejos.

—¿Alex? —Llamo su atención aún más angustiado que antes.

—No, no. —Parece volver al presente y me habla rápido, con intención de tranquilizarme—. Lo siento, es que…

Niega con la cabeza, con mis manos entre las suyas.

Ese gesto me tranquiliza y suspiro de alivio.

—De verdad, no eres tú, es que… —Ante eso no puedo evitar sonreír y negar con la cabeza hacia el suelo.

—Ahora no me irás a decir, «no eres tú, soy yo», ¿verdad?

—Puede que sea así, Ethan —responde, algo avergonzada. Yo la miro con el ceño fruncido, extrañado.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto serio.

Iba a seguir hablando, pero ella me corta.

—Tengo que contarte algo. —De repente se pone muy seria y eso me asusta un poco. Aun así, respondo en un susurro preocupado:

—Vale. —Aguardo a que empezara a hablar, paciente.

Ella respira hondo, preparándose para hacerlo, pero no lo consigue.

—Alex. —Mi tono es tranquilizador y le aprieto las manos, intentando transmitirle calma.

—Si no puedes contármelo aún, no pasa nada —continúo, susurrando—. Lo siento si he hecho algo que…

No sabía qué más decir. Me siento una persona horrible ahora mismo.

—Estás temblando —advierto.

Le acaricio los brazos, preocupado.

—En serio, si… —trato de expresarme.

—No es por ti, Ethan, te lo prometo —lo dice con tanta seriedad e intensidad en su mirada que me deja casi sin aliento.

No puedo hacer otra cosa que creerla.

73

Alex

No se merece esto. Voy a contárselo. No puedo dejar que piense que él es el problema. Respiro hondo, queriendo hablar, pero no me salen las palabras. Él parece darse cuenta.

—Alex —me dice apretándome las manos, en tono tranquilizador—. Si no puedes contarme aún, no pasa nada. Lo siento si he hecho algo que…

Me acaricia los brazos, transmitiéndome calma.

—Estás temblando. —Ni yo me había percatado, la verdad.

Le miro por primera vez a los ojos y solo veo angustia y preocupación en ellos. Joder…

—En serio, si… —No puedo verle así.

—No es por ti, Ethan, te lo prometo —le digo con aplomo, ya que quiero que capte que es la verdad, que él no tiene nada que ver con mi reacción.

No quiero que se sienta así.

—Quiero contártelo —digo a media voz, con algo de miedo—. ¿Me escucharás?

Hago la última pregunta mirándole a los ojos. No puedo evitar observarle con algo de inquietud. Él me mira de una manera que, de repente, me hace sentir una seguridad que nunca antes había sentido.

—Claro —responde con ternura, volviendo sus manos a las mías.

Era lo que necesitaba. Yo asiento, respiro hondo y empiezo a hablar.

—Nunca te he hablado de mi padre —empiezo, con voz temblorosa—. Eso es porque para mí no existe. Desde que tengo nueve años ya no está en nuestras vidas. Ni en la mía ni en la de mi madre.

Ethan escucha atentamente. Asiente, animándome a continuar.

—Su relación siempre fue algo turbulenta. Siempre se estaban peleando, a veces chillaban y yo me iba a la habitación para no escucharlos, pero aun así era imposible no oírlos. Incluso hubo días que escuchaba que rompían platos y vasos. Cuando tenía ocho años, pareció que las cosas cambiaron. Ya no discutían tanto, no chillaban tanto, no discutían apenas. Pero sí había un ambiente raro en casa. Había veces que, sin venir a cuento, mi padre iba hacia mi madre, que estaba en la cocina, por ejemplo, y la empezaba a acariciar, se la llevaba a la habitación y cerraban la puerta.

Hago una pausa para respirar un poco.

Ethan espera paciente a que pueda seguir hablando.

—Cuando tenía nueve años, las cosas seguían más o menos igual, pero mi madre siempre estaba seria o solo sonreía a veces, conmigo. Antes no lo entendía, pero siempre me decía: «Eres la luz de mi vida, siempre». Aún me lo sigue diciendo.

Se me empañan los ojos con lágrimas, emocionada. Ethan me acaricia la mano, consolador.

—La quieres mucho —me dice, haciendo que mi corazón se encoja un poco y continuando en un susurro—. Y se nota.

Yo asiento, de acuerdo con él.

—Se lo he hecho pasar muy mal, Ethan… —La culpa vuelve a invadirme y por mucho que lo intente, no se va.

—Estoy seguro de que no te reprocha nada, Alex. —Ambos sabemos a qué se refiere.

Yo continúo hablando, sin poder contestar a las palabras de Ethan.

—Un día, yo estaba durmiendo y me desperté con el sonido de la puerta de mi habitación. Era mi padre quien había entrado. —Me pongo a temblar de nuevo, sin poderlo controlar.

Suspiro para calmarme un poco, pero la voz me tiembla al seguir.

—Se sentó a mi lado y… empezó a acariciarme. —Noto que mi voz se corta. Ethan se tensa un poco, pero no me atrevo a mirarle a la cara—. Recuerdo que me miraba de forma extraña, me dijo que me relajara y…

Ethan se levanta aturdido y yo le miro por primera vez desde que he empezado a hablar, porque me sorprende.

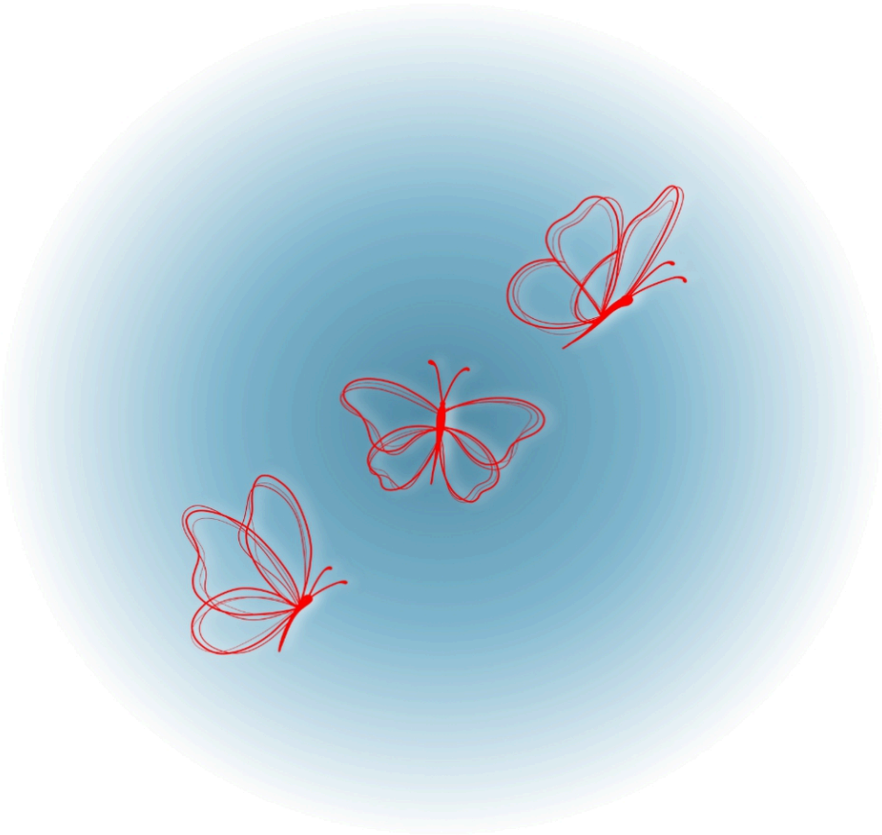
—Un momento, un momento. —Como si no entendiera nada, ahora era él quien parecía temblar.

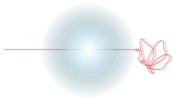
Con un susurro y a punto de llorar, me pregunta:

—Alex… ¿Eres virgen? —Yo solo puedo negar con la cabeza, mirando el suelo, muy avergonzada ante ese hecho.

Contesto entre lágrimas:

—No.





74
Ethan

Su respuesta me llega como un jarro de agua helada, como si todo mi cuerpo hubiera sido aplastado. Creo incluso que he palidecido. Aún estoy de pie, pero no puedo moverme. De repente, en mi cabeza empiezan a encajar muchas piezas, piezas que ojalá nunca hubiera tenido que juntar.

Cuando por fin siento que puedo moverme, me paso la mano por el flequillo y camino hacia un lado de la habitación, sin saber qué más hacer.

—No puedo creérmelo, porque encima…

Estaba a un segundo de preguntarle si sabía dónde coño está, a un puto segundo.

No me salían las palabras. Si decía alguna, se me cerraría la garganta. Mis ojos se empañan por las lágrimas que aparecen sin previo aviso y siento náuseas por lo que ha tenido que vivir. Me giro hacia ella, que se ha levantado y me mira casi sin comprender.

—Lo siento muchísimo. —Es la única frase completa que alcanzo a decir, acercándome a ella—. Ojalá no hubieras tenido que vivir algo así, Alex.

Una lágrima rueda sin vergüenza por mi mejilla, mientras yo me dedico a limpiar las suyas con mis pulgares. Acuno su rostro con mis manos y ahí las dejo, para que no pueda apartar su mirada de la mía.

—No fue tu culpa. —Hago énfasis en cada palabra—. No tienes la culpa de algo que él hizo.

Ella pone sus manos sobre las mías y cierra los ojos un momento.

No habla, no dice nada. Eso me da esperanzas de que esté asimilando mis palabras y las crea.

—Es difícil no culparse por algo que crees que pudiste parar. —El corazón me da un vuelco de la pena que estoy sintiendo ahora mismo.

Siento mucha impotencia, solo quiero tener el poder de hacer que todo malo desaparezca de su vida, que solo sienta la felicidad que se merece, que solo sienta que la quieren.

—Pero espero que mis sesiones con la terapeuta sirvan para eso, para entenderlo mejor, entender que yo tan solo era una niña pequeña que lo único que hacía era confiar en su padre, que él fue quien rompió esa confianza, no yo.

Junto mi frente con la suya, cerrando los ojos.

—Y si, además de eso, necesitas a alguien con quien hablar, sabes que estoy y estaré para ti.

—Es lo único que necesito. —Su voz era apenas un susurro. Se sorbe la nariz antes de continuar—. No quiero que pienses en ningún momento que no quería continuar o que no quería hacerlo. Tú no eres el problema, Ethan.

Vuelvo a mirarla para contestar.

—No tienes que disculparte por eso, entiendo que no estés preparada todavía, en serio…

—No lo entiendes. —Me corta, poniendo una mano en mi pecho—. No te he hecho parar porque tuviera que ver contigo o porque no estuviera preparada, sino porque merecías saberlo.

Yo solo me quedo callado, intentando buscar las palabras adecuadas.

Pone sus brazos alrededor de mi cuello, poniendo las manos en mi nuca. Yo la abrazo por la cintura, como si así no fuera a irse nunca.

—Quería contártelo, pero nunca encontraba el momento o la oportunidad. —Le pongo un mechón de pelo detrás de la oreja, ya que casi me impedía ver sus hermosos ojos verdes y brillantes—. Tenía miedo de lo que pudieras pensar, de lo que pudieras decir, pero dentro de mí, en el fondo, sabía y sé que puedo confiar en ti ciegamente, que puedo expresarme como quiera, decir lo que quiera, porque no harías nada que pudiera hacerme daño.

Sus palabras hacen que lágrimas vuelvan a mis ojos sin poder contenerlas ni evitar que resbalen por mis mejillas. Le sonrío como el llanto me deja y pasa una mano por mi hoyuelo, acariciándolo.

—Quiero, por primera vez en mi vida, dejarme llevar, hacer lo que cualquier adolescente hace, ser feliz sin creer que hay consecuencias por ello, mandar a la mierda al puto «¿qué dirán?» que las voces de mi cabeza siempre me meten. —Sus labios casi rozan los míos con cada frase y estoy intentando mantener el control de todas las emociones que están invadiendo mi cuerpo ahora mismo.

Quiero todo eso para ella, eso y más. Mucho más. Joder. Solo quiero hacerla feliz, porque lo merece. Después de todo, solo quería que tuviera una vida normal, como ella ha dicho, que sea una adolescente como cualquier otra.

Porque lo era.

Lo que dice a continuación hace que acabe con el poco autocontrol que tenía y me deja completamente desarmado.

—Quiero vivir, Ethan. Quiero vivir sin miedo. Así que, si aún quieres, continuemos donde lo habíamos dejado, porque yo sí quiero. —Su aliento se funde con el mío antes de juntar de nuevo nuestros labios, dándole la respuesta que quería.

Al principio es una simple caricia, la sombra de un beso, que acaba en uno más profundo, volviendo al vaivén de antes. Ella enreda sus manos en mi pelo y la acerco más a mí, sin quitar las mías de su cintura.

La acomodo en la cama de nuevo, llevándola al centro de esta, quedando debajo de mí. Pongo mis brazos a ambos lados de ella, sin

aprisionarla. Nos besamos hasta que mi boca memoriza cada parte de la suya y nuestras lenguas se encuentran una y otra vez.

Sus manos van de mi pelo a mi cuello y de ahí pasan a mis bíceps, todo como una caricia que hace que corrientes eléctricas pasen por mi cuerpo y provocan que la quiera más cerca.

—Si te sientes incómoda, dime que pare —le pido antes de continuar.

Me asiente con sus mejillas tan sonrojadas como deben estarlo las mías y vuelvo a besarla.

Recorro su piel en un camino de besos por su mandíbula, debajo de la oreja, hasta llegar al cuello, donde la noto estremecerse, con el aliento entrecortado. Pasa sus manos por mi espalda, hasta llegar al final de mi sudadera, poniéndolas debajo de ella. Vuelvo mi atención a su boca y la miro con una sonrisa ante el gesto. Ella parece azorada, como si la hubiera pillado haciendo algo, lo que casi me hace reír de la ternura que me causa.

Me aparto para poder quitarme la sudadera y la dejo a un lado, en el suelo. Me quedo un momento quieto al ver que me mira de arriba abajo y, de repente, me siento nervioso y expuesto. Espero expectante sus reacciones, sin prisas. Sigue con sus manos en mi espalda y las pasa a mi cintura, haciendo que mi respiración sea tan entrecortada como la suya. Se me tensa el vientre cuando sus dedos lo rozan sutilmente.

Está tanteando el terreno y hace que el deseo cada vez sea mayor. Nunca había sentido algo así. Vuelvo a acercar mi cuerpo al suyo y nuestras bocas vuelven a chocar, esta vez en un beso carnal, como si las respuestas estuvieran ahí. Paso mis manos por su cintura y noto que su respiración se vuelve más agitada sobre mi boca, pero no frena mis movimientos y en sus besos noto el mismo deseo que siento yo.

Paso los brazos por su espalda y hago que cambiemos posiciones; ella queda a horcajadas en mi regazo sin separar nuestros labios. La abrazo mientras sigo besándola con todo lo que tengo, hasta que mis manos se van al final de su camiseta. Presto

atención a cualquier tipo de vacilación, pero no la hay. Me lo confirma cuando separa sus labios de los míos y asiente, acariciándome el pelo, haciéndome cerrar los ojos un segundo antes de pasar la camiseta por su cabeza, que también echo a un lado del cuarto.

El brillo en sus ojos es completamente distinto. Está lleno de ternura, amor y deseo, igual que lo que siento yo ahora mismo. Hace que me quede sin aliento. Llevo mis manos a sus brazos hasta llegar a su cintura y de ahí a sus omóplatos, lo que hace que se tense un poco y se quede sin aliento. Llego al cierre de su sujetador, me cuesta un poco, pero consigo desabrochárselo y le resbala hasta que lo deja caer.

Pone las manos en mi pecho y se hunde en mí mientras la abrazo con un suspiro. De repente, me siento nervioso, a la vez que extasiado y con ganas de ella. Solo de ella. La aparto un poco de mí y hago que me mire a los ojos. Su mirada es azorada, con las mejillas sonrojadas. Una sonrisa nerviosa se asoma en sus labios, se me hace pegadiza y sonrío de la misma manera. Es preciosa por dentro y por fuera.

Vuelvo a tumbarla sobre la cama y entre besos, caricias y jadeos, terminamos de desvestirnos en la penumbra. Mis besos vuelven al hueco de su clavícula y clava sus dedos en mis hombros. Arquea la espalda cuando acaricio su vientre hasta el interior de su muslo. Vuelvo a mirarla, evitando cometer un error antes de continuar, pero no hay vacilación en su mirada, solo expectación y nervios.

Nuestras bocas vuelven a unirse cuando mi mano llega a su centro. Bebo del gemido de placer que hace en mi boca, arqueando su espalda y la cadera. Sus dedos vuelven a clavarse en mi espalda mientras muevo mis dedos donde más parece gustarle, haciendo círculos en su clítoris empapado. Ella parece buscar más moviendo su cadera hacia ellos. Echa la cabeza hacia atrás con un gemido cuando introduzco un dedo en su interior, agarrándose con un brazo a la almohada.

Mis labios vuelven a su cuello mientras marco un ritmo con el dedo y le acaricio, cuando noto que comienzan a temblarle las caderas, introduzco un segundo dedo y marco el mismo ritmo, hasta que vuelve a arquear la espalda en un grito de placer. Su cuerpo se sacude hasta que, entre jadeos, acaba por relajarse.

Busco un preservativo escondido en la mesita de noche y vuelvo a besarla mientras pone sus manos en mi pelo de nuevo. Separo nuestros labios para abrir el plástico, pero antes de continuar, la miro.

—¿Te parece bien? —Ella simplemente asiente, acariciándome el pelo.

Cuando lo tengo puesto, vuelvo a ponerme encima de ella sobre sus caderas, casi en su entrada. Le pongo una pierna rodeando mi cintura y con la otra hace lo mismo. Pongo los brazos al lado de su cabeza, para no aplastarla. Sin dejar de mirarla, entro los primeros centímetros que nos hacen gemir y ella vuelve a echar la cabeza hacia atrás, clavándome los dedos en los hombros. Cuando entro por completo, los dos gemimos y me quedo quieto un momento, para acostumbrarnos.

Madre mía, estoy en el cielo. Dejo caer mi cabeza en su hombro, cerrando los ojos. Vuelvo a levantarla para mirarla a ella.

—¿Estás bien? —Parece tan extasiada como yo.

Asiente y me deja mucho más tranquilo.

Empiezo a moverme con embestidas lentas y constantes, hasta que se vuelven más seguras y profundas, que nos hacen respirar jadeantes. El placer de estar dentro de ella es algo que nunca pensé tener, pero ahora que está pasando, siento una felicidad que no me cabe en el pecho.

Noto que el placer cada vez me inunda más en holeadas, junto con nuestros gemidos que se fusionan. Alex arquea la cadera hacia arriba a mi encuentro y percibo que tiembla de nuevo, que está a punto de volver a acabar y me dejo llevar con ella. El placer nos lleva al límite y todo parece explotar menos nosotros, que gemimos

en la boca del otro, hasta que nos relajamos de nuevo. Me dejo caer a su lado para no aplastarla, exhausto.

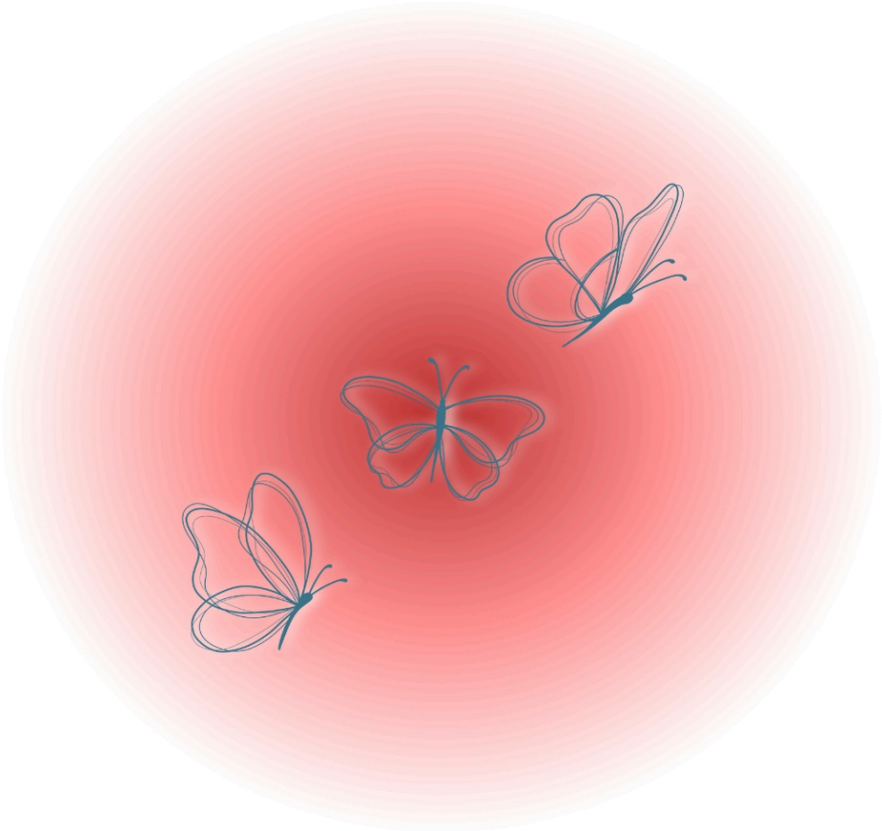
La atraigo hacia mí, abrazándola. El pecho nos sube y baja como si hubiéramos hecho un maratón. Me pasa el brazo por la cintura y yo nos tapo con la manta, para no pasar frío.

—¿Estás bien? —pregunta, todavía jadeante. La miro, arqueando las cejas.

—Creo que el que debería preguntar soy yo, ¿no crees? —rio, recuperando el aliento.

Me sonríe; creo que es una de las sonrisas más especiales que he visto en mi vida. Se me contagia y sonrío también. Le acaricio la mejilla y le pongo un mechón de pelo despeinado detrás de la oreja. Cierra los ojos ante el contacto y una lágrima rueda por su mejilla, pero sigue sonriendo. La limpio con el pulgar.

—Estoy bien —responde volviendo a mirarme, con ojos brillantes. Acaricia lo que creo que es mi hoyuelo—, estoy genial.



75

Alex

—Estoy bien —respondo abriendo los ojos. Su hoyuelo ha aparecido de nuevo y no puedo evitar acariciarlo—, estoy genial.

Me da un beso corto en los labios y vuelvo a acomodarme en su pecho.

—Ha sido… —No sabría describir lo que acabo de vivir. Lo que acabo de sentir—. ¿Increíble?

La pregunta la hago para mí misma, intentando encontrar la palabra.

—Para mí, creo que esa es la palabra —coincide él.

Entonces no estaba tan equivocada. Sonrío en su pecho.

—Quédate a dormir —me ruega en un susurro.

Le miro y mi sonrisa se hace más ancha. Nunca imaginé que podría pasarme algo así con un chico, pero aquí estoy, tumbada sobre el pecho de Ethan con una felicidad que nunca antes había sentido, relajada, tranquila.

Tranquila hasta que oigo vibrar el teléfono en el escritorio. Mierda. Me levanto de golpe agarrando las sábanas por encima del pecho.

—Mierda, mi madre —anuncio.

Se acabó la tranquilidad.

El teléfono no deja de vibrar, por lo que me levanto, alcanzando las primeras prendas que veo en el suelo, que son la sudadera de Ethan y mis bragas. Él se sienta en la cama tapado hasta la cintura, con un suspiro algo resignado.

«Sí, pienso igual».

Descuelgo la llamada, que obviamente era de mi madre. Madre mía, eran las doce y media.

—Mamá —empiezo a hablar, pero ella me corta.

—¿Dónde estás? —Su tono tiene un amago de enfado, pánico y alivio a la vez—. Me has dicho que venías de camino hace hora y media.

—Lo sé, lo sé, es que…

«¿Cómo le cuento yo esto?».

No quería mentirle. No después de todo lo que ha ocurrido.

«Dios, qué vergüenza.»

Me paso la mano por la cara, sin saber qué decirle.

—¿Vas a decirme algo o qué? —insiste ella.

Respiro hondo, antes de responderle.

No había planeado esto, había surgido y punto, tampoco tenemos la culpa.

—Es que… hemos estado hablando —empiezo sin saber por dónde empezar—. Le… le he contado lo de papá.

Se queda callada unos segundos, dejando mi corazón latiendo a mil por hora.

No hablábamos de ello desde hace años. Pero, desde mi primera cita con la terapeuta, entendí que hablar las cosas es lo principal para empezar a sanar. Noto un movimiento detrás mío y antes de girarme Ethan me abraza por detrás.

«Sí, por favor».

—Cariño, eres muy valiente. —Cierro los ojos ente sus palabras.

Yo no me veo valiente. Pero lo intento. De verdad.

—Nos hemos puesto a hablar y… se nos ha ido el tiempo…

No era mentira. Ya le contaría lo nuestro cuando estuviera a solas con ella, en confianza.

—Tranquila, solo quería saber por qué tardabas tanto. No sabía si te había pasado algo y estaba nerviosa.

Parece disculparse, cosa que no tenía que hacer. Solo se preocupaba por su hija.

—Lo entiendo, mamá, perdona. —Ella suspira, aliviada.

—Bueno, no te preocupes, espero no llegues más tarde de la una.

Me quedo callada un momento, hasta que por fin me atrevo a preguntar.

—¿Puedo quedarme esta noche? —suelto la pregunta rápido, como si así fuera más fácil.

Espero a que responda, expectante.

—¿Tú quieres quedarte?

No me esperaba esa respuesta. Sonrío, agradecida.

—Sí.

«Sí rotundo». No quería estar en otro sitio que no fuese durmiendo con Ethan, si era sincera.

—Entonces, ¿te veo mañana? Comerás en casa, ¿no?

Amaba a mi madre por encima de todo. Se me inundan los ojos de lágrimas ante su comportamiento conmigo, su protección maternal, su amor.

—Claro, comemos juntas.

Me sonrojo al pensar que debo contárselo, pero le debo lo mismo que ella me da: confianza.

—Pues nos vemos mañana, cielo. Pásalo bien.

De tonta no tiene un pelo, eso está claro. Pero eso solo hace más fácil contarle todo mañana.

Es la primera noche en días que no sueño. Simplemente duermo. Al día siguiente, me despierto cuando noto un cosquilleo en la mejilla. Cuando abro los ojos veo a Ethan sentado en mi lado de la cama y sonríe cuando le miro. Me estiro un poco en la cama, suspirando.

—Buenos días —saludo, medio dormida.

Por un momento, deseo que estas sean todas mis mañanas a partir de hoy, sonriendo.

—Buenos días, chiquitilla —responde acariciándome la cadera —. Siento despertarte, pero son las once.

Abro mucho los ojos y miro mi teléfono, que está debajo de la almohada.

Las 11:15. Suspiro y me hundo en la cama, poniendo un brazo tapándome la cara.

—Madre mía, es muy tarde.

—Por eso te he despertado, aunque no quería.

Pongo el brazo al lado de su cadera, tranquilizadora.

—No, no, te lo agradezco —hablo de forma rápida—. No quiero que mi madre se enfade más. Aunque dudo que lo esté, la verdad.

En la conversación de ayer no pareció estarlo.

—Mi madre ha hecho café, ¿quieres uno antes de irte?

Asiento, sintiéndome algo extraña.

Supongo que Ethan también avisó a su madre de que me quedaba anoche. Recordar lo que pasó entre nosotros hace que tenga mariposas en el estómago. Era la primera vez que estaba con un chico y me sentía de esa manera. Tengo muchas cosas que asimilar, pero de lo que estaba segura era de que me sentía bien.

—Nunca imaginé que tendría una primera vez —me sincero mirando hacia abajo, con algo de pudor.

Noto como mis mejillas de encienden.

Ethan alza mi mentón y veo que me sonríe algo pícaro, pero noto sus mejillas sonrojarse, lo que hace que la temperatura me suba todavía más.

—Yo tampoco. —Mi cerebro cortocircuita por un segundo y creo que se llega a freír.

¿Ethan no ha estado nunca con nadie? ¿Cómo voy a creerme eso? ¿Cómo un chico como él no ha estado nunca con nadie?

—No te burles de mí, *notas* —le pido riéndome, pero él encarna las cejas, confundido. Su sonrisa se convierte en un rostro serio.

—Nunca me burlaría de ti con eso. —Me quedo callada un momento, intentando encontrar la trampa en su mirada, como mi mente hace creer siempre, pero no la veo—. Puedo hacer muchas bromas, pero hay cosas con las que no se debe jugar.

Es lo mismo que pienso yo, pero todavía cuesta ver que hay gente que sí merece la pena.

Mi mentalidad está en proceso de cambio, pero no es fácil cuando llevas tanto tiempo intentando el simple hecho de sobrevivir al día a día. Tener gente que lo haga más ameno es algo que nunca imaginé que tendría. Ese apoyo nunca lo tuve y, ahora que lo tengo en la palma de mi mano, cuesta agarrarse a ello.

—Además, me considero una persona que no sale con la gente a la ligera —continúa diciendo, poniendo una mano en mi cadera de nuevo—. Siempre he pensado en que, si salía con alguien, sería alguien a quien quisiera de verdad, alguien con quien tuviera confianza. Esperar me daba igual.

—Gracias por esperarme a mí.

Lo agradecía de verdad.

Seguro que hay a muchas chicas que podrían ser su tipo. Para mí ha sido inesperado que me pidiera salir y más inesperado todavía el hecho de tener sexo con él. Era extraño, porque ni siquiera siento vergüenza al pensarlo. Nos lo pasamos bien, fue romántico, bonito, me trató como si fuera el tesoro más bonito que hubiera visto y lo demostró con sus miradas, sus caricias y sus besos.

Curva sus labios en una sonrisa de infarto, satisfecho con mi respuesta. Me da otro beso, esta vez un poco más largo.

—Es que me sorprende que para ti también he sido tu primera chica. —Él ladea la cabeza, encarnando una ceja hacia arriba.

—¿Por qué? —me pregunta casi riendo, luego parece conectar ideas y ahoga un grito abriendo mucho la boca y los ojos—. Creías

que estaba saliendo con Laura.

Me muero de la vergüenza. La verdad era que sí lo creía en un momento dado, pero…

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —Mi sorpresa me impide callarme la pregunta.

Él niega con la cabeza, aún estupefacto.

—Cuando ella vino a verme, cuando tú estabas en el hospital. Seguro que ahí creías que estábamos saliendo, ¿verdad?

Noto como mis mejillas se encienden y me tapo con la manta hasta la nariz.

Él se ríe porque sabe que me ha pillado y me coge de las manos para destaparme la cara.

—¿Tanto se notaba? —pregunto, insegura de repente.

Quiero que me trague la Tierra si es posible. Vaya ridículo.

Vuelve a reírse ante mi reacción, que parece causarle más ternura que gracia, por su mirada de disculpa.

—La verdad es que no lo había pensado hasta ahora —contesta, con sus ojos perdiéndose en los recuerdos—. Pero, por lo que me decías, que me fuera con ella y demás… Sí que lo creías.

La verdad es que tenía mis dudas, pero ¿quién era yo para decirle nada?

—No me extrañaría si hubiera sido verdad.

Laura parecía una persona increíble, ya se lo dije en su día.

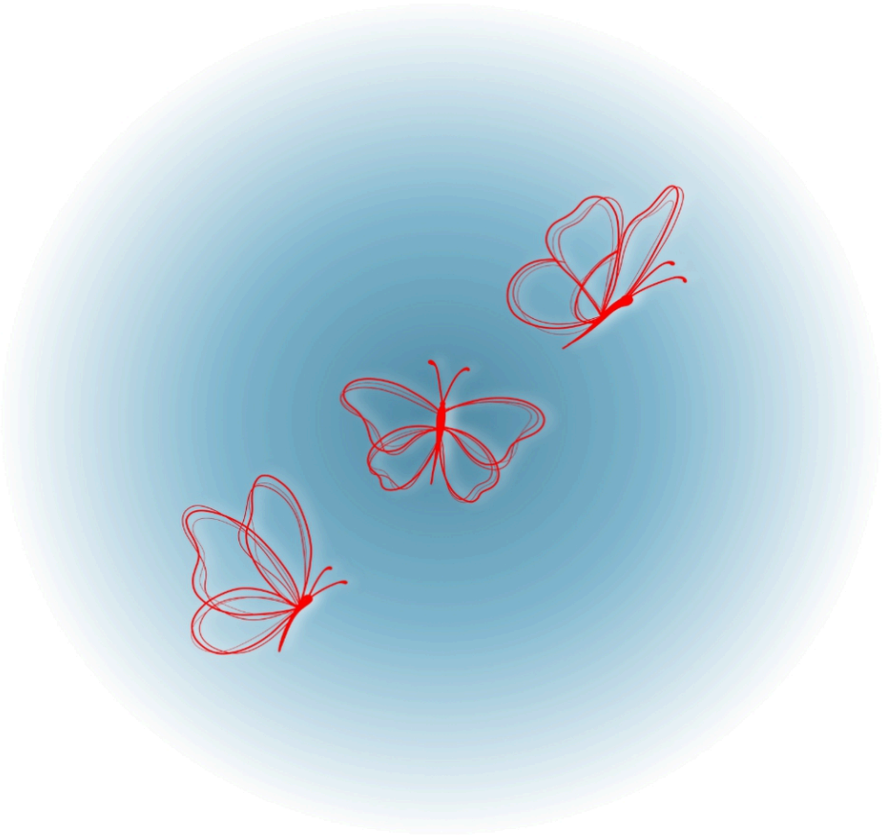
—Nos conocemos casi desde que nacimos, prácticamente somos hermanos —se explica, con una sonrisa nostálgica—. Obvio que la quiero. Para mí es como de la familia.

Le sonrío, tranquilizadora.

—Bueno, tampoco hubiera pasado nada, con tal de tenerte como amigo.

—Desde el día que te vi, ser tu amigo no era una opción.

Me besa de nuevo en los labios, dejándome con la palabra en la boca.



76
Ethan

No pensé nunca que Alex creyera que yo estaba saliendo con Laura, la verdad. A mí se me hacía raro hasta imaginármelo. Es mi mejor amiga desde que tengo memoria. Ahora que lo pienso, es increíble lo rápido que pasa el tiempo. A Pol y Alberto los conozco desde más o menos el mismo tiempo, año arriba, año abajo. No me imagino una vida sin ellos: junto con mi familia, son mi pilar.

Por muchas ganas que tenga de estar con ella, Alex se ha ido a comer con su madre. Se nota que es muy importante reconstruir esa relación convirtiéndola en confianza. Yo he decidido pasar el día en casa. Todavía me siento un poco en las nubes después de haber pasado la noche con ella, incluso, a veces, me pillo a mí mismo sonriendo sin darme cuenta cuando pienso en ello.

Tampoco paro de pensar en lo que me confesó. Eso me quita la sonrisa y la convierte en una mueca de rabia e impotencia. ¿Cómo un padre, si es que se le puede llamar así, hace una barbaridad como esa? Un padre, que se supone que es alguien que te tiene que proteger, cuidar, arropar, estar ahí para ti... Es algo que nunca he entendido ni entenderé.

Lo que por desgracia entiendo es la culpa que puede llegar a sentir Alex. Aunque no tuviera fundamento, aunque no le pertenece ni merece sentirla, por mucho que no quiera, sé que va a estar en su vida mucho tiempo. Y eso es lo que me mata. Me dijo que el lunes tiene su segunda sesión de terapia, por lo que espero que sigan hablando de ello.

Mis padres no comentaron absolutamente nada sobre el tema de que se quedara a dormir, no hizo falta decir nada para que lo

entendieran. Tampoco me dieron la charla ni nada por el estilo, solo que fuera consciente y tuviera cuidado.

La tarde de domingo la pasamos con Erika tomando algo y dando una vuelta. Como está todo cerrado, decidimos que el bosque es una buena opción para distraernos y no hacer nada. Hacía algo de frio, pero las chaquetas solucionan bastante bien el problema.

—¿Mañana irás a clase, Alex? —pregunta Erika mientras caminamos, saliendo de una zona algo boscosa, ya que se estaba haciendo de noche.

—Sí —responde ella, algo resignada—. Tengo la terapeuta por la tarde, así que…

No tiene excusa para faltar a clases.

—Bueno, ¿cómo fue tu primera sesión? —Alex suspira, pero responde, tranquila.

—Creo que nos iremos conociendo más —se sincera—. Solo espero que de verdad vaya ayudándome, poco a poco. Cuesta abrirse con alguien que no conoces, pero es cierto que ese hecho ayuda, porque no te juzgan, solo escuchan, te preguntan y eso te hace sentir mejor —razona, mirando al frente con los ojos entrecerrados por el viento.

—Me alegra poder oír eso. No siempre se consigue a alguien así, creo.

No sé mucho sobre psicólogos, pero también había oído eso: no todos tienen la misma capacidad emocional que otros.

—Bueno, he tenido suerte —asiente Alex, pasando su brazo por mi cintura. Yo hago lo mismo y quedamos abrazados mientras andamos—. De momento, parece que ha tanteado el terreno y lo ha hecho demasiado bien. Capta las cosas muy rápido.

Se tapa la boca con la bufanda, ya que se había levantado algo de viento.

—Debe de sorprenderte que sepan lo que sientes o lo que piensas solo con preguntas.

A mí me podría la piel de gallina.

—Pues sí, la verdad es que te pillan. Y como te pillan, es difícil mentirles o cambiar de tema.

—Yo creo que esa es la idea, ¿no? —hablo por primera vez desde que ha salido la conversación.

—Sí, seguro que sí —responde Alex, con un suspiro—. Tampoco es que hubiera mentido, pero lo hizo bien, sí.

—Bueno, entonces me alegro de que te fuera bien. —dice Erika con una mirada de alivio. Alex le sonríe desde mi lado—. Espero que siga así. Siempre que quieras puedes llamarme, ¿eh?

Asiente, alzándole la mano para agarrar la suya.

—Gracias, Erika. De verdad —le responde, sincera—. Te lo agradezco mucho.

El lunes fue día de presentaciones del trabajo que hicimos el viernes. Las cosas en clase seguían un poco igual, pero lo que está claro es que Alex parece algo más relajada, más a lo suyo, sin prisas, sin ceños fruncidos.

La verdad es que me alivia por una parte que tomara esa actitud, porque con nosotros no es que hubiera cambiado. No en ese sentido, al menos. No le había contado nada a Erika ni ella le preguntó en ningún momento. Sé que Alex lo agradece muchísimo.

Por parte de las acosadoras, porque no puedo llamarlas de otra manera, por respeto, siguen un poco en su línea de ignorar, pero mirar, reír y cuchichear. Nosotros pasamos de ellas, claro está. Tampoco nos haría bien hacerles caso, porque es lo que buscan, una respuesta, una reacción.

Al salir de clase, a última hora, recogemos nuestras cosas y Erika sale como una bala hacia el baño, diciendo que nos espera fuera. Vamos a salir de clases cuando escucho a Alex hacer una llamada de atención y me giro al instante, alerta. Veo que se ha tropezado, pero no se ha caído, por suerte.

—Ey, ¿estás bien? —le ofrezco la mano y entrelazo mis dedos con los de ella—. Cuidado.

—Me he tropezado con la silla, nada más —me dice, echando la vista atrás y señalando a la susodicha que casi la hace caer.

Unas risas alcanzan nuestro oído, sabiendo de quienes eran. Alex frena y me mira, yo alzo las cejas. Un poco cansinas sí que eran, la verdad.

—¿Vamos? —Le aprieto la mano para llamar su atención y empezar a caminar, pero ella suelta mi mano y se gira, soltando aire.

Parece indignada. Frunzo el ceño, pero dejo que haga lo que quiera, por ahora. Solo espero que no les siga el juego.

—¿Os divierte? —pregunta, mirándolas directamente.

Ellas se quedan sorprendidas.

—¿Perdón? —pregunta Carla, en tono más sorprendido que indignado.

—Que si os divierte —repite Alex más lento, como si ellas no la hubieran entendido. Me aguanto una sonrisa y una carcajada que tengo en la garganta.

—Ya te hemos entendido.

—No sé qué os hace tanta gracia de alguien que se ha tropezado —le corta Alex, sin vergüenza ninguna.

«Cómo la quiero, joder».

—O de alguien que está solo o vulnerable, o que no es como vosotras. O de alguien callado del cual no tenéis ni puta idea de lo que le puede pasar en su vida, de lo que está viviendo... ¿Cuál es vuestro problema? Yo os lo diré: que os creéis superiores, cuando sois una mierda. No sois nadie para decidir quién es mejor o peor, digno o no de estar con vosotras, que tampoco quiero, eh, porque bastantes náuseas me dan de pensarlo. Vuestro problema es que no os dais cuenta del mal que podéis causar, del daño que puede llegar a hacer una puta palabra, un puto gesto. Hacéis creer a la gente que no vale nada y, ¿sabéis qué?

Hace algo que nunca pensé que haría, ni en mis mayores sueños.

Levanta sus mangas y pone al descubierto sus cicatrices. El corazón me late con fuerza y el aliento se me corta. Veo como palidecen, y no hay mayor gusto que este preciso momento. «¿Y ahora que, imbéciles?».

—Casi lo conseguís conmigo. Me hicisteis sentir como una mierda, una basura que no sirve para nada. —No eran ni mucho menos la única razón, pero joder, vaya lección les estaba dando—. Cuando no es verdad. Así que antes de seguir haciendo sentir así a la gente, pensad en lo que puede conllevar. Miraos a un puto espejo y así veréis el mal que estáis causando a los demás.

Se gira hacia mí y me enderezo cuando vuelve a coger mi mano.

—¿Nos vamos?

Asiento con una sonrisa satisfactoria y empieza a caminar rápido hacia fuera.

Una vez salimos de clase, se apoya en la pared y suspira, cerrando los ojos. Parece estar contando hasta diez.

—¿Estás bien? —pregunto un momento después, cuando veo que se ha calmado un poco. Asiente, más relajada.

—Sí —responde—. Vamos, Erika debe estar esperando.

Antes de que empiece a caminar, la agarro de la mano para que se girara de nuevo y la beso. Me da igual quién pueda vernos y a ella también, porque pone sus manos en mi pecho y me devuelve el beso.

—Estoy muy orgulloso de ti —confieso, mirándola directamente a los ojos.

Ella ríe negando con la cabeza, algo azorada.

—Ahora hablarán.

—Que hablen, entonces.

77

Alex

Tiene razón, que hablen. Si eso sirve para que sepan lo que he pasado por culpa de ellas, me vale. Así la gente se dará cuenta. Igual consigo que no pase más, que nadie más viva esta situación. Al menos, en esta mierda de instituto.

Enero dio paso a febrero y con él un poco menos de frío, que ya hacía falta. Los exámenes empezaron de nuevo y Erika, Ethan y yo hicimos piña para estudiar y llevarlo lo mejor posible.

La terapia estaba yéndome bien. Bien a medias. Había días buenos y días malos, pero ellos, junto a mi madre, son mi mayor pilar y no puedo estar más agradecida con lo mucho que me ayudan en el proceso. Hubo dos sesiones (llevaba unas cuatro) que salí y solo quería llorar. Me abrazaba a mi madre hasta que me relajaba y lo viera todo (o lo intentara) con otra perspectiva.

La verdad es que ahora vivo en el presente, en el día a día. De momento, pensar en el futuro me da la sensación de que es muy lejano, de que no sé si llegaré algún día. Es algo que también me gustaría comentar con Noelia, porque no lo he hablado todavía con ella.

—¿Querrás hacer algo por San Valentín? —Ethan llama mi atención y le miro, volviendo al presente.

—¿Por San Valentín? —pregunto, como si en mi vida lo hubiera escuchado.

—Sí, ¿te apetece?

—¿Qué habías pensado?

No tenía ni idea de lo que hacer, la verdad.

—Nada en concreto, solo quería ver si te apetecía.

Me quedo pensando unos segundos y, la verdad, es que no me desagrada la idea.

Nunca había celebrado San Valentín; aunque para mí fuese una fecha más, es una excusa para pasar tiempo juntos, así que me encanta la idea.

—Podríamos hacer algo juntos, sí —acepto, algo tímida.

Y así, el día de San Valentín llega con una tarde algo nublada, por lo que no me extrañaría que lloviera. Llevo un paraguas en la mochilita, por si acaso. Estoy esperando a Ethan en la iglesia, donde siempre quedamos, pero he llegado algo pronto. A los cinco minutos de llegar, veo a Ethan a lo lejos, viniendo hacia mí. Sonrío cuando me ve y se le iluminan los ojos. Llega hasta mi lado y me da un beso.

—Hola, chiquitilla —me saluda entrelazando nuestros dedos—. ¿Llevas mucho esperando?

Niego con la cabeza.

—Acabo de llegar —contesto, empezando a caminar—. ¿Dónde dijiste que querías ir?

Me guía hacia la izquierda.

—No sé si ya habrás ido, pero hay una cafetería que parece estar muy bien por la plaza.

Asiento, conforme. Un café con tranquilidad me parece el mejor plan, sinceramente.

—Me gusta la idea.

—No sabía qué te apetecía, así que he pensado que algún plan tranquilo estaría bien. —Esquiva una bici poniéndose de lado mientras caminamos.

—Sí, la verdad es que es lo que más me apetece —coincido con él.

La cafetería está cerrada. Nos quedamos en la puerta mirando, como si fueran a abrir en cualquier momento.

—Joder, debería haberlo mirado en internet —comenta, en tono de disculpa, rascándose la cabeza.

—No te preocupes, igual podemos ir a otra. —Hay muchas por el centro—. Ya la probaremos otro día.

Decidimos ir a otra que estaba a pocos minutos, pero, sorpresa, también está cerrada. ¿Qué pasa hoy?

—Oye, ¿hoy es festivo o algo? —pregunto, aun siendo consciente de que incluso los festivos suelen abrir las cafeterías.

Se encoge de hombros, igual de sorprendido que yo. Le acaricio el brazo en señal de consuelo.

—No pasa nada. —Él suspira, resignado.

Empezamos a caminar hacia otro sitio, a ver si hay suerte.

Esperando un semáforo, empieza a llover tal y como me temía. Saco el paraguas de la mochila antes de mojarnos. Lo abro y nos refugio a los dos.

—Y ahora llueve.

Casi me hace reír su tono indignado. Solo quería hacer algo por San Valentín y está saliendo todo un poco regular.

—De verdad, Ethan, cualquier cosa que hagamos juntos ya me sirve —le digo como consuelo para que se anime un poco. Me sonríe y me da un beso en la cabeza.

Nos dirigimos hacía otra zona que parecía transitada, a ver si encontramos algún sitio, pero tampoco hay gran cosa. Ethan vuelve a suspirar y a mí se me ocurre algo mucho mejor. Dejo de caminar y él se gira para mirarme.

—¿Y si vamos a mi casa y vemos una película? —Me mira durante unos segundos, pensativo, como si no se hubiera dado cuenta de la opción.

—No sé por qué algo así no se me ha ocurrido antes. —Le estiro de la mano para que caminara conmigo.

—Pues decidido.

Y eso hacemos.

Volvemos atrás y nos encaminamos hacia mi casa, que estaba en el lado contrario. Pasamos por una zona donde hay algunos bares y, entonces, le veo.

Era mi padre. Mi padre.

De repente, ya no estoy allí, estoy en mis recuerdos. En unos recuerdos incomprensibles e inconscientes a mi edad, recuerdos en los que solo quería entender qué había hecho mal, qué era lo que había hecho para que pasara lo que pasó. De vuelta a mi edad actual, solo quiero que me trague la tierra, desaparecer del mapa. Me hacen sentir sucia, indefensa y pequeña.

—Eh, ¿qué pasa? —Ethan llama mi atención y el pitido de mis oídos baja.

Su tono es de preocupación total, su ceño está fruncido y lo encuentro delante mío. Solo puedo decir dos palabras:

—Mi padre.

—¿Cómo? —Su voz fue un susurro, soltando después un gruñido—. ¿Dónde?

Se gira un segundo, por si lo ve, porque aún lo estoy mirando, sentado en un bar, tomando algo, como si nada pasara, pero es inútil porque no sabe cómo es. Veo que Ethan empieza a moverse, aún sin saber quién es exactamente, pero me pongo delante, impidiendo que siga caminando con mis manos en sus hombros.

—No —consigo decir en un hilo de voz—. Por favor, sácame de aquí.

Quiero desaparecer, que la Tierra me trague. Me aferro más a él por instinto.

—Que no me vea. —susurro mientras mi voz se rompe.

Joder, no quiero que me vea así. Hundo mi cara en su hombro. No puedo moverme.

Ethan agarra mi mano y sale corriendo conmigo adentrándose hacia un callejón, porque se da cuenta de que no reacciono. Solo quiere llevarme a un sitio donde él no me vea. Llegamos al final del callejón, giramos a la izquierda y paramos.

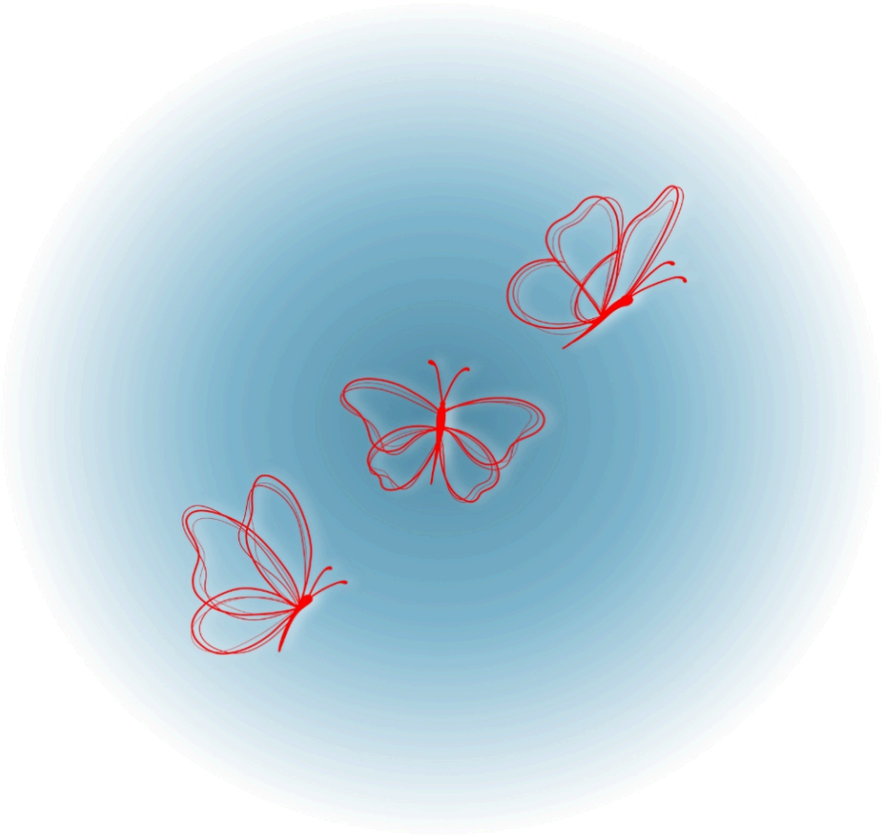
—Ey —dice Ethan poniéndose delante de mí en tono de advertencia. Asumo también que es porque no me doy cuenta de que estoy hiperventilando.

—Mírame —ruega, poniendo sus manos a ambos lados de mi cara, llamándome la atención para que le mire.

Eso hago. Le miro a la cara y solo quiero llorar, gritar, correr… Pero, a la vez, estoy bloqueada. Solo hiperventilo, sin poder controlarlo.

Y cada vez va a peor.

Me ahogo.



78
Ethan

La veo pararse tan de golpe que me sorprende demasiado, me callo y veo su cara. Es de total terror, repugnancia e incomprensión, y no solo eso, es tan expresiva que me asusto.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunto preocupado.

Solo dice dos palabras, pero esas dos palabras me ponen la piel de gallina y, a la vez, una rabia e impotencia recorre mi cuerpo de tal forma que casi no puedo controlarme: «Mi padre».

—¿Cómo? —me sale de la garganta, en un susurro casi ahogado. No puede ser verdad—. ¿Dónde?

Me voy a dirigir hacia donde ella mira, pero se cruza delante, impidiendo que camine, poniendo sus manos en mis hombros.

—Por favor, sácame de aquí.

La miro y me doy cuenta de mi estupidez.

Casi rompiéndose, me dice:

—Que no me vea.

Su voz es apenas un susurro y eso me rompe a mí. Tengo que sacarla de aquí. Ella tiene razón. Analizo la zona y veo a mi derecha un callejón. Arranco a correr con ella hacia allí y, al llegar al final, giro a la izquierda y paro.

Alex se apoya en la pared; está hiperventilando. Al principio creo que es por haber corrido, pero me doy cuenta de que no puede respirar normalmente.

—Ey —le digo poniéndome delante de ella—. Mírame.

Le pongo las manos a ambos lados de la cara para que lo haga.

Me estoy preocupando de verdad, como siga así no sé qué puede pasarle. No para de hiperventilar.

—Cálmate, Alex, tienes que respirar —le pido, angustiado—. Profundo, céntrate en respirar.

Continúo animándola a conseguirlo, pero parece que no me escucha.

—No puedo… —Apenas puede hablar, su voz es ahogada, intentando tomar aire—. No puedo respirar…

Se me cae el alma al suelo.

—Escúchame. —Hago que se centre en mi mirada—. Respira profundo. Profundo.

Le hago yo una demostración inspirando y expirando.

—Así —le insisto.

Parece que empieza a escucharme porque lo intenta, pero no puede.

—Estoy contigo, Alex —continúo hablándole—. Estoy aquí.

Sigue hiperventilando y noto que pierde la fuerza para quedarse de pie; por suerte, yo tengo mi pierna entre las suyas y ayudo a bajarla hasta que la dejo sentada en el suelo.

—Vamos, Alex, sé que puedes.

Advierto que quiere hablar, chillar, llorar, pero no puede y eso me mata.

Una bolsa. Necesito una bolsa de papel. Algunas personas están mirando para averiguar qué es lo que pasa, así que no me corto ni un pelo.

—¿Alguien tiene una bolsa de papel? —chillo.

Rápidamente una mujer viene y me da algo parecido, así que lo acepto con mucha gratitud. No es una bolsa muy grande, pero creo que puede servir. He vivido estos ataques de ansiedad con Laura, ella siempre llevaba una bolsa así parecida por lo mismo.

Hago un apaño para que haga bien su función y le pongo la bolsa en la boca a Alex, diciéndole otra vez que respire.

Hago que me mire otra vez y le pido que se tranquilice. Poco a poco, su respiración se vuelve más acompasada y normal, veo que ya es momento de retirar la bolsa, que tiene que ser muy incómoda.

Por fin parece inhalar aire con normalidad, comenzando a llorar en mis brazos como si de un bebe recién nacido se tratara. Yo solo puedo abrazarla para que sepa que ahí estoy. Cuando se calma del todo, todavía seguimos en el callejón, sentados, sin decir palabra. Un momento después, Alex por fin habla.

—Lo siento.

«¿En serio?».

—Alex —le digo cerrando los ojos por un segundo—. No me creo que me estés pidiendo perdón por esto.

Me paso la mano por el pelo. Ella suspira.

—Pues supongo que sí —dice casi en un susurro—. ¿Cómo supiste lo de la bolsa de papel?

Lo pregunta de repente, con curiosidad. Yo la miro un momento y sonrío un poco.

—Mi mejor amiga —respondo acordándome de ella y perdiéndome en mis recuerdos—. Hubo una época en que lo pasó bastante mal y le daban ataques de pánico. Siempre llevaba una bolsa así y yo me quedaba con ella hasta que se le pasaba; luego hablábamos o no hablábamos, lo que ella quisiera.

Hacía relativamente poco que la había visto, pero ya la echaba de menos.

—Tiene mucha suerte de tenerte.

La miro.

—Yo también de tenerla a ella —afirmo—. ¿Y tú? ¿Quieres hablar?

Mira al frente y suspira.

—No entiendo qué hace fuera…

Yo tampoco.

—Y, ahora, ¿qué hago? —susurra.

Me mira como si yo tuviera la respuesta.

Ojalá la tuviera.

79

Alex

—No tenía ni idea de que ya estuviera fuera.

Estamos de vuelta en casa. Mi madre está sentada en el sofá, asimilando lo que acabamos de contarle. Ethan está apoyado en el marco de la puerta y yo he tomado asiento en una las sillas del comedor.

Estamos callados, sin saber qué decir. Esperamos a que siga hablando. No puedo creerme que esté fuera. Me dan náuseas de pensar que lo he visto, que él podría haberme visto simplemente con girar la cara. Me tenía casi en frente, a unos metros. Me rasco la ceja, porque mis ojos empiezan a escocer por las lágrimas que quieren salir.

—Pero, no lo entiendo —digo, casi sin poder hablar—. ¿Ni siquiera te han avisado?

—La orden de alejamiento expiró hace un año. —Me echo hacia atrás en la silla con un suspiro resignado—. Me han dado cita para mañana por la mañana de urgencia para tramitarlo otra vez por su salida.

Subo las piernas y me abrazo. No quiero volver a verle.

—¿Y se la van a dar? ¿Cómo sabes si la aceptarán? —Tengo tantas preguntas que no sé ni por cual seguir. ¿Qué cojones? Sí lo sé —. ¿Cómo han podido dejarle salir?

Mi madre se levanta y se agacha conmigo.

—No puedo responderte a eso, cariño.

Sus ojos se llenan de pena al verme así, lo que me hace sentirme igual.

Una lágrima rueda por mi mejilla y ella la limpia.

—Lo que puedo prometerte es que te protegeré, sea como sea —me dice con convicción—. Mañana ya tendré esa orden y no podrá acercarse a nosotras. A ti.

Asiento y me abraza con un suspiro, acariciándome la espalda.

Le devuelvo el abrazo y nos quedamos así un rato. Ethan no dice nada, deja que nuestro momento fluya, todavía de pie en la puerta. Espera a que nos separemos para hablar con algo de timidez.

—Entonces, ¿qué pasará después de poner la orden? —pregunta.

—No podrá acercarse. Lo tendrá prohibido —explica mi madre, girándose hacia él—. Si lo hace, tenemos que llamar a la policía y avisar, entonces, ellos se encargan.

Ethan asiente conforme, pero su ceño está fruncido. Entiendo que esté preocupado. Joder. Me siento fatal de que tenga que vivir esto si no le afecta a él de manera directa.

—Lo siento, Ethan. No deberías aguantar esto.

No se lo merece. Por mucho que me quiera.

Me dirige una mirada de advertencia que entiendo lo que significa, pero aun así no puedo evitar disculparme, sea o no mi culpa.

—Me da rabia que tengas que vivir esto conmigo.

—No le des vueltas a eso —responde caminando hacia mí—. Las que no merecéis vivir esto sois vosotras, yo solo estoy para ayudar si lo necesitáis.

«Le quiero. Le quiero mucho».

Le abrazo con fuerza.

Pasan unos dos días para que mi madre reciba oficialmente la orden de alejamiento. No respiré con total normalidad hasta ese momento. No he sabido nada de él desde que le vi en ese bar y

quería que siguiera siendo así, que se mantuviera lejos. Si esa orden le obliga, por mí que se fuera a la mierda.

A la semana siguiente, me toca terapia.

—Siento que tengas que pasar por esto ahora, Alex. —Mis lágrimas fluían sin parar—. Es algo que está fuera de tu control y espero que entiendas que no es culpa tuya toda esta situación.

«Eso es lo que me da rabia».

—Ese es el problema. —Me siento, indignada—. Sentía que, por una vez, podía controlar mínimamente mi vida, mis pensamientos… Esto es algo que me jode, porque no puedo saber qué va a pasar ahora. No puedo saber si voy a volver a verle o va a venir a buscarme.

—Tienes razón, eso no se puede saber, pero sí puedes controlar lo que sientes ahora —me dice, echando un poco el cuerpo hacia delante, dejando a un lado sus hojas y bolígrafo—. No puedes saber lo que va a pasar en un futuro, pero puedes centrarte en eso, en lo que sientes. A raíz de ahí, iremos paso a paso gestionando la situación.

Me quedo pensativa, mirando al suelo.

Así fueron pasando las semanas, con exámenes que fueron el centro de atención durante unos cuantos días y me mantuvieron distraída de la situación de que por ahí está el hombre que me violó, aunque siempre abarcaba un hueco en mi cabeza. Siempre que aumentaban esos pensamientos, intentaba hablar con mi madre o con Ethan.

Los exámenes no fueron mal gracias a la piña que hacemos, ayudándonos mutuamente.

Febrero da paso a marzo y, poco a poco, siento que mi cuerpo va relajándose ante la situación y estoy más pendiente de acabar bien el semestre que de otras cosas. Si de verdad quiero ir a una universidad relativamente buena, debo sacar buenas notas ahora que me estoy centrando más en mí y en mis estudios.

También está mi madre; siempre me manda mensajes, la mayoría de días intenta venirme a buscar o se asegura que vuelva a casa acompañada de Ethan o Erika.

Abril se asoma con el día uno, con los dos últimos exámenes en unos días y la llegada de la Semana Santa. El corazón me late un poco deprisa, ya que Ethan me confirma que bajan a Málaga, así que estaré unos días sin verle.

Pasamos la tarde en su casa viendo una serie. Como era viernes, nos tomamos un día libre de estudio. Para eso de las 19 (ya que han llegado sus padres) recogemos las cosas y nos despedimos de Esther y Andrés, dirección a nuestras casa.

Erika se despide a mitad de camino y Ethan me acompaña como de costumbre, pero para los dos siempre es agradable pasar ese rato juntos.

Esa precisa noche me hubiera gustado quedarme en casa de Ethan, la verdad.

80
Ethan

Estamos llegando a casa de Alex y todavía seguimos con el mismo tema de conversación:

—No puedo creerme que no te dieras cuenta de que ese era el antagonista. —Me río con asombro y una pizca de indignación.

—No soy buena investigadora, la verdad —se excusa ella, encogiendo los hombros con indiferencia fingida.

—Eso no es excusa, ¡estaba claro quién era! —continúo, soltándole la mano y casi poniéndome en frente de ella, haciéndola parar.

—Pues mira, para mí no tanto —me dice alzando una ceja—. Yo creía que era el otro.

Se pone las manos a los lados de la cintura. Yo chasqueo la lengua.

—¡Era muy evidente, Alex! —digo moviendo las manos en gestos amplios.

—¡Pues por eso mismo! —Se indigna ella levantando la mano y volviéndola a bajar. Yo me río.

—Precisamente por eso no era el malo —le digo volviendo a su lado—. Si las series son buenas, el malo siempre es el que menos te esperas.

Su indignación causa que me siga riendo.

—Venga ya —me dice, parándose un momento. Yo me giro hacia ella y luego vuelve a caminar hacia mí—. Tú eres un listo, ¿no?

Hace como si me fuera a pegarme y yo me pongo en posición de defensa para que no me lleguen sus puños, riendo.

Antes de que pueda hacer o decir nada, cuando casi llegamos a su portal, ella para en seco en la puerta de fuera y ahoga un grito, agarrándome en un acto reflejo. Yo me asusto y la sujeto también, pero no es porque casi se caiga. Está mirando detrás de mí.

Me giro y le veo. Su padre. Aunque yo no lo llamaría padre. No se parece mucho al de las fotos que me enseñaron precisamente porque eran de hace años para que supiera quien era, pero era él. Me quedo al lado de ella y entrelazo mis dedos con los suyos con firmeza.

—Tranquila —le digo en un susurro que solo puede oír ella—. No te va a tocar conmigo aquí.

Ella suspira como si hubiese contenido el aliento desde que ahogó el grito. Caminamos más adentro y él nos ve. Se endereza y parece que va a empezar a andar, pero se queda en el sitio, como si fuera un portero de discoteca.

—Papá.

Noto cómo la bilis me sube por la garganta al escucharla llamarle así, cuando este hombre es de todo menos eso. Casi vomito lo que hemos cenado, pero consigo que la comida se quede donde está.

—¿Qué quieres? —le escupe sin rodeos.

Me cuesta escuchar a Alex hablar así. Nunca lo hace. Pero esta ocasión lo merece; estoy orgulloso de ella. Su padre abre la boca para hablar.

—No había nadie en casa, estaba esperando a que llegarais —dice.

Su voz aparentemente inocente, incluso con un toque dulce, hace que me den náuseas otra vez.

—¿Para qué? —Alex continúa fría, pero el apretón de su mano me dice que está a punto de vomitar igual que yo. Yo le aprieto más la mano.

—Quiero hablar con vosotras —responde él—. Contigo.

Yo casi me río, pero solo niego imperceptiblemente con la cabeza.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. —Su frialdad me sorprende una vez más, pero es evidente que él no se achanta.

—Solo quiero que me escuchéis y hablemos, nada más. —Alza los brazos hacia arriba en son de paz.

—Y yo he dicho que no tengo nada que hablar —repite ella, empezando a impacientarse.

Yo tomo aire, porque también estoy empezando a cansarme.

—Y mamá tampoco está en casa, así que creo que es mejor que te vayas.

Está claro que le duele, porque le veo poner una mueca de… ¿fastidio?

—Venga, Alex, solo quiero hablar —insiste él.

Veo que no lo entiende.

—Te ha dicho que te vayas —le suelto, para que lo capte.

Llamo su atención y me mira.

De nuevo, aparecen las náuseas. Me está empezando a poner nervioso. Alex se tensa a mi lado ante mi intervención. No quiere que haga nada contra mí, lo entiendo. Pero no voy a dejarla sola. Él habla.

—Creo que esto es entre ellas y yo, es decir, la familia.

¿Familia? Venga ya.

Casi me río en su cara, pero por suerte me contengo. Ahora el que habla soy yo.

—Bueno, al ser su pareja supongo que entro en el rango, ¿no? —Alzo las cejas.

Él hincha el pecho cogiendo aire. Parece contar hasta diez.

—Ya veo —dice de forma lenta colocándose las manos en los bolsillos—. Igualmente, es algo entre nosotros, chaval.

Ahora es Alex quien le contesta.

—Será mejor que te vayas —le repite, empezando a ponerse nerviosa—. No creo ni que puedas estar aquí, de hecho.

Él se tensa ante ese comentario y yo lo comprendo: la orden de alejamiento.

—Así que, por favor, vete.

Parece más bien una súplica que me hace estremecer.

—De verdad, solo quiero hablar —dice empezando a caminar hacia nosotros, hacia ella.

Por ahí no paso. Y menos, cuando noto la tensión de ella a mi lado. Me pongo en frente suyo sin dudarlo.

—Eso no —le escupo negando con la cabeza y levantando un brazo hacia él. Frena en seco y Alex se agarra a mi espalda—. No vas a acercarte. Si quieres hablar, ya estás bien ahí.

Está claro que no se lo esperaba. Lo que esperaba era encontrarla sola. Lo que esperaba era que hablar con ellas fuese sencillo y fácil. Pero no va a ser así. Y eso parece que le cabrea.

—Ya te he dicho que es una cosa entre nosotros. —Esta vez su tono es osco.

Ahí está. Su verdadero yo.

—Es mejor que no te metas —me advierte alzando las cejas.

No sabe con quién habla, no me conoce. No tiene ni idea de quién soy ni mis valores. No sabe que soy capaz de cualquier cosa por defender a la gente que quiero.

—Ella te ha dicho que te vayas —le repito las palabras de Alex, señalándola con la cabeza—. Si ella quiere eso, ¿por qué no lo respetas y te vas?

Hago un movimiento de cabeza hacia la calle y mi mano le indica la misma dirección.

¿No nos lo va a poner fácil, ¿verdad?

—Quiero hablar con ella —dice señalándola.

«No, no va a hacerlo».

Niego con la cabeza, esta vez de forma perceptible, mirando un momento al suelo. Vuelvo a clavar mis ojos en él.

—Será mejor que te vayas. —Oigo a mi espalda.

Alex está todavía detrás mío. Se lo está suplicando y él sigue. Yo tengo que controlarme para no gritarle, para seguir con un tono medianamente cordial, pero, joder, no lo pone fácil en absoluto.

—¿Te estás dando cuenta de que te lo ha pedido no una, sino tres veces? ¿Qué quiere que te vayas? —Esta vez se lo digo claramente, a ver si de una vez lo capta.

Vuelve toda su atención hacia mí y su mirada me advierte de que me calle, me obliga a que me vaya. Pero yo también quiero que él se largue, así que, estamos en las mismas. No voy a ceder.

—Es mejor que nos dejes hablar. A solas —susurra.

«Joder, qué insistente, coño».

Ahogo una risa, negando con la cabeza.

—¿De qué? ¿De que eres un violador? —No he podido evitarlo.

Acto seguido le cambia la cara. Se abalanza sobre mí, agarrándome del cuello de la camisa y me estampa contra el muro de al lado del portal de Alex. Ella ahoga un grito. Siento que me falta el aire por un instante tras el impacto.

—¿Quién cojones eres tú? —ruge en mi cara— ¿De qué vas, niñato?

De repente, un brazo se interpone entre nosotros y veo que es el de Alex, con la cara descompuesta.

Se me cae el alma al suelo: «no vayas a por ella, no vayas a por ella».

—¡Papá! —chilla—. ¡Suéltalo! ¡Suéltalo ya!

Yo estoy jadeando entre sus manos y el brazo de ella. Intento zafarme, pero no puedo; Alex tampoco tiene fuerza suficiente para quitármelo de encima.

—¡Suéltalo o llamo a la policía! —continúa a viva voz—. ¡Llamaré a la policía!

Parece que él se lo toma en serio, cosa que yo haría también, y me suelta. Yo toso un par de veces y respiro aún aceleradamente, mientras Alex me aparta del tipo, temblando.

—No creas que no hablaremos, Alex —suelta, también faltándole el aliento.

Se va hecho una furia. En un instante, veo la calle y al otro la cara de Alex, que toma la mía con total preocupación, respirando tan aceleradamente como yo.

—¿Te ha cogido del cuello? —me pregunta entre jadeos. Tiene los ojos empañados en lágrimas que amenazan con caer en cualquier momento—. ¿Te ha cogido del cuello?

Yo le agarro las manos para tranquilizarla.

—No, no —le respondo rápidamente al recuperar el aliento—. Más bien de la camisa.

Ella parece relajarse. Mira hacia atrás y vuelve a mirarme a mí.

—Madre mía Ethan. —Me abraza con todas sus fuerzas, temblando—. ¡Podría haberte hecho cualquier cosa!

Tiene razón. Le devuelvo el abrazo con la misma fuerza y suspiro.

—Lo siento —digo casi en un suspiro.

Ella se aparta y me mira.

—¿Estás pidiendo perdón? —me pregunta, como si eso no fuera una posibilidad.

Yo le dedico una sonrisa algo triste.

—No tendría que haberle dicho algo así…

—¿De verdad? —me corta ella.

Yo no sé qué responder a eso. Ella hace un sonido de risa ahogada y parece que va a decir algo, pero al final no lo hace y

vuelve a abrazarme, haciendo que los dos suspiremos. Yo le pongo una mano en el pelo instintivamente.

—Va a volver —me advierte con amargura.

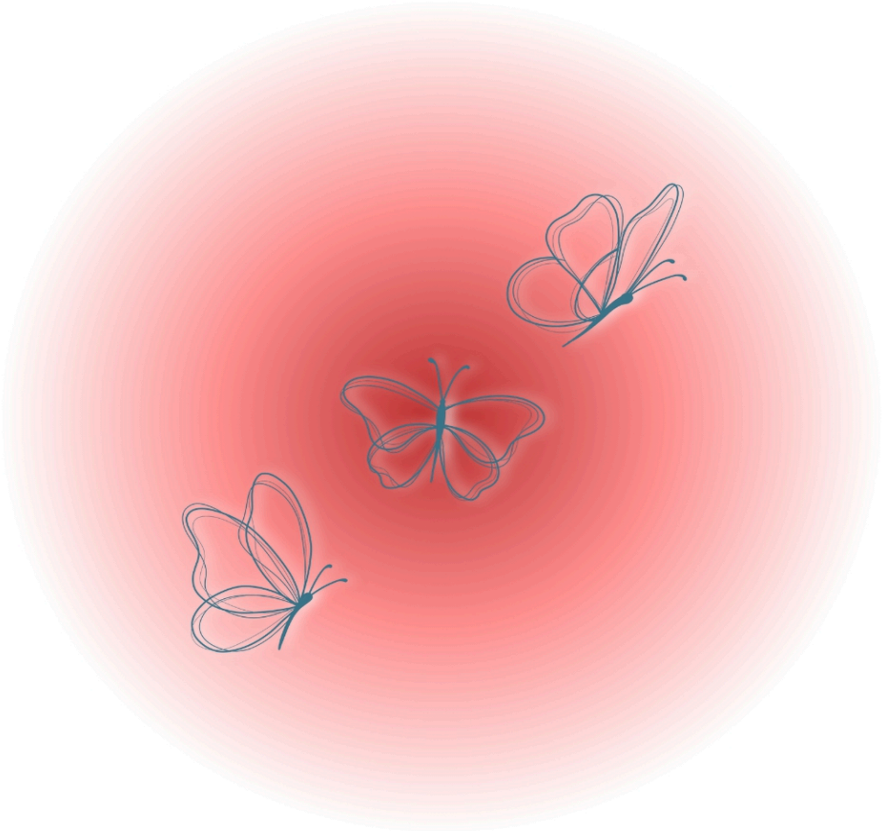
A mí se me encoge el corazón de una manera que nadie sabrá jamás.

Me separo de ella y le cojo la cara con las manos.

—No va a tocarte —le digo con voz grave—. Tendrá que pasar por encima de mí, te lo aseguro.

A ella se le caen un par de lágrimas que yo limpio, pero asiente.

Yo asiento también y no puedo evitar besarla.



81

Alex

Obligo a Ethan a quedarse esa noche en mi casa. No pienso dejar que se vaya solo a la suya después de lo que acaba de pasar. Mi madre llega a casa sobre las ocho y se lo contamos todo. Acepta a que Ethan se quede sin problemas.

—Avisa a tu madre, sobre todo.

Ethan asiente mientras teclea en su teléfono.

Me doy una ducha, vuelvo a la habitación y nos metemos en la cama. No tengo ganas de cenar nada, Ethan parece pensar igual, aunque no lo comenta. Apago la luz suspirando y me pongo de lado. Noto una mano en mi cintura y me sobresalto un poco sin poder evitarlo. Joder, estoy nerviosa.

—¿Puedo abrazarte? —me susurra al oído.

Su preocupación hace que me sienta mal por mi reacción de hace un momento.

—Claro. —Me rodea la cintura con su brazo y noto su aliento en mi nuca, que me hace cerrar los ojos—. Lo siento, sabes que mi sobresalto no es tu culpa.

—Tranquila. —Suspiro, algo más aliviada—. ¿Quieres hablar?

Niego con la cabeza. Las lágrimas vuelven a mis ojos, impidiéndome responder. Él no dice nada, solo noto que asiente.

A los minutos, vuelve a hablarme.

—Alex, respira, tranquila.

Dios. No me he dado cuenta de que estoy casi hiperventilando. Trago saliva.

—Lo siento —susurro entre lágrimas, sin poder contenerlas.

—No pasa nada, estoy aquí. No voy a irme, Alex. —Sigue en mi espalda, hablándole a mi oído en un susurro—. Suéltalo, amor, llora si tienes que llorar. No intentes retenerlo o irá a peor.

Tiene razón. Si no dejo salir las emociones, se convertirán en un ataque de pánico y será mucho peor. Dejo que mis sentimientos afloren, salgan, me hagan llorar para sacarlo todo. Y eso hago, lloro. Lloro hasta que me quedo dormida.

El resto del semestre acaba sin novedades, exámenes aprobados (que la verdad creía que me irían peor) y con la Semana Santa por comenzar.

En clase las cosas están raras. Esas tres no me dirigen la palabra, aunque los cuchicheos persisten y hay alguna que otra risa, pero no es lo mismo para nada. Me evitaban todo lo posible.

Ethan se va mañana. Se me hará raro estar sin él unos días, pero la verdad es que siento que lo llevaré bien. Estaré con mi madre estas vacaciones, no hay nada más que prefiera, si soy sincera. Tenía ganas de pasarme horas sentada en el sofá con ella viendo una serie o pelis.

Cuando Ethan está en Málaga, me habla cada día para saber cómo nos va, incluso hacemos alguna videollamada y conozco (aunque fuese en la distancia) a Laura y al resto de sus amigos. Me sentí algo azorada y tímida, pero me encantó conocerlos, su actitud era tan energética que se podía pegar a cualquiera que estuviera con ellos. Ojalá los conozca pronto en persona, la verdad.

Ethan volvió de Málaga y el curso siguió de nuevo. Erika, Ethan y yo empezamos el último trimestre con un trabajo de tres y alguno individual. La rutina vuelve a nosotros y así, sin darnos cuenta, llega mayo, sin ninguna primicia que merezca la pena.

Desde aquel día, mi padre no ha vuelto a aparecer ni a dar señales de vida.

Casi van a empezar los exámenes finales y estoy de los nervios. Solo quiero acabar el curso y largarme de aquí. Las

preinscripciones a la universidad empezarían en junio. Quería estudiar educación social y tenía que empezar a mirar universidades. Bueno, teníamos. Erika quería quedarse cerca, pero yo quería irme a Madrid, porque vi una allí que me gustó mucho. Ethan no sabía bien aún qué estudiaría, pero tenía claro que quería hacer algo relacionado con la psicología. Posiblemente esa sería su carrera.

—También hay psicología en Madrid —comenta Ethan, una tarde, tirados en el sofá.

Yo le miro, con algo de sorpresa.

—¿Quieres ir a Madrid? —le pregunto alzando las cejas, con el corazón acelerado, ante la idea de poder seguir estando juntos en la misma ciudad y no en una relación a distancia.

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Si están bien las universidades allí, tampoco está mal. Tengo que hablar con mis padres.

Lo comenta como si ese fuera el menor de nuestros problemas. Tal vez tenga razón, ese no podía realmente considerarse un problema, la verdad. ¿Una decisión difícil? Sí.

—¿Te imaginas la vida allí? —pregunta, acariciándome el brazo mansamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera gastarlo en eso.

—La verdad, no he pensado mucho en el futuro… —suspiro acomodándome más en sus brazos.

—¿Te acuerdas cuando te pregunté eso, el primer día que quedamos? ¿Que si ibas a ir o no a la *uni*? —Sonrío de forma inevitable al recordar eso.

«La primera vez que quedamos».

—Tenías razón, las cosas pueden cambiar mucho en un año. —No sé qué decir ante eso, así que simplemente le miro. Él gira la cabeza para devolverme la mirada—. Quién lo diría.

Asiento sin necesidad de contestarle, porque sabemos a qué se refiere. Le doy un beso en los labios, que me devuelve poniendo una mano en un lado de mi cara.

Acompaño a Ethan a la puerta de casa, que hoy tiene cena familiar con sus tíos de Málaga.

—Sabes que mis padres te han invitado —me recuerda. Yo asiento con una sonrisa—. Si quieres venir, sin problemas.

—Sí, ahora cuando venga mi madre te digo. —Me da otro beso y se va.

Era pronto, así que me meto en la ducha y así me lavaba el pelo también. Me visto y veo que aún es temprano para que mi madre vuelva, ya que aún son las siete de la tarde, por lo que decido ponerme algo en la televisión mientras tanto. Llego al comedor y veo una carta en la mesa pequeña, que todavía parece estar abierta.

Parece algo importante y me decido a leerla por si a mi madre se le ha olvidado en casa. El corazón se me para.

«Solicitud de custodia de Alex Villaescusa».

Se me corta la respiración. De repente, apenas puedo respirar.

Me quiere llevar. Mi padre ha venido a llevarme con él.

No quiero. No quiero. No quiero.

No puedo pensar, no puedo moverme. Solo se me viene a la cabeza el hecho de estar con él, de convivir con él, aunque solo me quede un año para ser mayor de edad y huir. Huir lejos. Muy lejos de él. No contemplo la idea de esa posibilidad.

El corazón me martillea como si tuviera un tambor en el pecho, uno muy grande, enorme. Y lo escucho en todas partes. Solo escucho eso: mi corazón latiendo a un ritmo imposible de contar. O eso me parece.

«Un ataque de pánico».

Intento respirar como la terapeuta me dice, como Ethan me dijo en el callejón, pero nada funciona. Solo veo imágenes en mi cabeza.

Imágenes de mi padre encima mío, de mi padre diciéndome que me relaje, de mi padre al día siguiente, haciendo como si nada hubiera pasado. Sentimientos de lo sucia que me sentí sin ser

siquiera consciente de ello. Sentimientos de culpa que vuelven cuando creí que ya me los quité de encima.

Mi madre no está bien en el trabajo. La pueden echar si quieren, con la puta crisis que están pasando.

Bullying.

Bullying.

De repente, me odio a mí misma por todo lo que está ocurriendo. Me odio por ser tan débil. Me odio por creer que todo estaba mejorando. Lo estaba haciendo, joder. Yo estaba mejor. ¿Por qué ahora esto?

Doy vueltas por el comedor, los pensamientos me abordan la mente, no puedo pararlos. No soy capaz de pararlos. Me pongo las manos en la cabeza, jadeando. No puedo controlar la respiración.

No puedo. Me doblo sobre mí misma aún con las manos en la cabeza y sollozo, que es lo primero que mi garganta puede sacar. Un sollozo ahogado detrás de otro. Me enderezo otra vez y sigo dando vueltas, como un animal encerrado. Así es como me siento, un animal encerrado, asustado y devastado, porque sabe que está a punto de morir.

Cuando me doy cuenta, estoy en el baño, abriendo el grifo y pasándome agua por la cara, para ver si funciona algo, pero no. Me apoyo con las manos en la pica, intentando respirar. Aunque parece que el agua ha ayudado un poco. Un poco.

Cierro los ojos con fuerza y bajo la cabeza, intentando dejar la mente en blanco un segundo, pero no puedo. Siguen pasando miles y miles de pensamientos a la velocidad de la luz, y sigo sin poder pararlos. Y hay uno que no me gusta nada. Ya he pasado por él.

Quiero morirme.

De repente, la idea me parece tentadora. Solo puedo pensar en que me ayudaría ahora mismo; mi cabeza se va a la opción más rápida.

Quiero morirme.

Consigo coger aire, pero aun así parece que mis pulmones no reciben lo suficiente y empiezo a hiperventilar. Quiero llorar, soltarlo todo, quedarme sin fuerzas y dormirme.

Quiero morirme.

Me inclino aún agarrada con las manos en la pica, intentando controlar mi respiración, todavía con los ojos cerrados, pero no lo consigo. Miro hacia arriba negando con la cabeza y sollozo otra vez. Me pongo recta y me apoyo contra la pared del lavabo, con la respiración agitada.

Siento que en cualquier momento voy a morirme.

Intento respirar profundo, pero casi no puedo, si entra aire, entra lo mínimo que podría pasar a mis pulmones. Sigo sintiendo que me ahogo.

Quiero morirme.

Y, de repente, le veo a él. Y, de repente, escucho sus palabras.

«Si vuelves a sentirte así, llámame, por favor».

Se lo prometí. Pero no puedo. No puedo. Vuelvo a cerrar los ojos con fuerza, lágrimas bajan por mis mejillas mientras sollozo. Vuelvo a abrirlos. Me agarro a esas palabras como si fuera lo único que me mantiene anclada a la Tierra.

«Si vuelves a sentirte así, llámame, por favor».

Me centro en esas palabras y en nada más. Dejo pasar todo por delante menos esas palabras. No sé cuánto tiempo pasa, porque ni siquiera me doy cuenta, pero mi respiración parece empezar a normalizarse.

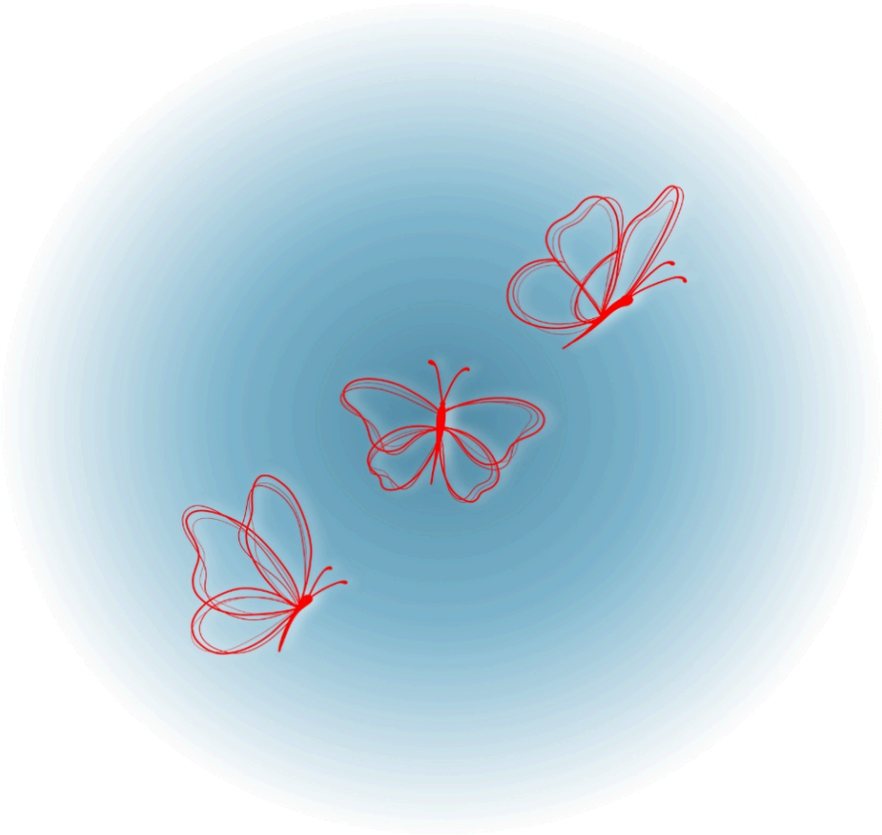
«Si vuelves a sentirte así, llámame, por favor».

Pongo la mano en mi bolsillo trasero. Tengo el móvil ahí.

«Menos mal, porque no sé si aún podría moverme».

Lo cojo y busco el contacto de Ethan en las llamadas. Me quedo un momento mirando su contacto, indecisa. No quiero molestarle. Por algo hoy se ha ido temprano. No debería llamarlo. Pero se lo prometí; en mi cabeza solo veo su cara de súplica

mientras me lo decía. Con un nudo en la garganta, le doy al icono de llamar.



82

Ethan

Acabo de salir de la ducha y solo me he puesto los calzoncillos y los pantalones cuando mi reloj marca una llamada entrante. Alex. Frunzo el ceño un segundo. Le hablé hace una hora y estaba esperando su respuesta por si venía esta noche o no, pero aún no había contestado. Cojo la llamada.

—Ey, dime, corazón —saludo, poniéndome el teléfono en el hombro para sujetarlo mientras busco una camisa decente. Aunque es familia, no creo que necesite ir muy…

—¿Puedes venir? —Paro en seco.

Su voz apenas es un susurro jadeante, parece que no pueda casi respirar.

Cojo bien el teléfono e intento respirar y hablar lo más tranquilo que puedo.

—¿Qué pasa? —le pregunto y, aunque intento parecer calmado, mi voz suena bastante angustiosa.

—No quiero recaer —me dice entre sollozos jadeantes—. De verdad, no quiero.

Está intentando hablar un poco más claro, pero le cuesta.

Apoyo un brazo en la puerta del armario y cierro los ojos un momento. Joder.

—Quince minutos —le respondo, repitiendo—; dame quince minutos.

—Pero… —empieza ella. Hace una pausa y le dejo un momento por si quiere continuar. Lo hace—. Joder, Ethan, tú tienes cosas que hacer, solo quería escuchar tu voz porque ahora mismo eres la única

persona con la que sé que no voy a sentirme imbécil por llamarte por un puto ataque de pánico.

Ahora está enfadada. No conmigo, eso está claro.

Cojo una camisa del armario, pongo el altavoz y empiezo a ponérmela.

—Alex, en primer lugar, me importa una mierda ahora mismo lo que tenga que hacer, sinceramente —le digo dejando el teléfono en el escritorio y cojo mis bambas—. En segundo lugar, no voy a dejarte sola cuando me necesitas.

Sin más. Ella se ríe irónicamente.

—Joder —jadea.

No dice nada más, solo la oigo llorar. Acabo de ponerme las bambas y suspiro cerrando los ojos.

—Alex —me sale más una súplica que su nombre—. Por favor, dame *quince* minutos.

Hago énfasis en cada palabra que digo.

—Vale.

—Vale. —Cojo el teléfono, cuelgo la llamada y me pongo en marcha.

No quería llamarme, no quería molestarme, o lo que es peor, no quería ser una carga. Porque, aunque haya progresado mucho, ya sabemos lo que un ataque de pánico podría hacerle. Otra vez.

Aparto ese pensamiento de mi cabeza en cuanto aparece, pero me ha puesto la carne de gallina, ha hecho que me estremezca y que recuerde a algo de lo que no quería acordarme nunca más desde que pasó. Ha hecho que casi corra, porque sé lo jodido que ha sido para ella llamarme.

Sé lo que le ha costado. Lo que ella no sabe es lo fuerte que acaba de ser en este momento, joder. Le pedí que si se volvía a sentirse así me llamara. Y lo ha hecho. No sé si por eso, pero lo ha hecho. Me ha pedido ayuda aun creyendo que me molestaría. No sabe lo agradecido que estoy por esa llamada.

Estaba lloviendo, así que tuve que coger un paraguas. Cuando llego al portal, paro en seco. Estaba allí, en la puerta del portal, sentada, empapada. Nota que llego y alza la mirada hacia mí.

No digo nada. Ella tampoco. Al menos, por lo que me parece una eternidad. Ella ya no lloraba. Aunque tenía la mirada un poco perdida todavía, como si tuviera resaca. Aún con la lluvia empapándole la cara se le veían los ojos enrojecidos de tanto llorar, y aún parecía hiperventilar, aunque superficialmente. Decido empezar yo a hablar.

—Te estás empapando, ¿qué haces aquí fuera? —le pregunto lo más suave que me permite mi garganta—. Podrías haberme esperando dentro.

Digo lo último aún sin moverme: no me atrevía. No sé si es consciente, pero tiene en la mano derecha una cuchilla, aunque con el envoltorio puesto. Me da la sensación de que, si me muevo, la perderé para siempre.

«Joder, no».

—Necesitaba aire —responde en un murmullo por encima del sonido de la lluvia.

Yo asiento, comprendiendo.

—La verdad es que me ha relajado mientras te esperaba —continúa mirando al suelo.

Yo sonrío levemente, aunque con la lluvia igual no se ha dado cuenta. Quiero acercarme. Dios, quiero abrazarla y consolarla.

—¿Me dejas que te proteja de la lluvia? —le pregunto sin poder contenerme.

No puedo verla más así, sola, bajo la lluvia. Ella me mira de nuevo y juro que lo que veo en su cara no solo es la lluvia que la empapa, sino lágrimas que aún salen sin que se dé cuenta.

—Quiero que me protejas de todo. —Me quedo un momento sin aliento.

El que va a llorar ahora soy yo.

—Solo puedo protegerte si me dejas —contesto con el corazón en un puño—. Y me mataría si te prometo que puedo protegerte de todo y que luego no sea así, Alex. Nunca te he mentido y nunca lo haré. Eso sí puedo prometértelo.

Hago mi mayor esfuerzo por seguir quieto en el sitio. Ella asiente y se hace a un lado de la puerta. Gracias a Dios. Voy hacia ella y me siento, aunque el suelo esté mojado.

—¿Me dejas eso? —le pregunto, con el corazón desbocado. Ella mira su mano.

Parece darse cuenta de lo que tiene y frunce el ceño.

—No me había dado cuenta de que aún lo tenía en la mano —me dice mirándome, negando con la cabeza, aún confundida.

Yo niego con la cabeza rápidamente.

—No pasa nada —le digo—. En serio.

Me giro un poco hacia ella, para que vea que lo digo de verdad.

Extiendo la mano, con la intención de hacerle ver que, si quiere, solo si quiere, puede dármelo. Antes de que diga nada más, lentamente pone la cuchilla envuelta en mi mano. Yo suspiro de alivio, cerrando los ojos un instante, dejando que la ansiedad se vaya de mi cuerpo y respirando tranquilo por fin.

Ella parece moverse un poco, como para aliviar tensiones. Ríe sin ganas mirando hacia arriba, donde ahora la tapa mi paraguas. Luego me mira a mí de nuevo.

—No sirve ya de mucho, que digamos.

Yo sonrío y me quedo pensativo un momento. Me levanto mientras guardo la cuchilla en mi bolsillo.

—Tienes razón —digo, asintiendo con la cabeza.

Tiro el paraguas a un lado y empiezo a mojarme también por culpa de la lluvia, que no sé por qué, pero parece que es más fuerte ahora, como si el ánimo de Alex fuera con ella. Se levanta ante mi acción y abre mucho los ojos.

—¿Qué haces? —me pregunta angustiada, yendo a por el paraguas—. ¡Te vas a empapar también!

Yo me adelanto, quedándome delante de ella, impidiéndole el paso y poniendo sus manos en mis hombros, haciendo que pare y me mire. Ella lo hace. Bajo las manos por sus brazos hasta llegar a las suyas, las agarro y empiezo a caminar hacia atrás, haciendo que Alex venga conmigo, hacia la lluvia y la noche.

—¿Qué haces? —me pregunta en un susurro, sin comprender. Yo sonrío.

—Tú, ven —digo simplemente.

Ella abre mucho los ojos cuando la acerco hacia mi cuerpo, poniendo mis manos en su espalda. Suelta un pequeño suspiro, supongo por la impresión, mientras empiezo a balancearnos muy levemente.

Ella vuelve a suspirar, dejándose llevar y poniendo su cabeza en mi pecho, con sus manos en mi espalda, rodeándome con los brazos. La lluvia nos continúa mojando, pero no nos importa lo más mínimo.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero, cuando me doy cuenta, hablo por fin.

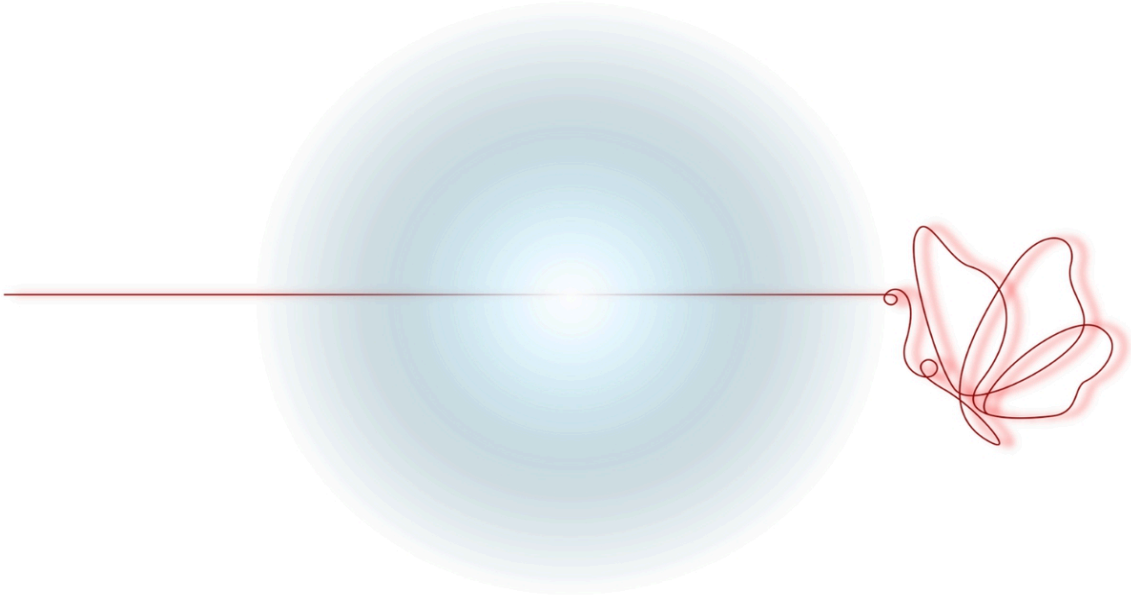
—¿Quieres hablar? —pregunto en su oreja con un susurro.

Aún con el sonido de la lluvia, me escucha, porque asiente levemente y luego levanta la cabeza para mirarme, contestando.

—¿Entramos? —Yo asiento, poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

A regañadientes me separo de ella y voy a coger mi paraguas mientas Alex abre la puerta del portal. Entramos en casa empapados. Yo dejo el paraguas en la entrada. Alex se gira hacia mí y pone los brazos en garra. Yo me quedo a la espera, con cara de interrogación.

—Mi padre quiere pedir la custodia completa.



83
Ethan

—¿Qué? —No puedo creer lo que oigo. ¿La custodia completa? —Pero ¿cómo va a poder hacer eso?

—Es mi padre biológico. Supongo que puede hacerlo. —Frunzo el ceño con incomprensión—. La ha solicitado, lo ha hecho, ahí está la carta.

Intenta estar calmada, pero está cruzada de brazos y no sabe dónde quedarse quieta.

—Alex, siéntate. —La guio hasta una silla y me siento con ella —. ¿Crees de verdad que van a dársela? Todo lo que ha pasado, lo que hizo, la orden de alejamiento que quebrantó el mes pasado, ¿crees que aún con todo eso, van a concederle la oportunidad siquiera de juicio?

—No lo sé —me contesta en un susurro, mirando el suelo. Me quedo un momento callado.

Si eso pasa, si de verdad pasa, no quiero imaginarlo, pero es imposible, ¿no? No puede ser que a una persona (si es que se puede llamar así) que tiene tanto encima le puedan aceptar la solicitud.

—¿Has hablado con tu madre? —Niega con la cabeza.

—Supongo que quería hablar de esto cara a cara, no la he visto en todo el día.

Es comprensible. No la iba a llamar por teléfono. Pongo las manos en sus muslos empapados por la lluvia con intención de tranquilizarla.

—Pues ahora vas a cambiarte de ropa, porque estás empapada, te secarás el pelo y hablarás con ella cuando llegue. —Me mira con lágrimas en los ojos, todavía hinchados.

Acaba por asentir. Cuando llega su madre estamos sentados en el sofá, esperándola.

—Quería hablar contigo cuando te viera —dice ella, sentada a su lado, entrelazando sus manos.

—Te creo, de verdad.

—Alex, no va a funcionarle. No va a llevarte con él.

La convicción con la que lo dice hace que se me ablande el corazón por ellas.

Esto es una mierda. No lo merecen. Ya tienen bastante con sobrellevar que son dos, que el día a día les está siendo duro, como para encima tener esto en la cabeza también.

—¿Cómo lo sabes? —Siento impotencia al escuchar su miedo palpable.

—Porque no voy a dejar que lo haga.

Y punto. Estoy seguro de que mi madre hubiera hecho lo mismo por mí.

Ahora había que esperar a que los abogados con los que había hablado Raquel dijeran algo. Fue una espera interminable. Hasta que no pasaron dos semanas, no les dieron cita, ya que tenían que valorar si había juicio o no.

Los exámenes finales llegaban en una semana.

La noche antes de la cita con los abogados, la madre de Alex deja que me quede a dormir, porque yo también (si es que lo piden) tendría que testificar lo que pasó la otra noche. Aunque no creo que ese fuera el motivo por el que me dejan quedarme, me alegro de estar con ella esta noche. Está nerviosa y quiero que tenga compañía.

Sus chillidos me despertaron y supe que estaba teniendo una pesadilla.

—Alex, despierta, despierta. —La meneo un poco, ella ahoga un grito y por fin abre los ojos, todavía jadeando—. Tranquila, estoy aquí. Ha sido una pesadilla.

La intento tranquilizar. Se destapa y sale de la cama.

—Tengo que salir de aquí. —La acompaño fuera de la habitación.

El aire de principios de junio es agradable, aunque sea de noche, así que nos quedamos un rato fuera, para que se relajara. Finalmente, entramos dentro y se durmió de nuevo en mi regazo, viendo la televisión sin volumen, para distraerla.

Nos despertamos sobre las 07:00, desayunamos bastante callados junto a su madre y nos arreglamos para irnos. El ambiente es un caos. Estamos bastante nerviosos, algo que no se puede evitar. Alex y ella van agarradas de la mano mientras esperan que las llamen. Mis padres también llegan a la misma vez, para estar conmigo si me hacían testificar, ya que soy menor.

Todos nos alertamos cuando llaman a Alex y a Raquel. Entran a la sala y la espera se me hace eterna. Cuando salen, yo me levanto, casi temblando, junto a mis padres. Las vemos con los abogados, así que espero impaciente a que acabaran. Estaban demasiado tranquilas. ¿qué habrá pasado? Alex me mira por un segundo y me sonríe levemente. Una sonrisa de alivio. Lo veo en sus ojos: niega con la cabeza.

No, le han dicho que no. Yo cierro los ojos un momento, soltando todo el aire que he mantenido estas semanas y me paso una mano por la cabeza, como gesto involuntario. La dejo ahí, aún con los ojos cerrados. Parece que los abogados se van y Alex se abraza con su madre, las dos llorando. Yo sonrío un poco mientras veo cómo Raquel le dice algo a Alex, con las manos puestas en su cara y la vuele a abrazar. Mi madre me llama la atención tocándome el hombro y yo me giro, todavía sonriendo. Ella sonríe también, abrazándome.

—Mejor esperemos fuera —me dice al oído—, esto es un agobio.

Yo asiento, separándome de ella y empezamos a caminar hacia donde está papá. Salimos de la sala de espera para cuando salgan Alex y su madre.

Me muero por verla, ser su refugio por una última vez, que soltemos toda esa mala energía acumulada juntos, abrazarla y no soltarla nunca. No aparto la vista de la puerta en ningún momento, hasta que las veo salir. Sonrío al verla y voy hacia ella, que justo se gira y me ve. Me sonríe de vuelta y es la sonrisa más bonita que me ha parecido ver en toda mi vida.

Empieza a caminar hacia mí; el rato que tardamos en llegar el uno al otro se me hace eterno, cuando nos estamos a un solo paso nos quedamos quietos, mirándonos frente a frente. Pasan unos segundos.

—Te dije que saldría bien —digo.

Ella se ríe entre lágrimas. La atraigo hacia mí y la abrazo. Ella me devuelve el abrazo apretándome con fuerza. Pongo mi barbilla encima de su cabeza y cierro los ojos, suspirando. Me dejo llevar por su abrazo, su olor, su presencia. Nos quedamos así un rato.

—Te lo dije —vuelvo a decir, separándome de ella, pero dejando mis manos en su cintura.

Ella pone sus manos en mis hombros y yo junto mi frente con la suya.

—Gracias. —Niego con la cabeza, ella repite—. Gracias por todo.

Como respuesta le alzo la barbilla y la beso. Ella pone sus manos en mi nuca, devolviéndomelo. Oímos un poco más allá que llaman a Alex. Ambos nos damos la vuelta y, sin soltarnos la mano, empezamos a caminar.

No será fácil olvidar esto, pero lo peor ya está. Se irá a donde le dé la gana y ya no sabremos nada de él. Ahora, necesitamos continuar con nuestras vidas, que es fácil decirlo, pero hacerlo será otra muy distinta. Con todo lo que ha pasado va a haber pesadillas, malos días, momentos de no saber qué hacer… Pero ahí estaré, para ella y su madre, para lo que necesiten. Solo les queda pasar página por fin; se tienen la una a la otra, que es lo más importante.

Llegamos donde están nuestros padres y Alex se separa de mi cuando va a recibir otro abrazo de su madre.

—Estábamos hablando de que esta tarde os venís a casa a comer, ¿vale? —dice Raquel.

Yo sonrío sin poderlo evitar. Aún sigue abrazada a Alex y las dos parecen tener tanta paz…

—Por mi perfecto —respondo, y miro a mis padres interrogante, aunque supongo que ellos ya han dado el sí, por cómo ha hablado Raquel.

—Ya la has oído, no acepta un no por respuesta —dice mi madre encogiéndose de hombros.

Cuando llegamos a casa de Alex, ella me vuelve a coger de la mano.

—¿Podemos Ethan y yo dar una vuelta?

Todos la miramos con cierta sorpresa, aunque parecen disimular bastante bien, yo incluido. Se da cuenta y nos mira a todos uno a uno, como si se sintiera una extraterrestre que acaba de hablar. Todos parecemos relajarnos, dada la situación, parece que, sobre todo por parte de su madre, hay miedo, claramente instintivo. Finalmente, su madre sonríe.

—Claro, siempre que estéis para la comida —responde con dulzura.

Alex sonríe también, asintiendo.

—Me llamas cuando casi termines y volvemos —promete.

Raquel asiente y mis padres me dan un beso.

—Tened cuidado.

Yo asiento. Empezamos a caminar mientras Raquel les abre la puerta de su casa a mis padres.

El bosque al mediodía era precioso. Los pájaros ya han dejado de cantar, pero el ambiente da paz, aunque no hiciera el suficiente calor para ir en maga corta: ciclistas, personas paseando que siempre saludaban con un «Hola»… Ambos sentimos mucha paz. No

hemos dado muchos paseos por el bosque desde que nos conocemos, pero sí que sé con certeza la razón que tenía Alex cuando dijo que era su lugar favorito por eso.

—Bueno, ya nos has apartado de nuestros padres —le comento pícaro—. ¿Por algo en concreto?

Sigo interrogándola. Ella me mira y se ríe, negando con la cabeza y mirando al suelo un momento. Yo continúo mirándola, interrogante, para que me conteste.

—Solo quería estar un rato en paz, nada más —confiesa casi en un susurro.

Un ciclista se acerca y yo me hago a un lado, poniéndome detrás de Alex y aprovecho la oportunidad para rodearla entre mis brazos, caminando cuando el ciclista pasa por nuestro lado. Ella apoya la cabeza en mi hombro, y suspira.

—De verdad, lo necesitaba —admite.

Yo sonrío satisfecho.

—Solo tenías que pedirlo.

—Y lo he hecho, ¿no?

—Sí, y me alegro. Esto trae tanta paz —susurro—. Tenías razón cuando lo dijiste; es increíble lo bien que se está aquí a estas horas.

Como está empezando a ser un poco incómodo esto de andar detrás de ella, me pongo a su lado, cogiéndole la mano.

—También… —empieza, pero se queda callada un momento. Luego continúa—, quería hablar contigo.

Se pone algo seria cuando la miro a los ojos. Yo asiento con una sonrisa, animándola a continuar.

—Claro, dime.

Suspira, sé que es señal de darse el empujón para empezar a hablar.

—Gracias por todo lo que has estado haciendo estos meses —comienza a decir—. Por más que lo pienso, no sé qué hacer para compensarte. Has estado desde el principio conmigo y para mí, y sé

que no es justo para ti que no hayas recibido lo mismo por mi parte. No hay nada que compense lo que has hecho tú y tu familia por mí; cuando más te necesitaba, ahí has estado. En mis peores momentos, en los mejores y en lo cotidiano, eso no lo hace todo el mundo, Ethan. Tú sí.

Yo freno y ella lo hace después. Se gira para mirarme, expectante. La tomo también de la otra mano.

—Alex, no tienes que agradecerme nada. Sabes perfectamente que lo he hecho porque quería y quiero estar contigo —le contesto mirándola a los ojos—. Aunque eso implique malos momentos o peores.

Alzo las cejas, para que me entendiera.

—Eso es una relación, sea de amistad o de amor. Estar ahí para la persona cuando te necesite, para bien o para mal. A veces, simplemente escuchando, simplemente estando, simplemente viendo —repito las palabras de mi mejor amiga que tanto me calaron y que tan reales eran—. Me lo hizo ver Laura.

Alex sonríe con ternura.

—Al principio, me sentía impotente, incluso inútil, porque no podía ni puedo hacer nada, pero ella me hizo ver que con eso era suficiente.

Ella asiente.

—Es verdad —concuerda conmigo—. Creo que eso era lo que necesitaba realmente, que alguien me viera. Y lo has hecho. Me viste.

Asiente con los ojos llenos de lágrimas.

—Te quiero. —Abro mucho los ojos—. Sé que no te lo digo mucho, pero lo hago, Ethan. De verdad que lo hago y, después de lo de hoy, de todo lo que ha pasado, merece la pena decirlo siempre que queramos, así que lo digo, sin miedo ni tapujos, aunque ya lo sepas realmente.

La atraigo hacia mí y la beso.

No hay duda de que es un beso diferente. Muy diferente.

Ella se deja llevar, abriendo sus labios para dejarme entrar con un suspiro del cual bebo. Nuestras lenguas empiezan a jugar la una con la otra, explorando cada parte de nuestras bocas. Le acaricio la espalda con las manos y jadeo cuando ella gira un poco la cabeza para tener mejor ángulo para besarnos más profundo, rodeando mi nuca con sus brazos. Ella vuelve a suspirar en mi boca cuando le mordisqueo el labio inferior.

El tono de llamada de Alex empieza a sonar, interrumpiendo nuestro beso. Los dos nos separamos jadeando. Ella coge la llamada.

—Mamá—dice, aún recuperando el aliento—. Vale, ya vamos.

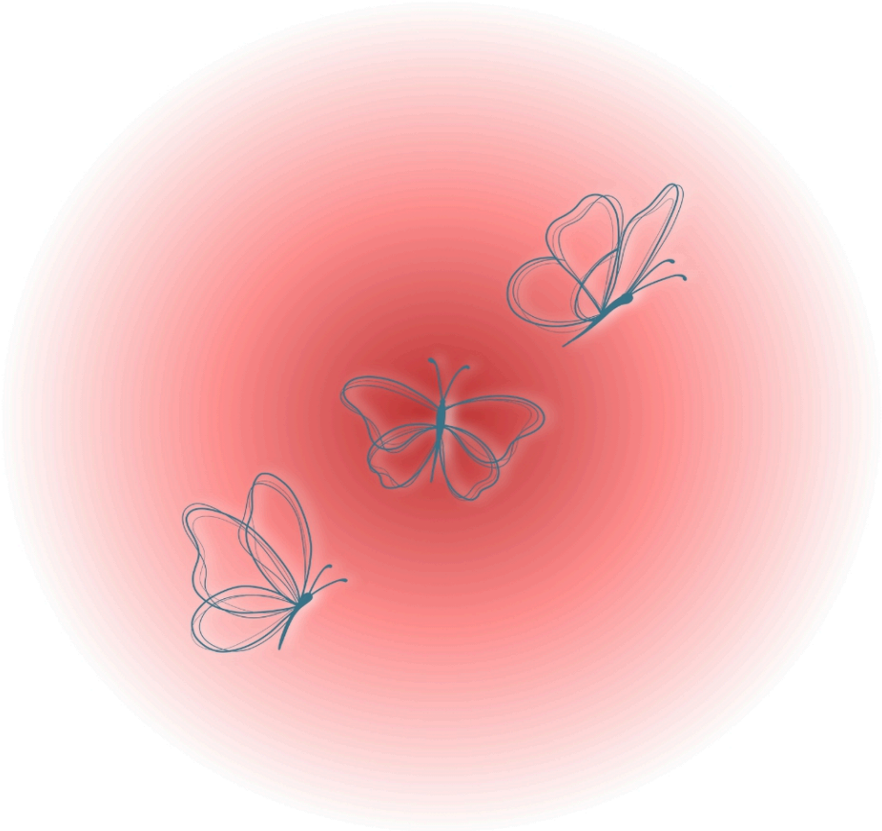
Espero a que cuelgue.

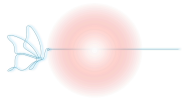
—¿Por qué últimamente no paran de interrumpirnos? —pregunto volviéndola a atraer hacia mí.

Ella se ríe, poniendo los brazos en mi nuca otra vez.

—Bueno, nadie ha dicho que no podamos continuar —suelta con su sonrisa pícara que le sale pocas veces.

Yo sonrío sin poder evitarlo y vuelvo a besarla.





84
Alex

Llegamos a casa treinta minutos después, sin muchas ganas, la verdad. Hacía mucho que no estaba tan relajada, tan tranquila, con tanta paz. Admito que me dejé llegar.

Pero con Ethan es muy fácil dejarse llevar.

Es sencillo dejarse llevar con alguien con el que te sientes de esa manera. Y el sentimiento no cambiaba, al contrario, iba a más cada día. Cada vez que le veía era mejor que la anterior.

Con lo de mi padre me costaba mucho más intentar llevar una vida normal. Estaba siempre alerta, siempre analizando cosas que en realidad no tenía sentido que pasaran, sobre todo los últimos días antes de la cita con los abogados. Doy gracias a que la noche de antes Ethan estuviera conmigo. Bueno, ese día y todos.

Después de hoy, que todo ha acabado, solo quiero olvidar. Solo quiero *vivir*. Necesitaba decirle a Ethan todo aquello, necesitaba que supiera que siento lo mismo que él, porque se lo merece. Ya no voy a tener miedo.

No después de esto.

Comimos en familia, nos reímos, hablamos, tomamos café y así pasamos toda la tarde. Se nos hicieron las ocho de la noche y los padres de Ethan decidieron que ya era hora de marcharse a casa. Me daba pena, la verdad, porque nos lo estábamos pasando tan bien… pero bueno, cosas de padres, no sé por qué esa hora suele ser la indicada para ir a casa y ser ermitaños otra vez.

Aunque, debo decir que Ethan pensaba igual que yo, porque ahora estamos dando un paseo al lado del bosque, ya no dentro,

dadas las horas y que casi es de noche. El sonido de los grillos y el poco ruido que hace el agua nos basta para pasear cogidos de la mano con algún que otro abrazo y beso… no hacen falta las palabras, la compañía del otro ya nos sirve.

Estamos caminando por al lado de una montañita llena de césped. Ethan empieza a caminar más rápido hacia ella y yo le sigo, porque me tenía de la mano.

—Ven, ven —me dice, animado, estirando de mi brazo.

Corro junto a él hasta llegar a la pequeña cima. Se sienta en el suelo y yo hago lo mismo, luego hace que me estire con él. Yo me río, dándole un golpe cariñoso en el pecho.

Miro hacia arriba, al cielo lleno de estrellas; me quedo embobada con la boca abierta.

—Vaya… —empiezo a decir, pero no me salen más palabras.

—Es bonito, ¿eh? —acaba por mí.

Yo asiento sin dejar de mirar al cielo.

—Sí —respondo.

Ethan parece suspirar. Ambos nos quedamos callados, con los ojos fijos en el cielo.

Las estrellas brillan en lo alto y no sé por qué, pero parece que brillan más que en todo el tiempo que las he visto; supongo que el cielo está bien despejado y permite verlas en todo su esplendor, pero, sinceramente, dudo que sea eso.

—¿Siempre se han visto tan bien? —pregunto en un susurro.

Noto que Ethan gira un poco la cabeza hacia mí.

—Cuando está despejado, sí —responde volviendo la cabeza hacia el cielo.

No es el mundo el que ha cambiado, YO he cambiado.

Sonrío al darme cuenta. Los ojos se me llenan de lágrimas, pero las contengo para poder ver bien el espectáculo que tenemos ahí arriba. Voy a hablar, pero, de repente, una luz brillante y de un

azul intenso cruza el cielo a una velocidad increíble; casi daba miedo. Yo me siento de golpe cogiendo aire.

Una estrella fugaz.

—¡Pide un deseo, pide un deseo! —grita Ethan, cerrando los ojos.

Yo los cierro también. Los vuelvo a abrir y miro a Ethan, aún impactada por lo que acabamos de presenciar, con una sonrisa tonta. Él todavía tiene los ojos cerrados, pero los abre un segundo después, también sonriendo.

—Dios, nunca había visto algo así —declaro riéndome.

Me vuelvo a tumbar con un suspiro de satisfacción.

—La verdad es que yo tampoco —asegura—. Ha sido impresionante, ¡y era enorme!

Se pone un poco de lado para estar de cara a mí. Yo sonrío ante su asombro.

—Pues sí, la verdad es que era enorme —afirmo—. ¿Qué has pedido? A la estrella, quiero decir.

Me mira dudando.

—¿Y tú? —contraataca—. ¿Qué has pedido?

Yo niego con la cabeza todavía sonriendo.

—Eso no vale, te he preguntado primero —le refuto—. Pero, si quieres, te lo diré.

Él levanta las cejas y ladea la cabeza, también sonriendo.

—Tú dirás.

Me mira expectante. Yo sonrío más aún ante su escepticismo y respondo.

—Que haya millones de momentos más como este.

Me observa con ternura y niega con la cabeza.

—Eso no tenías que pedirlo —responde al cabo del rato—. Los habrá, dalo por seguro.

—¿Y tú? —Ahora me toca a mí saber—. ¿Qué has pedido? Yo ya he respondido.

Él se estira a mi lado con un suspiro, yo espero a que responda. Duda unos momentos, pero por fin habla.

—No volver a necesitar mi mantra. —Ahora soy yo quien se sienta, mirándole extrañada.

Y, entonces, me acuerdo.

—Nunca me dijiste tu mantra —le recuerdo.

Él ríe.

—La verdad es que quería guardarlo para mí —responde con un pequeño suspiro.

—¿Me lo dirás? —pregunto, algo ansiosa por saber.

—Mmm…—me responde pícaro—. No sé…

—¡Oye! Ahora no me dejes así. ¡Ya lo has soltado! —le replico indignada, zarandeándolo.

Empieza a reírse y me coge las manos para que pare.

—Vale, vale, tienes razón.

Paro y me quedo callada expectante, mirándole. Se pone serio, pero en su mirada solo hay dulzura.

—Tengo que ayudarla —sentencia.

Abro mucho los ojos, sorprendida y sonriente a la vez.

No me conocía de nada, no sabía ni quién era o mi historia, nada.

—No lo dices en serio —le rebato.

No podía serlo. Parpadeo porque noto cómo las lágrimas vuelven a aparecer en mis ojos. Él sonríe ante mi sorpresa; una sonrisa de entendimiento, de comprensión. Yo frunzo el ceño.

—Aún te sorprenden este tipo de cosas —responde.

Alza la mano y me pone un mechón de pelo suelto detrás de la oreja izquierda, dejando ver mi *piercing*. Luego baja la mano y la deja sobre mi pecho.

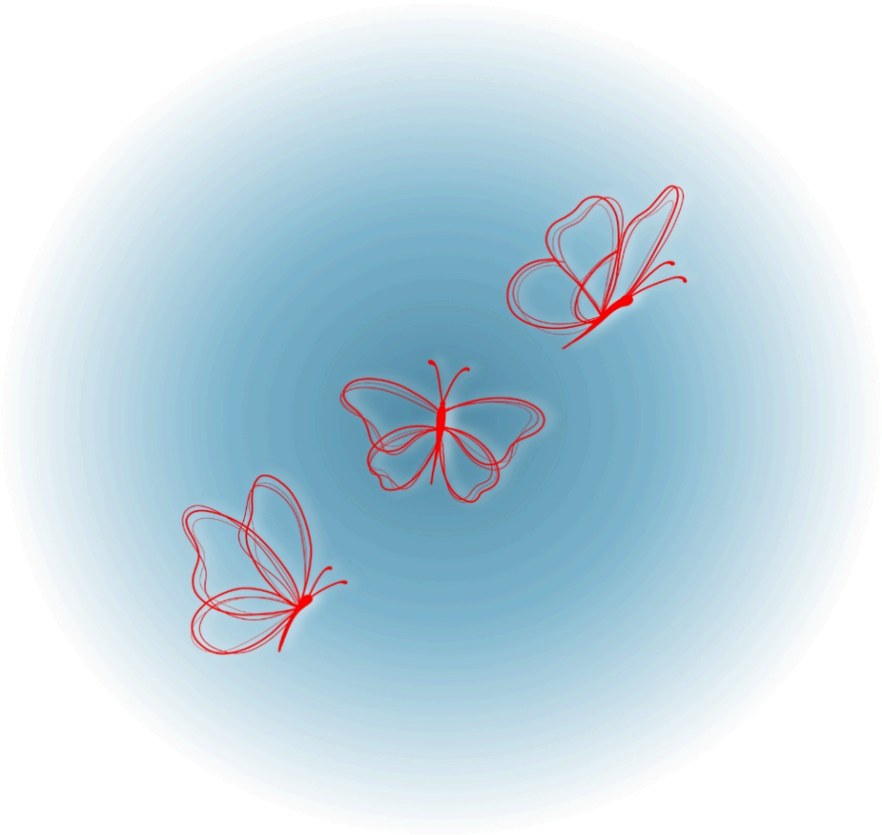
—Sí, lo digo en serio —dice simplemente—. ¡Ah! Y también que nos cojan en la *uni* que queremos y...

—No me conocías —le interrumpo abruptamente—. Casi no me conocías, ¿por qué tendrías ese mantra?

No puedo evitar preguntárselo, necesito saberlo. Él me mira y se sienta poniéndose a mi altura.

—¿Acaso he de tener una razón? —empieza, dejándome desconcertada—. Entiendo que la gente ayude a otra gente, no hay razón para no hacerlo; pero no entiendo cómo la gente puede hacer daño a otra gente. Tampoco hay razón para eso.

Sin saber qué decir o qué hacer, me recuesto sobre su pecho y él se estira, para que estemos más cómodos.



85
Ethan

A las diez de la noche suena una alarma del móvil de Alex, que indica la hora de vuelta a casa. No es que su madre fuese estricta, sino que, después de saber que su padre había vuelto, quería tenerla más controlada por lo que pudiera pasar.

Tampoco es que hoy le hubiera dicho una hora de llegada, pero, como siempre tiene la alarma puesta cuando sale, hoy no ha sido una excepción. Creo que no se acordaba, porque pega un bote en mi pecho cuando suena. O simplemente se habría quedado dormida. Se endereza y bosteza. Yo sonrío.

Sí, se había quedado dormida.

La alarma sigue sonando hasta que ella la para. Se gira hacia a mí con pereza, bostezando otra vez, con el ceño fruncido.

—Me he quedado dormida —dice simplemente.

Yo no puedo evitar reírme ante el comentario obvio.

—Sí, te has quedado dormida.

Ella se queda callada, asimilando que se acaba de despertar y se pasa las manos por la cara, para acabar de despertarse.

—Mi madre no me ha dicho nada de hora, pero creo que es mejor que vaya volviendo, para no preocuparle.

Asiento y me incorporo, desperezándome también. Alex mira cómo me levanto y me estiro; luego le ofrezco una mano para levantarla. La acepta y la atraigo hacia a mí, levantándola del suelo.

—Si quieres enviarle un mensaje… —le digo como sugerencia —. Al menos de que ya estamos volviendo, quiero decir.

Ella asiente cogiendo el teléfono. Con la otra mano busca la mía y la tomo mientras caminamos.

—Hablaste con Erika también, ¿verdad?

—Sí, estaba preocupada, la verdad. —No la culpo—. Mientras se hacían los cafés esta tarde le envié un par de mensajes, para que se quedara tranquila.

Ya veo, a mí también me envió algún mensaje y le dije que le hablaría ella mejor. Salimos de la zona algo boscosa hacia la acera.

—Yo le dije que tú le hablarías en cuanto todo hubiera acabado —le confirmo—. No quería que te presionara.

Ella asiente, mirando a ambos lados de un paso de peatones que vamos a cruzar. Yo hago lo mismo.

—Sí, además, me dijo ayer que no me hablaría a no ser que yo le hablara, y eso ha hecho —me cuenta—. La verdad es que se lo agradezco mucho, aunque a la vez me sabe mal haberla tenido en ascuas. Le he dicho que mañana nos veríamos sí o sí.

Llegamos a la cuesta que llega a su casa.

—Me parece bien. —La verdad es que tengo ganas de verla—. Laura me preguntó por ti también esta mañana, pero aún no sabíamos nada y tampoco le dije gran cosa.

En realidad, le hablé yo para descargar mi ansiedad cuando Alex se quedó dormida después de la pesadilla.

—Le tengo que dar las gracias también, aunque esté en Málaga, hace más cosas ella que cualquier persona de aquí, sin contaros a Erika a ti y a mi madre.

Yo sonrío, complacido. Me encanta que se lleven tan bien. Nada es mejor que tu novia y tu mejor amiga llevándose así de bien.

—Te tiene una *pechá* de cariño —aseguro mientras cruzamos la esquina de la cuesta. Ella ríe—. La verdad es que tengo ganas de llevarte a Málaga algún día, la verdad.

—Me encantaría —me responde con una sonrisa cómplice. Llegamos a su portal y dejamos de caminar—. De verdad.

Le devuelvo la sonrisa y le doy un beso.

—¿Nos vemos mañana entonces? —pregunta.

Asiento entrelazando mis manos con las suyas y atrayéndola a mí, poniendo sus manos en mi espalda.

—Sí, claro —le respondo a centímetros de su boca. Ella me mira con esa timidez que tanto me gusta—. Vamos hablando de la hora.

Esta vez es ella quien me da un beso. Le dejo libertad para separarse de mí y se dirige a la puerta y yo espero a que entre. Cuando ya cierra la puerta, empiezo mi camino a casa.

Al día siguiente me despierto pasadas las once. Cuando me doy cuenta de la hora levanto mucho las cejas. Hacía una *pechá* que no dormía tanto. Voy a coger mi teléfono y veo unas cuantas notificaciones. Suspiro y me levanto.

Tenía un audio de Laura, mensajes de Pol y Alberto en el grupo, de Erika y Alex.

Dejo el móvil a un lado y me despejo frotándome la cara. Por un día me sentía más descansado y con un poco más de energía. Vuelvo mi atención al teléfono para leer los mensajes.

Alex me ha dado los buenos días hace dos horas. El grupo malagueño pregunta cómo fue ayer. Creo que algunos de los mensajes ya estaban ayer, pero, la verdad es que no estuve por la labor de contestar con todo lo que hicimos. La notificación, el paseo, la comida, pasar el día en familia y, luego, el paseo nocturno con Alex.

Tampoco me agobiaron, cosa que siempre he agradecido de mis amigos. Te dan el tiempo que necesites para desahogarte y hablar. También había uno de Erika, no me he dado cuenta. Al final no puede quedar hoy; sus padres y ella se van a ver a sus abuelos, ya que era sábado.

Contesto los mensajes con brevedad diciendo que ya daría más detalles.

Llego a la cocina a hacerme el primer café del día y mi madre está ya cocinando. Cuando me ve, se mofa de mí.

—Dichosos los ojos, boquerón —me dice indignada—. Tampoco llegaste tan tarde anoche, ¿qué ha pasado hoy?

Yo suspiro revolviéndome el pelo.

—Estos días ninguno ha dormido bien —me justifico—. Es la primera noche que mi cabeza no se ha ido por las ramas.

Me mira con comprensión mientras tomo una taza del armario de arriba. Casi la agarro sin mirar y, cuando me doy cuenta, veo que es una que me dio la madre de Alex. Voy hacia la cafetera y cojo el tarro de las cápsulas de café.

—Bueno, era comprensible —contesta mi madre, moviéndose para dejarme espacio. Se pone al otro lado, apoyándose en la encimera con los brazos cruzados—. Antes de ayer tuvisteis una noche movidita.

Y que lo digas. Las pesadillas de Alex eran agotadoras; no solo para ella. Hasta yo me asusto cuando las tiene al verla tan pálida, sudando, intentando calmarse y ver cómo le cuesta volver a la realidad. Le conté a mi madre lo de la pesadilla mientras esperábamos a que Alex y su madre salieran de la sala de los abogados.

Le era imposible volver a la habitación después de la pesadilla.

Pongo la cápsula en la cafetera y le doy al botón para que saliera el café.

—Me quedé con ella en el comedor y pusimos la tele para que se distrajera, y así se acabó durmiendo —continúo, poniéndome en la misma posición que mi madre, bostezando.

El café empieza a salir y su aroma empapa la estancia. Por un instante, deseo que este momento nunca me falte.

Tomo la taza humeante y voy a por la leche.

—¿Y papá?

—Ha ido a comprar el pan.

Yo asiento, poniendo el café en el microondas. Suenan dos clics y me giro otra vez hacia mi madre a esperar a que vuelva a sonar.

—¿Tienes planes para hoy? —inquiere, yendo hacia la olla en la que está cocinando.

—Pues íbamos a quedar con Erika, pero se va con sus abuelos —alego segundos después, mientras mi madre mueve lo que sea que hay dentro.

Por cómo huele, creo que es estofado. Me hace recordar que aún ni he desayunado y me planteo esperar a la comida, ya que casi es mediodía.

—Así que no lo sé realmente.

El microondas vuelve a pitar y me giro para sacar la taza.

—Mientras me avises de dónde estás, me vale.

Asiento mientras voy a darle sorbo al café para comprobar que está caliente, pero se me resbala de la mano porque no he cogido bien el asa, cayendo al suelo y rompiéndose en pedazos. Ahogo un grito y aparto los pies descalzos para no cortarme.

—Joder —suelto sin poder evitarlo.

Me agacho y empiezo a recoger los cachos grandes con cuidado, tirándolos a la basura. Mi madre va hacia donde está el mocho y el cubo.

—Oye, que yo no te he enseñado a hablar, así, boquerón —me reprende regresando a donde estoy yo—. Toma, no te hagas daño, melón.

Cojo lo que ha ido a buscar y lo dejo a un lado, recogiendo aún los cachos de taza del suelo, hasta que no queda ninguno.

Una vez fregado, me hago otro café; aunque, esta vez la taza sobrevive.

86

Alex

No me he dado cuenta de que me he quedado dormida. Me desperezo todavía en la cama poniéndome cómoda en otra posición, suspirando y frotándome la cara, dejando el brazo por encima de la cabeza.

Cuando salgo de mi habitación mi madre está tomándose el café en el comedor, mirando unas cosas en el ordenador. Cuando me ve, deja la taza y sonríe.

—¿Ya despierta, cariño? —me saluda—. ¿No es muy pronto?

Gira hacia mí en la silla. Asiento y bostezo. Le doy un beso en la mejilla.

—Bueno, me he despertado, simplemente —contesto—. Hoy he descansado, así que estoy bien.

Me siento en el sofá.

—Bueno, me alegro, entonces. —Me sonríe volviendo su atención a lo que estaba haciendo, tomando otro sorbo de café—. Hay en la cocina, por si quieres.

Yo he cogido el móvil, pero asiento igualmente.

—Ahora desayunaré —le prometo, mientras respondo algún mensaje.

Ethan me escribió ayer para desearme las buenas noches y decirme que ya estaba en casa, pero no llegué a verlo, ya que me quedé dormida. Le envío disculpas y los buenos días; Erika me dice que al final hoy imposible, porque va a ver a sus abuelos. Le envío que no pasa nada, que ya nos veremos, sin problemas. Me centro otra vez en mi madre.

—Hoy no trabajas, ¿no? —le pregunto para asegurarme.

—No, pero estoy mirando algunas cosas que quedaron pendientes ayer.

Ya veo. Asiento y me levanto para ir a la cocina.

—Voy a hacerme café —le informo.

Ella asiente casi sin despegar sus ojos de la pantalla.

—Acabo enseguida, corazón —se disculpa, empezando a teclear—. Solo me queda enviar un *mail* y termino.

—No te preocupes —le digo entrando a la cocina.

Cojo una taza y me pongo café ya hecho de la cafetera italiana, aún humeante. Mientras se calienta la leche, saco el pan y pongo dos rebanadas a tostar. Espero a que se hagan mientras me bebo el café, ya caliente. Mi madre asoma por la puerta y entra.

—¿Qué quieres que comamos hoy?

Me quedo pensando, dejando la taza en la encimera. Mi madre espera expectante mi respuesta, a ver si se me ocurre algo. Me doy cuenta de que, si ese es el mayor de mis problemas ahora, benditos sean.

—Pues la verdad, me da igual. —Frunzo los labios y me encojo de hombros mientras cojo otra vez la taza. La tostadora suena y me giro para cogerlas—. En serio, lo que hagas estará bien.

Voy a la nevera a coger la mantequilla y el jamón. Mi madre sonríe y asiente.

—Pues ya veré, porque tampoco tengo idea.

Yo me río untando la mantequilla y negando con la cabeza. Noto que se acerca a mí y me da un beso en la mejilla desde atrás. Yo sonrío complacida.

A las once pasadas recibo un mensaje de Ethan; se acababa de despertar. Me siento mal por ello, porque llevábamos unos días bastante malos por mi situación y no quería salpicarle. Ante anoche no fue la peor de todas, pero una de ellas seguro. No quiero ni recordarla. Solo quiero acordarme de cómo me acomodó en su

regazo en el sofá del comedor, encendió la televisión, con intención de entretenerme, me acarició el pelo y me quedé dormida. Entre sueño y sueño, recuerdo haberle escuchado hablar con alguien, no sé qué hora sería. Pero como su acento malagueño se agudizó mucho y por cómo hablaba, creo que era Laura la que estaba al otro lado del teléfono.

«Tranquila, mira yo a qué horas me levanto, buenos días, chiquitilla» sonrío ante el mensaje rascándome la nariz y le contesto.

«Bueno, ya lo necesitabas. Siento por todo lo que te he hecho pasar».

«No pienso repetirte lo de ayer, melona».

Sonrío con algo de tristeza. No hay nada que pueda darle en compensación. Solo aceptar lo que me dijo ayer y acabar de asimilar que hay personas que hacen las cosas sin buscar nada a cambio. Después de tantos años siendo una chica solitaria, sin amigos ni vida social, en pocos meses he pasado a tener a dos personas con las que de verdad puedo contar, que son reales… Me cuesta que entre en mi cabeza.

«Aun así tenía que decirlo. ¿Nos vemos hoy? Erika no puede al final, pero podemos vernos igual».

«Sí, a mí también me lo ha dicho, podemos tomar café por aquí al lado y luego pasear, que ayer se nos quedó corto».

El calor me sube por el cuerpo llegando a mis mejillas al recordar cierto momento del día anterior. Sonrío de forma pícara.

«Me parece genial, ¿quedamos a las cuatro donde siempre?» le respondo. Me pongo un mechón detrás de la oreja, esperando respuesta.

«*De perita*, nos vemos, chiquitilla». Vuelvo a sonreír al leer las últimas palabras y dejo el móvil a un lado.

Me ducho, me visto y, cuando salgo de la habitación, mi madre ya está acabando de hacer la comida, así que solo queda poner la mesa y comer.

Cuando estoy lista, salgo para reunirme con Ethan. Vamos a la cafetería de siempre, pedimos el café y nos sentamos.

—¿Cómo lo vais a hacer para lo de la *uni*? — me está preguntando, mientras yo doy un sorbo a mi café.

Trago y dejo la taza.

—Pues todavía no está todo bien pensado, pero creo que mi madre pronto me dirá algo —le contesto con un suspiro. Aún no creo que vaya a irme a Madrid. Casi se me había olvidado—. La inscripción está hecha y la matrícula será en breves, así que...

Me remuevo un poco en la mesa por una repentina incomodidad. La verdad es que no veo el momento de separarme de Ethan, sus padres, de Erika… Pero, a la vez, siento que es lo único que necesito para pasar página del todo. Irme. Quedarme aquí, aunque todo haya acabado, solo hace que recuerde todos los días lo que he vivido. Necesito que eso cambie, necesito huir. Ethan lo sabe.

Me pone la mano encima de la mía y vuelvo un poco a la realidad. Veo que me sonríe con ternura.

—Te irá bien, lo sabes, ¿no? —Se me humedecen los ojos, pero asiento, acabando por sonreír también, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Eso quiero, de verdad, Ethan. —Vuelvo a suspirar y me echo hacia atrás en el respaldo de la silla—. Solo espero que todo sea… diferente.

Creo que esa es la palabra que buscaba.

—Que todo sea diferente y empezar de cero con mi madre... —susurro.

Joder, pero también con él. Suspiro de frustración y me paso la mano libre por el pelo, echándolo hacia atrás.

—Ey, que te entiendo —me dice Ethan, dándome un apretón en la mano—. Sé perfectamente lo que quieres decir.

Yo no digo nada, solo le miro con una mueca de fastidio y él continúa hablando.

—Pero sabes que, aunque no estemos juntos, en la misma ciudad, no significa nada, entre nosotros nada va a cambiar.

—Lo sé, es que me frustra que aún no sepas nada. En teoría ya deberían haberlo hecho, ¿no? Sea que sí o que no.

—Todavía están dentro de la franja de tiempo estipulado, supongo que en breves también sabré algo.

Exhalo aire y tomo otro sorbo del café. Ethan me mira, esperando a que hable.

—Me gustaría que vinieras también, nada más —termino por decir, algo azorada, haciéndome pequeña por la confesión.

Él sonríe y me coge un mechón de pelo, quitándolo de mi cara y mirándome con algo de inquietud. Abro la boca para hablar y aclarar lo dicho, pero una ambulancia me calla la boca, ya que pasa muy cerca y suena muy fuerte. Ethan se gira al estar de espaldas, ya que el ruido impacta, pero la ambulancia ya no está a la vista.

—Joder, corría una *pechá*, ¿no? —me pregunta, volviéndose hacia mí con los ojos muy abiertos, impresionado.

Yo asiento con el ceño fruncido, algo incómoda.

—¿Estás bien? —Digo que sí con la cabeza, pero no sé por qué me siento así—. Tenemos todo muy reciente, amor, ¿seguro que te sientes bien? —Quiere asegurarse, con el ceño fruncido.

—¿Te importa que volvamos a casa? —le pregunto, moviendo sin parar las piernas de manera instintiva por debajo de la mesa—. La verdad es que sí me he puesto algo nerviosa.

Él asiente y se levanta sin soltar mi mano.

—Voy a pagar y nos vamos.

Yo asiento, mirando hacia la puerta de la calle.

Habrá sido el ruido; me ha puesto de los nervios.

Ethan vuelve minutos después y nos dirigimos hacia mi casa.

87
Ethan

Hay tensión en el ambiente. Alex está nerviosa mientras nos dirigimos a su casa. El ruido de la ambulancia la ha alterado, seguramente por el sonido tan estruendoso que estaba haciendo. Ir a casa y relajarse creo que es lo que necesita para calmar un poco su ansiedad. Estamos simplemente a cinco minutos, ya que hemos ido a la cafetería que está debajo, en la avenida.

Mientras estamos de camino, una notificación suena en el teléfono de Alex y ella frunce el ceño mientras lo saca del bolsillo. Claro, se me olvidaba que aquí abajo no hay cobertura. Alex para un momento, aún con el ceño fruncido, yo hago lo mismo y espero a que me diga algo, empezando a ponerme nervioso también.

—¿Qué? —le pregunto sin poder contenerme alzando un poco las manos a los lados.

Ella sigue mirando el móvil y empieza a teclear.

—Me ha llamado Rosa. —Yo frunzo el ceño, sin comprender—. No tenía cobertura y la llamada no me ha llegado.

Se pone el teléfono en la oreja, empezando a caminar. Yo le sigo, acelerando el paso con ella.

—No contesta.

¿Qué cojones? Se lo guarda en el bolsillo y acelera aún más el paso.

—¿Suele llamarte? —le pregunto.

Tal vez la llame de vez en cuando y nos estamos sugestionando. Tal vez simplemente la ambulancia pasaba por ahí para ir a la autopista. Ella casi corre, pero me responde igual.

—No, solo hablamos cuando nos cruzamos, nada más, pero cuando volví a casa del hospital me pidió el teléfono, por si necesitaba algo algún día —me cuenta casi sin aire.

Llegamos arriba del todo y giramos la esquina, cuando el corazón se me para.

Había mucha gente amontonada, como rodeando algo.

Y la ambulancia estaba ahí.

Mierda.

¿Por qué Rosa habrá llamado a Alex? ¿Qué cojones ha pasado ahí, frente a su casa?

El teléfono de Alex suena y se queda un poco atrás mirando la pantalla. Me mira.

«Es Rosa» Me gesticula con los labios sin hablar, yo asiento y señalo al gentío haciéndole entender que me adelantaba mientras ella coge la llamada. Llego donde está la gente, rodeado de mucho murmullo. Huele a plástico quemado mezclado con algo metálico que me hace fruncir la nariz, a la vez que el olor a sudor de las personas aglomeradas. Me abro paso entre la gente pidiendo disculpas, intentando ver qué ha pasado y oigo que Alex habla detrás mío, alcanzándome y diciendo algo, pero no la escucho bien, ya que la gente no para de hablar, quejarse y ahogar gritos. Cuando consigo llegar al otro lado, tengo que parar, porque el cuerpo no me reacciona. Mi corazón se para y la cabeza casi me da vueltas. Por un momento, se me nubla la vista, pero, cuando escucho a Alex detrás mío, instintivamente me giro para frenarla, poniéndole las manos en los hombros y echándola hacia atrás, casi sin aliento.

—Alex, espera —me sale decirle con la voz entrecortada, a punto de romperme—. Espera.

No puedo decir otra cosa. Continúo llevándola hacia un lado, aunque inevitablemente no puedo impedir lo que está a punto de ver. Voy a hablar de nuevo, pero ella me corta.

—¿Qué dices? ¿qué pasa?

Joder. Miro hacia arriba un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero sé que no las hay.

—Ethan —me exige, intentando zafarse de mí.

Me muevo con ella sin dejar que se zafe y hago que me mire a los ojos.

—Quiero que me escuches. —¿Cómo coño le digo esto? —Estoy contigo, ¿vale?

Alex sigue moviéndose hacia delante, mirándome con incomprensión ante mis palabras, queriendo ver lo que pasa, pero solo veo angustia y desespero. Hago una mueca de dolor por ella, por lo que va a ver y sufrir.

—¿Qué quieres decir? —La angustia sale como un cañón, con voz entrecortada y ahogada—. ¿Qué pasa?

Continúa preguntándome y queriendo ir cada vez más hacia delante, yo le dejo, pero sigo impidiendo que me quite del frente.

—Lo siento —me sale en un murmullo.

No puedo decir otra cosa, no hay palabras para ello, nada. Avanzo con ella de espaldas, mirándola. Niega con la cabeza, como sin creerse lo que está pasando.

—¿Por qué? —me pregunta simplemente.

Yo miro hacia atrás. Veo que el momento va a llegar y le pongo las manos en la cintura. Entonces, su cara se convierte en una mueca de horror, dolor e incomprensión a la vez que yo cierro los ojos un segundo, sabiendo lo que ha visto. Alex grita.

Le fallan las rodillas y yo la cojo, sujetándola por la espalda. Parece recuperar las fuerzas y noto que quiere moverse, ir hacia su madre, que está en el asfalto, rodeada de un charco de sangre carmesí, con los técnicos que parecen luchar por su vida.

Avanzo con ella, porque no se aguanta bien de pie. Llora desconsolada y, cuando llegamos al lado, vuelve a caer, yo con ella.

—¡MAMÁ! —grita tan fuerte que creo que su voz va a desaparecer de un momento a otro.

Yo la mantengo abrazada a mí. Sin poder hacer otra cosa, empiezo a llorar con ella de la impotencia de la situación.

—¡MAMÁ!

Parece solo poder decir eso hasta que su voz se quiebra y se queda sin fuerzas para chillar. Solloza en mi hombro, dándome golpes en el pecho sin apenas fuerza. Le paso la mano por la espalda instintivamente, pero me maldigo al darme cuenta de que eso no va a solucionar una mierda.

—No es real —solloza agarrándome de la camiseta con fuerza —. Dime que no es real.

«Ojalá no lo fuera».

88

Alex

Mi madre está en la UCI. Estoy sentada esperando a que me dejen entrar.

¿En serio esto está pasando?

Solo miro al frente, creo que estoy llorando todavía, me parece que tengo la boca un poco abierta. El olor a hospital, desinfectante, lejía y productos de limpieza mezclados me nubla. mi parpadeo es lento. O eso creo.

Todo parece ir lento desde que ha ocurrido.

Intento procesar la información que me han dado hace un momento, pero mi cerebro parece haber parado de seguir procesando, de querer asimilar, de querer entender.

En mi mente solo pasan recuerdos todo el tiempo. La veo tirada en suelo, rodeada de sangre, con los técnicos corriendo de un lado a otro, Ethan abrazándome, parecía llorar, aunque no tengo claro lo que pasó a mi alrededor. Solo la veía a ella. Solo veía a mi madre abrazándome, a mi madre reírse sentada en el sofá, a mi madre de espaldas en la cocina haciendo la comida, a mi madre diciéndome que soy la luz de su vida, siempre.

A mi madre diciéndome que soy suya, ayer, en los juzgados.

Ahora está ahí dentro, luchando por su vida, luchando por respirar, luchando por seguir en este mundo. Y yo estoy sola. Solo la tengo a ella. Solo la tengo a ella. Ella es la que siempre está, la que siempre me dice cómo continuar, la que siempre me da los consejos adecuados en el momento preciso.

¿Y si…? No puedo. No puedo pensar eso. No puedo permitírmelo.

Por el rabillo del ojo veo a Ethan, que aparece por la puerta del ascensor. Creo que le dijeron que no podía ir más de una persona en la ambulancia. Él me dijo algo, pero no le escuché. Casi no lo veo. Me levanto con las pocas fuerzas que me quedan cuando llega a donde estoy y me rodea con los brazos, pero apenas puedo moverme.

—Ya estoy aquí —dice apenas sin aliento.

Huele todavía a humo, metal y a él mismo. Cierro los ojos un momento para centrarme en su olor y dejar que, por unos minutos, sea el ancla que me mantiene en la Tierra. La otra persona que siempre está ahí.

—Mis padres están aparcando —añade.

Sigo sin decir nada, pero él sabe que lo estoy escuchando. Se aparta lo justo para mirarme.

—¿Te han dicho algo? —Intento centrarme y contestarle.

—Está en la —respondo sin saber de dónde ha salido la voz.

Él espera a que siga hablando.

—Ahora me dejarán pasar —continúo informando—, dicen que harán todo lo posible para mantenerla estable. Está en coma.

Ethan suspira cerrando un momento los ojos y apoya su frente en la mía. Mis lágrimas siguen cayendo; lo sé por la humedad en mis mejillas. Me pone las manos en los brazos con delicadeza en señal de consuelo y niega con la cabeza. Tampoco parece creérselo. Tampoco se creerá lo que voy a decirle ahora.

— Ethan, dicen que ha sido un intento de suicidio.

No tengo otras palabras para decirlo, así que simplemente las dejo fluir.

Él se tensa y me mira desconcertado.

—¿Qué...? —Es todo lo que logra articular, como si no entendiera nada.

Yo solo puedo volver a sollozar y esconder la cara en su pecho. Él vuelve a abrazarme, exhalando con fuerza.

—Pero ¿cómo han llegado a esa conclusión?

—Dicen que las heridas que tiene son de una caída desde bastante altura...

Mi voz sale ahogada, entrecortada y tampoco sé que más decirle. Creo que no hay más que pueda decirle. Ni a él ni a nadie. Me aprieta entre sus brazos con más fuerza, como la primera vez que me abrazó.

—No lo entiendo —añado.

Y, entonces, la culpa me arroya como un cañón. Empiezo a llorar más fuerte, de la rabia y la frustración, solo me sale decir una cosa.

—Lo siento. —Niego con la cabeza—. Lo siento.

Ethan se separa de mí y me pone las manos en la cara, haciendo que le mire: en sus ojos solo veo la misma rabia y dolor que siento yo, pero también comprensión. Sé que me ha entendido. Niega con la cabeza.

—No, no vayas por ahí. —Continúo llorando mientras él habla —. Ni se te ocurra sentirte culpable, Alex. No podías saberlo, nadie podía.

Cierro los ojos, frustrada, mientras él continúa mirándome con sus ojos dorados. Luego los vuelvo a abrir.

—Es que…

—¿Familia de Raquel Villaescusa?

Yo me giro al instante para ver a la persona que me ha interrumpido y me acerco a ella casi atropelladamente, con Ethan a mi espalda.

—Soy yo —respondo.

Mi respiración se hace más rápida y ansiosa mientras espero a que hable.

—Ya puedes pasar. —Me señala hacia la izquierda.

Yo me giro un momento a Ethan antes de volverme hacia ella.

—¿Puede venir conmigo? —pregunto antes de empezar a caminar, con las manos entrelazadas en el pecho.

No quiero entrar sola. No puedo entrar sola. No la primera vez. Ella me mira con comprensión y algo de compasión, poniendo la mueca de una sonrisa.

—Se permite más de una persona ahora que estamos en el cambio de visitas hasta las siete, pero a partir de ahí solo se puede quedar uno, lo siento... —me explica. Yo asiento, buscando la mano de Ethan sin mirar. Noto cómo la agarra y yo la aprieto con fuerza—. De acuerdo, por aquí.

Le seguimos hasta una puerta, que abre con una tarjeta de acceso y nos hace pasar.

El olor dentro es aún más fuerte, choca contra mi nariz, haciendo que ponga un dedo en ella, para evitar el estornudo. La enfermera se acerca al mostrador y empieza a hablar con las compañeras. Empiezo a temblar porque escucho el número de la habitación de donde está, la cinco, y mis ojos vuelven a querer llorar cuando creía que ya más no podría. Me tenso cuando vuelve y nos señala el camino, pero nos acompaña igualmente.

—Es por aquí.

Giramos a la izquierda, donde hay una pequeña sala y más adelante la habitación. El corazón me va desbocado, casi ni puedo respirar, le aprieto tan fuerte la mano a Ethan que creo que le voy a cortar la circulación, a pesar de que parezca que a él no le importa nada. La enfermera se gira y señala dentro, dejándonos pasar primero. Yo freno casi en la puerta, respirando entrecortadamente, pensando si de verdad debería entrar o no.

¿Y si esto no es real? ¿Y si estoy teniendo una pesadilla como… como las habituales? ¿Y si todo esto no es más que mi miedo haciendo estragos en mi cerebro, provocando que piense que lo que estoy viviendo es real?

Doy un paso, luego otro. Sé que tengo a Ethan a mi espalda; me da la sensación de que también está haciendo lo posible por permanecer sereno. Y, entonces, la veo en la cama y sé que todo es real.

Tan real que lo siento como un puñetazo en las entrañas.

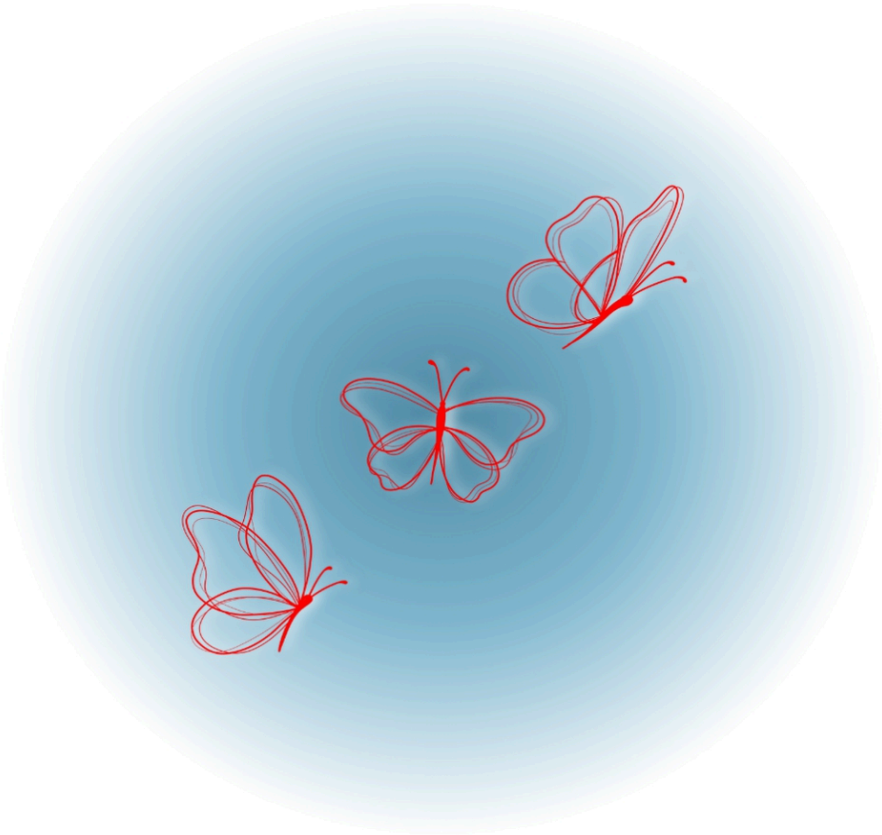
Tan real que el corazón vuelve a dolerme como cuando la he visto en el suelo, como si se fuera a romper en cualquier momento.

Me acerco a la cama y por instinto le tomo la mano, sentándome en la silla, porque mis piernas no aguantarán mucho más. Huele a asfalto y metal, tiene tubos en la boca, de debajo de la sábana salen cables que parecen estar conectados al pecho, o eso creo. Tiene una vía puesta cerca del cuello y hay pitidos que indican que su corazón sigue latiendo.

—Si necesitáis algo, aquí tenéis el timbre. Le dais al botón rojo y enseguida vendremos.

Apenas la escucho como un murmullo, un sonido apagado. Solo la miro a ella, no veo ni oigo nada más. Noto una presión en un hombro y luego en el otro, notando como Ethan se pone detrás mío. Yo apoyo la cabeza en su vientre. La enfermera ya se había ido, dejándonos intimidad.

—Es que no puedo creérmelo. —Me abraza por detrás, poniendo su mentón encima de mi cabeza—. Simplemente no puedo.



89
Ethan

Esto parece una pesadilla. Estamos en la habitación, sin poder hacer nada, viendo los minutos pasar, escuchando el pitido de las máquinas que mantienen con vida a Raquel. Alex no le suelta la mano en ningún momento, aún con lágrimas en su cara.

Me rompe el corazón verlas así. Es que es algo incomprensible, algo que se sale de mi entendimiento; el cómo ha podido pasar esto. No tengo palabras para describirlo.

Miro la hora y veo que son las siete, que pronto me dirán algo si no me voy, pero es que no quiero irme. No quiero dejar aquí a Alex sola. Sé que no hay otra opción, son las normas, pero es una mierda. Si salgo es para quedarme en la puerta donde estaba ella esperando, hasta que Alex salga a las diez de la noche. Creo que ese era el horario. Le he enviado un mensaje a mis padres sobre dónde estamos, pero todavía no me han respondido.

Como una señal, noto que mi teléfono vibra. Lo cojo y veo un mensaje de mi madre diciendo que están fuera, esperando. Sin muchos detalles le respondo que me echarán enseguida por los horarios, que saldré pronto. Me encamino hacia Alex y me agacho a su lado para estar a su altura.

—Van a echarme en breves. —Me mira cuando le hablo—. Mis padres están fuera esperando, pero no me iré hasta que me digan algo, ¿vale?

Le aprieto la mano libre. Ella asiente y me dedica una pequeña sonrisa de agradecimiento que no dudo en devolverle. Mientras ella vuelve la atención a su madre yo vuelvo a mi sitio y me siento en la silla que aún no había usado.

Unos minutos más tarde, viene la misma enfermera de antes a revisar los monitores. Luego nos mira con disculpa, lo que indica que es momento de irme, pero aun así no me muevo todavía.

—Lo siento mucho, pero ahora sí que tendría que quedarse uno —nos recuerda—. Sin prisas, no pasa nada, pero el cambio de visitas ya ha pasado.

Yo asiento y hago un esfuerzo levantarme mientras ella se va otra vez. Vuelvo a acercarme a Alex para despedirme de ella hasta que quiera salir. Me pongo en un hueco que hay frente a ella y pongo las manos en los bolsillos, nervioso.

—Aunque me vaya estaré aquí fuera —le informo para que sepa mis intenciones—. No me iré hasta que no te vayas tú, si te parece bien.

—Ethan, no hace falta que te quedes fuera esperando, en serio —intenta convencerme cogiéndome la mano—. De verdad, me parecería muy mal tenerte ahí fuera solo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Ella ladea la cabeza y pone una mueca de súplica—. De verdad, no me importa.

Le aprieto más la mano y sonrío, para que vea que es cierto.

—Lo que no quiero es irme de aquí y dejarte sola —aclaro.

—No me dejas sola, Ethan, sé que de verdad quieres quedarte y te lo agradezco. —Asiente con cara triste—. Sé que estarás cerca por si te necesito.

Me sonríe y yo suspiro, aún pensativo.

Acabo por asentir.

—Si necesitas algo, llámame —le pido.

Ella asiente con gratitud y yo me acerco para darle un beso.

—Sabes que lo haré.

Le sonrío como despedida y cojo lo poco que llevaba encima, acercándome a la puerta para irme, pero la sensación de no querer dejarla sola me invade y me quedo unos segundos más. Ella se da cuenta y me mira.

—Tranquilo, gracias —me dice con una sinceridad que me abruma—. Te quiero.

—Yo también.

Antes de que las lágrimas amenacen con salir, me voy.

Doy las gracias a las enfermeras que están ahí y salgo por la puerta por la que habíamos entrado. Por un momento no veo a mis padres y temo no haberme explicado bien por dónde estábamos, con los nervios. Pero más adelante había otra pequeña salita con sillas de espera y ahí estaban. Se levantan nada más verme y me acerco a ellos a la vez que empiezan a caminar hacia mí. Lo primero que recibo es un abrazo de mi madre, dejando salir un suspiro de angustia. Me quedo en ese abrazo hasta que se separa de mí y empieza el interrogatorio.

—¿Cómo está? —pregunta mi padre, a mi lado—. ¿Os han dicho algo?

Tomo aire para empezar a hablar.

—Según dicen, ha sido una caída —empiezo. Mamá frunce el ceño, como he hecho yo cuando me he enterado—. Desde muy alto.

Alzo un poco las cejas, para que me comprendan.

—Por las heridas que tiene y su gravedad, es un intento de suicidio desde el tejado de donde vive.

Mi madre ahoga un grito y se pone las manos en la boca, incrédula.

—Pero ¿cómo están tan seguros?

Su cara es puro horror e incomprensión, Mi padre no sabe cómo reaccionar. Es algo que le pasa a menudo cuando pasa algo impactante.

—Es lo que más sentido tiene para ellos —digo con algo de frustración, sentándome en una de las sillas.

Mi madre se sienta a mi lado y mi padre se queda de pie enfrente nuestro.

—Pero ¿cómo os habéis enterado de todo? —me pregunta papá, poniéndose las manos en los bolsillos, algo nervioso.

Yo cuento todo lo que ha pasado, desde que la ambulancia pasó hasta que nos enteramos de qué había ocurrido, que Alex se fue con ella y en ese momento yo les llamé.

—Madre mía.

No había más palabras, era la reacción que esperaba de mi madre. Realmente, ¿qué más se puede decir? Miro al frente sin decir nada, sin apenas escuchar lo que mis padres están hablando.

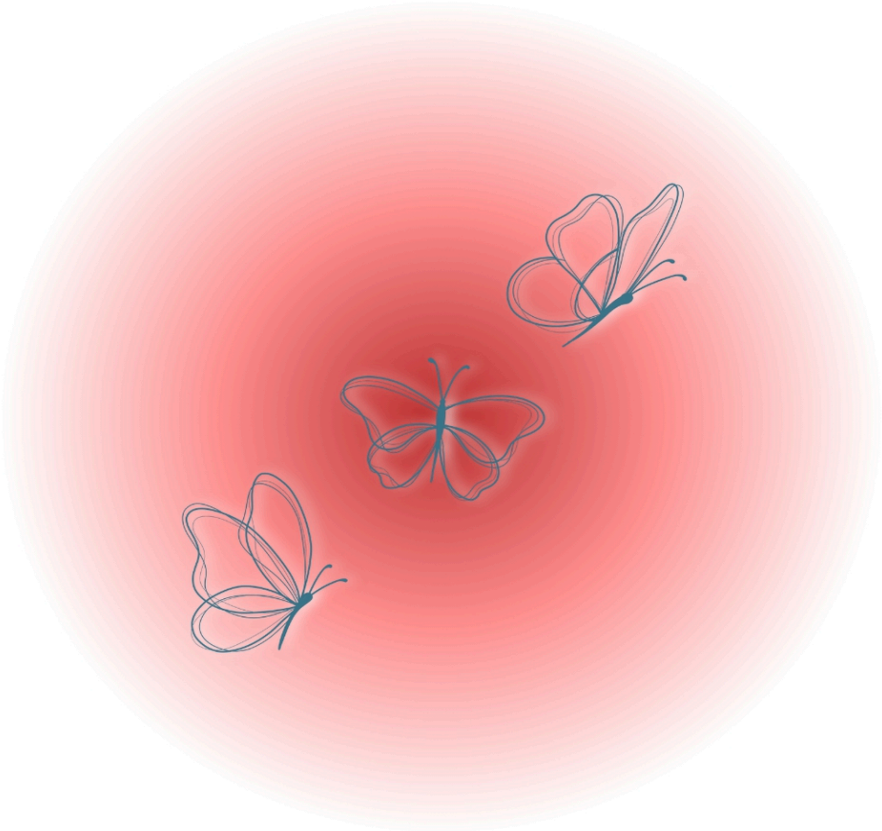
Pienso en cómo tiene que sentirse Alex en este momento, en lo que tiene que estar sufriendo, en lo que realmente está sintiendo, algo que no se podría explicar con palabras. De nuevo, noto cómo mi corazón se rompe de pena por ellas.

Y, entonces, me doy cuenta de algo. Me giro hacia mi madre y me quedo con la mirada fija en ella. No podría imaginarme que a ella le pasara algo. No podría imaginarme encontrarme en esta situación si fuera ella. Me vienen recuerdos del pasado sin previo aviso, que hacen que se me erice la piel y me dé un vuelco el corazón. Solo puedo pensar en la suerte que tuvimos. Me levanto y, como un niño pequeño, me refugio en sus brazos, rodeándole la cintura. Ella suspira y me devuelve el abrazo, acunándome.

—Ay, cielo... —Me frota la espalda, poniendo su mentón en mi cabeza. Una lágrima acaba resbalando por mi cara—. Todo va a salir bien, cariño.

Eso no lo sabe, pero de verdad que esas palabras hacen que me sienta un poco mejor. Sé que lo dice para no perder la esperanza, y es a lo que hay que aferrarse, a la esperanza. Asiento separándome de ella, mi padre me aprieta el hombro en señal de ánimo y yo le sonrío con afecto. Cojo el teléfono y le escribo a Alex.

«Saldremos».



90
Alex

«Saldremos».

Leo el mensaje y solo puedo llorar. No sé si me voy a recuperar de esto, ahora no consigo ver el final del túnel; me siento como en el principio, en uno muy oscuro del cual no voy a poder salir, no sin ella.

Pero la palabra «saldremos» significa mucho más que salir. Significa que, a pesar de todo, a pesar de lo que pase, de lo que nos depare el futuro, de las adversidades que nos ponga la vida, eso haremos, salir. Inconscientemente lo hemos construido como nuestro mantra personal. Para mí es lo que significa desde que Ethan me lo dijo la primera vez.

Puede que ahora no sepa qué hacer, no sepa cómo actuar, no sepa cómo reaccionar, no sepa cómo salir de esta, pero llegará. Tengo que dejar fluir mis sentimientos, que no se quede nada dentro de mí. Y luego, pedir ayuda. No puedo caer. Ya no. Por ella.

El día que casi volví a caer me demostré a mí misma que pedir ayuda no es de cobardes, de débiles o locos. Y así tiene que seguir siendo.

«Saldremos» le envío de vuelta entre lágrimas sin dejar la mano de mi madre, sin creerme aún lo que está pasando.

Tres horas más tarde, sin apenas moverme, sin soltar su mano, sin hacer nada, salvo mirarla, me dicen que la hora de las visitas ha terminado y frunzo el ceño ante lo rápido y lento que se me ha pasado el tiempo. ¿Ya son las diez?

Suspiro de cansancio acumulado, me estiro, soltando por primera vez la mano de mi madre. Me levanto y por un momento no sé qué hacer. La enfermera ya se ha ido y yo ya tengo que irme. Sé que Ethan me está esperando fuera, así que no tengo otra. Me acerco a su cuerpo dormido y me agacho para hablarle al oído.

—Tengo que irme, pero mañana vuelvo, te lo prometo —como si me escuchara, sigo hablándole—. Eres fuerte, mamá, mucho más fuerte que yo, así que saldrás de esta, lo sé.

Le doy un beso en la mejilla donde no toco nada de los cables y alzo la cabeza otra vez, mirándola por última vez antes de irme. Con el corazón en un puño salgo por la puerta de la habitación, dejándola sola.

Doy las gracias a las enfermeras y me dirijo a la puerta por la que hemos entrado antes.

No me lo puedo creer.

Cuando voy a la derecha, veo a Ethan y a sus padres esperándome. Ethan viene hacia mí mientras yo me cubro el rostro con las manos, empezando otra vez a llorar. Dejo que Ethan me abrace, quedando refugiada entre sus brazos, acariciándome la espalda de arriba abajo en señal de consuelo. Me separo un poco y retiro las manos de mi cara para abrazarle también.

—No hacía falta que os quedarais aquí esperando —digo entre gimoteos—. Gracias.

No puedo decir otra cosa.

—Ni faltaba que lo pidieras, cariño —me dice Esther poniéndome una mano en el hombro.

Giro la cabeza para mirarla, aún apoyada en Ethan y hago lo posible por sonreír de agradecimiento.

—Lo siento mucho, cielo —añade con ternura infinita.

Yo niego con la cabeza, sin saber qué responder.

—¿Ha habido algún cambio? —pregunta Ethan, rozándome la mejilla con los dedos, que hace que alce la cabeza para mirarle.

Vuelvo a negar con la cabeza, mientras él vuelve a dejar la mano en mi brazo, aún abrazándome.

—No... —contesto débilmente, sin dejar de mirarle—. Sigue estable, pero todavía nada, no ha despertado.

Hay un silencio que no sé interpretar. Tampoco tengo fuerzas para intentar hacerlo. Sigo abrazada a Ethan, que acaricia mi espalda, y eso es lo único real que siento, su contacto, todo lo demás me parece una pesadilla, algo que siento como imposible de vivir. Pasan unos segundos y Esther habla.

—Lo importante es que está luchando, Alex —me dice, con una mezcla de esperanza y preocupación.

Yo asiento. Ethan se aparta un poco de mí devolviéndome a la realidad. Le miro y veo que él también me está mirando.

—¿Qué necesitas? —me susurra.

En ese momento solo estamos él, yo y su mirada expresiva. Tiene los ojos cargados de preocupación y de súplica para que sea sincera, y también algo rojos. Sé, por lo que lo conozco, que no es por el cansancio. Ha estado llorando.

—A ti —respondo simplemente.

Él ladea un poco la cabeza y hace una media sonrisa, porque sabe que es la verdad absoluta. Asiente y se inclina para darme un beso en la cabeza, lleno de cariño y amor.

Joder, sí. Necesito eso. A él. Que me abrace y que me deje simplemente llorar y llorar.

—Creo que deberías descansar —me dice aún en voz baja.

Miro hacia la puerta por la que he salido, donde está mi madre, y me pongo tensa.

No puedo irme. ¿Y si me voy y le pasa algo? ¿Y si me voy y ella se…? Niego con la cabeza inconscientemente, e Ethan parece darse cuenta de mi titubeo, pues me agarra de las manos, haciendo que le mire.

—Chiquitilla, sé que no quieres irte, que quieres estar con ella. —Su voz está llena de compasión y comprensión—. Pero no puedes

hacer nada ahora mismo, y tampoco puedes quedarte aquí toda la noche esperando a que te digan algo o puedas volver a entrar...

Vuelvo a mirar a la puerta con indecisión. Ethan tiene razón. Pero ese también es el problema, que no puedo hacer nada. Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas, pero ya no cuento las veces que he llorado hoy, porque no tendría fin.

—Vamos a casa, descansa y mañana a primera hora estaremos aquí —me promete dándome un apretón de manos.

Yo vuelvo a mirarle para intentar responder, pero no me salen las palabras.

—Deja que te cuide, al menos un ratillo.

Solo puedo asentir.

91
Ethan

Llegamos a mi casa y todo es silencio. Estamos en la habitación, preparándonos para ir a la cama y esperar a que llegue el día siguiente e ir al hospital tan pronto como podamos. Mis padres han insistido en llevar a Alex en cuanto ella quiera por la mañana, pero se mostró algo reacia: «ya han hecho demasiado por mí». Al final, no por gusto, ha aceptado el gesto.

—¿Te dejo un chándal, aunque sea corto, para que estés más cómoda? —Me giro hacia ella mientras le pregunto.

Está sentada en el otro lado de la cama de espaldas a mí, simplemente sentada.

No contesta. Creo que ni siquiera me ha escuchado. Mientras me pongo la camiseta de pijama voy hacia ella y me agacho para estar a su altura. Cuando me ve, parece darse cuenta de mi presencia.

—¿Qué? —pregunta, percatándose de que le había hablado.

Pongo los brazos a ambos lados de su cadera sin dejar de mirarla.

—Quería dejarte un chándal, para que estés más cómoda, solo eso.

Ella asiente una vez, sacando aire, mirándome con gesto de disculpa mientras me acaricia el brazo.

—Perdona… —suspira negando con la cabeza—. La verdad es que no había pensado en eso, te lo agradezco.

—No pasa nada, Alex, de verdad —le digo para tranquilizarla—. Entiendo perfectamente donde está tu cabeza ahora mismo.

Espero pacientemente a que me hable, a que se abra, a que diga todo lo que falta, porque apenas hemos tenido tiempo de hablar desde que todo pasó.

Aparta su mirada de la mía mirando hacia el lado, sé que es porque le cuesta abrirse si me mira. Me he dado cuenta. A decir verdad, en eso somos iguales, si me pongo a pensarlo. Espero a que ella dé el paso de hablar, de decir lo que está pensando ahora mismo.

—¿Crees que se pondrá bien?

Joder. Esa pregunta no me la esperaba, la verdad. Miro hacia abajo un momento, pensativo, luego vuelvo a centrarme en ella.

—No lo sé.

No puedo decir otra cosa y ella realmente lo sabe. Me mira y veo sus ojos preocupados, con lágrimas a punto de desbordarse. La acerco un poco más a mí para poder ponerle las manos en la parte baja de la espalda.

—Sabes que no voy a decirte nada que luego no pueda cumplir, que puede que no sea verdad o salga mal.

—Lo sé —susurra poniendo las manos en mis hombros, en señal de que lo entiende—. Pero quiero oír lo que tengas que decir, lo que piensas.

Me lo está suplicando. Yo dudo unos segundos.

—Es una luchadora —hablo por fin, asintiendo—. Como tú. No dejará de luchar hasta el último momento posible, te lo aseguro.

Ladeo un poco la cabeza.

—Y si… —murmuro.

—¿Y si se muere? —la pregunta se me hace tan real que me asusta.

Me pone los pelos de punta. Pero sí, puede pasar, eso no lo puedo negar.

—No sabría qué hacer, Ethan.

—Si eso pasa, Alex —empiezo a decir, poniendo mis manos en sus brazos para que me sienta físicamente—, vas a luchar. Vamos a luchar. Por ella.

Mira hacia arriba y lágrimas empiezan a bajarle por su rostro, tan roto que me duele el pecho.

—No estás sola, amor, ni ahora ni después de que todo esto pase. —Es la única promesa que puedo hacerle—. Te lo prometo.

Baja la mirada de nuevo y pone su frente en la mía, yo cierro los ojos ante el contacto.

—Tengo miedo —dice con voz rota—, de que se vaya y yo no esté ahí.

No aparta su frente de la mía, su respiración es entrecortada. Ahora que tengo a Alex tan cerca, noto que huele todavía a hospital, desinfectante y a ella misma; al incienso hogareño que siempre pone en su casa.

—Hay tantas cosas que aún quería decirle y que no he hecho. —No tengo palabras para consolarla, solo puedo escucharla, eso haré hasta que ella quiera, hasta que sea suficiente—. ¿Y si ya no tengo ocasión de decírselas? De pedirle perdón… ¿lo hice alguna vez?

Su respiración cada vez es más agitada y eso me da miedo. La abrazo con fuerza mientras una lágrima cae por mi mejilla. Me siento demasiado impotente y angustiado como para quedarme callado.

—Lo hiciste, Alex, lo hiciste —le recuerdo en un susurro ahogado—. Sabes que ella nunca te reprochó nada, te quiere. Te quiere con locura.

No puedo evitar llorar también con ella. Lo quiera o no, Raquel también es una persona importante para mí. Es como una segunda madre, siempre me trata como si fuera su hijo. Le tengo un amor muy grande, a la vez que respeto.

Me acojona pensar también en lo que puede pasar, cómo va a afectar todo esto a Alex, cómo lo superaremos, cómo lo superará

ella, pase lo que pase en las próximas horas. Noto como niega con la cabeza, aún con la respiración muy agitada.

Me pongo en alerta, apartándome un poco para dejarle el espacio necesario para respirar. Le acaricio los brazos para que note algo real, algo del presente.

—Eh —advierto cuando veo que la situación va a peor—, eh

Llamo su atención, esta vez levantándole el mentón para que me mire.

—Mírame. —Ella abre los ojos, aún con el pecho subiendo y bajando muy deprisa y oigo su respiración ahogada—. ¿Qué cinco cosas puedes ver?

Tengo que ser rápido, antes de que vaya a más. Ella me mira sin comprender durante un segundo, pero luego cae en la cuenta.

—Sígueme la corriente. —Le pongo la mano en la nuca.

Ella mira alrededor con los ojos llorosos, casi desesperada.

—Una foto nuestra —empieza con un susurro entrecortado.

Yo asiento.

—¿Qué más? —la animo a continuar.

—Tu taza en la mesa. —Mira a mi derecha—. Tu sudadera colgada en la puerta del armario.

—Muy bien, ¿qué más?

—Tus cascos, mi móvil.

—¿Cuatro cosas que puedas oír? —Se concentra unos segundos y habla.

—Tu respiración —dice, cerrando los ojos.

Yo asiento.

—¿Qué más oyes?

—Acaban de tirar de la cisterna del baño. También oigo una bocina de un coche — continúa con los ojos cerrados, concentrada.

Su respiración cada vez es un poco más acompasada, pero aún le cuesta respirar. Hago un ruido de asentimiento y ella sigue

enumerando la última cosa.

—Una puerta cerrarse. —Coge aire y lo suelta.

—Lo estás haciendo muy bien, Alex. —Vuelvo a acariciarle los hombros—. ¿Qué tres cosas puedes tocar?

«Venga, que ya lo tienes».

—La sábana —retoma la enumeración—. Tu camiseta, tu mano.

Se agarra a mi camiseta con una mano y con la otra entrelaza sus dedos con los míos. Su respiración ya no es tan cargada; sigue acompasándose, poco a poco.

—¿Qué puedes saborear?

Aunque no haga tanta falta, ya que parece que ha funcionado bastante bien.

—El café de esta tarde, contigo. —El de antes que todo se fuera a la mierda.

Vuelve a coger aire profundamente y lo saca por la boca, una, dos, tres veces, con los ojos cerrados, hasta que parece relajarse. Nos quedamos así unos minutos más.

—¿Mejor? —inquiero, para asegurarme.

Ella asiente y despega los labios para hablar.

—Gracias —me lo dice ella, me lo dicen sus ojos, llenos de agradecimiento.

Sonrío con poder evitarlo.

—Sabes que no tienes que darlas —respondo, más relajado.

Ella me sonríe, aún más agradecida, acariciándome la cara y dándome un beso.

92

Alex

Mi madre está en frente mía cocinando, casi puedo oler lo que hay en la olla, olerla a ella. Se gira y me sonríe. Esa sonrisa que siempre me hace, que siempre me consuela, tan real, tan bonita.

Empieza a sonar un pitido, que seguramente sea del microondas, del horno o algo por el estilo, pero no para.

—Alex —me habla, pero su voz es distinta, como de hombre—. Alex.

La voz vuelve a hablar. Creo que la reconozco, pero sigue siendo ella quien me habla, porque mueve la boca. Frunzo el ceño de la confusión que me crea la situación, se acerca y me pone la mano en la mejilla. Esa alarma extraña continúa sonando y noto cómo se va difuminando. Intento cogerle la mano, pero justo me despierto y escucho la alarma de mi teléfono, notando a Ethan rozándome la mejilla con un dedo.

Ahora lo entiendo todo.

Noto que una lágrima rueda por mi mejilla, como si se perdiera en ella con el sueño.

No recuerdo haberme quedado dormida; igual he pasado la noche en vela y no me he dado ni cuenta, imaginándome toda esa situación.

Parpadeo para volver a una realidad a la que tengo que enfrentarme y frunzo el ceño, sentándome en la cama junto a Ethan, que detiene la alarma. Luego se acerca a mí y me da un beso en la mejilla húmeda, como si intentara absorber todo el dolor que tengo. Por un momento siento que es así, que no estoy sola. Por instinto

me acerco más a él y me acurruco como una niña pequeña como hacía con mi madre. Ethan me rodea con los brazos, cálidos y protectores, y su olor me invade, aún a metal.

—No despertabas y creí necesario hacerlo —susurra en mi oído, mientras pasa los dedos por mi espalda, haciendo que la piel se me erice—. ¿Quieres dormir un poco más?

—¿Qué hora es? —Son las primeras palabras que formulo, aún resguardada en su cuerpo.

—Las siete —me responde—. En media hora podías entrar.

Asiento.

—Pues vamos, si es lo que quieres.

Sí, tengo que espabilar si quiero llegar a tiempo, aunque fuera esa media hora que dejan estar hasta las ocho. Asiento apartándome un poco para salir de la cama y empezar a vestirme. Ethan hace lo mismo, me doy cuenta de que ayer no pisé el baño cuando llegué.

—Voy a darme una ducha, ¿te importa?

Ethan se da la vuelta, poniéndose los pantalones y niega con la cabeza.

—Claro, aprovecha —me responde—. Mientras hago el café, ¿quieres algo de comer o es muy pronto?

«¿Puedo quererle más?». Me quedo pensativa por un segundo.

—No tengo hambre todavía. —Le miro con expresión de agradecimiento—. Creo que con el café ya tendré por ahora.

Él asiente con una sonrisa como respuesta y yo me dirijo hacia la ducha, aunque sea para lavarme el cuerpo.

La verdad es que me hacía falta una ducha de agua caliente, para quitarme el frío del cuerpo, uno que llego ayer y no se iba y, aunque no sirviera de mucho, quería sentir un poco ese calor del agua cayendo por mi cuerpo, para al menos tener la sensación de que se llevaba lo malo que tenía dentro, pese a que no funcionara realmente.

Salgo de la ducha, me visto y vuelvo a la habitación, pero Ethan ya no está. Dejo mi pinza en la mesilla y me dirijo hacia la cocina. Ethan me oye llegar y, cuando se gira, me tiende una taza humeante de café. Alzo las manos para cogerla y me siento en una de las sillas de la cocina. Él agarra su taza y se sienta también.

—Gracias —le digo, llevando la taza a mis labios y tomando un sorbo de café.

Su olor me invade y el sabor me calienta la garganta mientras va bajando. Por un momento, pensé que era el cielo. ¿Cuándo me había parecido tan bueno un café? ¿O es que no había nunca prestado atención realmente hasta ahora?

—De nada, solo faltaba.

Le sonrío, complacida, mirando cómo le da un sorbo al suyo.

Mi teléfono se iluminó, indicando un mensaje. No sé de dónde coño había sacado mi teléfono, pero mi padre llevaba desde ayer por la noche mandando algún que otro mensaje. Obviamente no los había leído ni lo haría.

No hubo más palabras mientras nos tomábamos el café. Dejamos las tazas en el fregadero y su padre nos lleva al hospital.

—Supongo que te quedas, ¿no, Ethan? —pregunta Andrés mientras estamos a punto de llegar—. Es para saberlo y venir más tarde.

—Sí —responde, empezando a hacer círculos en el dorso de mi mano. ¿Cuándo me la ha agarrado? —Puedo volver yo después, papá.

Me siento un poco avergonzada, no tendrían que hacer esto, pero aun así lo hacen.

—No, no, es por saberlo —le contesta él—. A las diez entonces, ¿no?

Ethan asiente y salimos del coche. Me coge de la mano y entramos, pero aún no digo una palabra. En minutos entramos otra vez en la UCI y vuelta a empezar.

Parece que haya pasado una eternidad desde que pasó, es increíble. Ocupamos los sitios de ayer, él sentado al otro lado de la habitación, yo a su lado y cogiéndole la mano a mamá.

Pasan los minutos y las palabras no hacen falta, solo miradas, algún que otro abrazo como el de ayer que tanto me hacen falta y, en breves, se hacen las ocho. Suspiro al darme cuenta, pero no voy a moverme hasta que me digan algo.

—Gracias por estar aquí, Ethan, aunque no haga falta —le digo sincera, mirándole desde mi asiento. Él está de pie al otro lado y me mira con expresión triste—. De verdad.

Viene hacia mí y me vuelve a abrazar por detrás y, por primera vez en lo que llevamos allí, suelto la mano de mi madre para poner mis manos en sus brazos, que me rodean.

Unos momentos después, nos piden amablemente que salgamos de la habitación, así que volveremos a las diez. Ethan se irá hasta la una del mediodía y luego me ha prometido que vendrá a comer conmigo.

Vamos a una cafetería que hay al lado del hospital. Aunque no tenía mucha hambre, hago lo que puedo por comer algo. No hablábamos mucho, tampoco la situación ayudaba, pero, con su mera presencia ya me valía para estar algo más tranquila.

Estaba tomando un sorbo de café cuando mi teléfono suena.

93
Ethan

Alex se tensa al escuchar su teléfono; lo había puesto en sonido nada más salir del hospital precisamente por si pasaba esto. Yo me tenso también, esperando a que reaccione y lo coja. Saca el móvil del bolsillo y mira la pantalla para ver quién está llamando. Se queda más pálida de lo que ya está, dudando en cogerlo.

—¿Quieres que lo coja yo? —pregunto, poniendo mi mano encima de la suya, que está en la mesa, inmóvil.

Niega con la cabeza, con una mueca de angustia. Me coge la mano y noto que es para darle fuerzas para descolgar la llamada. Se pone el teléfono en el oído.

—¿Diga? —responde a media voz, cargada de angustia—. Sí, soy yo, ¿cambios?

Mi corazón se para un segundo al escuchar eso: ¿a qué se referirá con cambios? Frunzo el ceño de preocupación. Ella se revuelve un poco en la silla antes de seguir hablando.

—No, no me he ido, estoy esperando a poder volver a entrar a las diez, por el horario de la UCI.

Mi corazón va a mil por hora por saber lo que está pasando en esa conversación.

—Sí, ahora mismo voy, muchas gracias.

Cuelga.

Se queda con la mirada perdida y por un momento me temo lo peor, lo que hace que todo mi cuerpo reciba un escalofrío que hace que se me erice la piel. Dudo un momento si preguntarle, si hablarle. Pero ella lo hace antes de que pueda reaccionar.

—Tengo que volver, Ethan —me dice con la voz sobrecogida.

Aún tiene mi mano cogida y está temblando. Le aprieto la mano para que sienta mi apoyo. Por fin sigue hablando.

—Era el doctor, ha dicho que hay cambios y que quiere hablar conmigo.

Su voz se rompe en las últimas palabras. Empieza a levantarse y me levanto también, yendo a pagar mientras Alex me espera fuera, más ansiosa que otra cosa.

Cuando llego a su lado, ella asiente, con los ojos algo desorbitados y húmedos.

—Vamos —le digo.

Nos dirigimos de nuevo al hospital, con los olores ya conocidos del mismo invadiéndonos, a paso rápido, con Alex por delante, pero sin soltarme la mano. Llegamos a la UCI y ella pica a la puerta. Mientras esperamos a que nos abran o contesten, Alex está nerviosa, de pie, con los brazos cruzados en el pecho, dando golpecitos en el suelo con el pie derecho, como si eso fuera a calmarle los nervios. Vuelvo a cogerle la mano para llamar su atención y ella me mira, todavía con esos ojos que quieren echar lágrimas, pero ella no les deja.

—Pase lo que pase, estoy aquí, ¿vale? —No puedo decirle otra cosa—. Tú llámame cuando te cuenten, si no me dejan entrar.

Le pido con súplica en mi voz. Ella asiente, cerrando los ojos un momento. Se abre la puerta y aparece la misma enfermera de esta mañana, interrumpiendo mi discurso improvisado. Dirigimos nuestra mirada hacia ella. Nos ve y nos reconoce, sonriendo con calidez.

—Hola, ¿qué necesitáis? —pregunta con voz amable—. ¿Os habéis dejado algo?

Alex se dirige a ella con paso estrambótico. Yo la sigo.

—Me acaba de llamar el doctor que lleva a mi madre, Raquel Villaescusa —empieza a hablar atropelladamente—. Ha dicho que quería hablar conmigo.

La enfermera asiente y se aparta un poco de la puerta, como para dejarla pasar.

—Entiendo, pasa y ahora intentamos contactar con él, para decirle que ya estás aquí.

Alex asiente y cuando se da cuenta, frena en seco y se da la vuelta hacia mí. Me mira con aprensión, pero yo rápidamente le asiento, para que sepa que también me he dado cuenta y que no pasa nada. Con los labios articulo un «te quiero» y ella me regala una pequeña sonrisa de agradecimiento la cual hace que su hoyuelo aparezca, llenándome el pecho de una manera que creía que ya no podría pasar. Le sonrío también y se da la vuelta, entrando y dejándome atrás, en la puerta, esperando.

Me apoyo en la pared frente a la puerta donde Alex ha entrado y espero.

Si el médico le ha pedido de ir personalmente y que sea por «cambios», solo espero que sea por algo esperanzador…

«Joder».

Por más que le dé vueltas, no se puede esperar nada. Pueden pasar una *pechá* de cosas, solo queremos que sea una de ellas:

Que despierte.

Que todo salga bien.

Que todo acabe en un susto, en una pesadilla que jamás olvidaremos pero que poco a poco podremos ir dejando atrás, como todo lo que hemos vivido en este año.

Puede que se vaya y en eso no hay negación posible. Ella lo sabe, todos lo sabemos. Y, si es lo que va a ocurrir, solo podemos hacer una cosa.

LUCHAR.

Luchar por seguir adelante, por seguir viviendo, como ella querría.

Ella no querría que su hija se hundiera de nuevo, querría que fuese feliz, pasase lo que pasase.

Pase lo que pase ahora.

Sé que Alex va a sufrir si eso pasa. Se va a hundir, pero eso no le impedirá avanzar y continuar con su vida. Ha aprendido lo más grande estos últimos meses, eso está claro, y es algo de lo que estoy tremendamente orgulloso. Sabe que, pase lo que pase, hundirse y no volver a caer en el pozo no es una opción.

Ya no.

94

Alex

Entro y me dicen que espere en la habitación mientras avisan al doctor de mi presencia. Vuelvo a estar con mi madre que, la verdad sea dicha, es el único sitio donde quiero estar, pase lo que pase.

Pasan unos minutos muy largos llenos de pitidos, respiraciones mecánicas y enfermeras que vienen y van, comprobando su estado, cambian botellas que tiene unidas a la vía del cuello, supongo que medicación y, mientras voy a volver a sentarme a su lado, dan tres golpecitos en la puerta.

Me levanto tan rápido como mis piernas me dejan y me giro torpemente hacia la puerta, donde encuentro a un hombre alto, de cuerpo corpulento, con poco pelo algo blanquecino por las canas. Tendría unos cincuenta o sesenta años y llevaba ropa de calle, unos pantalones azul oscuros y una camisa abotonada del mismo color y, encima, una bata blanca de mangas largas. Olía a hospital, desinfectante y tabaco.

Empiezo a temblar.

Empiezo a ver borroso.

Los oídos empiezan a zumbarme.

Respiro hondo, cerrando los ojos e intento centrarme en la realidad que tengo delante, sin tener alternativa ninguna.

Segundos después, el zumbido se vuelve menos abrumador y empiezo a recuperar la visión. Me doy cuenta de que el hombre que hay en la puerta me ha hablado, pero no lo he escuchado.

—¿Perdón? —me disculpo con una mueca.

—Tranquila, no pasa nada —me responde con un movimiento de mano restándole importancia—. Le estaba diciendo que soy el Doctor Hernández.

Se presenta ofreciéndome la mano derecha. Se la estrecho, ansiosa porque vaya al grano. Prefería que la tirita se me arrancara de una vez que ir lentamente, poco a poco y sin piedad.

—Es usted su hija, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo, ¿me puede decir su nombre, para dirigirme a usted?

—Alex.

—Muy bien, Alex, si me deja, la tuteare.

Yo asiento de manera mecánica, sin dejar de mirar sus ojos, que parecían grises y, por alguna razón extraña, tristes o cansados, no sabría distinguir ahora mismo.

Él me asiente de vuelta, haciendo ver que me ha visto hacer lo mismo.

—Como le estaba diciendo, soy el Doctor Hernández, quería hablar contigo del estado actual de tu madre. —Me vuelvo a tensar en el sitio—. Si quieres sentarte.

Me señala con la mano la silla que tengo detrás, la que siempre uso y, mientras me siento, él busca la del otro lado de la habitación, donde suele sentarse Ethan. La pone delante mío y se sienta.

—Antes de empezar a hablar yo, ¿quieres preguntarme algo? —Demasiadas cosas.

¿Qué pregunto?

¿Debería preguntar o mejor esperar a lo que me tenga que decir?

Mi cabeza, de repente, da vueltas a mil preguntas distintas, a mil pensamientos distintos y a todos los resultados a la que esta situación puede llegar.

Sin mucho pensar, le pregunto lo primero que se me viene a la cabeza.

—¿Qué le ha pasado, exactamente?

Quiero que me responda con sinceridad. Sé que ha podido ser un intento de suicidio, pero, sinceramente, quiero que me lo diga él personalmente. Veo que en su mirada hay comprensión.

—Tu madre sufrió varias contusiones y, lo más grave, lo que más nos preocupa ahora mismo, un traumatismo craneoencefálico —empieza a contarme—. Todo debido a la caída que sufrió ayer.

«Ha dicho caída, no suicidio».

—Creo que ayer te informaron, pero creemos que podría ser un intento de suicidio.

El corazón se me para un segundo y cierro los ojos tratando de que vuelva a funcionar de manera normal. Me remuevo en la silla, cruzando los brazos en el pecho, que me había empezado a doler.

«Ansiedad».

Lo ha dicho. Ha sido eso, pero ¿por qué? Esa pregunta solo podía responderla ella, no él. No tenía sentido hacerla. Al no hablar, es el doctor es quien continúa.

—Sé que es muy difícil para ti asimilar todo esto, entiendo que ha sido una situación repentina y que nadie se esperaba —me dice con la voz más dulce que puede—. Pero nadie nunca se espera algo así.

Una punzada de dolor me envuelve el corazón de nuevo, de repente, entendiendo demasiadas cosas que ojalá nunca entendiera. Como acto reflejo, me subo las mangas de mi camisa y le enseño mis muñecas.

—No —digo con la voz rota—, nadie se lo espera.

El doctor parece palidecer un poco, pero rápidamente se recompone. No puedo decirle nada más, los dos nos quedamos un momento callados. Unos instantes más tarde, vuelve a hablar.

—Lo primero que te puedo decir es que lo siento mucho —arranca con cuidado—. Y, lo segundo, aunque para mí es lo principal

en esta situación, es que no te sientas culpable. No podías saber lo que iba a pasar, igual que tu madre no podía saberlo.

Empiezo a notar escozor en los ojos, en señal de que voy a volver a llorar. Con un suspiro, él continúa hablando.

—Sabiendo esto, y que el traumatismo le produjo una hemorragia en el cerebro, que es lo que puede llegar a pasar en estos casos, hemos hecho las pruebas pertinentes: *tacs* y radiografías, para ir observando su estado —me explica—. Esta madrugada le hemos hecho otro TAC para ver la evolución, para ver si había mejorado esa hemorragia de la que te acabo de hablar; si ha reducido.

Se toma unos segundos para continuar y yo me pongo, si cabe, más tensa todavía de lo que estaba.

—No lo ha hecho. —Esas palabras me caen como un jarro de agua fría y otra vez vuelvo a ver borroso, el pitido en los oídos vuelve; parece que me voy a marear.

—¿Qué significa eso? —No sé cómo he articulado palabra, pero así es, me ha salido de la garganta de manera autónoma, sin yo ni siquiera pensarlo.

Mi respiración se vuelve más rápida y trago saliva para poder tragarme el sabor tan amargo que de repente tengo en la boca, junto con el dolor. Me mira unos segundos antes de continuar hablando. Yo solo quiero que lo diga ya, que me arranque la tirita de un golpe.

—Significa que la hemorragia no ha reducido, no se ha hecho más pequeña.

«Creo que no puedo respirar».

—Con los tratamientos realizados, esperábamos que la situación mejorara, pero no ha sido así. —Esto no puede estar sucediendo—. Ha sido una caída con importantes repercusiones que ha afectado a muchas áreas de su cuerpo, sobre todo el traumatismo sufrido en la cabeza.

No estoy entendiendo nada. ¿Qué me está queriendo decir con todo esto? Apenas le miro, pero intento tener la cabeza en la Tierra para seguir escuchando.

—Desde ayer estamos intentando mantenerla lo más estable posible y que salga adelante…

Vuelve a callar unos segundos y lo que dice a continuación parece decirlo lentamente, como si a mi cerebro le costara integrar esa información.

— Pero no es lo que está pasando, Alex. —No, no me lo creo—. Lo siento mucho

Mi mundo se está derrumbando ahora mismo. Si no fuese por el suelo y que estoy sentada, estaría enterrada en lo más profundo de la Tierra, o eso siento que está pasando ahora mismo. El suelo parece irse y yo con él.

—Si llegara a despertar, sería con unas secuelas cerebrales terribles, no le permitirá vivir de manera normal, su cuerpo ni siquiera toleraría levantarse, apenas se movería.

—¿Se va a morir? —La pregunta me sale como un susurro ahogado, como si realmente la respuesta fuese a ser distinta, como si mi cabeza intentara creerse de verdad que esto es una pesadilla y no está pasando.

El Doctor Hernández coge aire y me mira con una mirada de compasión, tristeza y comprensión a la vez. Lo suelta.

—Está muy débil —me confiesa, lentamente, intentando suavizar sus palabras—. Lo siento, Alex, pero creo que lo mejor es intentar que esté lo más confortable posible, que no tenga dolor y, lo más importante, que no sufra.

Pero no había manera de suavizarlas, no había manera de que esto fuera menos doloroso o traumatizante para mí. Me encogí en la silla y empecé a llorar, me daba igual que el doctor estuviera allí en ese momento. Me daba igual quién estuviera allí. Todo daba igual, pues nada de lo que pudiera decir o hacer serviría para que el dolor que sentía en ese momento menguara.

—No quiero darte falsas esperanzas, nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Necesito gritar.

Necesito que esto acabe.

Necesito que esta pesadilla acabe.

Necesito a Ethan.

Necesito llorar en su regazo hasta quedarme dormida.

El doctor se levanta, pone una mano en mi hombro y me da un pequeño apretón, en señal de apoyo.

—Cualquier cosa, puedes pedírmelo a mí o a las enfermeras. —Asiento casi por memoria muscular.

Cuando alcanza la puerta, unas alarmas detrás mío empiezan a sonar y yo alzo la cabeza de golpe y abro mucho los ojos. A partir de aquí, todo va a cámara lenta. El doctor frunce el ceño y corre hacia donde está mi madre, gritando algo como «código azul» y empieza moverse encima de ella. Pone las manos en su esternón, comenzando a bajar y subir a un ritmo constante, regular.

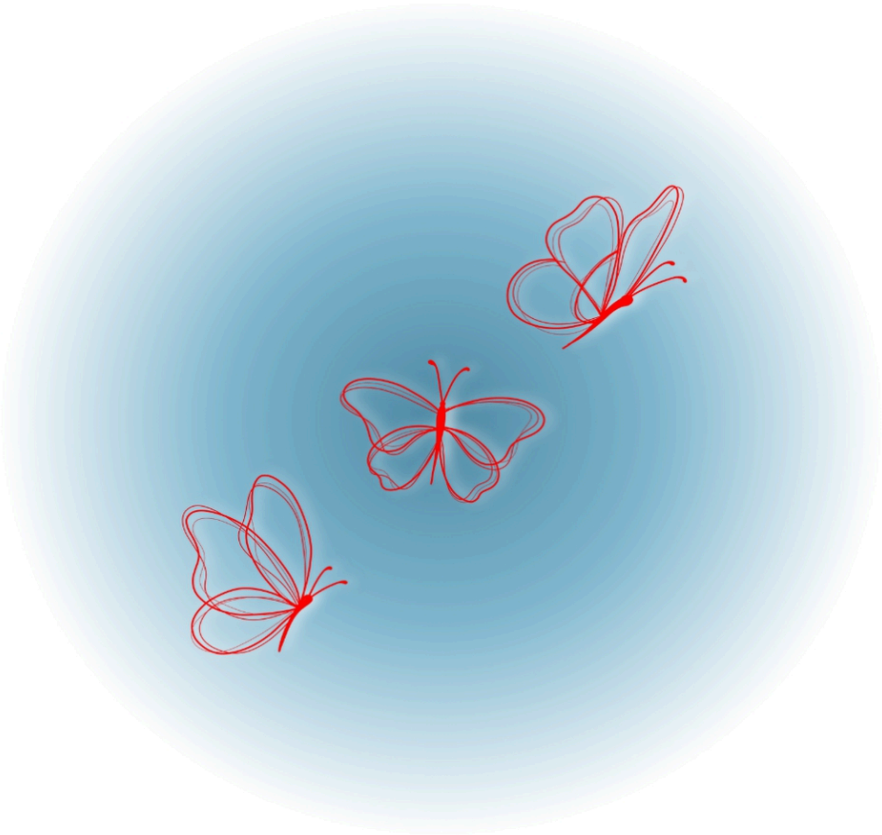
Me levanto de la silla de una manera lenta, hasta torpe. Mi visión empieza a desenfocarse por culpa de las lágrimas, por mi lado pasa una enfermera a toda prisa, atendiendo todo lo que dice el doctor. No oigo nada, solo murmullos y pitidos distorsionados, hasta que se convierte en un pitido constante, sin pausa.

No puede ser. No. Todavía no.

Una enfermera me saca con suavidad de la habitación y se queda conmigo, cerrando la puerta. Unos minutos interminables pasan hasta que el doctor y la enfermera salen con actitud incómoda y me miran de manera compungida, conmovida. El doctor toma la responsabilidad.

—Hemos hecho lo que hemos podido. —¿Cómo ha podido pasar todo ya?—. Lo siento, Alex.

Mi madre ha muerto.



95
Ethan

Lleva bastante rato dentro, hablando. Me siento raro. Siento una necesidad irracional de querer estar con Alex.

Estoy sentado, pero no paro de moverme.

La pierna derecha creo que ya tiene el tic por defecto.

Mis manos van de mi cabeza a mis piernas, de mis piernas a mi cara, sin saber qué hacer.

Me echo para atrás el pelo con la mano con un suspiro, impaciente por saber algo. ¿Le envío un mensaje? No, mejor no. Si está hablando no voy a interrumpirlos, aunque seguro que, si lo tuviera en sonido, tampoco podría contestarme. Justo cuando me levanto, como si tuviera que haberlo hecho antes, se abre la puerta de la UCI. Me paro y me quedo ahí, esperando que sea ella.

Por un momento hubiera deseado que no. La enfermera de siempre parece buscar a alguien y yo ladeo la cabeza, confuso. Cuando me ve, parece dejar de buscar y abre un poco la boca, haciéndome una señal para hacerme ir, pero no me dedica la misma sonrisa de siempre. Mi corazón late muy fuerte y acelerado. Voy a paso rápido.

—¿Qué pasa? —Solo puedo preguntar, mi corazón da un vuelco cuando me devuelve la mirada, afligida. No puede ser. No me lo creo. No todavía—. ¿Se ha ido?

Igual no es eso. Puede que a Alex le haya dado un ataque de ansiedad. Anoche mismo casi le da uno.

—Pasa, Alex quiere verte —anuncia como respuesta.

Yo no pierdo el tiempo y entro dentro, casi corriendo. Antes de pasar, oigo gente hablar.

Y sollozos.

—...para lo que necesites —estaba diciendo alguien.

Un hombre. Parecía el doctor. Me acerco más hasta cruzar la puerta y cuando me ve, se aparta un poco, pero sin dejar de mirar a Alex, que está sentada en una silla fuera de la habitación, con los brazos en el vientre y encogida.

—Lo siento mucho. —Joder, no. No puede ser.

Se gira para dirigirme una última mirada y luego se va, dejándonos con la enfermera en el otro lado. Me arrodillo frente a ella.

—Ey. —Mi voz suena como un susurro roto.

—Se ha ido. —Sus sollozos me rompen el alma.

—Oh, amor... —Rodeo su cuerpo con mis brazos.

Tiene las manos en la cara, con lo que queda rodeada por ellos. Pongo mi mentón en su cabeza.

—Se ha ido —repite entre mis brazos, desolada.

Raquel ha muerto. No puedo evitar que mi corazón se parta en mil pedazos por Alex. Era la única familia que le quedaba. La única persona que podía entenderla, que la entendía realmente. La única persona que ha estado ahí toda su vida. La única persona que la protegía, que la quería como era. No puedo imaginarme cómo debe de sentirse. Cómo me sentiría yo si perdiera a mi madre.

Un par de lágrimas recorren mis mejillas y después dos más. Y, sin poder contenerme, lloro con ella. Lloro por su pérdida. Era una persona maravillosa, fuerte, guapa por dentro y por fuera, honesta y humilde. La quería mucho. Era como una segunda madre para mí.

—Lo siento mucho. —Tengo un nudo en la garganta que casi no me deja hablar.

La aprieto con más fuerza contra mí. Ella sigue llorando, sus hombros se sacuden violentamente y yo no puedo hacer nada. ¿Por

qué nunca puedo hacer nada? Es la sensación que tengo ahora, que nunca puedo hacer nada. Siento impotencia, rabia, tristeza, todo en una y me aprisionan el pecho, como si todas esas emociones estuvieran en una jaula.

—Os dejaremos un rato. —Oigo que nos dice la enfermera detrás nuestro, con timidez. Yo la miro y asiento, acariciándole la espalda a Alex.

Es increíble. No me puedo creer que estemos en la habitación, en silencio, Alex en la silla al lado de su madre y yo en la otra, donde siempre me pongo, pero en una situación completamente distinta. Es como si diera la sensación de que todo esto fuese una broma y alguien, de un momento a otro, entrara y dijera que todo era mentira y su madre despertaría. Ya no tenía nada, ni tubos, ni cables, ni vías en el cuerpo, nada, solo ella tapada hasta el cuello con una sábana de hospital. Me levanto con un suspiro de resignación, paseando un poco por la habitación y acabo donde está Alex. Me pongo detrás suyo y pongo las manos en sus hombros, para que al menos sienta mi presencia. Que las conversaciones no son necesarias, que nada de lo que puedo decir solucionará nada. Simplemente demostrándole que estaré ahí para lo que necesite. Parece suspirar y la noto cerrar los ojos un segundo, apoyando la cabeza en mi cuerpo.

Escuchamos unos golpecitos tímidos en la puerta, que hacen que los dos nos giremos.

—Si no os importa, tendríamos que acabar de arreglarla para que puedan llevársela —nos dice la enfermera, esta vez es la del pelo largo recogido con una coleta de caballo bien repeinada.

Nos quedamos unos segundos sin saber qué hacer, incluida ella, y noto que Alex asiente.

—¿Podemos acabar de despedirnos? —Se me eriza la piel al escuchar esa pregunta.

—Claro, por supuesto, os dejaré unos minutos más —contesta en todo de disculpa y sale por la puerta.

Nos quedamos en la misma posición durante lo que parece una eternidad, como si ninguno de los dos quisiera decir nada, hacer nada, como esperando a que alguien nos dijera qué teníamos que hacer.

—¿Quieres despedirte? —me pregunta algo tensa.

La miro y en sus ojos veo una súplica. Está claro que aún no está preparada para despedirse, y por supuesto no voy a obligarla a hacerlo primero, como tampoco voy a decirle que se despida, si no quiere.

Me separo de ella y me dirijo hacia la cama. Se la veía tan distinta… parecía simplemente dormir y, por un segundo, me da la sensación de que se va a despertar en cualquier momento.

Suspiro y niego con la cabeza. Me paso la mano derecha por esta, algo abatido. No sé cómo hacer esto.

Cuando mi abuelo murió era muy pequeño para saber exactamente qué estaba pasando. Sabía que algo no estaba bien, pero no tenía la edad suficiente como para entender lo que pasaba, aunque mi madre me explicó lo que significaba todo aquello. Con el tiempo, entendí lo que quería decir y empecé a echarle de menos.

—Gracias por tratarme como si fuera alguien de la familia desde el principio —empiezo a decir, sabiendo que eso sería lo primero que diría—, como un hijo para ti…

Mi voz tiembla mientras hablo.

Siento que, a pesar de todo, esto que estoy haciendo no es natural, normal, lógico. Oigo que Alex casi mantiene la respiración, como si respirar fuera a destrozar el momento. Con el corazón apretado, le cojo la mano más cercana y me sorbo la nariz.

—Gracias por dejarme conocer a tu hija y poder formar parte de su vida y, sobre todo, de dejarme ayudarla.

No podía expresar otra cosa que no fuera la gratitud que tenía de haberla conocido a ella y Alex.

Siento que me ha dado la oportunidad de salvar a alguien.

—No va a estar sola, te lo prometo. —Promesa que no voy a romper.

Pasase lo que pasase, siempre iba a estar con ella. Ahora que había pasado esto, no sé qué querrá hacer Alex sobre la universidad. Tampoco es momento de pensar en eso, pero pase lo que pase, aunque yo esté aquí y ella en Madrid, nos tendremos el uno al otro.

Me separo un poco y exhalo el aire que contengo sin darme cuenta. Suelto su mano y me giro hacia Alex, pero no digo nada. Tiene los ojos llorosos, brillantes; me miran con gratitud. Camino hacia ella y le doy un beso en la frente, cogiéndola de las manos. Nos quedamos un momento así, hasta que ella coge aire y luego lo suelta, cerrando los ojos. Espero pacientemente a que sus fuerzas vuelvan, hasta que hace ademán de levantarse y yo le ayudo. Me aparto un poco para dejarle espacio junto a su madre. Pone las manos en la cama y parece estar dubitativa entre cogerle la mano o no, hasta que finalmente lo hace.

—No sé cómo hacer esto… —admite con angustia contenida—. No sé cómo decirte adiós, es algo imposible para mí. No puedo…

Sus lágrimas vuelven a brotar, agachando la cabeza entre sus brazos, que están encima de la cama. Me pongo detrás de ella y apoyo mis manos en sus hombros, infundiéndole ánimos y coraje para seguir hablando. Necesita hacer esto; no tendrá más oportunidades de despedirse de ella de esta manera, no así, con ella al lado, pudiendo cogerle la mano, pudiendo expresarse de manera directa, mirándola y sintiendo aún su presencia. Además, es algo de lo que tenía mucho miedo, no quería que ella se fuera sin estar presente; le daba pánico. Por suerte o por desgracia, el destino le ha hecho estar. Le ha hecho no tener ese cargo de conciencia, aunque no debería tenerlo si hubiera pasado. Pensar en más cosas de las que debe sería mucho peor, dada la situación. No se lo merece.

—No sé cómo voy a seguir sin ti, mamá. Sin tus consejos, tus charlas, sin tus broncas por dejar la taza del café fuera del fregadero o el plato sin limpiar… —Se ríe entre lágrimas, levantando la cabeza de nuevo, como si estuviera recordando algo—. O cuando me dejo la

ropa en el baño después de ducharme. Por muchas veces que me lo dijeras nunca he conseguido hacerlo bien…

Sonrío con ternura ante el recuerdo mencionado y sigue hablando.

—No asimilaré jamás que ya no estás aquí. Nunca. No sabes lo difícil que va a ser vivir sin que estés a mi lado. —Se limpia las lágrimas con una mano que decide dejar libre de la de su madre y toma aire para continuar—. Pero no quiero volver a rendirme. No lo haré.

La abrazo por detrás de forma instintiva. Nunca nadie sabrá lo que le está costando decir estas palabras.

—No voy a rendirme porque es lo que no querrías que hiciera. Querrías que fuese feliz. Me da la sensación de que lo que he aprendido todo este tiempo ha sido para prepararme sin darme cuenta de esto, aunque no sea así. No sé cuánto durará este sentimiento que tengo ahora mismo, pero te prometo que seguiré adelante.

96

Alex

Llegamos a casa de Ethan, sus padres estaban ahí. Al oír la puerta, Esther, seguida de Andrés, se asoma por el marco de la de la cocina, que justo daba a la entrada. Se nos quedaron mirando con miradas expectantes. Ethan niega con la cabeza, frunciendo los labios; su madre ahoga un grito y viene hacia mí en zancadas envolviéndome en sus menudos brazos. Por un momento, me recuerdan a los de mi madre. Empiezo a llorar como una niña pequeña otra vez, escondiendo mi cara en su pecho, notando su corazón latiendo con fuerza. Una mano se posa en mi hombro, y sé que es la de Andrés.

Estoy sentada en el sofá de Ethan con la vista al frente sin mirar nada en concreto. Los padres de Ethan hace un rato que se han ido a dormir. Simplemente estoy con los ojos abiertos, pensando en cómo iba a cumplir la promesa que le he hecho a mi madre una hora antes. Lo que tenía claro es que iba a cumplirlo. No sabía la manera en la que lo haría todavía, pero lo haría.

Una figura aparece por la puerta con una taza en cada mano y me ofrece una al llegar a mi lado y sentarse. Le sonrío débilmente y la acepto. Olía a café y leche de arroz. Él sabe que me encanta esa leche, nunca me ha hecho un café sin ella. Se queda en mi misma posición y mira al frente también. Apoyo mi cabeza en su hombro y le doy un sorbo al café, cerrando los ojos y disfrutando de la sensación de calma que me causa. Noto que Ethan también apoya su mejilla en mi cabeza; suspirando.

—¿Cómo estás? —Si no lo conociera, me parecería una pregunta estúpida.

¿Cómo me sentía? ¿Quería ir a Madrid ahora que mi madre no estaba? ¿Quería seguir estudiando? La respuesta principal era no. No tengo ganas de nada ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Devastada, destrozada, sin saber qué hacer a partir de ahora, con la *uni* que empieza en tres meses, en Madrid; no quiero irme sin ella. Sin ti. —Pasa un brazo por mis hombros y me rodea con él. Exhalo y doy otro trago a mi café. Ethan también bebe.

—Creo que debes centrarte en lo de «destrozada y devastada». —Por contradictorio que parezca, eso me hace reír un poco—. Y de lo otro… ya lo pensarás cuando acabe todo esto.

La verdad es que tenía razón. «Primero una cosa, luego otra» me digo, para recordármelo.

—Sí… —confirmo con cansancio, agotada—. Solo quiero dormir ahora mismo, si te soy sincera.

Ethan se aparta sin brusquedad, se levanta y me ofrece la mano.

—Pues durmamos. —Alzo las cejas hasta el nacimiento del pelo y giro la cabeza—. Deja que te mime un poco.

Me desarmo entera. Sonrío mirando hacia abajo, notando que el color me sube por las mejillas, vuelvo a mirarle, aún con las comisuras hacia arriba. Le cojo la mano y me dejo llevar por el leve tirón hacia él para levantarme.

—¿Cuándo llegan tus tíos? —pregunta mientras nos dirigimos a su habitación.

—Mañana por la mañana.

—Más razón para descansar un poco, mañana va a ser un día largo… —Coge mi taza y la deja en el escritorio junto a la suya, a pesar de que no nos los hemos acabado.

Sin más palabras, me sienta en la cama, Me doy cuenta que desde que hemos llegado solo he estado sentada en el sofá, sin hacer nada. Ni siquiera me he puesto el pijama. De repente, me doy

cuenta de mis dos horas de ausencia. Solo me acuerdo de haber comido lo que Ethan me había ofrecido, pero nada más en concreto. Solo la tele apagada en frente mía.

Ethan se arrodilla delante de mí y me coge un pie, saca la bota y la deja a un lado, lanzándola sin brusquedad. Hace lo mismo con el otro pie. Me quedo observando sin palabras, con el corazón desbocado, tanto por los nervios que me ha provocado, por cómo me trata. Casi se me humedecen los ojos cuando se levanta un poco y se queda a mi altura. No he dejado de mirarlo ni ahora que lo tengo de frente, también con sus ojos pegados a los míos.

Coge los lados de mi camiseta y la echa hacia arriba, haciendo que levante los brazos y deje que se deslice por ellos. La deja a un lado también. Alarga la mano hacia el lado contrario y coge una suya, pasándomela por la cabeza y luego por los brazos. Es una el doble de grande, pero la calidez de ese gesto no se me irá nunca de mi corazón. De mi cuerpo.

Luego de ponerme bien su camisa, vuelve a cogerme las manos y me pone en pie. Yo sigo dejándome llevar. La camisa cae por mis caderas hasta llegar a mis muslos, haciendo casi de vestido. Se me tensa el vientre al notar las manos de Ethan en el botón del pantalón, haciendo que mi vello se erice desde la cabeza hasta los pies. Le dejo que me quite los pantalones subiendo una pierna y luego otra, quedando en braguitas y camisa. Su camisa.

Por un momento, inhalo más fuerte de lo normal para nota su olor. Contengo un grito de sorpresa cuando me levanta por los muslos y le rodeo el cuello con los brazos, impregnándome con su esencia. Me estira en la cama, poniéndose a mi lado sin aplastarme, quedando frente a frente, acostados.

Le acaricio el pelo con ternura y cierra los ojos ante el contacto suave cuando paso a su mejilla.

—Gracias por cuidarme. —Veo que sonríe casi imperceptiblemente.

Pasa su mano por mi muslo hasta llegar a mi cintura y ahí la deja.

—Te dije que te mimaría.

Hacía calor y no nos hacía falta taparnos, así que, tal y como nos metimos en la cama, nos quedamos dormidos.

Al día siguiente, una melodía me despierta y, por el movimiento a mi lado, sé que a Ethan también. Tenía la cabeza un poco nublada, así que intento centrarme.

—Es tu móvil —gruñe Ethan, medio dormido.

Me levanto y voy hacia el teléfono. Efectivamente era el mío. Mi tía. Descuelgo la llamada.

—Hola, tía —respondo intentando despertarme del todo—. ¿Qué hora es?

—Cariño, hola, cielo, son las ocho —responde desde otro lado del teléfono—. ¿Te he despertado?

—No importa —resoplo pasándome la mano por la cara, echándome el pelo hacia atrás—, ¿estáis ya aquí?

—Te llamaba porque estamos casi llegando, amor.

Asiento y empiezo a coger mi ropa para vestirme, lo cual hace que Ethan se despierte del todo y me pregunte con la mirada. Le hago un gesto con la mano de «ahora le cuento».

—Está bien, estoy en casa de mi novio, ahora iré y os espero en la puerta. —Me pongo el teléfono entre la oreja y el hombro para ponerme bien los pantalones.

—Vale, tranquila, no hay problema, aún nos quedan cuarenta minutos, pero quería avisarte con tiempo. —Cuando me ato el botón, vuelvo a coger bien el teléfono—. Tú tranquila, te aviso cuando estemos.

—Vale. Os veo ahora.

—Te quiero, hasta ahora.

—Yo también, ahora nos vemos. —Cuelgo el teléfono y lo dejo encima del escritorio, ya algo más relajada, sabiendo que todavía les queda un rato para llegar.

Suspiro echándome el pelo hacia atrás, pensando en darme una ducha en el cuerpo porque me daba tiempo. Miro a Ethan para informarle de la situación.

—Era mi tía. Me ha dicho que, en media hora, poco más, están aquí. —Me siento en la cama, junto a él, que estaba sentado en el centro.

—Bueno, tienes tiempo, respira. —Ameniza el ambiente con sus palabras.

Mientras habla, se acerca a mí y me frota los brazos con sus manos, para ayudarme a respirar, y yo lo hago, cerrando los ojos, sacando el aire contenido hacia fuera, intentando mentalizarme para lo que se me viene. Me da un beso entre el cuello y el hombro.

—¿Quieres que te haga un café?

—Lo que quiero es que esto acabe ya… —me sincero, murmurando las palabras casi para mí—. Voy a pegarme una ducha en el cuerpo, te harás uno también, ¿verdad?

—Claro, esa era la idea.

—Pues voy a ducharme; quiero quitarme el mal cuerpo de encima.

Asiente y yo me levanto, sin muchas ganas de dejar de notar el cuerpo protector de Ethan detrás mío, en dirección al baño.

Enciendo el agua y espero a que salga más o menos tibia, mientras me quito la ropa, puesta apresuradamente creyendo que tendría que salir corriendo al encuentro de mis tíos.

Me meto dentro de la ducha. Dejo que el agua me corra por los hombros. Ya que no tenía intención de lavarme el pelo, me hice un moño improvisado y despeinado antes de entrar. Cierro los ojos ante la sensación agradable del agua acariciando mi piel y dejo que mi mente hable por si sola.

¿Qué haría al ver a mis tíos? Era obvio que tenía ganas de verlos, eran mi única familia y los únicos que nos han estado ayudando siempre a mí y a mi madre, para lo que fuera. Mi tía era mi madrina, ya que es hermana de mi madre y ella se lo pidió, no

puedo estar más agradecida de tener a alguien como ella a mi lado ahora. Bueno, de tenerlos. Mi tío es una muy buena persona y, aunque no fuera de la familia de sangre, es un hombre que, como mi tía, está dispuesto a hacer lo posible por nosotras. Sobre todo, cuando pasamos por todo lo de mi padre. Aunque fuera muy pequeña, los recuerdo con mucha gratitud.

Cuando me enjabono y me aclaro, salgo de la ducha, me visto y voy al encuentro de Ethan, ya en la cocina preparando los cafés. Olía a tostadas también. Sonrío de medio lado y me quedo viéndolo unos instantes, aprovechando que no me ha visto venir. Le quiero. Le quiero muchísimo. Creo que él no se da cuenta de lo que me ha llegado a salvar. Creo que no se ha dado cuenta de lo que significa para mí, por mucho que se lo diga. Me acerco para que note mi presencia y gira un poco la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta refiriéndome al encuentro con mis tíos, mientras pone las tazas en el micro y da a los botones que le hacen funcionar. Sin decir nada, accedo con un asentimiento de cabeza.

Aunque no tenga mucha hambre me obligo a desayunar una tostada y el café que me ha preparado con tanto amor. Luego, nos preparamos para salir.

Llegamos a mi casa; prefiero subir antes de que lleguen y asegurarme de que tampoco esté en malas condiciones y provocar mala impresión, aunque estoy segura de que tampoco les importaría si fuera así. Entramos dentro y todo parecía normal, como si nada hubiera pasado, seguía oliendo a mi hogar, a nosotras, al perfumador que ella usaba y al ambientador de siempre. Por un momento, voy a preguntar si está, como si mi madre en cualquier momento fuese a salir a mi encuentro. El estómago se me contrae y mis ojos se llenan de lágrimas.

Antes de que nadie pudiera decir nada o hacer algo, mi *IPhone* vuelve a sonar. Sacudo la cabeza para volver al presente y miro el mensaje.

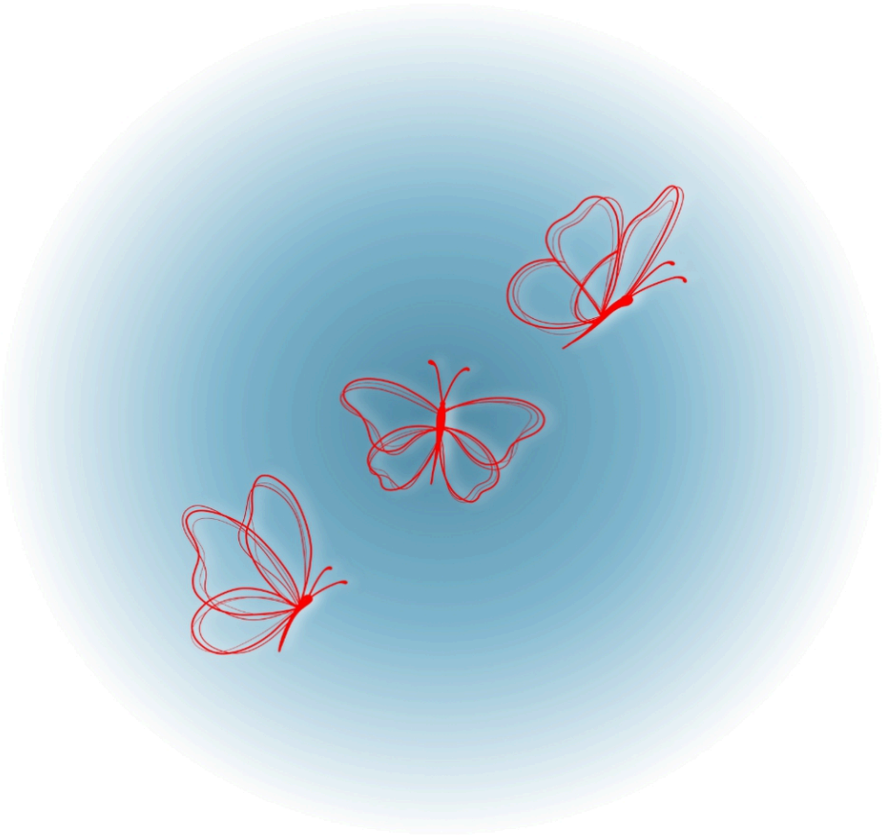
«Ya estamos llegando, 5 *mins*».

Suspiro y mando un *okey*, volviendo la cabeza hacia Ethan, que está también algo compungido.

—Casi están aquí, ¿bajamos? —Asiente y salimos de la casa.

Bajamos al portal y, cuando llegamos a la calle, un coche que me resulta familiar está aparcando casi en la puerta. Cuando la maniobra está hecha, se apaga el motor y mi tía sale precipitadamente del coche, creo que, al salir, me ha visto mientras aparcaban. Viene hacia a mí con los ojos llenos de lágrimas, lo que provoca que yo también me emocione y acabe también a punto de llorar. Avanzo unos pasos hasta llegar hasta ella y nos fundimos en un abrazo que hacía tiempo que no sentía, casi maternal. Llego a la conclusión de que era lo que necesitaba en ese momento, las personas que necesitaba.

Las dos nos permitimos llorar la una abrazada a la otra y, pasados unos minutos, me separo de mi tía para abrazar a mi tío, también con la misma sensación.



97
Ethan

Ver a Alex reencontrarse con sus tíos fue desgarrador y emotivo a partes iguales.

Yo les doy el espacio que necesitan. Les dejo llorar, hablar, consolarse, abrazarse, incluso reírse diciendo lo mucho que habían cambiado; van con ropa medianamente cómoda, ya que venían desde Madrid, según me dijo Alex. Ella con unos vaqueros algo anchos y una camisa también algo holgada de color oscuro, cabello de media melena oscuro, casi negro; él con unos pantalones tejanos y un polo azul, cabello corto, rubio oscuro.

Temo moverme y estropear el momento; incluso pienso en irme y no molestarlos, pero, en ese momento, con los ojos llenos de lágrimas, Alex se gira hacia mí y sé que quiere presentarme.

Alzo un poco la cabeza, sorprendido, mientras entrelaza su brazo con el mío.

—Lo siento, Ethan, os presentaré —dice dándome un apretón con el brazo, emocionada—. Son mis tíos, Noemí y Carlos.

Se separa un poco, ya que Noemí se acerca a darme dos besos y su tío me proporciona un apretón de mano.

—Encantado de conoceros —digo con una sonrisa sincera—. Ojalá no en estas circunstancias; Alex me ha hablado mucho de vosotros.

El apretón de mano se acaba y me da una palmada en el hombro, asintiendo y frunciendo los labios, claramente emocionado.

—Igualmente, Ethan, de verdad —asegura Noemí, con un suspiro cansado.

Tiene ojeras visibles y está claro que ninguno de los dos ha dormido esa noche.

Sin pensármelo mucho, le doy un pequeño apretón en el brazo, en señal de apoyo.

—Lo siento mucho. —Lo único que se me ocurre decir, e incluso las palabras me salen algo atropelladas.

A ellos tampoco les salen las palabras, simplemente agradecen con la mirada, sin necesidad de ellas. Alex propone subir y hacer café, para así estar más tranquilos. Una vez arriba, le ayudo en la cocina a prepararlos, con un silencio cómodo que llena la casa, aunque, a la vez, algo nos oprime el corazón. Es extraño (sobre todo para Alex) que ya no venga Raquel a echarnos de la cocina para hacer ella los cafés con sus habituales empujoncitos que nos daba. Volvemos al comedor con las bebidas listas y nos sentamos con Noemí y Carlos en la mesa.

Hablan de cómo les ha ido el tiempo en que no se han visto, del proceso que ha atravesado Alex, de cómo está evolucionando, aunque ahora mismo no fuese fácil para nadie. Alex había aprendido muchísimo. Incluso si la situación era una mierda y volvía a necesitar mucha ayuda. No había dejado de ir a su terapeuta, Noelia, por lo que la evolución era más que notable y visible. Yo mismo me emociono por el cambio que he visto en ella y, en ese momento, solo puedo entrelazar mis dedos con los suyos, por lo orgulloso que estoy de ella.

Se nos pasa el tiempo bastante rápido hablando y, de repente, suena el timbre. Me sorprendo, pero Alex parece saber quién es, porque no se extraña ni duda en ir a la puerta a abrir. Cuando la abre, no le da tiempo a nada; unos brazos morenos la rodean por completo.

—¡Alex! —resopla Erika, quien jadea con los ojos humedecidos —. ¡No sabes cuánto lo siento!

Ella le devuelve el abrazo, emocionada. Yo me relajo visiblemente y sonrío con afecto, apoyándome en el marco de la puerta y cruzando los brazos.

—Gracias por venir, aunque no hacía falta —murmura todavía abrazada a ella.

Erika se separa, pero no la suelta de las manos.

Se notaba que casi había venido a la carrera. Tiene su pelo rizado alborotado, va vestida con unos vaqueros tejanos simples y una camiseta de tirantes casi del mismo color.

—No tienes ni que decirlo —responde con decisión.

Alex asiente y vuelve a abrazarla.

Al separarse, Erika viene hacia mí y me abraza también sin decir palabra, porque no hace falta, nos lo decimos todo con ese abrazo.

Agradezco profundamente que haya venido. Tengo la cabeza en otro sitio; reconozco que apenas hemos hablado. Aun así, ha esperado con paciencia y comprensión a que seamos nosotros los que le contemos lo sucedido.

Una hora más tarde, continuamos poniéndonos al día. Me aliviaba ver que para Alex aquello sea una distracción; hablar con sus tíos y con Erika, incluso echarse unas risas por alguna que otra broma de nuestra amiga.

Y así, pasan las horas, llenas de amor, incertidumbre e incomprensión, haciéndonos preguntas imposibles de responder, con la culpabilidad que Alex no quiere admitir sentir, después de que yo le pidiera que no se obsesionara. Es una gilipollez que llegue a pensar que tiene algo de culpa, pero la entiendo más de lo que pensaba.

Al día siguiente, aparte de todo lo que nos ronda la cabeza, aún no nos han dicho nada de la autopsia; es extraño que, pasados dos días, no tengamos noticias. Por otro lado, los tíos de Alex nos dicen que se encargarán de todo lo que conlleva el entierro una vez nos avisen para recoger el cuerpo de la funeraria. Gracias a ello, ella está algo más tranquila, aunque pendiente de todo, ayudando en lo que pueda, al igual que yo.

Mis padres han conocido a Carlos y Noemí esta mañana, tomando un café en una cafetería cercana entre nuestras casas. Se han llevado de maravilla, aunque ya me imaginaba que sería así; se veía que eran unas personas muy buenas, agradables y honestas.

Alex, por su parte, parece un poco más presente, aunque anoche durmió entre lágrimas, rodeada de mi abrazo, sin una palabra, porque tampoco las había.

El martes por la mañana, después de desayunar, salimos a la terraza de Alex, ya que hace buen día aún por la mañana. Nos sentamos en la mesa a tomarnos el café. Las conversaciones no son muchas, pero las justas para cortas nuestros silencios cómodos. Yo no quería agobiarla; prefería que fuese ella quien se explayara hablando, si era lo que le apetecía, y seguir el ritmo que ella marcara. Alex parece agradecerlo.

Tomando el café, empieza a sonar su teléfono. Ambos fruncimos en ceño, nerviosos. Podría ser Erika, sin problemas. Pero sé que no, porque Alex arruga aún más su entrecejo. Me enderezo en la silla, esperando que conteste. Podría ser ya el informe de la autopsia, también. Descuelga el teléfono y pulsa el altavoz.

—¿Diga? —responde, vacilante.

—¿Alex Villaescusa? —Una voz masculina grave nos contesta; por el tono, da la sensación de ser alguien importante, así que no le da mucha opción a no hablar.

—Sí, soy yo. —Espera a que continúe hablando cuando confirma su identidad, dejando el *IPhone* entre ella y yo.

—Le llamo de la policía judicial, para hablarle sobre el informe de la autopsia de su madre, Raquel. —Si yo me he quedado bloqueado, no me imagino ella; eso me hace girar la cabeza para mirarla y, efectivamente, la veo pálida, sin saber qué contestar; menos mal que el hombre sigue hablando—. Hay incongruencias en el informe preliminar y necesitamos su presencia en comisaría, para explicarle en más detalle lo que hemos visto.

El corazón me late desbocado. ¿Incongruencias? Viendo la cara de Alex, está tan confusa como yo.

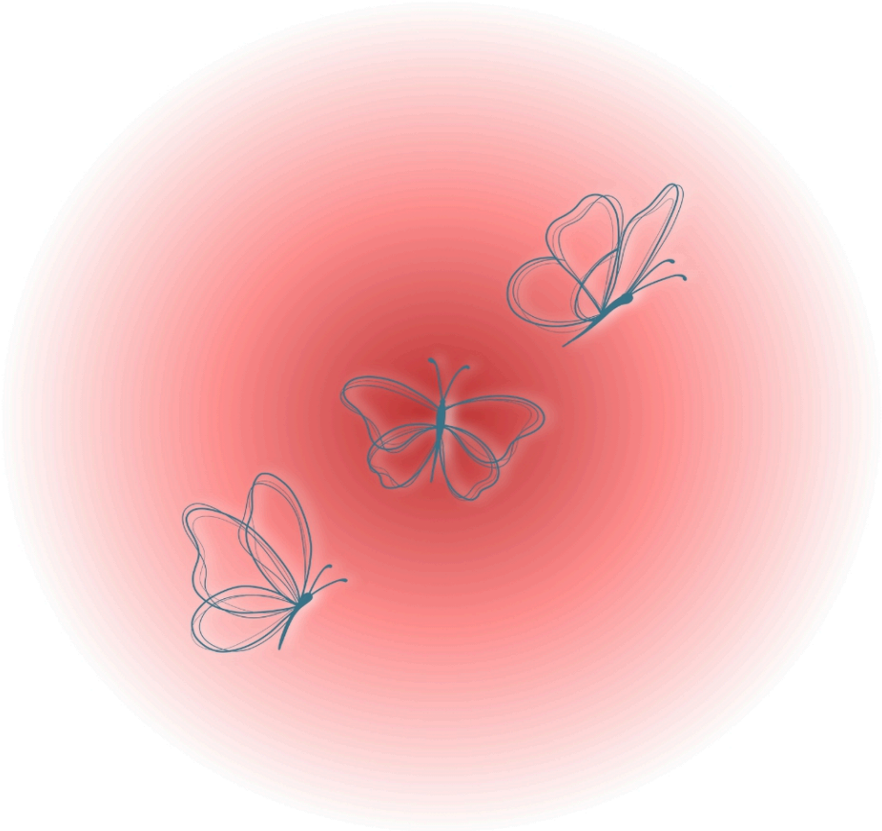
—No… no entiendo nada —balbucea—, ¿no dijeron que fue un… suicidio?

La palabra se le atraganta y yo le pongo una mano en la más cercana.

—Por eso en estos casos se realiza la autopsia, para confirmar dicha acción. La medica forense nos envió el informe preliminar y, como le he comentado, me gustaría que viniera al Instituto de Medicina Legal, lo antes posible,

—¿La médica también estará presente? —pregunta—. Me gustaría hablar con ella también, si es quien lo ha escrito.

A mí también me gustaría saber de ella en persona.



98

Alex

La médica forense también estará presente. De hecho, ha sido ella la que ha pedido que en vez de a la comisaría, vaya al IML. Llegamos allí cuarenta minutos más tarde y yo soy un total torbellino ahora mismo. Mi cabeza no para de dar vueltas a todo, de pensar con una voz en mi cabeza que ni controlo, me hace escuchar mil y una explicaciones que, si soy racional y realista, no tienen puto sentido.

Tengo el estómago cerrado, casi con náuseas, cuando entramos por la puerta principal de un edificio cuadrado, muy grande, con muchas ventanas. Todas ellas parecen estar rodeadas por el edificio, como si estuvieran detrás de la propia construcción. Dentro, nos dirigimos a un mostrador donde una chica bien peinada, maquillada y vestida. Nos mira directamente con una sonrisa que invita a que hablemos.

—Buenos días, ¿qué puedo hacer por vosotros? —Tenía una voz dulce, incluso parecía acariciarte.

Mi tía habla por mí.

—Hola, venimos porque han citado a mi sobrina. Bueno, no nos han dicho una hora en concreto, pero la han llamado esta mañana y… bueno, le han dicho que tenía que venir aquí para hablar con ella sobre el informe de la autopsia de mi hermana, su madre —habla atropelladamente, nerviosa; está descolocada, parece no saber ni por dónde empezar.

Yo agradezco muchísimo el esfuerzo que está haciendo por mí ahora mismo. Siento que tendría que ser yo quien hablara, quien hiciera todo, y aquí están los dos, ayudándome. Me siento impotente por no saber cómo actuar, cómo llevar esto, cómo quitar de mis

pensamientos lo que ha pasado. Lo que más me jode es que mi tía tampoco puede quitárselo de la cabeza, pero ella lo hace. Y, aunque le cueste, lo hace de una manera envidiable.

La chica del mostrador nos pide datos, DNI, certificado de defunción de mamá y, por un momento, el sonido del teclado de la recepcionista es lo único que se escucha, sumidos en un silencio incómodo, tenso. Solo quiero que esto termine ya. Tener a mi madre días en la UCI, esperando lo peor, que se fuera… Ya me ha quitado parte de mí, de mi corazón; ahora no sé a qué más cosas tengo que enfrentarme. Me siento perdida, siento que nada de esto tiene ningún sentido; esto es una pesadilla desde la tarde que volvimos a casa por el sonido de una puta ambulancia que parecía no querer terminar nunca.

A los minutos, nos conduce a una salita de espera con unas sillas (simples pero elegantes) apoyadas contra la pared, hasta que me llaman por mi nombre y nos sentamos a esperar. Seguimos callados, mi tía tiene mi mano cogida, entrelazando sus dedos con los míos, y es lo único que miro ahora, para no perder la cabeza. Ethan está a mi lado, parece tener un tic en la pierna, moviéndola todo el rato y, aun así, tiene una mano en la zona baja de mi espalda. Pasan los minutos, hasta que por fin alguien abre la puerta de uno de los despachos, nos levantamos y, al mirarla de frente, frunzo el ceño girando un poco la cabeza a un lado.

La conozco. A esta chica la conozco. Ella parece también conocerme a mí, por su mirada compungida, comprensiva y empática.

—Hola, Alex. —Y con su voz, la recuerdo.

La recuerdo hablándome con voz dulce, cariñosa, cercana, empática, incluso maternal. Me quedo paralizada.

Y, de golpe, me veo con nueve años.

Me veo pequeña, indefensa, confusa.

Me veo delante de esta mujer, pero más joven. Esta chica, era… era la misma que hace ocho años entró en el box de urgencias

donde yo estaba, y me hizo, sabiéndolo con el tiempo, el examen forense por agresión sexual. Ella era esa chica.

Había cambiado bastante, pero aún llevaba su pelo rubio por los hombros, liso, con los mechones de cada lado del flequillo recogido atrás. Lleva una bata blanca abierta y una camisa azul claro, como el cielo, con una falda gris plata adornando sus piernas hasta las rodillas y unos zapatos blancos de tacón corto.

Hago un esfuerzo increíble por volver a la realidad y volver a ser la Alex de ahora. Todos me están mirando con cautela, ya que están confusos por mi reacción al verla. Gracias a ella hubo pruebas contra mi padre. Gracias a ella todo fue más ameno. Me acuerdo de su sonrisa que se me contagiaba; nunca la volví a ver. Había pasado tanto tiempo…

Sonrío con los ojos llenos de lágrimas y doy unos pasos hasta llegar donde está ella, rodeándola con los brazos. Ella me corresponde con un suspiro resignado.

—Ojalá no nos tuviéramos que haber visto de nuevo en estas circunstancias… —Su mano va arriba y abajo en mi espalda, cariñosa.

Asiento en su pecho, emocionada. Las lágrimas me caen sin que pueda contenerlas. Nos separamos un poco y ella me mira, con su sonrisa empática, secándolas con los pulgares, uno a cada lado de la cara. Caigo en la cuenta de que todos están confusos, callados a la espera de una explicación. Me separo un poco más, dirigiendo mi cuerpo hacia Ethan y mis tíos.

—Nos conocimos cuando tenía apenas nueve años —explico aún secándome las lágrimas de la cara—. Ella fue quien me ayudó… bueno, quien me examinó cuando pasó lo de mi padre.

Y, entonces, lo entienden; todos se relajan y sus rostros pasan de la confusión a la comprensión.

—Se llama Ana —la presento como puedo, a pesar de las emociones que inundan la sala en ese momento.

Se presentan con estrechamientos de mano y agradecimientos por el pasado. Después de eso, Ana se pone seria de nuevo e intuyo que quiere seguir hablando.

—Tengo que hablar contigo, Alex. —Señala con el brazo extendido la puerta que tiene detrás, abierta—. Los demás también pueden entrar, si quieres.

Miro a los demás un segundo, dubitativa. Cuando vuelvo a mirar a Ana, asiento con seguridad. No quiero entrar sola. Sea lo que sea, quiero afrontarlo con todos ellos: mi familia. Noto que alguien me coge de la mano y, al instante, sin mirar, sé que es Ethan; reconocería esas manos suaves y protectoras en cualquier sitio.

Ana se sienta al otro lado de la mesa blanca de su despacho, decorado con paredes gris plata y muebles elegantes de un color parecido.

—Te he traído aquí —carraspea antes de continuar—, a todos, porque realizando la autopsia me he encontrado con algo que no me ha cuadrado con lo que se supone que debería ser la causa de la muerte de tu madre.

Me habla con seguridad, directamente mirándome a los ojos, sin duda alguna, y sé que no miente; hace que me ponga los pelos de punta y me estremezco.

—¿Qué quieres decir? —Solo quiero que vaya al grano, como está haciendo hasta ahora. La veo coger aire, como si supiera que lo que iba a decir va a dolerme.

El problema era que ya nada podía dolerme. No más de lo que me duele ya.

—He encontrado una marca, un hematoma en la parte izquierda de su cuerpo, en las costillas —dice abriendo una carpeta que tiene en frente suyo para empezar a explicarme—, y no coincide con las lesiones por precipitación suicida.

Mi cuerpo tiembla; de nuevo, me voy a mis nueve años. La veo a ella haciéndome preguntas, pruebas, fotos... Vuelvo a estar en el

presente, aunque mis oídos pitan por unos minutos, mi respiración se acelera e intento hablar lo más calmada posible, pero ella se me adelanta.

—Te voy a mostrar una foto, Alex, necesito que seas sincera en todo momento, ¿vale? Lo necesito. —Asiento sin poder decir nada más y me pone otra foto delante.

Es el brazo de alguien. No, es mi brazo. Mi corazón cada vez late más fuerte y lo noto en mi pecho como un tambor a punto de estallar, de romperse; cada vez me cuesta más respirar. Noto cómo mi estómago se revuelve, empezando a entender cosas.

Esto no puede estar pasando. No.

—¿Te suena esta foto?

Mi garganta, cerrada, hace un sonido extraño, asintiendo. Noto cómo hago que sí con la cabeza, de manera casi automática. Ana también asiente, conforme y, aún con la foto delante de mí, señala con el dedo el moratón pequeño que hay en la parte superior del miembro que sale en ella, por debajo del hombro

—¿Sabes de quién es este brazo?

—Es mío —respondo en un susurro ahogado.

Vuelve a asentir, poniéndome una mano en la mía, que de forma mecánica se posa en la foto.

—Entiendo cómo debes de sentirte ahora mismo, incluso que estés confundida. No quiero ni mucho menos recordarte todo por lo que tuviste que pasar, pero necesito hacer esto, para conseguir pruebas de lo que quiero demostrar, ¿lo entiendes? Y no demostrar quién ha sido, sino el hecho de que no ha sido un suicidio; que tu madre no hizo eso. —La miro fijamente a los ojos; solo veo determinación en ellos y en sus palabras. Trago saliva sonoramente y ella continúa hablando—. Te pondré otra foto, esta vez, de la que he encontrado en el cuerpo de Raquel.

Toma otra foto y me la pone en frente.

El mundo parece desvanecerse, caerse. Mi cabeza vuelve a ser caos. Pero no me muevo, no reacciono, no puedo. Me he quedado

paralizada en el sitio. Ethan parece darse cuenta, porque pone una mano en mi muslo y creo que dice algo; le veo de reojo, pero no le escucho. Solo estoy viendo la foto, pareciendo ser el centro de mi vida ahora mismo. Las marcas o hematomas eran realmente parecidos. La misma anchura, casi misma longitud, incluso diría misma presión.

Lo peor de todo es que veo una mano. El moratón sigue la silueta de una mano, como si alguien la hubiera puesto ahí. Como si alguien hubiera apretado ahí. Como a mí. Mis tíos también parecen acercarse, sin dar crédito a lo que ven.

Mi cabeza empieza a atar cabos y noto cómo la bilis me sube por la garganta, pero impido que salga. No puedo, aquí no.

—Todo esto, Alex, lo hemos enviado como pruebas a la policía, para que empiecen una investigación, para saber exactamente qué ha podido pasar. —Pero en ella, en su mirada, había disculpa, tristeza, incluso comprensión.

—No hace falta investigar para saber quién coño ha sido. —Me levanto a toda prisa, porque siento que no puedo más. Siento que voy a explotar.

Otra vez.

Salgo del despacho; tengo que encontrar un baño.

—¡Alex!

La voz de Ethan me llega desde atrás, lo oigo correr para alcanzarme, yo no puedo más; caigo de rodillas y vomito. Vomito todo lo que mi estómago puede echar y devolver, que no es mucho, hasta que siento que solo es bilis la que sale y empieza a quemarme la garganta con su sabor amargo.

Empiezo a llorar. Ethan llega hasta mí y se agacha conmigo, con un jadeo.

—Está bien, tranquila. —Me frota la espalda para transmitirme calma. Yo sigo llorando—. Vamos a buscar un baño.

Me levanta del suelo por los codos y me dejo llevar, porque las lágrimas no me dejan ver y tengo los ojos entrecerrados. Me doy

cuenta de que entramos en un sitio y la puerta se cierra. Oigo agua.

—Ven, lávate, te ayudo.

Abro por fin los ojos y me lavo la cara, la boca, una, dos, tres veces, como si aquello pudiera llevarse también todas mis emociones, pero no funciona. Tengo que enfrentarme a ellas.

Ethan espera paciente y, cuando me digno a girarme hacia él, ofreciéndome papel de manos, solo puedo sollozar. Se lo arranco de las suyas con rabia, me seco las manos, lo que puedo de la cara y la boca y lo tiro a la basura que había debajo de la pica. Me llevo las manos a la cabeza, todavía mojadas, y doy una vuelta a mí misma, enrabiada, frustrada.

—¡JODER! —chillo inclinándome un poco hacia delante como si eso pudiera echar mi chillido todavía más lejos.

Ethan me coge las manos, controlándolas por mí y haciendo que le mire. Pero no me impide nada, sigo moviendo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, sin dejar de llorar.

—Tranquila, suéltalo, te escucho, estoy aquí. —Su voz es tan entrecortada como la mía, apenas un susurro preocupado.

Intento respirar profundo. Dejar salir toda esa rabia que tengo. Me refugio en los brazos de Ethan, sin poder hacer nada más.

—Lo ha conseguido, Ethan —sollozo. Su mano se posa en mi cabeza, enterrada entre su cuello y su hombro, invadiéndome el olor a canela de siempre—, mi padre quería separarnos y lo ha conseguido.

Me abraza con más fuerza y le oigo sorberse la nariz.

—Solucionaremos esto, Alex, te lo prometo —sentencia.

Lo noto tan seguro que, aunque su voz no tenga esa fuerza, me lo creo; le miro, aún con lágrimas cayéndome por mis mejillas.

—Haremos todo lo posible para que la verdad se sepa —me promete.

99

Ethan

—Te explicaré lo que vamos a hacer, Alex —dice Ana con determinación, incluso decidida, cuando volvemos del baño y nos sentamos, ya más tranquilos.

Yo aún estoy en shock por todo lo que acaba de pasar. Que Alex conociera a Ana no me lo esperaba, y menos que fuera ella la que le ayudó ocho años atrás. Es increíble cómo dos mundos que se cruzan hace años vuelvan a hacerlo en un momento como este; sin duda, no es algo que se vea todos los días. El mundo es un puto pañuelo.

Lo que más me preocupa ahora, bueno, a mí y a todos, es exactamente eso, qué vamos a hacer ahora que tenemos esta nueva información y cómo vamos a pillar a ese cabrón.

—Antes de nada, ya he enviado muestras del hematoma al Instituto Nacional de Toxicología, aquí en Barcelona. Podrán determinar entonces varias cosas, como si es reciente, algún objeto implicado o, incluso, si pudiera tratarse de una agresión —resalta, antes de continuar—, así que, en cuanto tengamos los resultados, ellos mismos te llamarán y te informarán de todo lo que hayan averiguado y, poco a poco, llegaremos al fondo de todo esto.

Tenían que pillar a ese tío.

—¿Hasta entonces solo podemos esperar? —pregunto con algo de desesperación en el tono de mi voz—. ¿No podemos hacer nada más?

—Sé que es difícil, entiendo vuestra situación y que esto os haya tomado por sorpresa. Estabais esperando el informe y deseando que todo acabara y pasar página. No sabéis cuánto lo

siento. Pero esto es importante —recuerda con tono serio—. Haré todo lo posible para agilizar las cosas y estaré aquí para lo que necesitéis. Mientras tanto, solo podemos esperar. Y también os recomiendo no hablar de esto todavía con gente que no sea de vuestro círculo más íntimo y quien confiéis.

La vuelta en coche fue larga, pesada y llena de silencio, aunque brotaban por el aire pensamientos inaudibles por parte de todos.

No sé qué hacer. Mi cabeza va a mil por hora, mil pensamientos distintos, mil maneras distintas de intentar que esto se solucione cuanto antes mejor, pero todo era en vano, nada salía en claro. Hubo un momento en que creía que iba a salir humo, de tanto darle vueltas al asunto. Estaba claro que había que delatarle de alguna manera, pero ¿cómo? A no ser que él mismo se entregara o confesara…

Una confesión…

Llegamos a casa y Alex me invita a comer por las molestias que me ha llevado acompañarlos (que no era ninguna, y ella lo sabía) y yo acepté. Quería estar con Alex todo el tiempo que pudiera, acompañándola. Una vez habíamos comido, nos metimos en la habitación para tener un poco de privacidad con un café en mano. Encendimos la televisión del cuarto, aunque no para ver nada en concreto, sino más bien para distraernos un poco de los pensamientos intrusivos de cada uno que, aunque no dijéramos nada, ahí estaban. Cuando pasó un rato, ya no pude aguantar más lo que me rondaba la cabeza.

—Tenemos que hacerle confesar —replico, girándome a ella, serio. Ella me mira con incredulidad e incomprensión, confundida.

—¿Qué quieres decir con eso? —Le pongo una mano en el hombro para calmar un poco el ambiente que yo mismo había creado sin querer.

—Quiero decir que, si no hay manera con lo que Ana ha enviado, ¿qué haremos? Ese tío no va a decir nada, ni mucho menos

va a entregarse si ha conseguido que la muerte de tu madre fuese un suicidio.

Sé que parecía muy duro, pero era lo que pensaba, y no había otra manera de decirlo. Los ojos de Alex brillan de forma extraña y sé que está a punto de llorar. Le cojo la mano, comprensivo.

—Sé que ahora mismo lo que menos quieres es que esto se alargue más, que solo quieres descansar, y te juro que quiero eso tanto como tú —le prometo—, pero también sé que no descansarás, no del todo, hasta que esto se resuelva. Hasta que pillemos a tu padre.

Lo último me sale casi en un susurro entrecortado y le sostengo la mirada, ahora vidriosa. A ella le cae una lágrima que se seca con el dorso de la mano libre.

Alex se queda callada, asimilando mis palabras. Ambos sabíamos que no iba a descansar hasta que esto no acabara, fuese como fuese. Por fin, despega los labios para hablar.

—Pero, realmente, ¿qué podemos hacer? —pregunta, aprensiva, moviéndose para estar frente a mí del todo—. No podemos hacer nada, Ethan, solo podemos esperar a que nos digan algo de toxicología

Su mirada se vuelve una súplica.

—¿Y si no hace falta esperar? —suelto—. ¿Y si conseguimos algo nosotros antes?

Alex me mira con total incomprensión, girando un poco la cabeza con el ceño fruncido. Procedo a explicarme mejor.

—¿Y si conseguimos una confesión? —Le miro con decisión y ella parece entenderlo, abriendo los ojos como platos.

—¡Quieres que lo obliguemos a confesar! —casi grita y, cuando se da cuenta, mira hacia la puerta un momento y baja la voz, volviendo a centrarse en mi mirada—. ¿Estás loco? ¿Sabes lo que podría hacer? Si es verdad lo que ha hecho, ¿cómo crees que reaccionará si intentamos hacerle confesar?

Habla a toda prisa, casi atropellada, como si realmente pensara que estuviera loco. Y quizá lo estoy.

—TÚ, le harás confesar.

—Ethan, en serio. —Chasquea los dedos mientras habla—. Vuelve a la realidad, por favor.

—La realidad es que no queremos que ese imbécil se salga con la suya y, si no hacemos nada, es lo que puede acabar pasando, Alex —le contesto, serio.

Ella se calla, incrédula. Sabe que tengo razón. Unos instantes después, suspira y reanudamos la conversación.

—¿Qué es lo que has pensado? —Le miro a los ojos y veo determinación en ellos, a la vez que miedo y duda. Sonrío, dulce, dándole un apretón de mano antes de empezar a hablar.

Al día siguiente, nos vemos en mi casa. Tengo a Erika al teléfono cuando Alex entra en el cuarto.

—… mía Ethan, en los líos que me metes… —está diciendo Erika.

No puede hacer otra cosa que sonreír ante su tono histérico, habla por mí cuando se acerca por detrás y me abraza.

—Eso se lo he dicho yo, tranquila.

Alex me mira y me giro sin alejarla de mí, agarrándola de la cintura con mi mano libre. Gesticulo con los labios un «hola» y uno mi boca con la suya, en un beso. La voz de Erika nos interrumpe, como si supiera lo que estamos haciendo.

—Venga ya, tortolitos, que esto es serio, ¿os estáis dando cuenta del lío en el que os podéis meter?

—Sí —decimos al unísono.

No puedo evitar una risa indiscreta, lo que enfada más a Erika.

—Oye, de verdad, os quiero mucho, pero ¿no sería mejor planear todo esto si lo de las pruebas esas no sale bien? —Ahora su voz es angustia, cambiando el tono a uno más comprensivo.

—Entiendo que estés preocupada —musito, en un suspiro—. De verdad que, si no estás conforme con ayudarnos, no pasa nada, ni mucho menos te lo tendríamos en cuenta.

—No, quiero ayudaros, en serio. Solo… —se interrumpe—. Quiero que tengáis mucho cuidado…

Entiendo su ansiedad. Lo que estamos a punto de llevar a cabo es de locos, eso está claro.

—Lo tendremos, de verdad —digo para tranquilizarla—. Lo que menos queremos es meternos en un lío ahora, Erika.

—Está bien —suspira, resignada—. Llamadme si necesitáis cualquier cosa más. —Y cuelga.

Dejo el teléfono en un lado y centro mi atención en Alex. Seguro que Erika tenía la misma cara cuando ha colgado.

—Ey —llamo su atención y me mira—, todo va a salir bien, lo prometo.

Me regala una sonrisa y me separo de ella para coger la grabadora comprada esa mañana. Ella se queda perpleja.

—¿Has comprado hasta una grabadora? —pregunta sorprendida mientras la coge y la observa—. ¿De verdad va a ser necesaria?

Parece que la bilis le sube por la garganta de lo tensa que se ha puesto de golpe.

Se la quito de las manos y, habiéndola dejado en el escritorio, la siento en la cama y me pongo a su altura

—Alex, no voy a obligarte a hacer nada que no quieras, de verdad.

No quiero que haga esto porque yo he tenido la idea y se vea obligada. No me lo perdonaría. No sería mejor que él.

—No, no, es que… —empieza, tartamudeando—. ¿Con el móvil no será suficiente? Quiero pillarlo tanto o más que tú, te lo aseguro, estoy contigo en esto, te lo prometo.

Sus ojos no mienten. Quiere hacerlo, pero es obvio que tiene miedo, está claro. Yo también lo tendría, en su lugar.

Sus manos le sudan y yo hago círculos en el dorso para tranquilizarla.

—Estoy contigo, Alex, no te voy a dejar sola en ningún momento, te lo prometo. —Era una promesa tan cierta que hasta dolía hacerla, le aprieto fuerte las manos para que capte la verdad de mis palabras—. Estaré para ti en todo momento. Sea cual sea el resultado. No dejaré que te pase nada.

Asiente mirándome a los ojos, sin cortar contacto visual y yo hago lo mismo, juntando nuestras frentes.

—Sé que no dejarás que me pase nada —comenta como si le hubiera molestado que le dijera eso—, pase lo que pase. Algún día seré yo la que lo haga, te lo prometo.

Niego con la cabeza, enérgicamente.

—Prefiero ser quien ayude, antes que ser ayudado. Siempre.

—Eso no es justo; no para ti.

—Pero es suficiente. —Le limpio una lágrima que le cae por la mejilla—. Si te sirve de consuelo, siempre he sido así, bueno…

Dudo un momento antes de continuar.

—Creo que contigo me he abierto más de lo que crees, Alex. —Me sonríe y no puedo hacer más que beber de ella, ya que hacía tiempo que no me regalaba ninguna—. Bueno, ¿te explico cómo funciona esto?

Trato de animar la situación, separándome de ella y enseñándole de vuelta la grabadora. Ella asiente con atención, tragando saliva. Se la presto y voy señalando los botones mientras hablo.

—Esto es el *play*, como puedes ver. Todo lo que tienes que hacer es, cuando estés lista, darle clic al *play* y ya estará grabando —le explico. Carraspeo y continúo—. Este es el *stop*. Cuando todo acabe y, ojalá consigamos lo que queremos, le das y parará de grabar. Asegúrate de no darle antes de tiempo, por si acaso.

Alex asiente, nerviosa, volviendo a tragar saliva.

—Joder, tengo la boca seca. —Niega con la cabeza y resopla por la nariz. Vuelvo mi atención a sus manos y le retiro la grabadora, haciendo que se centre en mí.

—Ey, vamos a relajarnos, ¿vale?

Cojo aire por la nariz y lo echo por la boca. Alex automáticamente hace lo mismo, sin necesidad de que se lo diga, como hacemos siempre desde que se lo enseñó la terapeuta. Respiramos unas cuantas veces más, cerrando los ojos. Unos minutos más tarde, ella vuelve a hablar.

—¿Y qué le digo? Es decir… ¿Qué narices haré cuando lo tenga delante? Nada más de pensarlo me dan náuseas. —En este momento me siento la peor persona que puede haber en el mundo; se me revuelve el estómago.

—Alex, no tienes por qué hacerlo, lo sabes, ¿verdad?

Tiene que ser sincera. Por favor. Parece notar mi intensa inquietud y deja la grabadora en la cama, agarrando mis manos.

—Ethan, ¿sabes lo que más me gusta de ti? —Niego con la cabeza y espero a que continúe, expectante—. Que eres positivo. Siempre. No podemos estar haciendo esto y no serlo. Eres la única persona ahora mismo que hace que mi cabeza esté centrada, en el presente, anclada a la Tierra. Sé perfectamente que eres el primero que no quiere hacer esto solo por no ponerme en peligro; no creas que no me he dado cuenta.

No sé qué decir, así que opto simplemente por quedarme callado, cogiendo aire.

—Solo dime que esto va a salir bien. Siempre me lo dices; esto no puede ser menos. Por favor. —me suplica.

No puedo prometer algo como eso cuando no sé ni por asomo lo que puede pasar si él llega a aceptar verla. Pero me lo pide ella, su mirada, su cuerpo tembloroso junto a sus manos unidas a las mías.

—Pase lo que pase, todo saldrá bien. —Es lo único que puedo decir, sin sentir que puedo fallarle.

—Sé que no haces promesas vacías, que no haces promesas que no puedes cumplir o que está fuera de tu control que se cumplan. Pues te voy a dejar tranquilo diciéndote esto —anuncia, solemne—: si me pasa algo, no va a ser culpa tuya.

Voy a replicarle, pero ella me pone un dedo en mis labios callándome y negando con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

Trago saliva y finalmente acepto sus palabras, dejando sacar el aire que parezco haber contenido desde esta mañana. Ella hace lo mismo y deja mi boca libre, también con un suspiro.

—Entonces… —retoma donde lo dejamos hace unos minutos—. ¿Qué le digo? Es decir… le digo: «Oye, sé lo que has hecho, reconócelo y todo será más fácil».

Hace movimientos con las manos, dramática. Me da tanta ternura que casi me río, pero consigo solo curvar mis labios. Cuando vuelvo a ponerme serio, hablo.

—Alex, lo que tu sientas —le respondo poniéndole una mano en su corazón.

Ella se queda callada, mirándome, pensativa.

100

Alex

Mi corazón bombea como si de un tambor se tratase. Ethan está acabando de hablar con Erika, volvemos a tenerla al teléfono. Mis tíos se están encargando de papeleo sobre mi madre y no están. Yo voy de un lado a otro de la habitación.

—Vale, déjame un minuto, te pongo en espera. —Oigo que le dice, aunque el zumbido de mis oídos no es colaborador a entender una sola palabra, a no ser que me concentre.

Ethan se acerca a mí con la grabadora, mientras yo cojo aire de forma entrecortada al verlo llegar.

—Te pondré esto detrás, en el bolsillo trasero. Disimulará el hecho de que la manipulas haciendo que pones una mano en tu cadera —empieza a decirme.

Por su voz, noto que él también está nervioso. Joder, se le da bien controlarse.

Asiento y él me rodea, poniéndose a mis espaldas. Coloca la grabadora en el bolsillo derecho y coge mi mano para comprobar que sé dónde están los botones. Después de estar seguros, vuelve a rodearme para estar de nuevo frente a mí.

Yo ya estoy temblando, aun así, intento que en mi mirada haya seguridad y decisión. Ethan parece darse cuenta de mi lucha interna.

—Alex… —Me agarro a sus brazos, solo para anclarme otra vez a la Tierra.

—Solo dame un segundo —susurro cerrando los ojos y bajando la cabeza.

Él me da mi espacio y, así, callados, me tomo un momento para respirar hondo de nuevo y regresar al presente, dejando que los pensamientos intrusivos se queden lejos. Los necesito lejos, al menos, por ahora.

Unos minutos más tarde, asiento.

—Hagamos esto —manifiesto, regalándole una sonrisa cómplice.

Él me sonríe de igual manera, ofreciéndome un beso en los labios. Pongo mis manos en su nuca, aceptándolo, y bebo de ese beso como si fuera el último que pudiera darle. Él parece pensar lo mismo, porque pone sus manos en mi cintura, acercándome más a su cuerpo, abrazándome. Separamos nuestros labios y le estrecho con tanta fuerza como él.

—Saldremos —pronuncia nuestro mantra como si fuera una plegaria.

—Saldremos. —Le doy como respuesta a ella.

La llamada que hice a mi padre para poder vernos fue tan larga como me imaginaba. Diez segundos si contaba. Pero ha aceptado.

Ahora sí que esto está haciéndose real.

Le haremos confesar, le haremos decir la puta verdad, aunque pueda costarme la vida. Por algo le dije a Ethan aquello antes. Porque sé lo que este hombre es capaz de hacer, no solo por lo que ya ha hecho y demostrado antes, sino por su mirada cuando se enfada, esa mirada de ojos oscuros que te hacen temblar, que te hacen tener incomodidad, miedo, temor.

Pero me he hartado. Ya no pienso recular, no pienso dejar que el miedo me domine.

Voy a enfrentarme a él.

Estamos en el tejado, ladeo la cabeza hacia donde está Ethan a unos metros de mí, escondido tras una gran estructura rectangular que parece una carcasa bastante grande, que supongo es un tanque de agua. Me sonríe para infundirme ánimo mientras prepara su móvil para grabar vídeo. Trago saliva y respiro profundo.

Como estoy sola, aprovecho la oportunidad para coger la grabadora de mi bolsillo trasero y darle al *play*, volviendo a guardarla en el mismo sitio. Hago pulgar arriba a Ethan, que hace lo mismo mostrándome su teléfono y dejándolo detrás de unas tuberías, asegurándose de que no tape la cámara.

Solo pienso en que mi madre subió aquí, que fue el último sitio donde estuvo con vida; de repente, la siento conmigo, a mis espaldas, como un escalofrío, una brisa ligera y cierro los ojos para disfrutar de ese momento que deseo que no acabe nunca.

El sonido de una puerta acaba con esa paz. Veo que Ethan se esconde mejor y desaparece de mi campo de visión, tapado por lo antes mencionado. Me centro en el hombre que veo entrar.

—¿Alex? —Su voz me produce repulsión, pero disimulo como puedo.

Acaba por verme y parece que sus hombros se relajan. «Por ahora».

—¿Qué haces ahí? —me dice con tono de advertencia, como si realmente se preocupara algo—. Apártate de ahí, ¿quieres?

Giro la cabeza hacia atrás y vuelvo al frente, entendiendo a qué se refiere.

Su hipocresía casi me hace reír.

—No tengo intención de tirarme, si es a lo que te refieres —suelto sin pensar.

«Contrólate».

Él me mira con cautela y pone las manos en los bolsillos delanteros, como para parecer más despreocupado.

—Yo no he dicho eso. —Me acerco un poco más a donde está él, temiendo que si llega donde estoy yo pueda ver a Ethan.

Si descubre esto… «No es momento de pensar eso».

Ahora que estoy algo más cerca, huele a tabaco, incluso a puro, lo que me hace fruncir un poco la nariz, porque me pica.

—Me has llamado, ¿estás bien? Sé que estás pasado un momento horrible, Alex.

—Ayer me llamaron para hablarme sobre la autopsia. —Al grano.

Sé que no soy yo, pero necesito que esto acabe y volver a casa para desmayarme, como mínimo.

Él arquea una ceja, sin comprender. Pero sigue tranquilo, impasible.

—¿Ya la tienen, quieres decir? —Quiere informarse.

Sigue con ese tono de despreocupación y está a punto de sacarme de mis casillas. Si quiere jugar a ese juego, jugaremos.

—No, no es eso, no —contesto igual de despreocupada que él.

Eso parece desconcertarle un poco y hace que la máscara que tiene en el rostro tenga una pequeña grieta, mostrando unas pequeñas arrugas en el entrecejo por un segundo.

—Me llamaron para pedirme que fuera personalmente a hablar con la forense que se la hizo.

Bien. Cada vez parece algo más nervioso y la despreocupación pasa a una fina línea en los labios.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

«No es que no lo entiendas, es que parece que no sabes dónde meterte».

—Fui cuanto antes mejor, y bueno, me dijeron algo bastante interesante.

Si antes tenía ganas de acabar cuanto antes, ahora, de repente, quiero hacer que esto sea lento para hacerle sudar, para que lo pase mal.

Como él hizo con nosotras.

Se queda a la expectativa, así que continúo hablando. Empieza a tener esa mirada que entonces me habría asustado: «cuidado».

—¿Qué te dijeron? —Su tono es incluso de impaciencia, junto con querer seguirme el juego.

—Le sorprendió que tuviera un hematoma en un sitio donde no debería estar en una precipitación suicida —le informo sin rodeos.

Aunque intento seguir pareciendo despreocupada, mis manos empiezan a temblar, así que las pongo en los bolsillos delanteros; no es el único que disimula aquí.

—¿Qué me estás diciendo con eso? —Parece que la paciencia se le ha acabado, por el tono que ha usado y por sus brazos que ahora están a ambos lados de la cadera.

—Yo no quiero decir nada. Solo te estoy informando. —Si no me fallan mis sentidos, diría que está incluso a la defensiva—. ¿Por qué?

Le presiono, sacando mis manos de los bolsillos.

—Porque no entiendo para qué me has llamado realmente.

—Ese hematoma del que te hablo lo tiene en las costillas, me ha enseñado una foto. —Hago caso omiso de lo que me dice; parece palidecer un poco—. No entendía nada, porque me enseñó una que no recordaba hasta ayer, uno de hace nueve años: mi hematoma en el brazo izquierdo.

Aprieto los dientes y, de repente, la rabia sustituye al nerviosismo y al miedo, ardiendo en cada poro de mi piel.

—Y, casualmente, es el mismo tipo de hematoma que le encontraron, pero en las costillas.

Me centro en su cara por lo que acabo de insinuar.

Ya lo había dicho. Aprieto con fuerza mis puños hasta que se vuelven blancos por la presión, esperando su reacción, tensa. Aun con lo que le había dicho, solo parecía estar nervioso, como si creyera que es una tontería y que me convencerá rápido para dejarlo estar. Pero su reacción me toma por sorpresa.

—Cuidado con lo que dices —reprende, impasible de nuevo—. Cualquiera diría que me estás acusando.

Hace escapar una risita sorprendida y yo frunzo el ceño. No sé por qué, pero el bello de todo el puto cuerpo se me ha erizado. Hasta su mirada ha cambiado.

—Y no está bien acusar a la gente porque te dé la gana. —Sus manos salen de los bolsillos y pasan a sus caderas.

—Dímelo tú —le refuto, aparentando seguridad.

—Yo no tengo que decirte nada, Alex. La marca de una mano no demuestra nada. —Mi mundo se paraliza. ¿He dicho que la marca era de una mano?

Repaso mentalmente muestra conversación hasta ahora. No lo había dicho. Estoy segura de que en ningún momento he dicho «mano». O que la marca era de una mano. Mi respiración se vuelve casi entrecortada: «Dios mío, acaba de delatarse». Quiero mirar donde está Ethan, pero sé que como lo haga, sospechará y lo descubrirá. Tampoco me hace falta hacerlo.

«Confío plenamente en él. Ciegamente».

Doy unos pasos atrás, preparándome para lo que voy a decir.

—En ningún momento he dicho que el hematoma sea la marca de una mano. —Mi voz es casi un susurro ahogado—. Solo dije «hematoma».

Se tensa en el sitio y sus labios vuelven a ser una fina línea.

El silencio se vuelve insoportable, siento que en mi pecho hay una roca enorme que me aplasta las costillas e impide que respire con normalidad. No le quito los ojos de los suyos, que se han oscurecido de repente.

—Tal vez lo haya imaginado. —Esa seguridad que tiene ahora solo es una sombra que se va desvaneciendo.

Se pasa una mano por la cara, está nervioso y eso solo hace que parezca el doble de culpable de lo que es. La rabia vuelve a ponerse por delante del miedo y la inseguridad. Me está tomando por tonta e intenta engañarme, el muy cabrón.

—No —gruño en voz baja, ya que la respiración aún no me deja casi hacerlo—. No te lo has imaginado, ni tu ni yo. ¿Cómo coño puedes saber eso si no lo has visto ni te lo han dicho? ¿Cómo…?

—No juegues con fuego, te lo advierto.

Quiere que me calle, pero ni de coña.

—¿Que no juegue con fuego, dices? —le exploto a la cara, con la rabia saliendo por los poros de mi interior—. ¿A qué coño viene eso? ¿Me estás amenazando?

Es que es de locos. Cualquiera que estuviera viendo esto no se lo creería.

—Las fotos están de camino a un juez para que se inicie la investigación. ¡Y encima tú mismo acabas de decir algo que en teoría no tenías ni puta idea! ¡El que no tendría que jugar aquí eres tú!

Él da un paso a delante y yo hago otro hacia atrás, con un jadeo. De repente, parece más intimidante, más peligroso.

—Tú misma, ¿crees de verdad que te creerán? ¿Que porque haya dicho «mano», ya me estás delatando? —dice con sorna, negando con la cabeza, burlándose de mí.

Frunzo el ceño, abriendo mucho los ojos cuando se agacha un poco y me hace echar la cabeza para atrás, para evitar en contacto con él, ahora demasiado cerca y peligroso.

—Es tu palabra contra la mía, Alex. —Mi corazón empieza a latir desenfrenado

Me doy cuenta de reojo cómo Ethan tiene intención de salir y lo veo como una señal del cielo.

—No. —Niego con la cabeza, apartándome unos pasos de él. Meto mi mano en el bolsillo trasero y saco la grabadora, sin darle al STOP todavía—. Es TÚ palabra contra la tuya.

Su rostro se transforma de calma y superioridad a una mueca de horror y sorpresa.

Ethan entra en su campo de visión, poniéndose a mi lado; su cara es un puto cuadro. Está claro que no se esperaba para nada esto.

Bueno, bien dicen que donde las dan, las toman.

—No sabes cuánto me voy a divertir enseñando este vídeo a la policía —dice negando con la cabeza; le sale una risa ahogada de la garganta.

Nos mira primero a uno, después a otro y otra vez, hasta que se centra en una persona en concreto; en mí. En ese momento, noto cómo Ethan pone algo en mi bolsillo de atrás, donde tenía la grabadora, pero no reacciono, porque mi mirada está clavada en la de mi padre, creo que es su teléfono. ¿Qué…?

—¡Dame eso! —acorta la distancia que hay entre él y yo con las manos por delante, queriendo coger mi grabadora, pero no le da tiempo ni a tocarme, porque Ethan se interpone entre nosotros, haciéndome caer a un lado.

Ahogo un grito por el dolor que me ha causado la caída en la cadera y el hombro izquierdo, pero rápido me repongo y me dispongo a levantarme. Cuando consigo al menos darme la vuelta y poner las rodillas en el suelo para alzarme, también consigo alzar la mirada hacía ellos, que ahora están forcejeando.

«No, no, no».

Me pongo en pie como puedo a toda prisa, con lágrimas en los ojos.

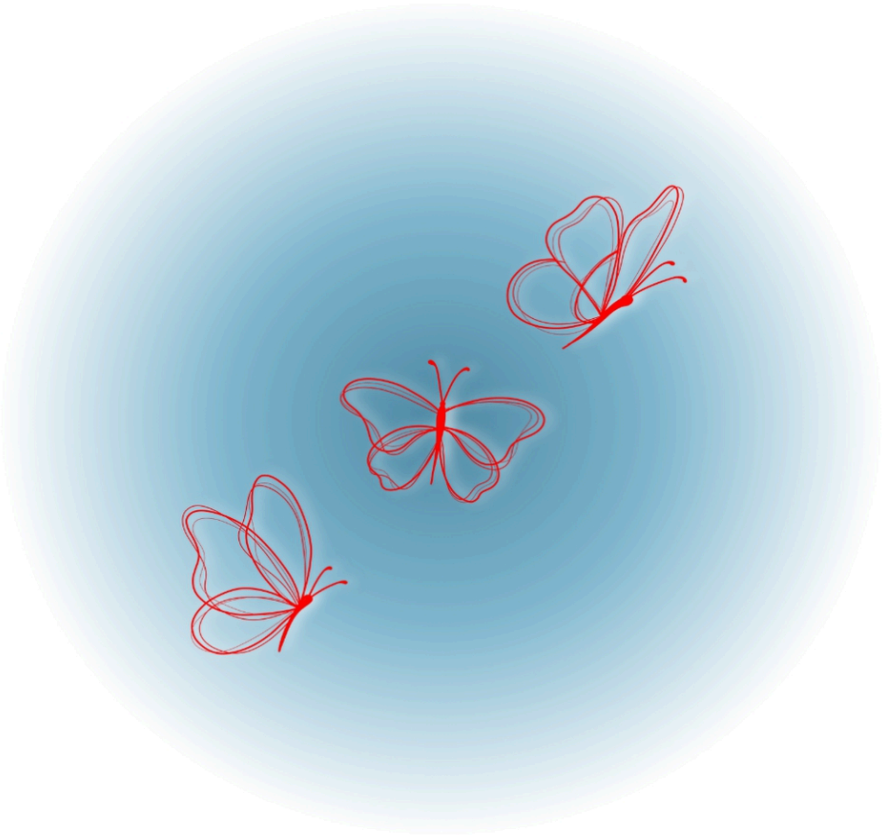
—¡PARA! —consigo formular con esfuerzo,

Pero es en vano. Continúan siendo una maraña de brazos y manos enlazadas, Ethan intentando que no se acerque a mí, mi padre intentando zafarse de él, sin éxito.

Sin éxito, hasta que, en última instancia, parece que Ethan se tropieza con algo y eso hace que pierda estabilidad, haciendo que el tipo pueda por fin zafarse de un empujón.

Yo ahogo un grito, viendo cómo Ethan aterriza en el suelo y acaba revolcando peligrosamente cerca del borde del precipicio.

Cuando su cuerpo rueda una vez más, llega al borde y cae al vacío.



101
Ethan

Siempre he pensado que morir por alguien que quieres es una de las cosas que no me importaría hacer. Si voy a morir defendiendo a Alex, será una muerte dulce, estoy seguro. La aceptaré de buena gana: al menos, ella vivirá.

Oigo a Alex chillar. Grita mi nombre. Exclama en un grito desgarrador que en mi vida he oído. Parece que en su garganta solo haya cristales deformando su dulce voz.

Ruedo una vez y, a la siguiente, estoy cayendo al vacío por lo que me parece una eternidad. Por la gracia de alguien, mi mano llega a cogerse por instinto a lo que parece una tubería.

Ahogo un grito de dolor cuando mi cuerpo choca contra la pared del edificio, pero guardo ese dolor en una caja y alzo la cabeza hacia arriba para agarrarme también con la otra mano. Oigo sirenas. Erika ha llamado justo cuando tenía que llamar. «Gracias».

Jadeo ante el esfuerzo que estoy haciendo por mantenerme en el sitio; las manos me empiezan a sudar y frunzo la boca en un intento por hacer más fuerza, sacando aire por la nariz.

Algo a mi derecha llama mi atención, abro los ojos, desorbitados: «¿qué?».

Raquel está a mi lado y me sonríe. Frunzo el ceño cuando ella mira hacia arriba, yo hago lo mismo. Súbitamente, no tengo que hacer tanta fuerza, pues tiene sus manos posadas encima de las mías, como si me quisiera ayudar a sostenerme. Y eso hace. Vuelvo a mirar a mi derecha, pero ya no está. Con todo, sigo notado su presencia conmigo, sintiéndola a mi lado. Dándome fuerza, aunque no la tenga.

Vuelvo mi atención al filo, porque escucho a Alex chillar mi nombre otra vez y veo que se asoma. No sabría explicar su cara al verme ahí agarrado, intentando no caer.

Solloza y hace entre una sonrisa y una mueca de dolor.

—¡Ethan! —Extiende una mano hacia mí.

No dudo en extender la mano hacia ella y se la cojo con fuerza, deseando que no caiga conmigo.

Ella tira hacia arriba con una mueca de esfuerzo que hace que las venas del cuello se le hinchen y se ponga roja, pero no cede. Noto que las manos me sudan, pero yo también hago lo imposible para no caer. Solo pasan unos segundos que parecen una eternidad y alguien aparece a su lado, pero ella no se aparta. El hombre se estira y me coge la mano que todavía tengo en la tubería, tirando de mí con Alex.

—¡Agárrate, chaval! —Pienso hacerlo, como una garrapata.

Entre los dos me alzan y consigo poner un pie en la tubería donde antes estaban mis manos, impulsándome hacia arriba.

Llego a la superficie y ruedo en tierra firme de nuevo. Me pongo de rodillas, intentando asimilar lo cerca que he estado de la muerte, pero no me da tiempo a relajarme porque unos brazos me rodean, estrechándome con fuerza sobrehumana.

«Alex».

—¡Dios mío, Ethan! —solloza en mis brazos, hipando.

Le abrazo con la misma fuerza si cabe, dándole el contacto físico que necesita. Tiembla como una hoja, su cuerpo se sacude y entierra su cara en mi cuello.

—Estoy bien, estoy aquí —consigo articular, con voz entrecortada. Noto que una lágrima se desliza por mi mejilla, incontrolable—. No voy a dejarte.

Ella llora aún más, por lo que nos permito un instante de respiro, inhalando su aroma a menta. Pero rápido acaba nuestro momento, porque el oficial nos habla.

—Tenemos que bajar, chicos, ¿podréis levantaros? —Me pone una mano en el hombro, haciendo que nos separemos un poco.

Yo asiento, agarrando a Alex de los brazos e incorporándonos. Nos miramos por primera vez desde que la aparté de mí: su cara está empapada por las lágrimas y aún llora, intentando calmarse. La rodeo de nuevo con mis brazos y ella se refugia en mi pecho, con las manos en la cara. Nos hago caminar, porque el policía nos insta a ello y nos guía el camino, aunque ya lo conozcamos.

Dos horas más tarde, estamos en comisaría, yo esperando en la sala, Alex en la de interrogatorios. Yo ya había declarado; querían asegurarse de que lo que decíamos coincidía, así pues, nos hicieron entrar por separado. La estancia en la que estaba olía a papel y tinta, a la vez que a tensión y estrés. No teníamos motivos para mentir, pero eso ellos no lo sabían, claro estaba. Por otro lado, estaba esperando a que unos padres furiosos entraran por esa puerta principal de comisaría que miraba de reojo cada diez segundos, para que no me sobresaltase cuando llegaran y me echaran la bronca del siglo.

«Pero ha merecido la pena, ¿no?». Intento convencerme a mí mismo.

La respuesta obvia: sí. Obviamente se lo explicaría todo, sin dejar detalle. Ya tenían suficiente con lo que les he hecho preocuparse, aceptaría cualquier castigo que me pusieran; por mucho que mereciera la pena, un poquito creo que me lo merecía…

Noemí y Carlos ya estaban aquí; ya lo estaban cuando salí de la sala. No sé qué es lo que habrán hablado, pero supongo que le dieron la charla. Cuando Alex entró, no esperaba menos del interrogatorio por parte de ellos, no sin antes preguntarme si estaba bien. Les conté todo lo que pasó y, por supuesto, no omití nada. Después de una media hora de intercambiar opiniones, palabras y suspiros que significaban alivio, pero nervios a flor de piel, Alex salió de la sala, a la vez que mis padres entraron por la puerta. Al principio, los miré como un partido de tenis, sin saber qué hacer,

hasta que Alex me miró y nos entendimos sin necesidad de palabras. Voy hacia mis padres y ella con sus tíos.

Estamos en casa de Alex, los seis sentados en la mesa, todos con miradas críticas. Nos toca agachar las orejas y aceptar lo que se nos viene.

—Os dais cuenta de todo lo que ha podido pasar, ¿verdad? —dice mi madre, minutos después de un silencio sepulcral e incómodo —. Ethan, ¡podrías haber muerto! Dios mío, es que cada vez que lo pienso… ¿Para qué estamos nosotros? ¿Creías que os negaríamos la ayuda?

Suspira exasperada, pasándose una mano por sus cabellos oscuros rizados.

—Lo que tu madre quiere decir, Ethan, es que entendemos por qué habéis hecho lo que habéis hecho, de verdad, pero tendríais que haber dejado esto a los adultos. —La justifica mi padre, aunque por mi parte no hacía falta, tiene razón—. Por mucho que tengáis casi dieciocho años.

—Lo siento. —Es lo único que hace de mi garganta. Alex habla después.

—Yo también. Deberíamos haber contado todo desde el principio.

Asiento, de acuerdo con ella.

—Creo que, cuando pasó lo que pasó en el IML, solo queríamos que no saliera impune, nos pudo el impulso —intento justificar.

Sé que no es excusa, pero bien merecen una explicación.

—La idea fue mía, así que, si a alguien hay que echarle un rapapolvo, es a mí, ella no tuvo nada que ver —añado, con tono seguro, poniéndole una mano en el muslo a Alex por debajo de la mesa. Ella no se merece ni mucho menos un castigo, cuando yo fui quien la llevó a hacer todo eso.

—No es cuestión de quién tenga la culpa, sino de que entendáis las consecuencias —dice Noemí, que habla por primera

vez—. Y que entendáis, sobre todo tú, Ethan, que los padres estamos para ayudar a nuestros hijos en todo lo que podamos. Siempre. Sea la situación que sea. Y que hay que confiar en ellos, si no te dan motivos para no hacerlo.

Solo puedo quedarme callado, Alex tampoco abre la boca. Simplemente tienen razón y no podemos contradecirles. Tampoco voy a nombrar el hecho de que no me arrepiento de nada, aunque sea verdad.

Después de esas palabras, los adultos deciden que es hora de irse a casa, así que, ya más relajado, me meto en la ducha. Mis padres casi no me dirigen la palabra, no les culpo; toca tener paciencia como ellos la han tenido con nosotros, conmigo. Salgo de la ducha y voy a la cocina, donde está mi madre haciendo la cena. Me quedo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirándola.

Parece darse cuenta de mi presencia; se gira después de dar unos golpecitos con la paleta de madera y me mira. También se cruza de brazos.

—Lo siento —digo de nuevo. Espero su respuesta, pero no llega—. Debí confiar en vosotros y pediros ayuda. Por vuestra parte, siempre lo habéis hecho, yo la he pifiado; entiendo que ya no confiéis en mí. Ganaré de nuevo vuestra confianza y, sea lo que sea que hayáis decidido como castigo, me lo merezco y lo aceptaré.

Siempre he sido sincero y hoy no iba a ser menos. Las cosas son como son, eso no se puede remediar.

Mi madre descruza los brazos y suspira, negando con la cabeza. Voy a dar un paso hacia atrás para dejarle el espacio que necesita, pero ella acorta la distancia que hay entre nosotros y me abraza con fuerza. Se me inundan los ojos de lágrimas, porque solo ha habido una vez que me haya abrazado así en mis casi dieciocho años. Sentir de nuevo ese agarre, ese abrazo materno protector que me dio hace tanto tiempo, fue como si todas mis defensas llegaran a cero.

Me permito llorar como aquella vez.

—Confío en ti, Ethan, siempre —me susurra llorando, emocionada—. Esto no ha hecho que no lo haga, pero prométeme que, si algo pasa, si crees que necesitas ayuda, me lo dirás.

Asiento enérgicamente, aún abrazado a ella.

—No sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo…

La entendía… La abrazo más fuerte, pues sé que eso es lo único que puedo hacer.

102

Alex

—Espero que entiendas por qué te estamos diciendo todo esto —me dice mi tía.

Tiene los brazos en jarras y está junto a mi tío, parados en medio del comedor. Estoy sentada en el sofá, sin decir nada, simplemente escuchando todo lo que se me viene encima.

—Lo entiendo, Noe, de verdad —digo finalmente.

Se sienta a mi lado y me pasa la mano por los hombros, suspirando.

—Estamos aquí para ti, cariño, pase lo que pase.

Lo dice de verdad. Han hecho demasiado viniendo aquí para cuidarme, porque me quieren.

—Sé que lo de mamá parece que no vayas a superarlo nunca, te voy a decir una cosa: Lo siento, pero es así.

La miro con lágrimas en los ojos y veo la misma mirada en la suya.

—Pero créeme cuando te digo que, aunque no lo hagas, aprenderás a vivir con ello día a día, paso a paso. Aprenderemos las dos, ¿vale?

La abrazo con todas mis fuerzas, porque, a pesar de todo, yo había perdido una madre, pero ella había perdido a una hermana. Nos permitimos llorar una en brazos de la otra, sin vergüenza ni remordimientos.

—Siento que tengas que pasar por esto también —digo entre pequeños sollozos, que se unificaban con los de ella—, también era tu hermana.

Nos separamos; ella seca mis lágrimas con los pulgares y yo pongo mis manos en las suyas.

—Por eso nos cuidaremos entre nosotras. Puede que no sea tu madre ni tu mi hermana, pero, eres mi sobrina y te quiero con todo lo que eso significa.

Alarga una mano hacia mi tío Carlos, que la agarra y se sienta a mi otro lado, haciendo que quedara rodeada de las dos únicas personas que me quedaban de mi lado materno.

—Y juntos, los tres, haremos que todo sea más tolerable, ¿vale?

Me doy la vuelta en el sofá y los abrazo a los dos. Los tres acabamos en un revoltijo de manos y abrazos, incluso entre risitas. Se separan un poco y mi tía me mira con falso disgusto.

—Pero estás castigada.

Yo me río y vuelvo a abrazarla. Ella acaba por sonreír también.

Lo dice en serio. Tengo una semana por delante sin poder salir, pero, a decir verdad, no me parece tan mal castigo después de todo. Paso la semana en casa y, aunque echo mucho de menos a Ethan y a sus padres, estar con mis tíos a solas toda esa semana me viene… ¿Cómo diría Ethan? «De perita». Hablo cada día con él y con Erika, incluso los primeros días hacemos alguna videollamada. Solo salgo si mis tíos lo hacen.

También nos enteramos de que mi padre no saldría de la cárcel, ya que las pruebas que Ethan y yo presentamos eran bastante convincentes y el juez tenía que recibir las pruebas del laboratorio de Toxicología que nos dijo Marina. El peor día fue el cuarto.

¿O fue el quinto? No me acuerdo.

Nos llaman de la IML, para informar de que todo lo necesario ya está hecho, todo lo que necesitan enviar ya lo tienen pendiente de resultados. El juez había dado luz verde para recoger el cuerpo de mamá.

Un día después, el velatorio se celebraría junto con el entierro. Doy gracias, porque creo que no soportaría un día más con esto. En ese momento, se acaba mi «castigo». Les pido a Noe y Carlos si puedo ir a ver a Ethan en cuanto salimos de decidir todo lo que habrá en el funeral y aceptan sin problemas ni preguntas. Saben que necesito espacio y me lo ofrecen, algo que aprecio mucho.

Me quieren dejar directamente en su casa, pero me niego; prefiero ir caminando con la brisa de la tarde para despejarme, por poco que fuera. Todo lo de hoy me ha hecho volver esos cinco días atrás a ese día en el que no solo ya había perdido a mi madre, sino que también podría haber perdido a Ethan. El solo hecho de pensarlo me da náuseas; me viene a la cabeza la imagen de él rodando por el suelo y cayendo al vacío. Y así queda mi corazón, vacío como una cáscara en la que solo hay un líquido haciéndolo funcionar a él y a mi cuerpo, pero sin ningún tipo de objetivo ni meta a la que quiera llegar.

Llego a casa de Ethan diez minutos más tarde y toco a la puerta. A los segundos, me abre su madre, que me da un abrazo cariñoso, suave, incluso protector, con el que no puedo evitar cerrar los ojos y curvar mis labios en una pequeña sonrisa. Me informa que Andrés no está y me hace pasar. Segundos después, tengo a Ethan encima.

—Mañana es el entierro… —resume Ethan por mí, ya solos.

Mira al frente mientras nuestras manos juegan a entrelazarse. Estamos en su casa, sentados uno al lado del otro, juntando nuestras piernas para estar más cerca.

—En pocas palabras, lo has resumido de puta madre. No quiero —digo con los labios muy juntos, casi en un puchero—, no quiero ver a gente, solo quiero estar en casa con mis tíos o con vosotros.

Ethan me deja hablar mientras, con las manos ahora entrelazadas, hace círculos en el dorso de mi mano con el pulgar, lo cual hace que la energía de mi cuerpo cambie poco a poco y me relaje.

—¿Cómo se supone que debo hacer esto? ¿Cómo se supone que debo estar ahí? ¿Qué se supone que debo hacer cuando la gente venga y me dé el pésame, Ethan? No sé si podré soportarlo, no sé si podré estar ahí horas con todo eso encima.

Miro nuestras manos, con lágrimas que amenazan con escaparse, pero parpadeo para controlarlas, sin dejar de mirar cómo sigue haciendo círculos, de forma parsimoniosa.

—Bueno, es obvio que no va a ser fácil, Alex —habla bajito. Yo le miro, para prestarle más atención y él me devuelve la mirada—. Pero no vas a estar sola, tenlo presente. Están tus tíos, más familia que seguro que van a verte, mis padres, Erika, yo. Y si… en algún momento quieres escaparte, aunque sean diez minutos… solo tienes que hacerme una señal.

Le dedico una pequeña sonrisa y me recuesto sobre él, tragando saliva.

En ese momento, me doy cuenta de cuánto necesitaba este momento, este ratito, este cambio de energía. Llevábamos cinco días sin vernos físicamente y, aunque las videollamadas ayudaban, siempre necesitaré ese pequeño contacto con él que hace que todo vuelva a la realidad y se haga más ameno. Sé que en un tiempo no será necesario para que yo misma recupere esa cordura emocional cada vez que lo necesite, pero voy a tomarme mi tiempo. Por supuesto, la terapia es para eso, tengo que hablar todavía con Noelia, porque aún no le comentado nada y mañana, de hecho, tengo hora con ella, pero me va a ser imposible ir.

Por otra parte, está el hecho de que, por unos minutos de mi vida, creí haber perdido a Ethan también. Por ello, verlo aquí, a mi lado, rozando mis dedos con los suyos, me parece surrealista todavía. Nunca hablamos de ello, la verdad es que no es porque no quiera, sino porque no le había visto en persona desde entonces. No se ha dado la oportunidad.

—¿En qué piensas, chiquitilla? —Hago un pequeño suspiro.

—Te vi caer —respondo simplemente.

No encuentro otras palabras para suavizarlo. Se mueve un poco y yo vuelvo la cabeza para dejarle el espacio para ello, mirando al frente.

—Me viste caer —repite como si esperara que lo dijera—. ¿Quieres que lo hablemos?

Me rasco el puente de la nariz para disimular las lágrimas.

—Es que, por un segundo, creí que te había perdido. —No puedo decir nada más sin que se me quiebre la voz—. Que mi otro pilar se había ido también.

Ethan alza mi rostro para que le mire; una lágrima rueda sin piedad por mi mejilla, haciéndome sentir algo avergonzada por la culpa.

—Hice lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría: protegerte.

—Casi mueres por mi culpa.

Me aparto, sentándome en el borde de la cama, incapaz de mirarle. Le escucho moverse y cierro los ojos, porque sé lo que va a hacer.

Como me imaginaba, se acuclilla frente a mí para quedar a la misma altura, como siempre que quiere que de verdad le preste atención.

—Alex. —Su tono es de advertencia, pero me resisto a mirarle a los ojos todavía. No quiero llorar más—. Mírame, chiquitilla.

Algo en su manera de rozarme la mejilla me hace abrir los ojos por fin y clavarlos en los suyos, que tienen una intensidad dorada que hace que brillen por sí solos. Al abrirlos, cae una lágrima por cada lado de mi cara, que él limpia con sus pulgares.

—Volvería a hacerlo. Y no sería tu culpa, nunca lo sería. Tú hubieras hecho lo mismo.

Parece tomar aire para poder continuar, con la voz cargada de emoción.

—Yo te metí en aquello y yo iba a sacarte; no iba a permitir que nada te pasara, que te tocara siquiera. Si me hubiera pasado

algo, me hubiera ido tranquilo sabiendo que tú estabas a salvo. Y seguiría sin ser culpa tuya, ¿lo entiendes?

Pongo mis manos en las suyas, aún a ambos lados de la cara, mientras mis lágrimas siguen saliendo sin control. Le beso aprovechando que está a mi altura.

Un beso que sabe a canela con un toque salado por la culpa, que se va disipando con cada roce de su lengua con la mía. Sus manos van hacia mi nuca y se enredan en mi pelo suelto, erizando el bello de mi cuerpo. Rodeo su espalda con mis brazos, abrazándole y acariciando parte de ella, haciendo que se le tense cada músculo. Cuando su boca baja por mi cuello con besos húmedos, me rindo ante él.

Él se rinde ante mí.

Los dos días siguientes son una mierda. El día del entierro respondo con monosílabos o dando las gracias por el pésame. Al principio, no quiero ni entrar dentro del tanatorio, pero tengo que hacerlo, por ella. Era mi última oportunidad de despedirme de ella, por muy dolorosas que fueran las cosas y lo injusto que fuera.

—Alex, no sabes cuánto lo siento, cariño… —me está diciendo una mujer de mediana edad, rubia, toda trajeada de negro y con mirada y expresión compasiva.

Era de su trabajo, ¿verdad? Me suena haberla visto con ella algún día.

—Gracias. —No sé cuántas veces he dicho esa palabra.

Estoy agotada, emocional y físicamente. Ethan me deja espacio para respirar a veces, pero no se aleja mucho. Está sentado en las butacas, un poco más allá, con Erika. Van los dos del color más oscuro que su armario adolescente (como el mío) les permite. Me mira de reojo; solo eso me basta para que, inconscientemente, le haga un gesto con la cabeza hacia fuera. Él parece disculparse a Erika, que me mira también, dedicándome una sonrisa cómplice, la cual le devuelvo, sincera. Me envía un beso con la mano y me hace sonreír un poco más, recordando lo que me dijo Ethan ayer: «No vas

a estar sola». Mientras Ethan viene hacia mí, le acaricio el brazo a mi tía, que tiene lágrimas en la cara.

—Voy un momento fuera, necesito aire. ¿Se lo dices al tío?

Ella se separa de mí y me sonríe, asintiendo.

—Claro, sal un ratito, te irá bien.

Mira a mi lado y sonríe a Ethan, que llega a hasta mí. Le miro de reojo y veo que sonríe también. Una vez fuera, respiro hondo apoyada en una de las barandillas de la entrada mientras me abraza por detrás.

—Necesitaba aire… —digo como si mis pulmones acabaran de salir del agua, deseando tomar esa bocanada de oxígeno que te llena de vida de nuevo.

—Nos quedamos aquí fuera el rato que haga falta, amor.

Pasamos un rato callados, yo apoyo mi cabeza en su hombro. No me doy cuenta de que me mece de forma lenta, como si fuera un baile, hasta que pasan unos minutos. Sonrío, mirando al horizonte, donde se ven las montañas. Pienso que es un buen lugar para...

—Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón. Siempre.

Es una despedida en voz alta. Para que me oiga y sepa que, aunque no esté, yo seguiré recordándole.

Ethan me estrecha con más fuerza y yo cierro los ojos, tomando esa fuerza que me presta. Me giro y lo abrazo, volviendo a llorar. Un rato después y con más calma, decidimos volver a entrar, seguir la rutina, seguir dando las gracias, seguir contestando. A decir verdad, cuando entro ahí dentro, mi cuerpo está presente, pero yo no.

Apenas recuerdo lo que ocurrió en el funeral; cosas fugaces, pero todo muy generalizado. No sé si esto les pasará a más personas, pero yo lo viví así.

Al día siguiente, no fue peor, pero se me parte un poco el corazón cuando debo decirle a Ethan que me voy. Sí, me voy.

A Madrid, con mis tíos. Tengo conciencia de que viven allí con sus hijos, mis primos, que estaban aquí por el funeral. Nos vamos

todos juntos en unos días. Empezaré una nueva vida allí, con ellos. Es una sensación agridulce que no se me va del cuerpo. Quiero irme, allí está mi universidad y conoceré a nueva gente, nuevos sitios. Ethan está aquí, pero sé que él quiere lo mejor para mí.

Empezaría de cero. Y eso era lo que necesito; los dos lo sabemos.

Nada va a cambiar entre nosotros, ambos podemos sobrevivir a una relación a distancia. Después de todo, como él decía, somos Ethan y Alex. Siempre. Y saldremos. Da igual que él siga viviendo en Barcelona y yo me vaya a Madrid. Eso no cambiará las cosas.

Despedirme de Erika fue muy difícil, ya que ha sido una persona muy importante en mi vida este año y que, a pesar de conocerla (como a Ethan) durante pocos meses, se ha ganado un buen sitio en mi corazón. Le debo tanto… le prometí ir a verla en cuanto pudiéramos escaparnos un fin de semana libre o por vacaciones de Navidad, lo que fuera. La verdad es que lloramos muchísimo, porque despedirse de una mejor amiga no es fácil. Sentí que un pedacito de mi corazón se quedó aquí, con ella, pero me gusta esa sensación, porque significa que siempre estaremos la una para la otra, pase lo que pase. La amo con locura.

El día antes de mi partida, le pido a Noe y a Carlos si puedo quedarme en casa de Ethan a pasar la noche con él y su familia, ya que es la última que podemos estar juntos; quiero despedirme de esa familia que me ha cuidado tanto estos meses. Son como mi segunda familia, mis segundos padres.

Podría decir que fue una noche horrible, pero, para ser sincera, no fue así. Nos la pasamos hablando, susurrando, acariciándonos, besándonos… Besos que sabían a despedida, algunos lentos, otros juguetones, otros con sabor a lágrimas. No dormimos nada, pero ya dormiría de camino, tendría tiempo hasta llegar a Madrid. Nosotros no tendríamos más tiempo hasta… prefiero no pensar en ello.

Cuando suena la alarma, estoy en su regazo, medio dormida. Sin muchas palabras me levanto, puesto que no quiero despertar a

Ethan de su pequeña siesta, cojo la ropa y voy al baño a vestirme. Mis tíos estarán aquí en media hora.

Son las 6 de la mañana, quieren llegar a Madrid al mediodía, así que decidimos irnos temprano para no pillar atascos en la carretera. Cuando vuelvo a la habitación, me siento en el borde de la cama del lado de Ethan, contemplando unos gloriosos segundos su pelo, sus ojos cerrados, su rostro dormido con la boca un poco entreabierta.

Me hace sonreír. Cuánto le quiero.

Pensar eso solo hace que agrave más el dolor que siento al irme, así que intento controlarlo. Me voy, pero él seguirá aquí. Yo seguiré aquí. Eso es lo que importa.

Por fin, paso mis dedos por su corto flequillo despeinado y ondulado para llamar su atención. Coge aire y pestañea, algo desorientado, mirándome con el ceño fruncido.

—Buenos días —le saludo sin dejar de pasar mi mano por su pelo—. No quería despertarte.

Me acerca a él y me agarra por la cintura, escondiendo su cabeza en mi regazo. Yo me agacho y le doy un beso en la cabeza, al borde de las lágrimas otra vez.

—¿Ya te has vestido? —pregunta en voz baja con parsimonia, sin levantar aún la cabeza, dejándose llevar por mis caricias.

—Sí, quería dejarte dormir un poco más.

Suspira y se levanta, quedando sentado en la cama. Se queda así unos segundos, luego me da un simple beso y sale de la cama. Yo le observo, embobada, viendo cómo se viste, sin querer moverme del sitio. Cuando acaba de vestirse, consigo darme fuerzas para levantarme gracias a que él me ofrece sus manos. Salimos de su cuarto con pasos silenciosos y nos dirigimos a la cocina a por el primer café del día.

Media hora más tarde, mis tíos me avisan por mensaje de que ya están fuera esperando, así que empiezo a despedirme. No sabía que sus padres me iban a despedir también esa mañana, pues ya

me había despedido la noche anterior, lo que me hizo querer volver a llorar de emoción cuando volví a abrazar a Esther.

—Cuídate mucho, ¿vale, boquerón?

Me río ante el apodo y asiento, aún abrazada a ella.

—Muchísimas gracias por todo, de verdad. —No hay otra cosa que quiera decirles antes de irme—. Sois como mi segunda familia, espero que lo sepas.

Nos separamos un poco y ella sonríe. Le devuelvo la sonrisa, porque es contagiosa, maternal… A ella se le escapa una lágrima.

—Tú también, cariño, ya lo sabes. Siempre serás bienvenida aquí cuando quieras tomarte un descanso de la gran ciudad.

Me río ante el comentario mientras ella me da un empujoncito en el hombro y me separo para abrazar a Andrés.

—Ven a vernos cuando quieras, hija. —Sus palabras se me graban en el alma.

No hay más que pueda decir.

No tengo maletas, así que solo llevo el bolso con el cargador y poco más. Cuando me giro para dirigirme al coche, Ethan está esperándome, despidiéndose de mis tíos; mi corazón se encoge. Voy hacia allí y mis tíos se dirigen a los padres de Ethan para decirles adiós también.

Mis pies se mueven por memoria muscular, porque llega un momento en que no sé cómo he llegado frente a él. Le miro a los ojos y los míos me empiezan a escocer.

«Por Dios, ¿cuántas veces voy a llorar?».

No consigo sostenerle la mirada y miro a sus pies, pero rápidamente se sustituyen por el calor de su cuerpo, rodeando el mío con fuerza. Hundo mi cara entre su cuello y hombro, intentando hacer lo que prometimos anoche. No hacer un drama.

«No va a ser un drama, qué va».

Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas. Nos quedamos así unos minutos, sin necesidad de palabras. Cuando nos

alejamos un poco el uno del otro, paso mis manos por sus mejillas, también empapadas y él hace lo mismo.

—Llámame cada día, ¿vale? —Sonrío asintiendo porque solo le quedaba por decirme eso, de todo lo que ya nos dijimos esa noche.

—Claro —le aseguro, entre lágrimas.

Sin poder evitarlo, junto mis labios con los suyos y rodeo su cintura, abrazándolo de nuevo. Él enreda su mano en mi pelo y la otra la deja en mi mejilla.

—Te quiero —dice sobre mis labios, en un susurro que solo yo puedo oír.

—Te quiero —respondo.

Era una promesa.

Nos separamos y volvemos a despedirnos entre todos. Cuando Noemí y Carlos entran en el coche, Ethan me abre la puerta y entro yo también. Me acomodo en el asiento, me pongo el cinturón y miro hacia la ventana, donde él está fuera, sonriéndome, como si supiera que lo mejor está por llegar.

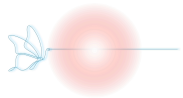
Sonrío también y abro la ventana, sacando la mano para que él la sujete. Hasta que arrancan y, cuando el coche empieza a moverse, nuestras manos se separan lentamente, solo para darnos cuenta de que la promesa de que estamos juntos en esto es real.

Ahora estaremos cada uno en un lugar. Mañana, ¿quién sabe?

Tenemos que vivir día a día como si fuera el último, prestar atención al presente, porque, a fin de cuentas, al no hacerlo, te lo pierdes todo.

Como mi madre solía decir:

«Hoy estamos, y mañana…».



Dos meses después

Epilogo

Dos meses despues

Alex

Alex

Mi teléfono suena y me levanto los pantalones rápidamente, saliendo del baño como un pingüino desorientado. Llego, recién atándome el botón y la cremallera, a donde se encuentra y veo una videollamada entrante de Ethan. Mi sonrisa es instantánea y le doy al botón de aceptar.

—¡Ey! —respondo desde mi lado de la pantalla con un movimiento de mano.

Al ver que he respondido, Ethan sonríe, con sus ojos brillando.

—No sabía que llamarías ahora, ¿cómo estás? —pregunto estirándome en la cama bocabajo con los codos apoyados en el colchón.

—Ey —me responde animado con una sonrisa pegada a la cámara—. No tenía intención porque sé que a estas horas sueles echar la siesta, pero mira.

Pues menos mal que estaba despierta. Me mira con el ceño fruncido y ahoga un grito.

—¡Te has cortado el pelo!

Sonrío tímida, lo que termina en una risa. De repente, quiero esconder mi cara, por la vergüenza.

—Sí, esta mañana —respondo con las mejillas encendidas—. Quería sorprenderte, pero no me ha dado tiempo.

—Estás muy guapa, ¡te lo has cortado una *pechá*!

Vuelvo a reír ante su gracioso acento malagueño que siempre me da tanta ternura.

—Por cierto, hoy no me he echado la siesta —le reprocho con humor—; no me la echo siempre, ¿sabes?

Suelta una carcajada antes de hablar.

—¿Cómo eres tan mentirosa? —pregunta negando con la cabeza, incrédulo.

Yo me sonrojo. Sí, es mentira. Siempre suelo echarme la siesta. Acabo por rendirme.

—Bueno, hoy no, ¿vale?

Ríe echando la cabeza hacia atrás y vuelve a negar con la cabeza.

—¿Cómo estás tú? —me pregunta aún con una sonrisa.

Es complicado. Solo han pasado dos meses desde que mi madre murió y mi padre ya no está en mi vida. Aunque estemos pendientes del juicio, aún no sabemos la fecha.

—Bueno. Ya sabes que llevo un par de semanas algo duras, y esta mañana me ha tocado terapia, así que estoy un poco sensible —me sincero, con una risa nerviosa.

Hablamos cada día, pero no voy a estar siempre diciendo lo mal que me siento por mi duelo. Claro que me desahogo y lo hablo… Pero es algo con lo que él no puede hacer otra cosa que escucharme. Si solo hablamos de mis problemas, ¿qué sentido tiene?

—Date tiempo, amor. El duelo no es siempre igual. Aunque ya lo sabes, nunca estarás de la manera exacta que quieres estar —me dice mientras camina, con la cara pegada a la cámara, pero mirando por dónde va.

—Sí, lo sé —respondo cambiando de posición en la cama, bocarriba, con un suspiro.

No sé qué más decir.

—Bueno, anímate—me dice, de repente. Ha dejado de caminar. Ladeo la cabeza hacia un lado—. Mira dónde estoy.

Aleja la cámara y mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho, que hace que casi se salga por mi boca. Me siento en la cama, no entendiendo nada.

—¿Ethan? —pregunto, como si no fuera posible que estuviera frente a mi casa.

—¿Me abres o qué? —Mi corazón late desenfrenado ante la idea de que de verdad esté aquí.

—No vas en serio. —logro articular.

Él se ríe, enfoca el timbre y pica. Suena en mi casa.

Mi casa.

«Es en serio, está aquí».

Cuelgo el teléfono sin decir nada y bajo las escaleras corriendo hasta llegar a la puerta, abriéndola, para encontrar ahí a Ethan. Abro los ojos como platos y me pongo las manos en la boca, sin dar crédito a lo que veo, comenzando a llorar sin poder moverme del sitio, paralizada. Él se ríe más ante mi reacción y me coge por la cintura en un abrazo, alzándome mientras yo rodeo su nuca con mis brazos. Su olor amaderado y a canela me invade, haciendo que me sienta en casa.

Cuando me baja, acerca su boca a la mía culminando en un beso. Cómo le echaba de menos.

Me separo de él y, sin saber cómo, consigo hablar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto secándome las lágrimas como puedo, aún con nuestros cuerpos juntos.

—Te echaba de menos —me responde con voz grave, con su frente en la mía.

—Yo también, no sabes cuánto.

Se separa un poco y sonríe, mirándome el pelo. Me pasa los dedos por mis pequeñas ondulaciones, que apenas me llegan por

debajo de las orejas, y yo me sonrojo, sintiendo que mi temperatura corporal aumenta unos grados.

—Te queda precioso —me dice como un halago, lo que hace que me sonroje aún más, mirando hacia abajo.

Me pasa los dedos por el flequillo en forma de caricia y le miro, con una sonrisa tímida y brillo en los ojos.

—Gracias —respondo, azorada. El ríe y me da otro beso—. Tengo otra cosa que enseñarte.

Estaba nerviosa. Quería enseñárselo en persona, ya que por fin lo tenía conmigo. No puedo esperar más.

Me separo de él y le enseño mis muñecas. Me satisface ver su asombro; las agarra con suavidad infinita, para verlo mejor. En cada muñeca, y de cada cicatriz, emergían unas mariposas azules, con los bordes negros en una línea fina, como si estuvieran posadas sobre ellas.

Ethan niega con la cabeza, sin poder creer lo que está viendo. Yo río nerviosa.

—Alex, son… —Se queda mudo, sin poder hablar—. Son preciosas.

La admiración que veo en sus ojos hace que se me vuelvan a llenar los ojos de lágrimas.

—Las mariposas representar evolución, transformación… —le explico, emocionada todavía. Él me mira, esperando a que continúe hablando—. Incluso renovación, esperanza y optimismo. Eso es lo que he aprendido todos estos meses y, aun con la muerte de mi madre, no quiero que desaparezca ese aprendizaje. Todo lo contrario, quiero evolucionar todavía más como persona, y eso te lo debo a ti, Ethan. Sin ti no hubiera hecho ni la mitad de las cosas que he logrado, gracias.

Me veo envuelta de nuevo por su abrazo y río emocionada, al darme cuenta de que está llorando. Le paso la mano por la espalda de arriba a abajo, hasta que volvemos a separarnos. Limpio las lágrimas de sus mejillas con los pulgares, con una sonrisa.

—¡Pasa! —No me había dado cuenta de que aún estábamos en la calle.

Le cojo de la mano y lo guio al interior de la casa, aún con la emoción del momento, llevándolo hasta la cocina para preparar café. Sonrío ante la idea de que, después de casi tres meses, puedo tomar un café con él otra vez; es una de las únicas cosas que quiero hacer ahora. Saco dos tazas del armario superior y me giro hacia él, con una en cada mano, enseñándoselas.

—¿Café? —le pregunto, alzando las cejas.

—Claro, te ayudo.

—Ni se te ocurra. Tu siéntate.

Doy unos pasos para acercarme señalando la silla que hay detrás suyo. Él alza los brazos en señal de rendición y camina hacia atrás hasta sentarse. Yo asiento, complacida.

—No me has dicho aún qué haces aquí. Es que… es increíble.

Suspiro al sacar las cápsulas de café y me giro para mirarlo mientras voy encendiendo la cafetera. Me sonríe pícaro y mi corazón empieza a latir desbocado solo con ver en persona esa mirada. Me quedo sin palabras.

—No te lo esperabas, ¿eh? —me dice, orgulloso—. Esa era mi intención, lo he conseguido.

—No, para nada. Siendo veintiocho de agosto, me sorprende, porque en breves empezamos la *uni* —me explico, reflexionando sobre ese hecho.

Pone puños arriba, victorioso. Yo niego con la cabeza, todavía impactada por la sorpresa de tenerlo ahí, en mi cocina.

—Te he traído tu título de bachillerato, ya que venía he aprovechado.

Es cierto. No me quedé para la graduación y él hizo el favor de recoger el mío, dadas las circunstancias de ese momento.

—Gracias, te agradezco que lo hayas cogido por mí.

Me sonríe, cómplice.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —pregunto, con el corazón encogido. Si solo tenía unos días, los quería aprovechar al máximo —. Podría enseñarte el barrio, aquí al lado hay un parque precioso, incluso la universidad…

Me callo cuando Ethan saca una hoja de su bolsillo trasero y me la ofrece, sin decir nada. Yo frunzo el ceño y ladeo la cabeza, confusa. Ethan sonríe ante mi reacción, y asiente, animándome a cogerla.

«Como si mordiera, por Dios».

La tomo y le miro a él, dubitativa.

—¿Puedo leerlo? —pregunto, haciéndome un poco pequeña.

No iba a leerlo sin su consentimiento.

—Por eso te la he dado —Se encoge de hombros, quitándole importancia, pero está nervioso.

Lo conozco lo suficiente como para saberlo. Es un sobre, así que supongo que es una carta, ya abierta, por cierto. Ethan espera, expectante. Saco la carta del interior y la desdoblo. Mi cuerpo se tensa al ver el logo de la universidad de Madrid, donde él había enviado la solicitud, pero recibió un negativo, o eso tenía entendido.

Empiezo a leer y ahogo un grito, poniendo una mano en mi boca. Ethan sonríe de oreja a oreja, dejando de disimular. Le miro con los ojos como platos, sin creer lo que estoy leyendo.

Le habían aceptado en la tercera asignación. Alguien se habría rajado. No puedo creerlo.

—¡Te han aceptado! —chillo con la carta en las manos, casi arrugándola de la emoción.

—Sí. —Asiente y se pone de pie, riéndose.

—¡TE HAN ACEPTADO!

Muevo las manos emocionada y doy saltitos hasta llegar hasta él, que suelta una carcajada. Nos abrazamos, meciéndonos de un lado a otro.

—No puedo creerlo, madre mía. Era la que querías, donde hay psicología, ¿verdad? —digo en el momento que por fin nos separamos y nos sentamos los dos, mirando la carta.

—Sí —afirma con la cabeza—. No tenía muchas esperanzas, pero se ve que han dejado una plaza y contactaron conmigo, porque aún estaba en la lista.

Me levanto mientras habla, recordando los cafés.

—Explícamelo todo —digo con un movimiento de mano, incitándole a hablar—. Te escucho. Te escucho atentamente, joder, qué bien... Estoy muy orgullosa, Ethan, en serio.

Me pongo la mano en el corazón, que rebosaba de alegría y amor por él a partes iguales. Ethan me sonríe, con esa luz en sus ojos que tanto le caracteriza. La cafetera suena y me sobresalta, haciéndome girar, pero solo era un aviso de que empezaba a echar café, así que cojo la leche de la nevera.

De repente, me doy cuenta de algo, y es que entonces…

«¿Se queda?». Me quedo paralizada un segundo con el brik aún en la mano y me giro hacia él.

—Pero entonces… —empiezo a decir, conectando ideas—. ¿Te quedas?

Me da miedo la respuesta, aunque sé que la pregunta es un tanto estúpida; obviamente no iba a venir cada día hasta aquí, pero quizá solo se quedaba entre semana y los findes volvía, no lo sé. Mi cabeza va a mil pensamientos por segundo en ese momento.

Él me mira con incomprensión y ladea la cabeza, aún con la sonrisa del momento. Pero, cuando ve que no bromeo con la pregunta, se le borra la sonrisa. Entonces sus ojos muestran comprensión y entendimiento. Se acerca a mí, coge el brik de leche que casi se me cae de la mano y lo deja en la encimera, mirándome con sus ojos dorados llenos de promesas.

—Sí. Me quedo.

Agradecimientos

No podría haber escrito esta novela de no ser por muchas, muchas personas; no podría mencionar a todas.

En primer lugar, me gustaría agradecer a mis compañeras de trabajo, ellas sabrán quiénes son. Me han estado alentando, animando y dándome ese empujón para que continúe adelante.

En segundo lugar, quería agradecer a mi psicóloga, Noelia, que me ha enseñado tanto en los años que estuve con ella en terapia.

En tercer lugar, a mi familia. A mi padre, que me enseñó la cabezonería y a no rendirme.

A María, mi hermana mediana, la que me enseñó a seguir mi camino, a vivir, la primera persona que se dio cuenta de que algo no iba bien en el colegio, y que, gracias a ella, todos supieron que me acosaban.

A Patri, mi hermana mayor, la que me enseñó a que ser feliz también es tirarse por el suelo empapado de la casa, salir, mojarse en la piscina de la terraza, y volver dentro a deslizarse.

Mis pilares.

A mis amigos, que siempre van a estar ahí, sobre todo los que he conservado hasta ahora, en lo bueno y en lo malo, animándome a seguir.

A Ana, mi mejor amiga, que me enseñó que la vida te da golpes, golpes y golpes y, aun así, hay que seguir adelante. Aunque todo sea oscuro, hay final en ese túnel y una luz esperando, y que de todo se sale. Que la amistad es incondicional, y que hay que estar ahí para lo bueno, lo malo y lo intermedio. Mi otra mitad.

A Noelia, que me enseñó que la vida da mil vueltas y que, aun así, ahí seguimos. Espero que, en esa vida que da vueltas, sigamos estando en ella, siempre juntas. Junto con ella, Marta, quién diría que, después de todo, retomaríamos nuestra amistad y estarías en mis peores momentos sin dudarlo.

A Iván y Alba, mis magos preferidos, que me enseñaron que la amistad es aquella que, si es de corazón, ahí es. Que, si es con respeto, ahí es. Que, aunque hayan pasado solo 3 años (que se dice pronto) he encontrado en ellos una amistad verdadera, a base de cuidado, lealtad, y amor incondicional.

A Kimi, que me enseñó lo que es tener a alguien en quien apoyar mi cabeza en su hombro siempre que lo necesite.

A mis Súper Escritoras. Que ese apoyo no acabe nunca y sigamos haciendo esa piña que tanto nos distingue. Especialmente a Rocío del Barco Redondo, mi correctora; eres tan especial como la luz que veo brillar en tus ojos, no lo olvides. Y a Laura Arcila, quien ha maquetado mi obra de manera increíble, y que escribe cosas que, sin haber vivido, las entiende con el corazón, siendo una persona tan bonita como lo es. Os quiero, amigas.

Por último, a mi madre, que desde el cielo ha seguido mis pasos, mis decisiones, mis más y mis menos, y sé que me vigila con su sonrisa eterna. Llevo tu corazón conmigo, lo llevo en mi corazón.

Y gracias a ti, por leerme y acompañarme entre estas páginas.

@saram.artescritora

saram.artescritora@gmail.com

Biografía de la autora



Sara Martínez nació el 5 de abril del 1994 en Barcelona.

Siempre le ha gustado muchísimo ayudar a la gente, por lo que se decantó por formarse como Técnica en Curas, Auxiliar de Enfermería y Ayuda a Personas en situación de Dependencia. Se define como una persona muy imaginativa, tanto, que llegó el día el que quiso plasmar una de esas historias en el papel. «Ayúdame a salir» es su primera novela, pero promete volver con muchas más historias.

Aunque de pequeña odiase la lectura, más tarde se volvió una obsesa de ella y, desde entonces, leer y escribir es su mayor afición.

«Ese rato de evadirte de la realidad y disfrutar de mis historias y las de otra gente, es algo que siempre recomendaré a todo el mundo.»